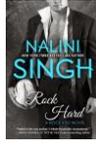


*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

**NALINI SINGH**

# **ROCK HARD**

*Rock Kiss 3*



*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

## ARGUMENTO

La pasión se enciende entre un hombre magnífico y pecaminosamente sexy que se ha construido a sí mismo desde la nada y una mujer tímida que tiene un terrible secreto en su pasado...

El rico empresario Gabriel Bishop gobierna la sala de juntas con la misma determinación y maneras despiadadas que le convirtieron en una estrella de rock en el campo de rugby. Sabe lo que quiere, e irá tras ello sin barreras.

Y lo que quiere es a Charlotte Baird.

Charlotte sabe que es un ratón. Con cicatrices emocionales y dolorosamente tímida, sólo quiere hacer su trabajo y permanecer tan invisible como sea posible. Pero el nuevo CEO, un brillante hombre de hombros anchos, un T-Rex que gruñe y refunfuña por la oficina, dejando una carnicería a su paso, tiene claramente otros planes. Planes que pueden ser negocios y dormitorio a partes iguales.

Si Charlotte tiene la intención de sobrevivir a esta batalla de ingenio y corazones, el ratón tendrá que aprender a luchar contra el T-Rex. Que empiece el juego.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Primera parte



## Capítulo 1

### *Charlie—ratón conoce a T-Rex... y pasan cosas*

Charlotte cerró la carpeta final actualizada con una sonrisa.

Apartándose del escritorio después de apagar su ordenador, se estiró para aflojar los tirones, entonces decidió ir al baño antes de salir para coger el autobús de las 6:15 a casa. Era una buena apuesta que estaría felizmente vacío esta tarde del sábado ya que la mayoría de la gente venía a la ciudad mientras ella se dirigía en dirección opuesta.

Podría sentarse junto a la ventana y ver a la gente a medida que el autobús saliera del distrito central de negocios y ocio de la ciudad. Tal vez leería el pequeño folleto que describía los tratamientos de spa de los que planeaba disfrutar mañana. Su mejor amiga le había dado una tarjeta de regalo hacía meses, por su cumpleaños, pero con el trabajo tan frenético mientras el equipo de gestión interino trataba de mantener las cosas unidas, seguido de toda la preparación para la llegada del nuevo jefe el lunes, no había tenido la oportunidad de usarlo.

Subiéndose las gafas de montura metálica por la nariz mientras salía del baño, se permitió volver a la mesa con la mente ya inmersa en los tratamientos de spa que había reservado. La idea de un baño de barro terapéutico casi la hizo reír, había elegido ese sólo para poder decirle a Molly que había gastado la tarjeta regalo en un barro de lujo. Su amiga fliparía.

Esta noche, sin embargo, tenía cita con el horno; se moría de ganas de probar su nueva receta de cupcakes de plátano con nueces con glaseado de crema de mantequilla. Todo lo que tenía que hacer era agarrar su bolso, el abrigo y coger el ascensor para bajar. Un paseo de cinco minutos hasta la parada de autobús, y si el servicio llegaba a tiempo, estaría camino a casa poco después.



Fue cuando pasó junto el cuarto cubículo que lo oyó. Una puerta golpeando ligeramente contra una pared, como si alguien la hubiera empujado un poco demasiado fuerte... o golpeado mientras trataba de moverse con sigilo.

*Imposible.*

No había nadie más aquí. Y no era probable que nadie hubiera entrado durante los pocos minutos que había estado lejos. Los otros ya se habían ido, sus estaciones de trabajo silenciosas. Tenía que haberlo imaginado.

Otro ruido, éste más apagado. Del tipo que haría una carpeta manila llena al caer a la alfombra.

Una mano invisible le agarró la garganta.

Su cuerpo tembló.

Y su mente amenazó con quedarse en blanco.

*No. Enderezó los hombros. No soy una víctima. Ya no. Nunca más.*

Repitiendo el mantra que la había mantenido cuerda durante los últimos cinco años, metió la mano en un bolsillo del pantalón para recuperar su teléfono. Nunca iba a ninguna parte sin él, ni siquiera a la ducha en su casa, había comprado una caja estanca el mismo día que había comprado el teléfono. Era un apoyo, pero como Molly había dicho, ¿y qué?

Si tener el teléfono al alcance le permitía funcionar, salir al mundo y no vivir en una jaula, entonces nadie tenía derecho a juzgarla. Le había costado tiempo, pero también había dejado de juzgarse a sí misma por la necesidad. En el gran esquema de su psique jodida, su dependencia de la red de seguridad de un teléfono era un punto en el radar.

Desbloqueando la pantalla con dedos helados, se agachó detrás de la pared de color azul oscuro de un cubículo que pertenecía a una eventual de Contabilidad y apretó el marcado rápido de su mejor amiga.

—Cógelo, cógelo —murmuró casi en silencio mientras se arriesgaba a echar una mirada alrededor de la esquina.

Cuando se concentró, fue capaz de rastrear los sonidos de movimiento a la sala de Documentación. Como encargada de ella, Charlotte tenía un profundo conocimiento de lo que estaba en esa habitación: equipos llenos de información comercial sensible, así como filas y filas de documentación legal, incluidos los contratos y proyectos de



licitaciones, por no hablar de los archivos de personal de cada empleado que trabajaba para Saxon & Archer Corp.

Cuando saltó el contestador de Molly, Charlotte se dio cuenta de que había llamado accidentalmente a casa de Molly en lugar de a su móvil. Echó un vistazo al reloj. Molly era una bibliotecaria que trabajaba los sábados, pero ya debería estar en casa, tal vez estaba en otra habitación.

—Molly —dijo cuando el pitido sonó, su voz temblando a su pesar—. Por favor, contesta.

Nada. Sin respuesta.

A punto de colgar e intentarlo con el móvil de Molly, oyó el sonido del receptor al ser levantado. Molly se puso al aparato un segundo después, su tono agudo por la preocupación.

—Charlie, ¿qué pasa?

—Oh, estás en casa. —Charlotte tragó en un vano esfuerzo por humedecerse la garganta tan seca que se sentía como si estuviera llena de grava—. Yo solo... —Inhalando profundamente cuando su corazón amenazaba con ahogar todo lo demás, dijo—; hay alguien más en la oficina, y no debería haber nadie. Volví del baño y escuché movimientos.

—Márchate. —La voz de Molly era urgente.

Era un buen consejo, pero Charlotte no quería huir, esconderse. No quería ser una cobarde como tan a menudo era.

Encontrando valor de la intensa y dolorosa frustración de su interior, dijo:

—No. —Y aunque su piel estaba caliente y respiraba superficialmente, con el pulso en la boca, se levantó—. Es probable que sólo sea el guardia de seguridad del edificio haciendo una ronda no programada —añadió en un intento de convencerse de que no había razón para tener miedo—, pero ¿puedes permanecer al teléfono conmigo mientras voy a comprobarlo?

—Estoy aquí mismo.

Agarrando una gran grapadora del cubículo de enfrente donde se había escondido, Charlotte se quitó sus zapatos de tacón bajo y caminó por la alfombra color beige, tratando de calmarse con pensamientos racionales. No había ninguna razón para que un intruso irrumpiera para cometer espionaje industrial, todo el mundo sabía que Saxon & Archer estaban en problemas; problemas tan malos que



incluso los tiburones que habitualmente rodeaban empresas moribundas los habían declarado de poco interés.

Ese terrible estado de cosas era por lo qué habían traído a bordo a un nuevo CEO con reputación de negociador implacable con una mente afilada. Los rumores eran que los jefazos habían estado tan desesperados por conseguir sus servicios que le habían dado un trozo de la empresa como parte de su paquete de pago.

Por supuesto, esas acciones no tendrían ningún valor si no lograba la hercúlea tarea de sacar a Saxon & Archer de su espiral de muerte, y Charlotte no podía pensar en eso, en la posibilidad de perder su trabajo, sin que se cubriera de sudor frío, así que empujó esa línea de pensamiento a un lado para centrarse en el aquí y ahora.

En este momento, no tenía sentido que alguien quisiera robar datos de una compañía con dificultades. Y aquí no había nada más para robar. A menos que fuera un reclutador muy agresivo que planeaba robar personal a Saxon & Archer y estuviera preparando el terreno. Sí, eso iba a suceder. *No*.

Era probable que hubieran sido archivos al caer al suelo, o una puerta moviéndose a causa de una corriente generada por el aire acondicionado, o...

Gritando al ver la forma de un hombre muy grande y muy musculoso salir de la sala de archivos, arrojó la grapadora.

Él la cogió con una gran mano, la miró con ojos de acero gris, luego a ella. Una sola ceja se levantó.

—Tal vez es mejor que responda a eso.

Charlotte se dio cuenta de que estaba hablando de su teléfono. Sus dedos se habían apretado de manera mortal a su alrededor y podía oír a Molly gritar su nombre, incluso desde esa distancia. Llevándolo a su oído mientras su rostro se sonrojaba de un tono sin duda rojo, dijo a su mejor amiga:

—Estoy bien.

—Me alegra oír eso. —Con esas palabras, el hombre de pelo oscuro y muy familiar al otro lado de Charlotte le tendió la grapadora—. Es posible que necesite esto... ¿Señora?

—Baird —dijo con un graznido. Tosiendo, se las arregló para quitarse la ronquera—. Charlotte Baird. —Sostuvo el teléfono contra su pecho y se obligó a encontrarse con la mirada penetrante del hombre peligrosamente hermoso, de metro noventa y cinco y hombros anchos, al que había reconocido una fracción de segundo después de tirarle la grapadora.



Había poca gente en el país que no reconociera a Gabriel Bishop, ex jugador profesional de rugby, capitán condecorado del equipo nacional, y titular de los registros invictos en el campo en los siete años desde que había sido obligado a retirarse debido a una grave lesión en el tendón de Aquiles.

—Gracias... señor.

Un asentimiento, su cabello brillaba negro azulado bajo la luz del techo. Se fue un segundo más tarde, con un archivo legal en la mano.

Regresando a su cubículo con piernas temblorosas, Charlotte se derrumbó en su silla y se cubrió el rostro con una mano, el codo apoyado en el escritorio.

—Acabo de conocer a mi nuevo jefe —se quejó al teléfono—. O más específicamente, le he lanzado una grapadora industrial a la cabeza.

Molly se rió con alivio.

—Oh Dios, Molly, ¿y si me despide? —Charlotte no sabía cómo iba a encontrar un nuevo empleo. La entrevista para este la habría dejado hecha un manojo de nervios si el gerente de recursos humanos en ese momento no hubiera sido un hombre mayor al borde de la jubilación que le había recordado a su padre.

—No va a despedirte —dijo Molly—. Estabas en la oficina siendo una empleada diligente, ¿recuerdas?

—Bien, eso es correcto. Yo...

—Señorita Baird.

Sobresaltándose ante el sonido de esa profunda voz masculina, Charlotte respondió:

—Sí. —Salió un chillido.

—¿Lleva aquí todo el día? —Los ojos de Gabriel Bishop, fríos, duros, incisivos la clavaron en el sitio, su gran cuerpo bloqueaba la luz.

Ella asintió con la cabeza, su voz la había abandonado totalmente en este punto. El hombre era un muro de puro músculo, como un dios griego tallado por un artista que le adorara.

—En ese caso —dijo—, estoy seguro de que tiene hambre. Iremos a un restaurante cercano que conozco para cenar. —No era una invitación, sino una orden—. Puede ponerme al día sobre ciertos temas. —Sus ojos fueron al teléfono en la mano—. Cinco minutos.



Esperando hasta que sus pasos desaparecieron, Charlotte repitió su orden al teléfono, su estómago anudado. Incluso los condenados recibían una última comida. ¿Quizás Gabriel Bishop hacía lo mismo con los empleados que estaba a punto de despedir?

—Ve —dijo Molly—. Y ordena la cosa más cara del menú.

—Probablemente vomite. —Sus nervios se retorcieron, luego otra vez y decidió atarlos en nudos por si acaso—. Mejor me voy, dijo cinco minutos.

Molly le deseó buena suerte y colgaron. Se arregló rehaciendo la coleta con la que se había recogido la media melena rubia, los mechones tan finos que tendían a escaparse y enroscarse alrededor de su cara, se levantó y colgó la correa del bolso del hombro. Recogiendo su abrigo marrón cálido pero sin forma, deslizó los pies en sus abandonados zapatos, luego se dirigió hacia el ascensor.

Tenía el presentimiento de que su nuevo jefe pretendía que fueran a un determinado restaurante caro, a las páginas de chismes les gustaba espiarle, aunque él no buscaba la atención, y había sido fotografiado allí varias veces. En su mayor parte con socios de negocios. De vez en cuando con una impresionante modelo o una deportista o una cirujana cardíaca. Una vez, había sido visto con una miembro prometedora del Parlamento. *Eso* había enviado los chismes a la estratosfera.

Su "tipo" parecía ser alta y hermosa.

Esta sería la primera vez con una rubia bajita, con gafas, vestida con un suéter que le quedaba mal.

Al menos no tenía que preocuparse porque un periodista en busca de un titular fuera a tomar una foto, se consoló Charlotte. El hecho de que no fuera una cita no podría estar más claro si se lo hubiera pintado en la frente. Otra buena noticia era que el restaurante estaba a sólo dos minutos a pie, así que no tenía que ponerse el abrigo, llevar la pesada masa marrón le proporcionaba una forma de ocultar sus manos, que mantenía cerradas en puños y apretadas juntas cuando no estaban temblando.

—Señorita Baird.

Sorprendida por tercera vez en siete minutos, levantó la mirada para encontrar que su nuevo jefe, a quien ella había *atacado con una grapadora*, había bajado a este nivel por las escaleras, cuando ella había esperado encontrarse con él en el vestíbulo de la planta baja.

—H—hola. —Esta vez no tanto un chillido como un graznido.

Charlotte no pensó que fuera una mejora.



Apretando el botón del ascensor, Gabriel Bishop asintió hacia su abrigo, su mandíbula cincelada tenía sombra de barba.

—Hace mucho viento fuera.

Sintiendo que los nudillos se le ponían blancos, logró decir:

—Estaré bien. —No era una mentira total. En lugar de su traje de trabajo habitual de traje con falda suelto, llevaba vaqueros desgastados y un jersey azul marino de cuello redondo. Saxon & Archer siempre habían sido un poco pasados de moda sobre la ropa de oficina apropiada, pero todo el mundo era más informal los fines de semana.

Ni siquiera el jefe estaba usando traje, sino vaqueros muy usados que tenían un roto en la rodilla y una camisa color gris piedra con las mangas enrolladas hasta los codos, los antebrazos bronceados espolvoreados con vello negro. Lo que no estaba a la vista era el tatuaje que sabía le cubría el músculo pectoral izquierdo y el hombro antes de fluir hasta la mitad de su brazo. Venas gruesas corrían por debajo de la piel de su antebrazo, su fuerza aparente incluso en reposo.

Gabriel Bishop definitivamente no era un CEO "normal" en ningún sentido de la palabra.

El ascensor llegó entonces, y le hizo gestos para que entrara delante. El ascensor nunca le había parecido tan pequeño, pero nunca antes había estado con un hombre cuyos hombros eran dos veces el ancho de los suyos, era obvio que permanecía en forma a pesar de no jugar ya al rugby profesional. No es que no hubiera sabido eso por las fotos que había elegido para el nuevo folleto de la empresa.

Se suponía que Anya tenía que organizarlo, pero revisar las fotos del nuevo jefe era una tarea que a Charlotte no le había importado realizar por la otra mujer, aunque se había permitido desviarse buscando imágenes de sus días como jugador. Había pensado que había apreciado el impacto masculino, pero era diferente a verlo en persona.

Las fotos no le hacían justicia.

Gabriel Bishop no era simplemente fuerte y musculoso, era una fuerza de la naturaleza.

Las fotos de él en el campo de rugby eran increíblemente calientes, pero los siete años transcurridos desde entonces le habían perfeccionado, le habían hecho imposible más magnífico. No es de extrañar que las mujeres de todo el espectro cayeran a sus pies. Sólo la semana pasada, Charlotte había visto un reportaje



de una entrada de un blog donde una cantante con un reciente álbum de platino había llamado a Gabriel Bishop como el único hombre al que no echaría a patadas de la cama por comer galletas.

Saliendo cuando las puertas del ascensor se abrieron en la planta baja, tragó una bocanada de aire fresco y consiguió esbozar una sonrisa temblorosa al guardia de seguridad cuando Steven se levantó de su puesto detrás de lo que era la recepción principal durante los días de diario.

— Señor Bishop, Charlotte, que tengan una buena noche.

— Gracias, Steven — respondió Gabriel Bishop —. Te veré mañana.

Entonces los dos salieron por las puertas correderas que llevaban a la calle principal de la ciudad. Se estaba relativamente tranquilo fuera, los turistas y compradores se habían ido a casa y las tiendas estaban cerradas o estaban cerrando, mientras que los que iban a clubs o fiestas aún no habían salido a la calle. Antes que ellos vendría la oleada de personas que se dirigían a cenar a los restaurantes en los alrededores de esta zona, así como a los que había en la línea de costa.

Al otro lado de la carretera, divisó un grupo de hombres y mujeres vestidos con camisetas de rugby a rayas, bufandas de su equipo alrededor de sus cuellos. Le recordó que había habido un doble partido en el Eden Park hoy, parecía que los fans que habían asistido al primer partido ya habían comenzado a llegar a la ciudad para tomar una copa después del mismo.

Y toda esta dilación mental no estaba haciendo nada para disminuir su conciencia del hombre grande y poderoso a su lado. Retorciendo las manos bajo el abrigo, se dijo que debía decir algo, disminuir la posibilidad de ser despedida, pero cada vez que iba a abrir la boca, no salía nada.

Finalmente, frustrada con ella misma hasta el punto de que podía sentir las lágrimas surgiendo detrás de los ojos, exclamó:

— Lo siento. Pensé que era un intruso.

— He sobrevivido. — No había ira en su voz, aunque los ojos vueltos hacia ella eran evaluadores —. La grapadora era demasiado pesada para que pudiera tirarla con precisión. La próxima vez, trate con una perforadora.

¿Era una *broma*?

Ya que no tenía ningún deseo de revolver las aguas si no estaba realmente furioso, no dijo nada más y pronto llegaron al restaurante donde él fue recibido por su



nombre y los llevaron a una mesa junto a la ventana, a pesar de que no podía haber hecho la reserva más que unos pocos minutos antes.

— ¿Su abrigo?

Ruborizándose al ser atrapada aferrándose a él como una manta de seguridad, le entregó el abrigo al camarero que tenía la formación suficiente para no fruncir la nariz ante el corte que estaba claro que no era de diseñador.

— Gracias — dijo, y sacó su propia silla antes de que Gabriel Bishop pudiera hacerlo, no estaba segura de poder manejar que estuviera a su espalda. Era demasiado grande, demasiado abrumador, y ella odiaba los extraños a su espalda de todas formas.

Él la observó luchar para tirar de la pesada silla debajo de ella pero no hizo ningún comentario.

Con la cara ardiendo, ella trató de concentrarse en las palabras escritas a mano en el papel grueso del menú, pero bien podría haber estado en swahili.

— ¿Ha hecho su elección?

Como él la miraba esperando una decisión, señaló al azar una línea del menú y esperó no estar pidiendo cerebros en una salsa de menta o alguna otra cosa igualmente poco apetecible. El menú fue apartado un segundo más tarde y trajeron el agua.

— Ahora, señorita Baird.

Levantó la mirada, oyendo algo en su voz que le decía que esperaba atención. Esos ojos acerados se centraron en ella excluyendo todo lo demás.

— S... sí — dijo ella, la palabra apenas audible.

— Hábleme de la situación actual con la negociación de tierras Hamilton. Es obvio que los potenciales compradores quieren el sitio de la antigua fábrica. Es igualmente obvio que Saxon & Archer necesitan el capital. ¿Cuál es el retraso?

El archivo se abrió en la mente de Charlotte, su memoria visual aguda. Podía oír su voz mental poniendo los hechos de manera limpia y nítida, pero nada salió a través de sus cuerdas vocales; sino que se clavó las uñas en las palmas. El pánico revoloteó en su pecho, un pájaro atrapado con un pico afilado que la picoteaba y picoteaba.



## Capítulo 2

### *Hay gruñidos*

—Vamos a dejar esa pregunta por ahora —dijo Gabriel cuando pareció que la señorita Baird estaba a punto de hiperventilar—. Es sábado por la noche, y usted ya ha tirado un día completo.

Ella asintió con brusquedad y tragó un poco de agua, con los ojos en cualquier lugar que no fuera él.

Gabriel estaba acostumbrado a incitar una reacción en las mujeres. Las altas, seguras y sexys coqueteaban con él. Las no tan confiadas le sonreían tímidamente, e incluso las mujeres intimidadas por su físico, por lo general cambiaban de opinión después de hablar con él durante unos minutos y darse cuenta de que no era todo músculos y nada de cerebro.

Sabía que muchas de las mujeres que ligaban con él no estaban realmente interesadas en él como persona. Algunas sólo querían "un poco de rudeza" en la cama, mientras que otras iban tras un marido trofeo estrella del deporte, lo suficiente como para pasar por alto el hecho de que él ya no estaba en el campo de juego. Luego estaban las que buscaban un CEO rico que pudiera mantenerlas llenas de diamantes.

El hecho de que fuera joven y estuviera en buena forma era una ventaja para las cazadoras de fortuna; era su dinero lo que las atraía. Mientras tuvieran acceso a una cuenta bancaria saludable, esas mujeres dirían cosas dulces al oído de un viejo desdentado de noventa y ocho años. Así que, aunque sabía que era lo suficientemente atractivo y que nunca había tenido problemas para encontrar una mujer con la que calentar las sábanas, no era como si pensara en sí mismo como un don de Dios para las mujeres. Sin embargo, tampoco era un ogro.



Excepto que Charlotte Baird, cuyo expediente personal había consultado después de conocerla, parecía totalmente en desacuerdo con esto último. Menuda y bonita, había estado sentada tan petrificada durante la cena que cualquiera pensaría que la había atacado en vez de haber sido al revés. Su miedo despertaba su temperamento, lo que sólo hacía que ella apretara más los dedos sobre los cubiertos, hasta que las finas líneas de sus huesos se perfilaron contra la piel cremosa espolvoreada de oro, lo que agravó aún más su temperamento.

Al darse cuenta de que se moriría de hambre si no la dejaba levantarse, le hizo una seña al camarero.

—Una caja para la comida de la señorita Baird. Y añade el pastel de queso con moras.

Ella alzó los ojos, avellana y claros detrás de sus gafas, sus labios separándose.

—No, está bien —dijo con voz ronca incluso cuando el camarero despejó su comida.

—Yo estoy pagando por la maldita comida, señorita Baird. Bien podría disfrutarla. —No le importaba el costo, lo que le importaba era que la mujer frente a él había comido exactamente dos diminutos bocados en quince minutos. No era como si le sobrara carne, aunque no era piel y huesos. No, sólo era pequeña, su peso en proporción perfecta con su estructura ósea. Así que comía. Sólo que no con él.

Después de tragarse su gruñido, con la piel pálida, ella no dijo ni una palabra más hasta que salieron del restaurante.

—¿Dónde está aparcado su coche? —preguntó, no quería que anduviera sola por las calles dado el alto número de aficionados a los deportes que habían venido a la ciudad mientras estaban en el restaurante. La mayoría estaban bien, de buen humor, pero era obvio que unos pocos habían empezado a beber temprano.

—Cojo el autobús —dijo ella, los hombros encorvados bajo esa capa marrón horrible que se la tragaba—. Vivo un poco más allá de St. Lukes.

El primer instinto de Gabriel fue ofrecerse a llevarla. Era lo que habría hecho con cualquier otra mujer en esta situación. Sin embargo los huesos de la señorita Baird bien podrían chocar entre sí si le sugería entrar en un espacio confinado con él durante más que unos pocos segundos.

Así que la llevó a una parada de taxis y dijo:

—Tome un taxi y presente un informe de gastos el lunes.



—Yo no...

—Tome el maldito taxi. —Espetó con los dientes apretados. La idea de cualquier hombre hiriendo a una mujer hacía que lo viera rojo. El hecho de que Charlotte pareciera pensar que le iba a hacer daño le ponía de los nervios.

Sobresaltándose, ella no discutió de nuevo cuando él abrió la puerta de atrás del taxi y le dijo al conductor que iba hacia St. Lukes.

—Srta. Baird —dijo una vez que estuvo sentada—, no olvide la reclamación de gastos. Voy a comprobarlo personalmente.

Esos grandes ojos color avellana se clavaron en los suyos por un segundo. Ojos hermosos, pensó, claros y veteados con oro y verde detrás de las lentes transparentes de sus gafas. Sus ojos encajaban con los suaves rizos rubios que se había sujetado en una coleta, algunos mechones habían escapado para besar su piel perfectamente clara.

Un bocado pequeñito pero tentador. Lástima que estuviera aterrorizada al verle.

Charlotte no dijo gracias a Gabriel Bishop desde el taxi, sino que se quedó congelada en su asiento hasta que cerró la puerta y el conductor arrancó. Probablemente no era lo mejor que había podido hacer si estaba tratando de que no la despidieran, pero sus nervios estaban disparados. Un minuto más en su compañía y podría haberse echado a llorar.

*Patética, Charlotte. Eres una excusa patética de mujer.*

Apretó los dientes ante el feo eco de la voz de Richard; sus manos cerradas en puños con tanta fuerza que sus huesos dolían. Odiaba que a pesar de todo el trabajo que había hecho, todo el éxito que había logrado superar en ese horrible año de su vida, el miedo todavía pudiera arrastrarse a su corazón de esta manera, incapacitando sin previo aviso. Odiaba aún más que la voz de Richard pudiera filtrarse en sus pensamientos, incluso ahora, las cosas feas que había dicho goteando veneno en sus venas.

El lunes sería una pesadilla. Todo lo que podía esperar era que Gabriel Bishop hubiera olvidado al ratón intrascendente que había llevado a cenar y se mantuviera enfocado sólo en los de arriba.



## Capítulo 3

### *T-Rex se desboca*

Ella había presentado la reclamación de gastos. Dejando a un lado el teléfono después de comprobarlo con su departamento de contabilidad, Gabriel se preguntó qué haría la Srta. Baird si decidiera hacerle una visita y preguntarle cómo le había ido el domingo. Probablemente saltaría fuera de su piel, sus huesos chocando unos contra otros.

Con el ceño fruncido, continuó repasando los documentos frente a él. Saxon & Archer eran una vieja empresa con un núcleo fuerte. Por desgracia, ese núcleo estaba enterrado bajo varias capas de moho, cortesía del mal manejo del anterior CEO, un hombre que había dado la apariencia de competencia, pero que, por lo que sabía Gabriel, había pasado la mayor parte de su tiempo jugando al golf con sus compinches. Había conducido a la compañía directamente a la quiebra.

Como resultado, los grandes almacenes de lujo que habían sido durante mucho tiempo la joya de la corona de Saxon & Archer se estaban tambaleando, la moral de los minoristas y los empleados era tan baja que la desertión estaba en su punto más alto. En cuanto a los centros de suministro de bienes bajo la marca Saxon & Archer, una vez considerados bienes de primera, habían sido mal gestionados hasta el punto de que los sitios de opinión online habían empezado a bromear acerca de que las imitaciones eran mejores que los originales.

Cuando la junta por fin había despertado y cancelado el contrato del CEO idiota, también habían votado por unanimidad ofrecerle el puesto a Gabriel. Dos razones principales subyacían en su decisión. La primera era su consistente historial en sacar empresas en crisis de las aguas calientes financieras y ponerlas en el camino del éxito estelar. La segunda era su habilidad de despedir gente que necesitaban despedir.



Después de pasar la última semana revisando los archivos de personal y financieros en su oficina de casa, luego, volviendo a comprobar los detalles este fin de semana, Gabriel tenía una larga lista.

— Anya —dijo por el intercomunicador—, que Legal suba aquí.

El abogado de sesenta años de edad, corpulento y calvo se encontró en la oficina de Gabriel cinco minutos más tarde, con los hombros rígidos y los labios apretados en una fina línea blanca contra el marrón oscuro de su piel.

—No voy a despedirte —dijo Gabriel, haciendo una seña al hombre mayor para que se sentara—. En realidad eres una de las pocas personas competentes en el personal de categoría superior. —Para él la edad no importaba, era lo que el individuo aportaba a la empresa lo que contaba.

Parpadeando rápidamente, el abogado se sentó y sacó un fajo de documentos del maletín que había traído con él.

— ¿Asumo que quieres saber si hay algún problema legal o contractual que debas tener en cuenta antes de empezar a resolver los contratos?

Gabriel sonrió con lo que un oponente de negocio había llamado su sonrisa de "tiburón".

— Como he dicho, competente.

\*\*

Charlotte se escondió en su cubículo después de llegar allí sin toparse con Gabriel Bishop. A media mañana ya corrían rumores de que estaba causando una carnicería en la alta dirección. Se habían limpiado más oficinas en las últimas dos horas que en todo el tiempo que Charlotte había estado trabajando en Saxon & Archer.

—Psst.

Miró hacia el sonido furtivo para encontrar a Tuck apoyado con los brazos en la parte superior de la pared de su cubículo.

Sonriéndole, el larguirucho empleado del correo de diecinueve años era uno de los pocos hombres con los que estaba totalmente cómoda, dijo:

—Cuidado que no te atrapen "holgazaneando" o el señor Varma podría decidir que no necesita un empleado. —Ella misma había estado trabajando sin parar desde que llegó a su escritorio, Anya había estado volviéndola loca mientras Gabriel Bishop hacía demanda tras demanda.



—No. —Tuck miró a la izquierda, luego a la derecha, antes de inclinarse aún más por encima del muro para susurrar—: El señor Varma está demasiado preocupado por su propio trabajo. ¿Has oído que el nuevo jefe despidió a la señora Chang?

Los ojos de Charlotte se abrieron.

—Vaya. —Dolly Chang había estado dirigiendo el departamento de Relaciones Públicas durante más de diez años... aunque tenía tendencia a realizar largos almuerzos con sus amigos y facturar a la compañía. Por no mencionar que copiaba constantemente las viejas campañas de compañías en el extranjero, sólo hacía pequeños ajustes suficientes para salirse con la suya. El hecho de que la mayor parte de esas campañas no tuvieran relevancia en el mercado de Nueva Zelanda parecía escapársele y no le causaba ninguna preocupación.

—Supongo que no me sorprende —dijo Charlotte lentamente—. El señor Bishop tiene una reputación de venir y limpiar la casa.

Consolidó esa reputación durante las siguientes ocho horas. Dos tercios de la alta dirección se habían ido al final del día, el tercio restante estaba demasiado ocupado para preocuparse por nada excepto el trabajo. Cinco miembros del personal subalterno recibieron promociones inesperadas, mientras que otros fueron degradados o avisados para mejorar su rendimiento si querían un trabajo al final del mes.

Una vez más, Tuck tenía rumores.

—Oí a una de las juniors de Dolly decir que el jefe dijo que no la culpaba por su trabajo mal hecho hasta la fecha ya que había tenido una mal supervisora —dijo el adolescente al salir de la oficina juntos.

—Eso es algo. —No era una palabra que ella hubiera asociado con el hombre que le había gruñido para que tomara el maldito taxi. Como un T-Rex malhumorado, pensó.

Tuck se subió la cremallera de su chaqueta multicolor con sus docenas de bolsillos.

—Sí, pero entonces él dijo que si no mejoraba durante los próximos tres meses, estaría fuera. —Trazó una línea por la garganta—. Imagino que es justo, ¿no? Sobre todo ahora que tiene la oportunidad de conseguir un ascenso ya que Dolly no anda cerca para empujar a sus favoritos a los mejores lugares.

—Sí —dijo Charlotte—. Es muy justo. —Duro, pero razonable.

Sin embargo, si ella había pensado que el primer día era el final, estaba equivocada. Al día siguiente, fue a trabajar y se enteró rápidamente que T-Rex no



había terminado. El ambiente en su planta era silencioso, tenso e hiperactivo, todo al mismo tiempo mientras la gente trataba de demostrar que eran capaces de hacer su trabajo.

Anya la mantuvo ocupada hasta que Charlotte apenas tuvo cinco minutos libres para engullir el almuerzo en su escritorio. No era ingenua o estúpida; sabía muy bien que la otra mujer se estaba aprovechando de ella. El trabajo de Charlotte estaba en Documentación, no como asistente de Anya, pero mientras Anya fuera demasiado perezosa para hacer su trabajo, Charlotte estaría segura. El hecho era, que con Documentación ahora tan bien informatizado gracias a su propia obra, le preocupaba que la consideraran redundante, con la cabeza en el tajo.

Especialmente con Gabriel Bishop con la misión de limpiar la casa.

Realmente era un T-Rex, pisoteando a través de la empresa, masticando personas y escupiéndolas a izquierda, derecha y centro. Pero el T-Rex no estaba mirando en su dirección y eso estaba bien con ella. Sería un simple ratón silencioso y trabajador en la esquina, al que no mereciera la pena molestar pero demasiado útil para despedir.

Entonces la criatura carnívora decidió fijarse en ella.

Tuck le estaba entregando una pila de correo esa tarde cuando llegó la temida llamada.

—El jefe quiere verte —dijo Anya, con una sonrisa en su tono—. Ahora. Y trae tu portátil.

Con el pulso en la boca y las mejillas calientes, Charlotte se pasó las manos por la falda marrón oscuro hasta la pantorrilla antes de ponerse la chaqueta a juego sobre su camisa blanca.

—No voy a ser comida viva —le dijo a Tuck, tratando de hacer una broma de lo que era, sin duda, su ejecución y su caída al abismo.

La idea de esos duros ojos grises sobre ella, esa concentración helada... le provocó piel de gallina por todas partes mientras recogía su ordenador portátil y lo metía en una bolsa. No estaba segura de poder llevarlo en sus manos sin que se le resbalara, el ligero temblor en sus huesos apenas podía sostener la correa de la bolsa encima del hombro.

—Si te despide —dijo Tuck, sus ojos castaños marcados con la angustia—, es un idiota.

Charlotte se preguntó si Tuck diría eso si supiera que había arrojado una grapadora a la cabeza del jefe. En cuanto a primeras impresiones, no podría ser



mucho peor. A menos, claro, que dicho empleado arrojador de grapadoras luego perdiera la capacidad de hablar, mientras cenaba con el mismo jefe, haciendo una excelente representación de una estatua.

Con el estómago anudado al recordar cuanto lo había jodido, salió de su cubículo. La picaba la piel. Era obvio por el número de ojos comprensivos sobre ella que la gente había adivinado a dónde se dirigía y por qué. No era de extrañar. Otras tres personas de esta planta habían hecho ese paseo. Ninguno había regresado, sus pertenencias empacadas por asistentes asignados para la tarea.

Algunos de sus colegas gritaron suaves palabras de aliento, pero ella podía decir que a pesar de su simpatía, todos pensaban que era una fracasada.

Una de las personas de alto rango de legal fue más contundente cuando Charlotte pasó ante su oficina.

—Te dije que solicitaras el puesto de Anya cuando salió.

Sí, lo había hecho, al parecer sin darse cuenta de la magnitud de la timidez de Charlotte. La incapacidad de Charlotte de venderse a sí misma como empleada era patética. Después de ser despedida, probablemente terminaría trabajando para una empresa de venta por correo desde casa, nunca hablaría con cualquier otro ser humano, excepto Molly. Al final, se convertiría en una loca con el pelo como un nido de pájaros que asustaría a los niños pequeños y a los vendedores por teléfono.

*Cállate, Charlotte. Esto no está ayudando.*

Un segundo después, estaba subiendo las escaleras que conducían hasta el nivel gerencial. Tomando varias respiraciones profundas, tragando saliva cuando llegó al rellano, agarró la correa de la bolsa con el ordenador portátil y entró en la planta. Todo el mundo estaba demasiado ocupado para mirarla, y un buen número de oficinas estaban vacías, los ocupantes echados.

Demasiado pronto, estaba frente a las puertas de cristal automáticas que custodiaban el dominio del CEO, las paredes a ambos lados de las puertas también de vidrio claro. La costosa renovación había sido hecha por orden de Bernard Hill, el director general anterior. La oficina de Anya estaba en la sección inmediatamente más allá del cristal, y tenía una magnífica vista a la derecha cuando entrabas, cortesía de una ventana del suelo al techo que empapaba la zona de luz natural.

La oficina del CEO con su rumoreada vista aún más espectacular de la ciudad, estaba detrás de la oficina de la asistente y adjunta a la sala de espera. Tenía su



propia puerta, nada de cristal a la vista. Probablemente así Bernard podía echar una siestecita en la tranquila intimidad mientras Saxon & Archer caían en la ruina.

Anya la vio entrar y le hizo un gesto hacia la guarida del T-Rex, sin molestarse en levantarse de su, por su supuesto, ancho escritorio de cristal claro. La otra mujer tenía el maquillaje perfecto y aplomo, su cabello castaño brillante expertamente secado y su vestido color uva abrazaba su forma esbelta con aspecto profesional.

Según los rumores, la otra mujer había puesto sus miras en Gabriel Bishop. Uno de los empleados de administración había oído a Anya hablar con la asistente personal del Director Financiero sobre su ambición de ser la señora Bishop. Había dicho algo en la línea de tenerle comiendo de su mano en una semana.

Charlotte no creía que nadie pudiera manejar a Gabriel Bishop si él no quería ser manejado, pero al menos físicamente, Anya se ajustaba a su tipo: alta, hermosa, compuesta.

—Entra —dijo Anya poniendo los ojos en blanco cuando Charlotte vaciló frente a la puerta cerrada de la oficina del director general—. Sólo le tomará un minuto darte las órdenes para que te marches.

*Entonces, ¿quién va a hacer tu trabajo?*

Con la garganta seca, Charlotte no pronunció el sarcástico pensamiento. En su lugar, decidió no dejar que Anya la viera estremecerse, tragó y, abriendo la puerta después de un golpe rápido, entró. Se aseguró de cerrar la puerta detrás de sí. Si estaba a punto de ser despedida, al menos podría salvarse de la humillación de que Anya escuchara.

La vista *era* espectacular, y el escritorio de cristal prístino del anterior CEO se había ido. Charlotte conocía esa mesa porque había visto cómo la traían los de la mudanza. Había sido una pieza de diseño elegante que Tuck había visto en la propia oficina. Al parecer, Bernard lo había mantenido todo limpio excepto su teléfono y una sola pluma chapada en oro, la superficie de la mesa brillante y limpia.

Gabriel Bishop, por el contrario, estaba sentado detrás de un escritorio de caoba pesado y lleno de cicatrices cubierto con papel y carpetas, así como dos ordenadores portátiles que ejecutaban diferentes programas. Estaba frunciendo el ceño a lo que parecía el contrato con uno de sus proveedores. Su corbata azul oscuro colgaba alrededor de su cuello, como si hubiera tirado de ella con impaciencia, y tenía las mangas de su camisa blanca remangadas hasta los codos para revelar un trozo del extenso tatuaje de su cuerpo.



No parecía darse cuenta de la impresionante vista a la espalda, las aguas del Golfo de Hauraki brillantes bajo la helada luz blanca del sol otoñal.

—Señorita Baird —dijo sin levantar la vista—, ¿por qué razón terrenal todavía tenemos un contrato con Calzados McElvoy cuando las tiendas han tenido que devolver varios envíos por trabajos de mala calidad?

Con las palmas sudorosas, Charlotte agarró la correa de la bolsa del portátil con más fuerza.

T-Rex levantó la cabeza, los ojos grises acerados como un rayo láser por su intensidad.

—Siéntese antes de que se rompa. —Un gruñido.

Charlotte se sentó.

Él volvió a hojear el contrato.

—Srta. Baird, una respuesta antes de que tenga ochenta y cinco estaría bien.

Al darse cuenta de que su pregunta no había sido retórica, cerró los ojos para no poder verle y espetó:

—El señor Hill era amigo del viejo señor McElvoy, y cuando McElvoy senior estaba a cargo, el trabajo era ejemplar, las fechas de entrega puntuales. Pero ahora es su hijo quien maneja las riendas y las cosas están fallando.

—¿Las muchas y diversas personas en la gestión que han tenido que ser conscientes de ello no llamaron la atención de mi inepto predecesor?

Observando de reojo y viendo que él seguía revisando el contrato, su ceño aún más profundo, Charlotte continuó:

—Creo que lo intentaron, pero el señor Hill era muy leal a su amigo. —O demasiado perezoso para manejar el asunto cuando era mucho menos estresante dejarlo pasar e ir a jugar al golf.

Dados sus hábitos de trabajo, o la falta de ellos, Charlotte no tenía ni idea de cómo Bernard Hill había logrado subir a la posición de CEO en Saxon & Archer, pero claro, como demostraba Anya, el mundo no siempre recompensaba a los que debería.

Su piel se enfrió ante el recordatorio de que ella estaba a punto de acabar igual de desempleada que el señor Hill.

—Una cosa está clara —dijo Gabriel Bishop, con la mandíbula apretada en una línea brutal—. McElvoy Júnior nos ha estado mangoneando con estos cargos. —



Agarrando el teléfono, hizo una llamada a Legal—. Terminad el contrato McElvoy. Lo han incumplido por décima vez, y conseguid las malditas indemnizaciones.

Después de haber utilizado la pausa momentánea para sacar su ordenador portátil de la bolsa, Charlotte esperó que le pidiera que lo entregara ya que era propiedad de la compañía. No sabía por qué la había hecho llevarlo allí. Todos los demás habían sido convocados tal cual estaban. Tal vez quería castigarla de alguna manera extra porque le había tirado una grapadora a la cabeza.

—Hábleme de la negociación Khan —dijo, poniendo el contrato McElvoy a un lado para recoger uno diferente en el que parecía que ya había garabateado notas con tinta azul profundo—. El archivo personal de Hill sobre la situación está fragmentado, por decir algo. Hasta donde puedo entender, Khan es feliz de vendernos el terreno para un parking, pero tiene un vínculo sentimental con el edificio del lugar. ¿Asumo que usted guardó mejores registros como parte de su trabajo?

Charlotte le miró fijamente.

Gabriel Bishop se pasó una mano por el pelo, y luego se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos en un escritorio que tenía tantos golpes y abolladuras que ella supo instintivamente le había seguido de una compañía a otra mientras hacía lo que mejor hacía.

—Srta. Baird —dijo, esos ojos fríos mirándola con una concentración implacable que hacía que cada músculo se tensara al punto de ruptura—, por los memorándum que veo en estos archivos, los cuales al parecer fueron creados en su estación de trabajo, es muy inteligente. No quiero despedirla, pero lo haré si no me puede dar la información que necesito.



## Capítulo 4

### *Noticias que no sorprenden a nadie, Anya es una perra*

Charlotte estaba asombrada de que él hubiera llegado al punto de comprobar el origen de los memorándums por los que Anya siempre se llevaba el crédito. Así que se sorprendió tanto que podría haberse congelado y quedado callada otra vez, pero fue la frase crítica “no quiero despedirla”, la que le dio el valor de hablar.

—El señor Khan —dijo ella, tosiendo para aclararse la garganta y clavando los ojos en el nudo de la corbata para no tener que sostenerle la mirada—, está jugando duro porque sabe que Saxon & Archer necesitan esa tierra. No hay nada más disponible.

—¿Las razones de su conclusión? —preguntó Gabriel Bishop, tomando notas en otro documento mientras hablaba, sus trazos seguros, la tinta roja como sangre en la página.

Era más fácil hablar cuando no la estaba mirando.

—He visto tres o cuatro de los correos electrónicos que intercambié con el Sr. Hill. —Bernard Hill había sido terrible guardando los e-mails cruciales, pero Anya le había remitido alguno de vez en cuando para que los añadiera al archivo—. Es obvio si lee entre líneas. Dice cosas como “estoy seguro de que podemos llegar a un compromiso. Sé lo útil que sería la tierra para Saxon & Archer, y yo soy un hombre razonable”.

Su nuevo jefe dejó la pluma y se recostó en su silla, su atención ahora plenamente en ella.

—Ya veo. ¿Acaso Hill exploró otras opciones en la situación del aparcamiento?

*Dios, era difícil pensar cuando la fuerza de su personalidad golpeaba contra sus sentidos.* Bajando la mirada hacia el nudo de la corbata de nuevo, dijo:



—No —a continuación, se mordió el labio y siguió su instinto. Podría estar retorcido como un pretzel, pero como todavía no la había despedido—. Una vez vi una nota de Brent Sinclair —un miembro reciente del personal—, que sugería que implementáramos un sistema de transporte de cortesía desde el parking de un gran centro comercial a unos quince minutos de distancia.

Un ceño del hombre al otro lado de la mesa.

—No he visto ese memorándum. Remítamelo

Después de abrir su portátil, Charlotte fue capaz de localizar y enviar la nota rápidamente, y después de que Gabriel la leyera, le hizo incontables preguntas más acerca de otras situaciones en curso. Apenas tuvo tiempo de respirar durante las siguientes dos horas. Ciertamente no tuvo tiempo de ponerse nerviosa. La mente del hombre era una trampa de acero, y esperaba lo mismo de ella. No sabía cómo sabía hacer las preguntas, algunas de ellas increíblemente detalladas y oscuras.

Contestó todo lo mejor que pudo, accediendo al sistema de registro electrónico para los detalles más intrincados. Justo cuando pensaba que habían terminado, le preguntó cómo reservaría un viaje de negocios de última hora un viernes para las oficinas de Sidney de Saxton & Archer, con una cena para socios corporativos a su llegada.

Charlotte parpadeó, pero logró responder, había manejado estos detalles en múltiples ocasiones. Anya generalmente redactaba lo que necesitaba, y Charlotte lo hacía posible. Tal vez, pensó de pronto, T-Rex tenía la intención de hacerla la asistente oficial de Anya. No era su trabajo ideal, ya que estaría atrapada en una oficina cerca de la condescendiente Anya todo el día, pero era mejor que estar en el paro.

—Suficiente. —Gabriel Bishop miró su reloj—. Dígale a Anya que llame a Sinclair.

Charlotte escapó lo más rápido posible, escabulléndose quince minutos para ir a tomar un café estabilizador a su cafetería favorita a media manzana. Caminó toda la manzana para calmarse y volvió a su escritorio para encontrar un e—mail de Anya solicitando un resumen conciso de un conflicto laboral que el CEO anterior había ignorado durante más de medio año.

La otra mujer había añadido: *P.S. Supongo que no has sido degradada a ser la señora del té por el momento.*

Aliviada por la normalidad de la solicitud y la mala leche de Anya, Charlotte se puso manos a la obra.



Después de haber despachado a Sinclair para que redactara un desglose más detallado de su plan tras haberle sometido a un interrogatorio y confirmar la fuerza de su idea, Gabriel consideró al ratón que había estado en su oficina no hacía mucho. Traje marrón feo, suave cabello rubio sujeto hoy en un moño y esos claros ojos color avellana blindados tras los cristales de sus gafas de montura metálica, Charlotte Baird hacía todo lo posible para desaparecer en la nada.

Lo que hoy había descubierto era que el ratón no sólo era muy trabajador, sino también muy perceptivo y tenía una aguda inteligencia. En las minúsculas fracciones de tiempo en las que había olvidado estar aterrorizada de él, había... brillado. Como si hubiera una luz brillante en su interior, sofocada por la falta agobiante de confianza.

Un ratón intrigante la Srta. Baird.

Gabriel se vio interesado, y nunca antes había encontrado interesante a un ratón.

Dejando a un lado el problema planteado por tener un empleado que estaba claramente en la posición incorrecta por su conjunto de habilidades, volvió su atención al llamativo pájaro del paraíso.

—Anya —dijo por el intercomunicador—. Ven a la oficina. Y trae tu portátil.



Sintiéndose como si hubiera estado en una guerra, Charlotte comía una bolsa entera de pasas de chocolate en su escritorio esa tarde mientras terminaba un poco del trabajo para Anya. Su cerebro parecía que tenía la consistencia de sopa de fideos.

No era el trabajo lo que la había agotado. No, eso había sido frenético pero interesante. Era el estrés de no saber si todavía tendría trabajo al final de la semana. El comentario de Anya de “señora del té” había sido puro despecho, pero teniendo en cuenta las abismales habilidades de entrevista de Charlotte, tendría suerte si los futuros empleadores aún confiaban en ella para hacer el té.



Ese pensamiento taciturno todavía estaba presente en su mente cuando Molly llamó a las siete para preguntarle si le gustaría ir a cenar al Viaducto.

—¡Sí! —Le dijo a su amiga, y decidió entonces que se sacaría toda la situación del empleo de la cabeza durante las próximas horas.

Se le escapó y mencionó el hecho de que pensaba en Gabriel como un T-Rex, lo que Molly encontró histérico, pero su noticia sobre el drama del trabajo palideció en comparación con la bomba de Molly. Después de decidir el postre antes de la cena, las dos caminaron hasta sentarse al borde del agua, con helados en la mano, mientras esperaban que entrara un súper yate. Ahí fue cuando Molly confesó lo que había sucedido después de una fiesta a la que asistieron la noche del viernes anterior.

En resumen, su mejor amiga se había llevado a Zachary Fox, la estrella de rock y el hombre elegido como "El vigente Dios del Sexo" por una revista para hombres durante tres años consecutivos, a su casa para una aventura de una noche.

Charlotte se quedó boquiabierta.

—Tú... con Zachary Fox... —Lanzado un brazo alrededor de Molly, Charlotte le dio un gran beso en la mejilla, la piel de Molly de crema pura ahora tocada con color—. ¡Mi heroína! —Retiró el brazo un segundo antes de que se le cayera el helado—. Al menos una de nosotras tendrá historias extravagantes con las que sorprender a los nietos que podamos o no tener.

Molly se rió y se apoyó en Charlotte, su pelo negro recogido en una trenza. Luego, con los ojos en el agua ondulante teñida con las luces de los negocios cercanos, Molly le dijo cómo la aventura de una noche se había convertido en un arreglo mucho más complicado que contenía el potencial de abrir las viejas cicatrices tan irregulares y crudas que Charlotte no estaba segura que hubieran cicatrizado nunca verdaderamente.

—¿Crees que estoy siendo ridícula? —Susurró su mejor amiga—. ¿Sobre no ser capturada por los medios de comunicación con Fox?

—Por supuesto que no. —Charlotte terminó su cono, hizo una bola con la servilleta en la que había estado envuelto y tomó el de Molly para tirarlos a la basura antes de volver—. Yo estaba allí, ¿recuerdas? —Cerró la mano sobre la de Molly, el corazón herido por su amiga—. ¿Le contaste a Fox lo que pasó? ¿Sabe que no tiene nada que ver con él?



Sacudiendo la cabeza, Molly señaló el brillante súper yate que había aparecido en la distancia. Observaron la nave elegante deslizarse, las palabras que intercambiaron en los minutos siguientes cubiertas con capas de un viejo dolor.

Impulsada por su cariño a la mujer que había sido su mejor amiga desde que se conocieron en la guardería hacía más de dos décadas, Charlotte dijo:

—Tengo miedo, Molly. Todo el tiempo. —Hasta que a veces no podía respirar—. Sabes por qué.

Molly la abrazó, su voz feroz cuando dijo:

—No tenemos que hablar de ello.

—No, está bien. —Se volvió hacia Molly, mirando esos cálidos ojos castaños que habían sido lo primero que vio después de despertar en la cama del hospital hacía poco más de cinco años. Molly no se había apartado de su cama un solo minuto—. Me pierdo mucho porque estoy asustada y lo que ocurre es que soy lo bastante inteligente para saberlo. —Ser dolorosamente consciente de que estaba viviendo en una jaula que había construido ella misma—. Eso sólo lo hace peor.

—Te estás vendiendo barata —Molly frunció el ceño—. Dijiste que yo era valiente, pero no habría sobrevivido a la escuela secundaria y a las casas de acogida sin ti. Fuiste mi roca.

—Tú también fuiste la mía. —Charlotte sacudió la cabeza, negándose a permitir que su amiga fuera succionada por el trauma y la angustia que habían arruinado sus años de adolescencia—. No defraudes a esa chica dura y fuerte de quince años, Molly. No te infravalores como yo. —Charlotte sabía que era demasiado tarde para romper los barrotes de su propia jaula, pero Molly tenía una oportunidad y Charlotte haría todo lo que estuviera a su alcance para asegurarse de que su amiga la tomaba.

—¿Vale la pena por sólo un mes? —dijo Molly por fin, la agonía del recuerdo en cada palabra.

—Eso tienes que decidirlo tú —dijo Charlotte, a continuación, se abanicó la cara—. Pero yo voto por romper la cama con el Sr. Besable.

Molly se echó a reír, el sonido un poco húmedo.

—Tal vez necesitas tu propia estrella de rock.

—De ninguna manera. Prefiero ir a la cama con T-Rex. —Fue un comentario sin pensar que ocultaba innumerables fantasías. Y fantasías que permanecerían, pensó, mientras ella y Molly encontraban un lugar para comer después de que su mejor



amiga terminara de interrogarla sobre su nuevo jefe. Porque el miedo en su interior no permitiría nada más, no permitía la vida extraordinaria donde atrapaba y retenía la atención de un hombre como Gabriel Bishop.



A la mañana siguiente, Charlotte seguía pensando en Molly y esperaba que su amiga encontrara una manera de hablar con su estrella de rock sobre el pasado, cuando el dulce y friki Tuck asomó la cabeza por la pared de su cubículo.

—Charlie, ¿has oído?

En guardia por el asombro en la voz de Tuck, dijo:

—¿Qué?

—Anya —susurró, con ojos casi saliendo de sus órbitas y el oscuro cabello rubio despeinado—. Ha despedido a *Anya*.

Charlotte se desplomó en la silla, con las rodillas como gelatina.

—Oh, no. —Si Anya se había ido, ella tenía que ser la próxima. Saltó cuando su teléfono sonó incluso mientras el pensamiento atravesaba por su cabeza.

—Señorita Baird. A mi oficina.

Colgando con manos temblorosas, se subió las gafas y se dijo que podía lidiar con T-Rex y el tajo de ejecuciones. Después de todo, había sobrevivido a cosas mucho peores. Eso es lo que tenía que recordar. Había *sobrevivido*.

—Tengo que ir arriba —dijo a Tuck.

El rostro de diecinueve años telegrafió su angustia.

—Dios, Charlie.

—Está bien. Te veré después. —Si se le permitía volver a esa planta y no sólo le mostraban la puerta.

La gente no se la quedó mirando esta vez. Podría haberlo tomado como un voto de confianza si no fuera por la penumbra fúnebre en sus rostros cuando la miraron por los rabillos. La mayoría de ellos ya habían recibido el guante y salido a salvo al otro lado.

La mayoría de ellos no estaban en una posición redundante.



El paseo escaleras arriba y por el pasillo pareció durar un eón y entonces, entró en la guarida del T-Rex, su puerta estaba abierta. Él estaba de pie, de espaldas a la pared de cristal con su increíble vista, su teléfono móvil en la oreja. El traje de hoy era de un gris profundo a juego con una camisa gris y una corbata de negra. Austero y oscuro, resaltaba sus rasgos de manera nítida.

Gabriel Bishop era un hombre magnífico.

Charlotte podía admitirlo en la intimidad de su propia mente. Demasiado grande, musculoso y peligroso, pero magnífico. Como lo era un tigre. Justo antes de que te comiera.

Acercándose a su escritorio, todavía envuelto en una discusión, que por el contexto ella supuso que era con uno de sus gerentes de las tiendas South Island, él recogió una taza de café para llevar y se la ofreció. Ella la tomó con una oleada de esperanza. A pesar de sus pensamientos cuando se conocieron, T-Rex *no* tenía la política de ofrecer a sus víctimas una última comida, o bebida. Ya que no estaba segura de que sus rodillas como gelatina continuaran sosteniéndola, se sentó mientras él se paseaba y hablaba.

Cuando se preparó para tomar un sorbo de su versión de café, después de haber vislumbrado el alquitrán negro en la taza para llevar abierta a su lado del escritorio, encontró que sus papilas gustativas florecían. Le había dado un latte espumoso y cremoso, uno de sus favoritos.

En este punto, Charlotte ya había dejado de adivinar cómo sabía él esas cosas. Pero *seguramente* no tenía la intención de despedirla... a menos que le encantara ser cruel. Aumentando las esperanzas sólo para frustrarlas. Había hombres así. Lo sabía. Dios, lo sabía.

Con una bola de hielo en el estómago entre un pensamiento y el siguiente, se aferró desesperadamente a la taza mientras él terminaba la llamada y la inmovilizaba con su mirada.

—Señorita Baird, debemos tener una discusión seria acerca de su futuro.



## Capítulo 5

### *Charlie—ratón vs T-Rex: Ronda 1*

**G**abriel vio los delgados dedos de Charlotte apretarse alrededor de la taza para llevar con tanta fuerza que la abolló.

Sus mejillas se habían puesto pálidas, pero mantuvo los hombros rectos y encontró su voz.

—¿Sí, señor?

Bien, pensó. El hecho de que fuera tímida y estuviera incómoda a su alrededor era una perceptible negativa en lo que se refería a la posición que estaba a punto de ofrecerle, pero tenía agallas y tenía cerebro. Podía trabajar con eso.

—Necesito una nueva asistente personal.

Ella parpadeó, aflojó los dedos del agarre mortal sobre la taza para llevar.

—¿Quiere que ayude a recursos humanos a revisar las solicitudes? —El más leve indicio de una sonrisa de alivio—. Tengo una buena idea de lo que implicaba el trabajo de Anya.

—No —dijo, tomando asiento ya que podía decir que su tamaño la intimidaba. No es que fuera más pequeño sentado—. No habrá solicitantes. Usted va a ser mi nueva AP.

Ella se limitó a mirarlo, sus suaves labios rosados se abrieron en un jadeo silencioso. Labios mordisqueables. Eso, se dijo, era un pensamiento muy inapropiado, pero por alguna razón, no podía borrarlo de su cerebro. Cuando ella no estaba temblando de terror, la señorita Baird con su mente ágil y sus ojos brillantes era muy, muy intrigante. En cuanto al resto de ella... su ropa sin forma no podía ocultar el hecho de que estaba formada como una Venus de bolsillo. Si le soltaba la



coleta, le quitaba las gafas, o tal vez se las dejaría, sería un paquete menudo, con curvas y mordisqueable.

Por supuesto, su atracción por este bonito ratón no habría salvado su posición si hubiera sido incompetente. Aunque esto último hubiera sido cierto, no la habría encontrado tan intrigante. Las mujeres inteligentes eran su talón de Aquiles.

Lástima que fuera su jefe.

—Tomará el papel de Anya, con efecto inmediato.

Abriendo mucho los ojos, gritó una protesta.

—¡No puedo hacer el trabajo de Anya!

Gabriel levantó una ceja.

—¿En serio? Extraño, ya que parece que lo *ha* estado haciendo durante los últimos tres años. —No había nada que odiara más en el mundo de los negocios que las personas que se llevaban el crédito por el duro trabajo de los demás—. Anya no pudo responder a la mayoría de las preguntas que le planteé a usted ayer.

Peor aún, a diferencia de Charlotte, la otra mujer no había sabido dónde ir o a qué archivos acceder para obtener la información. Sólo había sonreído con serenidad y dijo que tendría la investigación sobre su mesa a primera hora de la mañana, entonces no tuvo ninguna duda de que saldría y enviaría un correo electrónico a Charlotte solicitando el trabajo.

Había despertado sus sospechas el lunes, por el hecho de que su AP estuviera siempre disponible, sonriente y compuesta a pesar del hecho de que había arrojado una avalancha de trabajo sobre ella. Cualquier otro hombre o mujer en su posición le habría replicado al menos una vez, y nunca, *nunca* habría podido salir de la oficina a una hora razonable. Había tardado menos de cinco minutos en acceder a los registros de archivo de los memorándums de su escritorio.

El último código de acceso era siempre el de Anya, cuando había impreso el documento. Todo lo de debajo estaba unido a la estación de trabajo de Charlotte. Le quedaron mortalmente claro sus sospechas cuando ayer las sometió a las dos a la misma entrevista. No necesitaba una mentirosa lista a su lado, necesitaba a Charlotte con su inteligencia y su profundo conocimiento de los empleados y sus habilidades. Sin ella, habría necesitado semanas para descubrir a Sinclair.

Anya no había sabido ni que la propuesta Sinclair existía.



—Pero —Charlotte comenzó rápidamente, como si se hubiera preparado para sacarlo todo—, yo no sé cómo tratar con los proveedores y la gestión y...

—Aprenderá. —Gabriel no podía entender por qué una mujer tan condenadamente buena en su trabajo era tan tímida sobre sus habilidades—. Realmente no hay elección. Acepta este puesto o hace las maletas y se va —dijo, poniendo a prueba hasta dónde podía empujarla—. Ha hecho un trabajo demasiado bueno en su actual puesto, ya no hay ninguna necesidad de un empleado a tiempo completo allí. —Una verdad absoluta—. Es mi AP o entrega su tarjeta de acceso al edificio.

Ella puso el café en el escritorio que él había traído el domingo, cerró los puños y aparecieron puntos calientes de color en sus mejillas. Entonces, tenía temperamento. Bien. Lo necesitaría para tratar con él, Gabriel sabía muy bien que no era el más fácil de los jefes. Sin embargo, cuando se tragó el genio sin soltarlo, quiso gruñirle.

Reprimiendo un impulso que sólo la aterrorizaría, dijo:

—¿Sí o no?

Un largo aliento contenido.

—Sí —dijo en la exhalación.



Charlotte decidió que debía haber perdido la cabeza mientras se instalaba en el antiguo escritorio de Anya, T-Rex le había dado quince minutos para ordenarlo. Un Tuck alegre la ayudó a trasladar sus cosas.

—Sabía que Obispo<sup>1</sup> era *el hombre* —dijo, culto al héroe sin adulterar en su tono cuando usó el famoso apodo de T-Rex en el campo.

El Obispo, pensó Charlotte con rebeldía, era un matón. Uno que la mantuvo de puntillas todo el día.

Llegaron las cinco en punto y pasaron sin ninguna señal de detenerse. A las seis, sin saber el protocolo de ser una AP, miró a través de su puerta, que él tendía a

---

<sup>1</sup> Bishop significa Obispo.



mantener abierta excepto en las reuniones privadas, y le vio frunciendo el ceño a la pantalla del elegante ordenador portátil que prefería al de sobremesa.

Su corbata se había ido, los dos primeros botones de la camisa estaban desabrochados para ofrecer una visión de la piel bronceada en la uve de la garganta. Como la tela de la camisa era fina, podía distinguir un toque de sus tatuajes debajo, ver la flexión de los músculos mientras trabajaba.

¿Por qué T-Rex tenía que ser tan grande y magnífico?

Con la garganta seca, se obligó a llamar.

—Señor.

—¿Sabe cómo solucionar este problema?

Acercándose, se dio cuenta del problema. Era algo que le había pasado a ella un par de veces y había aprendido el truco de arreglarlo de su equipo de soporte técnico.

—Puedo... —Rodeó su escritorio.

Él se apartó, metiéndose las manos en el pelo antes de recoger la pluma para firmar un contrato que ella le había entregado antes. Aliviada por no tener que lidiar con su gran cuerpo poderoso cerca de ella, arregló rápidamente el error del ordenador y volvió al otro lado de la mesa.

Él le entregó los contratos.

—Que un mensajero los entregue por la mañana. ¿Y dónde está Merrill? Tengo que verla.

—Se fue a casa hace unos minutos para cenar con su familia. —La directora financiera había asomado la cabeza para darle las buenas noches—. Dijo que terminaría el informe financiero una vez que sus hijos estuvieran en la cama y lo enviaría por correo electrónico. ¿Quiere que le pida que vuelva a la oficina?

—No. —Con el ceño fruncido, miró su reloj, como si hubiera pasado por alto por completo el hecho de que estaba oscureciendo, la vista panorámica del puerto malgastada en un hombre que apenas parecía darse cuenta de ello—. ¿Tiene que ir a algún sitio?

Charlotte tenía la intención de reunirse con Ernest para cenar, pero no parecía algo que debiera decirle a su jefe después de una promoción.

—No —dijo ella, consolándose con el recordatorio del considerable aumento salarial que había recibido hoy.



—En ese caso, ¿puede encontrarme estos contratos? —Recitó una lista.

Yendo a Documentación, localizó los originales y se los dio, luego regresó a su escritorio para llamar a Ernest.

—Vamos a tener que cambiarla —dijo al hombre amable y dulce con quien no tenía problemas para hablar o interactuar. Habían estado saliendo durante un año, y nunca la había hecho sentir amenazada o abrumada.

—Echaré de menos hablar contigo —dijo—. Pero felicidades por la promoción.

—Gracias, Ernest. —Colgando poco después, sintió que se le erizaba el vello de la nuca y miró hacia atrás para darse cuenta de que Gabriel estaba en la puerta de su oficina—. ¿Necesita algo más?

En lugar de responder, enarcó una ceja.

—¿Novio?

Sus mejillas se calentaron.

—Sí.

—Curioso nombre.

—¿Qué? —Ella frunció el ceño—. Ernest es un nombre perfectamente bonito.

—Oh, me pareció oír que lo llamaba Ermine. —Le pasó un fajo de papeles con ese comentario oh—tan—brusco que le hizo entrecerrar los ojos y le pidió que introdujera los cambios y le enviara el archivo de nuevo para que pudiera finalizar un contrato con un proveedor con sede en Londres.

Después vino otra tarea, y luego otra. Eran las diez cuando pudo marcharse. T-Rex todavía estaba en su oficina y no mostraba señales de que fuera a marcharse pronto. Habían comido antes, después de que le hubiera ordenado pedir comida de un restaurante local famoso. Ahora, sin embargo, le preocupaba que tuviera hambre más tarde. No era como si fuera un hombre pequeño, y su cerebro probablemente quemaba tanto combustible por hora como la mayoría de los hombres cargando hierro.

Dejó su bolso y fue a la sala de descanso del personal, sacó algo de la máquina expendedora antes de regresar a su oficina. Él estaba de pie delante de un caballete sobre el que el arquitecto había colocado ese mismo día una serie de especificaciones del diseño para la renovación de sus sedes insignias en Auckland, Queenstown y Sydney.



—Buenas noches, señor Bishop. —Respiró rápido—. Le he traído algunas barras de cereales. —Había sido el aperitivo más saludable que había podido encontrar en las máquinas, tendría que hablar con los reponedores sobre rellenarlas con artículos más nutritivos.

—Gracias. —Un ceño en su dirección—. Un taxi, señorita Baird.

—He llamado a uno. —Era la única compañía con la que nunca se había sentido mal usándola, no cuando trabajaba hasta tarde. Era una cuestión de seguridad.

—La acompañaré abajo. —Estirando los hombros, se acercó.

Charlotte quería decir que no era necesario, pero decidió que no valía la pena utilizar todo su coraje. Siguió hiperventilando durante el viaje en ascensor, realizando en silencio el ejercicio que su terapeuta le había enseñado. Esa fue la única cosa útil que consiguió sacar de la terapia.

Casi tambaleándose en la planta baja, el aroma cálido e intrínsecamente masculino de Gabriel Bishop en cada inhalación, lanzó un suspiro de alivio cuando vio el taxi a través del cristal de las puertas principales, el familiar taxista indio con barba de abuelo. Gabriel Bishop la acompañó por las escaleras y le abrió la puerta trasera del coche.

—Nos vemos mañana —dijo su jefe y cerró la puerta.

A medida que el taxi se alejaba, ella le vio caminar hacia la línea de la costa, con las manos en los bolsillos, alto, fuerte y con una fuerza implacable.



Gabriel raramente se replanteaba algo, pero lo estaba haciendo esta noche. Charlotte Baird era muy competente, hasta el punto de que le había arrojado mucho más trabajo del que esperaba completar hoy, así que no había cometido ningún error ahí. Ella también se quedaba petrificada cuando estaba con él, una vez más casi había hiperventilando en el ascensor. Lógicamente, debería transferirla a una posición menos en primera línea dentro de la empresa, pero odiaba la idea de todo ese talento enterrado o aprovechado por otra Anya.

Caminando sobre los adoquines planos del eje central de transporte público de Auckland, cruzó la calle a la terminal del ferry y se quedó mirando el tráfico marítimo nocturno mientras consideraba el problema. No sólo era espectacularmente fácil trabajar con Charlotte, se anticipaba a sus peticiones, incluso después de trabajar



un solo día juntos, tenía un excelente sentido de lo que era importante y lo que no. Como resultado, hoy había tenido muchas menos interrupciones de los otros miembros del personal.

Aparte de eso, e incluso sin tener en cuenta su atracción física por ella cuando no se comportaba como un ratón, le gustaba la señorita Baird. La había oído hablar por teléfono con una mujer llamada Molly durante unos minutos esta tarde, alcanzó a ver un ingenio seco que le hizo sonreír. Sí, le gustaba la mujer detrás del ratón.

Sin embargo, esa mujer tendía a esconderse a su alrededor.

Tocando con los dedos la barandilla de metal, se volvió y casi tropezó con una rubia escultural con un vestido brillante.

—Hola —dijo ella, la mirada de sus ojos dejaba claro que le había reconocido, dos mujeres que eran obviamente sus amigas esperaban de pie a poca distancia—. Mis amigas me han desafiado a invitarte a salir, pero yo tenía la intención de hacerlo de todos modos. —Su sonrisa se hizo más profunda—. Únete a nosotras para tomar una copa.

—Aprecio la oferta —dijo Gabriel—, pero tengo que volver a la oficina.

—Si cambias de opinión, estaremos por ahí. —Señaló un bar frente al mar—. Todos somos grandes fans del rugby, nos encantaría ver el partido Argentina—Inglaterra de esta noche contigo. —Mordiéndose el labio inferior, se inclinó un poco más cerca—. Si prefieres verlo en privado, mi apartamento no está lejos.

Gabriel podía decir por su tono de voz y la sonrisa que ver deportes no era la única cosa en el menú.

—Gracias.

No fue hasta que volvió a la oficina que se dio cuenta que ni siquiera se había sentido tentado por la oferta de la extraña... porque tenía otra rubia en mente. Eso podría ser problemático, pero no tenía nada que ver con la idoneidad de Charlotte para su puesto. Le daría una semana, vería si dejaba de temblar de terror. Un poco más y probablemente cedería a la tentación de gruñir.

Con ese pensamiento en mente, se acercó a las especificaciones de diseño de nuevo, estaba tratando de averiguar por qué el diseño del segundo piso no funcionaba para él, cuando sonó el teléfono de la oficina de Charlotte. Suponiendo que sería un contacto internacional al que había enviado un correo electrónico antes para preguntarle si había estado llamando por la línea equivocada, fue a la mesa de su AP y descolgó.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

—Bishop.

—¿Hijo?

Todo su cuerpo se puso rígido ante esa sola palabra, la voz ronca era una que no había escuchado en más de un año, ya que la última vez Gabriel le había dicho que se perdiera.

—Tengo un padre —dijo—, y no eres tú.

Colgando, volvió a trabajar, apartando los recordatorios no deseados de sus orígenes con el hábito de una larga práctica. El muchacho que había sido había desaparecido hacía mucho tiempo. En su lugar había un hombre que sabía quién era y lo que quería. Sacar a cierto ratón de su madriguera estaba en lo alto de esa lista.



## Capítulo 6

### *Bragas de encaje y pobre Ernest*

**A** la mañana siguiente, Charlotte llegó a trabajar a las siete y media y encontró la puerta del despacho de Gabriel Bishop abierta, pero ningún depredador carnívoro dentro. Sin embargo, un traje limpio estaba colgado en la parte de atrás de la puerta, lo que significaba que ya había llegado.

Decidió ponerse al día con los correos electrónicos que habían llegado por la noche de los proveedores internacionales, así como las tiendas involucradas en control de stock, estaba escribiendo una respuesta cuando un Gabriel sudoroso llegó quince minutos más tarde. Estaba vestido con shorts negros y una descolorida camiseta de la Universidad de Auckland que se pegaba a su cuerpo.

Sabía que estaba en forma, pero ahora se daba cuenta de que nada de eso era una ilusión creada por sus trajes de buen corte. Bueno, ya lo sabía, pero ver su cuerpo musculoso era algo totalmente diferente. Estaba construido como un tanque, duro y poderoso.

Cada uno de sus muslos era más grueso que los suyos juntos, sus bíceps tonificados, los hombros parecían aún más anchos de lo habitual. Todo en él era *grande*. Se dio cuenta que la ropa civilizada no le daba un mejor aspecto, rebajaba el tono de su intensa masculinidad. Sin sus trajes, con la tinta en la parte superior de su brazo izquierdo expuesta, así como la de su muslo opuesto y...

Con la piel caliente y la parte inferior del cuerpo tensándose, simplemente asintió en respuesta a su:

—Buenos días.

Desapareciendo en su oficina, regresó con sus pantalones de traje y una camisa limpia colgada de su brazo, junto con una bolsa de deportes.



—Retrase la reunión con ventas a las nueve, ¿quiere, señorita Baird? Necesito hablar con RH sobre algo antes de esa hora.

—Sí, señor —dijo Charlotte casi sin hacer ruido, pero él ya se había ido, en dirección a la ducha de empleados un piso más abajo.

El tatuaje del muslo le rodeaba por completo, el diseño intrincado.

Con la frecuencia cardíaca un tartamudeo rápido, Charlotte se levantó después de su desaparición y decidió ir a conseguirle un café. Después de todo, él le había comprado uno ayer. Sólo estaba siendo amable.

—Oh, cállate, Charlotte —murmuró una vez que estuvo en el ascensor, y dejó caer la cara en una mano levantada.

La verdad era que estaba huyendo. Sólo por unos minutos, pero eso es lo que era: una retirada estratégica. Gabriel Bishop era abrumador. Una vez, antes de conocerle y bajo la influencia de cócteles, le había dicho a Molly que quería arrancarle la camisa y hundir los dientes en sus pectorales.

Ese deseo no se había desvanecido, incluso ahora que sabía que era un T-Rex. Por supuesto, el deseo estaba estrictamente en su imaginación. ¿La idea de manejarlo en la vida real? Tan imposible que era risible. Charlie—ratón no iba a jugar con un depredador que podía comerla viva y ni siquiera notar los huesos. La buena noticia era que podía admirarle con relativa seguridad, no había ninguna maldita posibilidad de que él la viera alguna vez como una mujer.

Comprando el café de una cafetería cercana, lo llevó arriba. Él estaba en su despacho cuando entró, la corbata gris oscuro a rayas colgaba alrededor de su cuello y su cabello húmedo estaba a medio peinar. El olor a jabón limpio y fresco sobre piel cálida impregnaba la oficina. Dirigiéndole una sonrisa que le convirtió de magnífico en simplemente devastador, él se levantó el cuello de la camisa blanca para atarse la corbata.

—Gracias, señorita Baird.

Asintiendo, Charlotte escapó, aunque lo que realmente quería era quedarse. Nunca se había dado cuenta de lo erótico que era ver a un hombre vestirse hasta este preciso momento. Y ella no debería estar teniendo estos pensamientos sobre su jefe, sobre todo porque no podía evitar temblar como un conejo en su presencia. A veces se irritaba consigo misma.

—Manos a la obra —murmuró ella y flexionó los dedos.



Gabriel estuvo bien durante la primera hora, pero luego empezó a ladrar órdenes que incluso una mujer de seis brazos con una doble personalidad habría tenido problemas para seguir.

Por fin, empujada por el borde, Charlotte espetó:

— ¡Voy tan rápido como puedo! — gritó cuando él le pidió algo un minuto después de que le hubiera pedido que completara otra tarea.

Gabriel frunció el ceño y le tendió un archivo.

— Esto tiene prioridad.

Tomándolo de su mano, ella dijo:

— Bien — y lo dejó sobre su escritorio.

Una hora más tarde él desapareció durante diez minutos. Cuando regresó, puso una pequeña caja de panadería sobre su escritorio.

— Creo que hoy necesita algo para endulzar su humor, señorita Baird.

Lo que *necesitaba* era que el T-Rex que era su jefe dejara de gruñir y refunfuñar, pensó cuando volvió a su oficina. No abrió la caja hasta que su curiosidad casi la mató, encontró un trozo de decadente pastel de chocolate con ganaché de chocolate blanco cubierto con trocitos de chocolate blanco y con leche.

— No me puede sobornar con pastel — murmuró, comiendo un bocado, no obstante.

Aparte del pastel, él no daba tregua. Necesitando un descanso para no ceder a su nueva fantasía, arrojarle un jarro de agua helada sobre esa cabeza molesta, no canceló su cita para almorzar con Molly, la biblioteca donde su mejor amiga trabajaba estaba a sólo un paseo de cinco minutos. Primero, quería saber que estaba sucediendo con Molly y Fox. En segundo lugar, T-Rex necesitaba saber que no podía pisotearla.

Su conversación con Molly la hizo sonreír todo el tiempo. Después de comer los sándwiches, arrastró a su mejor amiga a una tienda de lencería de fantasía donde había comprado más de una vez. Bueno, podría haber cedido a la tentación un par de veces, pero nadie tenía que saber sobre su pequeña adicción a las bragas bonitas y sujetadores de encaje.

De hecho, pensó con tristeza, al ritmo que iba, nadie lo sabría.

— ¿Por qué voy a comprar ropa interior que va a permanecer puesta durante cinco segundos como máximo? — murmuró Molly en un punto.



—¿Cinco segundos? —Charlotte se llevó una mano al corazón, su mente de repente suministró imágenes de las grandes manos de Gabriel arrancando el encaje que acunaba sus pechos—. Espera mientras tengo un orgasmo.

Salió un poco más alto de lo que pretendía, con la cara enrojecida.

—¿Qué, todavía no has saltado sobre T-Rex? ¿Incluso ahora que vosotros dos estáis pegados por la cadera?

Charlotte frunció los labios mientras dentro de su cabeza, la Charlotte de fantasía castigaba al jefe por su mal comportamiento atándolo desnudo.

—¿Por qué iba yo a querer saltar sobre un hombre que me grita un minuto y deja un pastel de chocolate en mi escritorio al siguiente? —dijo ella, decidiendo que estaba perdiendo el juicio.

—¿Qué? —Pagando un conjunto de sujetador y bragas que lucían fenomenal en sus formidables curvas, Molly la señaló con el dedo—. Me lo has estado escondiendo.

—¡Ja! Más bien te he estado protegiendo de la locura —dijo Charlotte mientras salían al sol—. Este es sólo mi segundo día en el puesto, pero ya me está volviendo loca. Ayer me hizo trabajar hasta las diez de la noche, lo que provocó que faltara a una cita con Ernest...

—Lo que Ernest y tú estáis haciendo no se llama cita, Charlie.

Charlotte se cruzó de brazos, tratando de no pensar en el hecho de que había estado fantaseando con el hombre equivocado desde que Gabriel Bishop entró en su vida.

—Tal vez no ha hecho un movimiento...

—Después de un año. —La voz de Molly era suave pero firme—. ¿No pasa Ernest todo el tiempo hablándote sobre su colección de maquetas de avión?

Mirando a Molly, Charlotte dijo:

—Admito que está un poco obsesionado con sus maquetas, pero es bajo como yo, amable, y no me levanta la voz.

—Sabes que me gusta Ernest; es un hombre encantador y dulce. —Molly chocó el hombro contra el suyo—. Entiendo por qué *deseas* sentirte atraída por él, pero la verdad es que no lo estás.

Charlotte agachó la cabeza, sin querer afrontar un hecho que había estado evitando felizmente durante un año. Mientras estuviera “saliendo” con Ernest, tenía



una red de seguridad, una manera de fingir que era normal al menos una fracción de tiempo.

—Me convenciste de ser valiente —susurró Molly—. Creo que tú también puedes serlo.

—Yo no soy como tú, ya lo sabes.

—¿De verdad? —Su mejor amiga sacudió la cabeza—. Dijiste que estabas deslumbrada por mí cuando me enfrenté a Queen Cara de bruja, pero te recuerdo regañando a la peor pandilla de la escuela hasta que se arrastraron con el rabo entre las piernas.

—Es diferente cuando se trata de alguien a quien quiero. —Se enfrentaría a cualquiera que lastimara a alguien que le perteneciera—. Cuando se trata de mí... —Charlotte tragó, sus siguientes palabras roncadas—. Él me asusta. —Fue una confesión arrancada de su alma.

La expresión de Molly se volvió sombría de repente, llevó a Charlotte a un banco de la plaza cercana, la fuente de agua al lado creaba una suave melodía de fondo.

—¿T-Rex?

Ante el asentimiento de Charlotte, Molly puso su mano sobre la suya.

—¿Tienes miedo de estar cerca de él?

—No —dijo Charlotte, dándose cuenta de que su mejor amiga había interpretado mal las palabras—. No, no de ese modo. —Con el estómago tenso y una opresión en el pecho con el peso de lo que estaba admitiendo, echó un vistazo al reloj—. Mejor que nos vayamos, llegaremos tarde al trabajo.

—Haré tiempo —Molly le apretó la mano—. Y ya que T-Rex no te dejó salir hasta las diez de la noche, estoy segura de que no puede quejarse porque hoy tengas un almuerzo largo.

—Sí, puede. —El hombre era totalmente irrazonable.

—¿Tengo que tomar por asalto las almenas y robarte lejos de sus garras?

—Ja, ja. —Hundiendo los dientes en su labio inferior, Charlotte dejó escapar la verdad—. Me asusta la forma en que me hace reaccionar. A veces quiero agarrar esa corbata suya y...

—¿Hacer el tipo de cosas que he estado haciendo con mi estrella de rock?

Charlotte se sonrojó.



—Sólo en mis momentos más locos. —Se subió las gafas—. ¿Has visto lo grande que es? —Incluso pensar en su cuerpo la hacía contener el aliento, y no era de miedo.

—Sexy y grande. —Molly movió sus cejas—. Además, no debes esperar consejos racionales de mi parte, llevé un hombre a mi casa después de conocerlo en un ascensor.

Charlotte se echó a reír, alegre.

—Y ahora estás a punto de irte con él para un fin de semana sucio, sucio. —Estaba tan feliz por su amiga.

Dejando caer la cabeza entre las manos, Molly gimió.

—¿Qué estoy haciendo, Charlie?

—Te lo dije, ser valiente. —Saltó cuando sonó su móvil—. Es Su Carnivoalteza —murmuró después de leer la pantalla—. Hola —dijo en un tono mucho más profesional—. Charlotte al habla.

—Señorita Baird, ¿dónde diablos está? —Fue un gruñido—. ¿No sabe que le pago para que esté disponible cuando la necesito?

Las manos de Charlotte picaban por ese jarro de agua helada.

—Sí, me doy cuenta de eso —dijo ella, logrando mantener su tono cortés—. Sin embargo, ayer ya trabajé mucho más allá de mis horas contratadas.

—¿Qué? ¿Ermine ya se está quejando? —Un resoplido—. No me diga que está calmando a su novio cuando debería estar en su despacho.

Charlotte vio rojo.

—Sí, lo estoy —dijo, su boca moviéndose por delante del cerebro—. De hecho, estamos a punto de entrar en un hotel. —Apuñalando la tecla Fin, se volvió para encontrar Molly mirándola.

—¿Acabas de decirle a tu jefe que estabas a punto de entrar en un hotel con Ernest? —Le preguntó su mejor amiga con un susurro asombrado.

Charlotte se quedó inmóvil, de repente se dio cuenta de lo que había dicho.

—¡Oh, Dios! —Fue un gemido mortificado, su aliento atrapado en sus pulmones—. Te dije que me estaba volviendo loca.

Molly le empujó la cabeza entre las rodillas.

—Respira, Charlie.



Charlotte lo intentó, pero se dio cuenta de que su cara seguía estando de un brillante rojo cuando se incorporó.

—Ahora no puedo volver a la oficina. —¿Cómo podría enfrentarse a Gabriel Bishop?— Tendré que irme. —Entrevistarse para un nuevo puesto no podía ser más difícil que tratar de explicar a su jefe que en realidad no había estado a punto de entrar en un hotel con su novio, que no era realmente su novio.

—No, no lo harás. —Enganchando el brazo con el de Charlotte, Molly la arrastró para ponerla de pie y la acompañó a las oficinas de Saxon & Archer.

—Sé valiente —pronunció Molly cuando Charlotte se detuvo en la puerta, la respiración entrecortada de nuevo y con el corazón desbocado.

Charlotte nunca había sido valiente, pero no podía decepcionar a Molly, especialmente cuando su mejor amiga estaba tratando de apuntar a sus propios sueños. *Sé valiente*, pronunció de nuevo, y se obligó a ir al ascensor.

El paseo por el pasillo hacia su oficina fue tan malo como el día que había pensado que estaba a punto de ser despedida. Ni siquiera cuando Brent Sinclair la atrapó al pasar para darle unas sinceras gracias por su parte al entregar su idea frente al jefe, no detuvo la sensación de malestar en su estómago.

No sólo le había lanzado una grapadora a la cabeza del jefe, le había colgado después de decirle que se dirigía a cierto placer por la tarde.

Con ganas de gemir, atravesó las puertas de su oficina y se quitó el abrigo mientras colocaba el bolso a un lado. Luego despejó los mensajes de su teléfono y se sentó para terminar el trabajo que había dejado a la mitad cuando salió a almorzar. Lo llevó a la oficina de T-Rex y lo puso sobre su escritorio.

Él levantó la mirada con un brillo en los ojos.

—¿Un almuerzo agradable?

Sintiendo sus mejillas ponerse rojas como tomates, se las arregló para decir:

—Sí.

El T-Rex no mordió, volvió su atención al trabajo.

—Necesito que establezca una conferencia telefónica a las cuatro con Sydney y Queenstown. Asegúrese de que participe todo el equipo directivo en ambos lugares.

Aturdida por librarse tan fácilmente, dijo:

—Empezaré ahora mismo.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Casi había llegado a la puerta cuando Gabriel Bishop dijo:

—Parece que Egor es de mecha rápida, señorita Baird. Hay píldoras para eso, ya lo sabe.

*Maldita sea, ¿dónde estaba ese jarro de agua helada?*



## Capítulo 7

### *La infame cláusula esclavo*

El viernes por la tarde, Charlotte se sorprendió al ver que había sobrevivido a casi toda una semana de trabajo con T-Rex. Ese mismo día, la había despedido, luego con el siguiente aliento le había pedido que localizara a alguien en una sucursal regional. Cuando eso sucedió por segunda vez, ignoró el ser despedida y siguió con su trabajo, a pesar de que podría haberle fulminado con puñales en la espalda una o dos veces.

En cuanto a los macarons franceses de fruta de la pasión y chocolate negro que aparecieron en su escritorio después de que trabajara durante el almuerzo, mordió uno con fruición, imaginando que era la cabeza de un carnívoro particular.

—Hola, Charlie. —Tuck llegó en ese momento—. Tengo correo para ti.

Cuando él vio los macarons, Charlotte le tendió la caja. Él sonrió y tomó un par, mordió uno.

—Vaya, estas galletas de lujo son bastante geniales. —Tragó y la dulce confección se había ido—. ¿Quieres parar y tomar un café juntos?

—Lo siento, Tuck. Tengo que trabajar.

—Es tan *impresionante* que tengas este trabajo. —Le sonrió—. Eres como mi persona favorita en todo el edificio.

Charlotte le sonrió mientras se iba con el carro del correo.

—Vamos a comer juntos la próxima semana, ¿de acuerdo?

Tuck levantó los pulgares, las puertas se cerraron detrás de él.

—¿Engañando al pobre Ebenezer, Srta. Baird?



Charlotte no saltó ante la profunda voz que salió del umbral de la oficina, los pelos diminutos de sus brazos se habían erizado un segundo antes de que hablara. Como sistema de alerta temprana, era infalible.

—*Ernest* —dijo entre dientes, retrocediendo por pura autodefensa—. Su nombre es Ernest. —Mientras no mirara al hombre que la volvía loca, estaría bien. Pero como no podía ignorar totalmente a su jefe, finalmente orientó la silla hacia él.

—Me aseguraré de recordarlo —dijo, ese brillo peligroso de nuevo en sus ojos.

—¿Necesita algo? —preguntó, ocupándose en su escritorio una vez más porque mirar a Gabriel Bishop durante demasiado tiempo tenía una manera de afectar negativamente a su sistema nervioso.

—Necesito que venga a trabajar mañana. —Un roce leve de sonido que le dijo que se frotaba la mandíbula. Él siempre terminaba con una sombra de barba alrededor de las cuatro y tenía una afeitadora eléctrica en el cajón de su escritorio en caso de que necesitara asistir a una reunión por la tarde o a una cena de negocios.

Anoche no se había afeitado, cuando en realidad había salido a una hora razonable con el fin de asistir a una cena personal. A sus citas probablemente no les importaba esa barba. A Charlotte no, y Dios, ese era un pensamiento singularmente inadecuado. No sólo porque él era su jefe, sino porque se había pasado el día enfureciéndola de miles de formas.

—También es necesario reservar billetes de regreso a Queenstown el domingo —le dijo antes de que pudiera responder a su primera petición—. La quiero conmigo para el almuerzo de trabajo que voy a tener allí con varios directores de hotel.

—¿El domingo?

Otro roce de su mandíbula, su voz sombría cuando dijo:

—Los contratos de Boutique Saxon & Archer están llegando a la renovación, y va a ser difícil vender que les den otra oportunidad a la compañía después de la idiotez de Hill. —Esa sonrisa de tiburón de nuevo—. Bien podemos atiborrarlos con champán antes de que firmen en la línea punteada.

—Lo organizaré. ¿Es por una noche?

—No. De vuelta la noche del domingo, último vuelo que pueda conseguir.

—Bien. —Después de haber refrenado de alguna manera sus pensamientos amotinados, se levantó y le entregó un correo que había visto en la parte superior de la pila que Tuck había dejado—. Está marcado como personal.



Su expresión se oscureció mientras tomaba el sobre blanco, la escritura elegante y llena de florituras.

—Gracias.

Charlotte casi preguntó si algo iba mal, si la carta estaba conectada con las llamadas de teléfono que había recibido en los últimos dos días de un hombre que sonaba más viejo. Sin embargo, él se giró para regresar a la mesa en el momento en que ella abrió los labios para hablar. Cerrando la boca, empezó a reservar los billetes cuando la golpeó.

La quería con él en Queenstown.

La ciudad era famosa por sus pistas de esquí, aventuras acuáticas y el impresionante paisaje alpino, las boutiques de Saxon & Archer de allí eran tan importantes para los resultados de la empresa como las tiendas de la marca. Cada una estaba localizada en el corazón de un hotel de cinco estrellas y estaba destinada a funcionar como un refugio de diseño para los viajeros adinerados.

Como representante de Saxon & Archer, se esperaba que mirara esa parte.

Manchas aparecieron frente a sus ojos, el bombeo de su corazón duro y rápido. Sabía que él esperaba que lo acompañara a las reuniones, pero la realidad era lo bastante exasperante como para que saliera a dar un paseo en cuanto terminó de reservar los billetes. Una vez en la calle, llamó a Molly.

Su mejor amiga se encontraba fuera del país, pero contestó rápidamente.

—¿Charlie? ¿Qué pasa?

Charlotte quería preguntarle cómo iba todo con Fox y el concierto, pero ahora estaba en modo de pánico completo, así que dijo:

—¡Necesito ayuda!

—¿Para seducir a Bishop?

—*Molly*. —Su estómago se retorció ante la idea de estar tan cerca de todo ese calor masculino crudo, el deseo se enredó con un miedo que parecía tejido en los huesos—. No —le dijo a su mejor amiga—. Ropa, necesito ayuda con la ropa.

—¿Vas a cambiar tu armario? —Esta vez la pregunta fue suave, esperanzada.

Mordiéndose el labio inferior, Charlotte apretó los puños.



—No puedo ir a una reunión importante así. —Hizo un gesto con la mano al vestido negro holgado que llevaba, olvidando que Molly no podía verla—. El señor Bishop...

—¿Sr. Bishop? —repitió Molly—. Soy tu mejor amiga. Sé que no piensas en él como el Sr. Bishop.

La burla era justo lo que necesitaba para volver a un nivel estable. Haciendo una mueca por la línea telefónica, dijo:

—Iba a decir que T-Rex ha sido muy paciente. —Inesperadamente—. Podría haberme ordenado que consiguiera un mejor vestuario el día que me dio el ascenso. —Frunció el ceño—. El día que me *obligó* a promocionar.

—Ese trabajo siempre fue tuyo. Sólo se aseguró de que ahora te paguen por ello.

Charlotte se frotó la cara con la mano libre.

—Simplemente no sé si puedo hacerlo. —Su psicología desordenada no era tan complicada; sabía exactamente por qué llevaba lo que llevaba. Sabía que la ropa no suponía ninguna diferencia, no habría cambiado lo que le había sucedido, no alteraba nada. La ropa que elegía la hacía sentirse invisible, e incluso si eso era una mentira, era una mentira que necesitaba para funcionar.

—Sabes que no fue tu ropa lo que hizo que Dick hiciera lo que hizo. —La ira vibraba a través de la voz de su amiga—. Podrías haber llevado un saco de patatas todos los días o un traje de alta voltaje o una minifalda, y no habría cambiado el hecho de que él es un imbécil violento.

Charlotte sabía que si Molly se hubiera salido con la suya, habría encontrado y dado una paliza a Richard.

—No es lógico —admitió a la mejor amiga que siempre, *siempre* había estado ahí para ella—, se trata de control. Siento que estoy haciendo algo para protegerme cuando me visto de esta manera, incluso cuando sé que lo que realmente estoy haciendo es ocultarme.

—Oye, conoces mi regla, no menospreciarte.

—No lo estaba haciendo. Estaba siendo brutalmente honesta. —Dejó escapar un suspiro—. Es hora de que me enfrenté a mis neurosis de frente.

—Un poco de comportamiento neurótico nos hace interesantes.

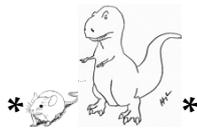
—¿Quién ha hablado de un poco? —Echando un vistazo a su reloj, Charlotte se dirigió rápidamente hacia una pequeña tienda que normalmente tenía una buena



selección; no estaba segura de si iba a tener la oportunidad mañana y tenían un vuelo temprano a Queenstown el domingo—. Te voy a enviar fotos desde el probador. — Podía hacer esto, podía perder su capa de invisibilidad y sobrevivir.

Ir hacia atrás ya no era una opción.

No cuando se había encerrado con un T-Rex y salido con vida al otro lado.



Después de romper, sin leer, la carta del hombre que pensaba que debería tener el derecho a llamarse a sí mismo el padre de Gabriel cuando había jodido todo para ganarse ese derecho, Gabriel llamó al hombre que *era* su padre, a pesar de que no compartían ADN. Era la herencia de Joseph Esera lo que llevaba en su cuerpo, el diseño dibujado por su padrastro y entintado por un tastro que era un artista especializado en tatuajes samoanos.

Cada línea tiene un significado, una historia.

Le habían dado cada parte del diseño general como un regalo en un momento trascendental de su vida, empezando por la selección de rugby a los dieciocho años. Algunos de los tatuajes habían dolido un huevo, pero el orgullo de Gabriel en honor a su padrastro, en ser abrazado tan absolutamente como el hijo de Joseph, era más profundo que cualquier dolor fugaz.

—Hola, papá. ¿Qué dijo el médico sobre Danny? —Su hermano menor había sido enviado al banquillo para asegurarse de que sanara adecuadamente de una lesión muscular que se había producido en un juego anterior. Aunque sólo tenía veintiún años, Daniel Esera ya se estaba haciendo un nombre por sí mismo como medio al que vigilar, y su entrenador había adoptado el enfoque de "mejor prevenir que curar". Era la decisión correcta, pero Danny se había estado quejando un poco en las últimas dos semanas.

—Lo exoneró. —La respuesta de Joseph era jubilosa—. Estará en el campo mañana.

Gabriel sonrió, tomando nota mental de enviar un mensaje a su hermano pequeño felicitándolo.

— ¿Mamá y tú todavía hacéis esa cosa de las películas?



Joseph y Alison se habían encontrado el uno al otro cuando Gabriel tenía ocho años y su hermano, Sailor, seis. Un matrimonio tan pronto como su madre consiguió el divorcio, dos críos más y más de dos décadas después, todavía estaban locos el uno por el otro. Suficiente para que Joseph, un hombretón que se había ganado un nombre como enforcer<sup>2</sup> en el campo de rugby, hubiera estado de acuerdo en una “noche de comedias románticas” con Alison, independientemente del hecho de que hubiera preferido tener puntas de metal oxidadas clavadas en sus globos oculares.

—Por supuesto que hacemos la cosa de las películas —dijo Joseph—. ¿Crees que estamos a punto de celebrar nuestro vigésimo quinto aniversario de boda porque soy un idiota?

Riendo, Gabriel habló con su padrastro durante algunos minutos antes de terminar la llamada y mandarle un mensaje a su hermano. Las interacciones borraron la ira que había sentido al ver esa carta, la escritura ridícula que era toda floritura y nada de sustancia, al igual que el hombre que había formado las palabras.

—Srta. Baird —dijo, yendo a la puerta para pinchar juguetonamente a su AP, que estaba empezando a no temblar ya en su presencia... y que se estaba poniendo más y más atractiva cada día.

Su mesa de trabajo, sin embargo, estaba vacía.



Charlotte se subía la cremallera de un vestido color magenta profundo cuando sonó su teléfono móvil, un nombre familiar parpadeó en la pantalla.

—¿Sr. Bishop?

—No puedo encontrar el maldito archivo Baxter. —Fue un gruñido.

—Lo puse en la esquina izquierda de su mesa.

Una pausa.

---

<sup>2</sup> Su papel es: proteger a los debutantes, a los jugadores importantes y a aquellos que centran la atención del equipo rival, generalmente los aperturas, y también proporcionar una válvula de escape al equipo cuando éste lo necesita, aliviando la frustración y el bloqueo que los equipos sufren con una tangana en el momento justo y en el lugar adecuado. Su trabajo es desagradecido y sucio, pero muy importante.



Ella tomó la oportunidad de comprobar el vestido en el espejo, se sorprendió al darse cuenta de que el color vibrante se veía bien en ella. No es que pudiera usarlo todavía. Una cosa era quitar la capa de invisibilidad, otro gritar su presencia.

—Lo tengo. —La voz de Gabriel de vuelta en su oído—. La necesito aquí lo antes posible.

—¿Para qué? —Era mucho más fácil clavar los tacones cuando no estaba cara a cara con él.

Él gruñó, en realidad *gruñó* a través de la línea.

—Porque es mi maldita AP.

—No vi una cláusula de esclavitud en mi contrato. —Charlotte no tenía ni idea de dónde vino eso—. No me tomé una pausa para el almuerzo, así que me estoy tomando un pequeño descanso ahora. —Fue a bajarse la cremallera del vestido y se detuvo cuando se dio cuenta de que él podría oírla.

—Coma rápido.

Se vistió y se desvistió rápidamente, envió foto tras foto a Molly. Quince minutos más tarde tenía un par de nuevos conjuntos. Haciendo planes con su mejor amiga para hacer algunas compras más una vez que Molly regresara al país, se armó de valor y volvió a trabajar. Para encontrar la puerta de T-Rex cerrada.

Preguntándose que tramaba ya que no tenía nada programado, se sentó en su escritorio y decidió aprovechar el tiempo antes de la inevitable confrontación para comprobar sus correos electrónicos. La tarea rutinaria la calmaría de la misma manera que hacían las otras rutinas en su vida.

Excepto que la dirección de correo en la parte superior era de Gabriel Bishop, con una línea de asunto ominosa: *Modificación de las condiciones de su empleo.*

Haciendo clic en ella con el corazón en la garganta, se dispuso a ser penalizada por ladrarle a su jefe... y se echó a reír. Con una mano a la boca para amortiguar el sonido, miró a la puerta cerrada de Gabriel. El hombre era letal.

Volviendo a la pantalla, leyó el e—mail de nuevo.

*Estimada Srta Baird,*

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

*A partir de hoy, usted tiene una cláusula de esclava en su contrato. Significa que hará todo lo que yo diga. Bajo ninguna circunstancia se le permite comer, dormir, tomar descansos, o reservar habitaciones de hotel con hombres llamados Eggplant.*

*Atentamente,*

*Gabriel Bishop*

Pulsando la tecla Responder, Charlotte escribió un mensaje y lo envió antes de que pudiera pensarlo de nuevo. Después, imprimió el correo electrónico de Gabriel y el suyo y los guardó en su bolso.



## Capítulo 8

### *Oh, esas rosas rojas, rojas...*

**G**abriel acompañó a Viv Grimes a la puerta, después de haber pasado una hora discutiendo sus opciones con Saxon & Archer. El CEO anterior había hecho mal uso de la inteligente gestor de suministros hasta el punto de que ella había estado a punto de renunciar cuando Gabriel subió a bordo. La había convencido de que podía confiar en él para cuidar de su espalda. Lo que haría.

A diferencia de su predecesor, Gabriel comprendía el valor de la buena gente.

Miró hacia el escritorio de Charlotte cuando Viv se fue. Al ver su silla retirada y un archivo abierto al lado de su ordenador, como si acabara de salir, se preguntó si su asistente de repente bocazas, sonrió ante el recuerdo de esa llamada telefónica, había visto su mensaje.

Antes de que pudiera comprobar su correo electrónico buscando una respuesta, ella entró en la oficina con una botella de agua, un bocadillo de treinta centímetros y un ceño en la cara.

—Como sé que no ha parado para almorzar. —Puso ambos sobre su escritorio.

—¿Dónde está mi café? —dijo, necesitando el golpe.

—Se lo inyecta en vena —murmuró ella—. Beba un poco de agua para variar. — Con eso, se dio la vuelta y se fue.

Él decidió que le gustaba su vista trasera tanto como la delantera.

Excepto por el hecho de ese feo vestido como un saco que escondía cada curva femenina que quería ver. Quienquiera que fuera Ernest, era un maldito idiota si no le había enseñado a Charlotte que era sexy como el infierno.



Gabriel no iba a ir tras a un empleado vulnerable, incluso aunque quería más cada maldito día, pero se permitía admirarla cuando ella no podía verlo. Probablemente no era el comportamiento con el que estarían de acuerdo en RH, pero Gabriel no estaba planeando contárselo.

Ya que se moría de hambre, comió el bocadillo y bebió el agua en los cinco minutos que tenía antes de salir para una reunión con la junta directiva. Era una pérdida de tiempo en lo que a él concernía, y hoy estaba lo bastante molesto como para decírselo.

—No más jodidas reuniones —dijo, apoyando las palmas de las manos sobre la mesa.

Los hombres y mujeres alrededor de la mesa se estremecieron.

—Sr. Bishop, le contratamos y...

—Y tienen que dejarme hacer mi trabajo —dijo, consciente de que su porcentaje en la compañía no era la mayoría, y también consciente de que le necesitaban más de lo que él los necesitaba a ellos. Tenía participaciones en varias empresas nacionales e internacionales, una cartera de propiedades que haría que sus ojos se les salieron de las órbitas, así como varias otras inversiones de alta rentabilidad.

La única razón por la que trabajaba con empresas como Saxon & Archer era por el desafío de rescatarlos de la pila de la chatarra. Su paciencia con idiotas que le impedían hacerlo no iba tan lejos.

—No soy un caniche entrenado que vaya a actuar ante ustedes —les dijo—. Si no pueden manejar eso, entonces despídanme, de lo contrario esta discusión ha terminado. —Hizo una pausa en medio del silencio conmocionado—. Les daré un informe mensual como se acordó en nuestras conversaciones iniciales. ¿Alguna pregunta?

No hubo ninguna.

Se fue con un cordial "Buenas tardes." Sí, podían despedirlo, pero no lo harían. Él era muy, muy bueno en salvar empresas que se hundían, y Saxon & Archer se hundía definitivamente, o lo había hecho hasta que él llegó a bordo.

Comprobó con Charlotte mientras se dirigía a su vehículo, la reunión había tenido lugar fuera de la sede para no asustar al mercado.

—¿Algo de lo que deba encargarme?



—Katherine Newton de Contabilidad ha llamado para decir que tenía que comprobar algunos informes de gastos caros con usted...

Gabriel gruñó.

—¿Ese idiota de Hill micro gestionaba todas las cosas que no debía e ignoraba todo lo que debía haber manejado?

—Por eso le dije a Katherine que me enviara los informes a mí. Los he autorizado en su nombre.

—Mientras no sean cargos de strippers o CDs de Tom Jones, está bien —dijo y creyó oír una risa, ahogada rápidamente. Sonriendo, dijo—, voy de camino a la rama de Queen Street. —La tienda más antigua de la compañía era ahora más pequeña que la rama de Sydney, pero tenía un sentido de la historia que nada podía alterar—. No me moleste a menos que sea absolutamente necesario.

—Me aseguraré de que sus llamadas sean desviadas.

—Gracias, Srta. Baird. —Dios, adoraba su voz.

¿Por qué demonios la había promovido en lugar de despedirla? Si hubiera hecho esto último, podría haberla perseguido para meterla en su cama, desnuda y con curvas dulces, con esa piel suave que quería marcar por todas partes con sus besos y sus caricias.

Con el ceño fruncido porque la ética hacía una cama malditamente fría, se dirigió a la tienda.

No fue hasta las siete de la tarde que por fin tuvo la oportunidad de revisar sus correos electrónicos. Había enviado un mensaje Charlotte a las cinco para decirle que se fuera, por lo que estaba solo en la oficina cuando leyó lo que ella había escrito.

*Estimado Sr. Bishop,*

*Gracias, pero debo declinar sus nuevos términos del contrato. Creo que lo siguiente es una alteración mucho más equitativa de las condiciones de mi contrato:*

*Charlotte Baird va a conseguir un aumento salarial del veinte por ciento con efecto inmediato, en consideración al hecho de que su jefe no duerme, por lo que espera que ella no necesite dormir tampoco.*



*Suya sinceramente,*

*C. Baird*

Echándose hacia atrás en su silla, con los brazos cruzados detrás de la cabeza, sonrió. Ah, sí, le gustaba la mujer debajo de los trajes sin forma y las remilgadas gafas de montura metálica. En realidad, le gustaban esas bonitas gafas también. La idea de verla con sus suaves rizos rubios sueltos alrededor del rostro con su barbilla puntiaguda y piel dorada, sus gafas en la nariz y el resto de ella desnudo...

—Inapropiado, Gabriel —gimió, su polla empujando contra la cremallera de los pantalones.

Necesitaba seriamente echar un polvo.

Desafortunadamente, su cuerpo mostraba una decidida preferencia por la única mujer que no podía tener.



El domingo por la mañana, Charlotte pasó las manos por el vestido recto de lana gris que era una de sus nuevas compras, lo había alegrado con un collar doble de cuentas recomendada por la dependiente de la tienda.

Tenía el pelo recogido en un moño sencillo, pero había pasado la noche anterior practicando con horquillas para que sus rizos no escaparan. El maquillaje estaba en buen estado después de tantos años de no usarlo, no es que hubiera sido una experta, pero de acuerdo con Molly, su piel no lo necesitaba.

Poniéndose con cuidado el brillo de labios color rosa pálido que había elegido al azar, respiró hondo y se miró en el espejo. Bueno, no iba a ganar ningún premio de la moda, pero parecía profesional y no avergonzaría a Gabriel en la reunión.

Agarrando su bolso, desconectó la alarma y abrió. El taxi que había llamado para ir directamente al aeropuerto llegó segundos después. Al ser tan temprano un domingo, el paseo fue un suspiro, y pronto atravesó la seguridad y esperó a Gabriel en la puerta. Él llegó cerca del despegue, y de ahí en adelante, todo fue bien.



Trabajaron durante todo el vuelo de dos horas de duración, aterrizaron y fueron directamente a hacer visitas no anunciadas a varias de las tiendas antes de ir al restaurante donde ella había reservado la reunión del almuerzo. Los directores de hotel, cuando llegaron, resultaron uniformemente inteligentes y financieramente diestros, pero al final, Gabriel obtuvo exactamente lo que quería, su carisma poderoso.

—Parece que tenemos dos horas de sobra —dijo después—. Vamos, Srta. Baird, puede ayudarme a elegir un regalo para una hermosa mujer que conozco.

Charlotte no podía pensar en nada peor.

—Estoy segura que tiene un gusto excelente, Sr. Bishop.

—Insisto.

Así fue como se encontró deambulando de una joyería boutique de alta gama a otra. Señaló artículos sólo para poner fin a todo este ejercicio insoportable, pero él no estaba satisfecho. Al final, compró la única pieza que había adorado de verdad. Era su propia culpa: estaba sacando una foto a escondidas a una delicada pulsera, única en su tipo cuando él la atrapó.

Y ahora, pensó mientras se desplomaba en su cama esa noche, él le daría la exquisita pieza a una mujer que probablemente no apreciaría el delicado arte de la misma. Golpeando la almohada para darle forma, intentó dormir. Su estado de ánimo no era mucho mejor a la mañana siguiente.

Llegó a la oficina antes de que Gabriel regresara de correr, acababa de hacerse una taza de café y tomado asiento cuando él entró. Parecía tan crudamente sexy como siempre. Incluso olía bien, y eso debería haber sido imposible. El olor a sudor limpio sobre la piel caliente funcionaba en lo que se refería a Gabriel Bishop. Charlotte no creía que ninguna mujer pudiera alejarlo si él la arrastraba hacia sí para darle un beso en este momento.

—Buenos días, Srta. Baird.

—Buenos días, Sr. Bishop. —Al menos ahora podía hablar ante su presencia casi desnuda.

Agarrando lo que necesitaba para la ducha, él se pasó una mano por el pelo empapado de sudor y se giró hacia las puertas de cristal.

—Srta. Baird.



Charlotte levantó los ojos, con aire de culpabilidad, de sus muslos, la cara roja. Afortunadamente, él tenía el ceño fruncido a algo en su teléfono, que debía haber recogido de la oficina ya que ella sabía que cuando corría era la única vez durante el día que era inalcanzable. Como medida para aliviar el estrés, lo aprobaba. ¿El hecho de que ella tuviera que empezar su día viéndole sudoroso, caliente y en pantalones cortos? Un plus.

—Le estoy enviando una dirección —dijo—. Que entreguen una docena de rosas.

Su estado de ánimo feliz decayó.

—¿De qué color?

—Rojas, por supuesto.

Por una vez, no le observó salir, no cedió a la tentación de echar un vistazo al hombre seriamente construido que era su jefe. En cambio, comprobó su e-mail para ver quien estaba a punto de recibir una docena de rosas rojas de Gabriel Bishop, probablemente la misma mujer a la que le había dado el brazalete.

*Fabiana Flores.*

Charlotte habría tenido que haber vivido bajo una roca durante la última semana para no reconocer el nombre de la glamurosa modelo con labios como picados por una abeja, que se encontraba en el país para el lanzamiento de un perfume. Cuando contactó con una floristería para realizar el pedido, se dijo que no se sorprendía. Los atletas y modelos, era una combinación predecible. ¿Y por qué no? Ambos cuidaban de sus cuerpos, a menudo sus alturas complementaban la del otro...

—Deja de obsesionarte, Charlotte. —Después de todo, dejando las fantasías sobre él a un lado, no era como si hubiera tenido alguna esperanza seria de que Gabriel mirara en su dirección. De hecho, no podía pensar en nada peor: la brutal verdad era que lo más probable es que se asustara, el miedo apretando su garganta y robando el aire de sus pulmones, y lo arruinaría todo.

Dolía admitirlo, admitir sus deficiencias tan bruscamente, pero Charlotte había dejado de mentirse a sí misma el día que había roto las cosas con Richard. Las mentiras y las falsas esperanzas sólo llevaban al dolor y a la traición.

Gabriel Bishop estaba simplemente fuera de su alcance.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Segunda parte

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

## Capítulo 9

### *El Ratón gruñe*

**D**os meses y medio más tarde, Charlotte había enviado innumerables ramos de rosas rojas en nombre de Gabriel, cada una a una mujer diferente. Modelos, actrices, presentadoras de televisión, dos médicos, una piloto comercial de largo recorrido, tres compañeras directores generales y una chef. La chef devolvió las rosas con las cabezas cortadas.

Al ver los tallos decapitados cuando llevó la caja abierta a su despacho, Gabriel hizo una mueca.



—Ve por qué una segunda cita hubiera sido una mala idea, ¿verdad, señorita Baird?

Charlotte no supo por qué dijo lo que dijo cuándo había sido la asistente personal *perfecta* durante tantas semanas, discreta, eficiente e invisible excepto cuando la necesitaba. Bueno, bien, había ocurrido ese incidente con el muffin, pero él la había conducido a ello, por lo que no contaba.

No podía explicar la respuesta de hoy con la misma facilidad. Tal vez fueron las tristes rosas decapitadas. Sentía una simpatía aguda con la chef enojada, por todas las mujeres de las rosas. O tal vez era el hecho de que la floristería ya la conocía por su nombre, diciendo “¿Lo de siempre?”, cuando Charlotte llamada.

Una AP sólo podía soportar una parte.

—Parece señor Bishop —dijo desde su posición al otro lado de la mesa—, que usted no cree en las segundas citas en absoluto. —El desfile de bellas mujeres en su vida era interminable y ningún rostro se repetía jamás.

Una cita y estaban fuera.

Recostado en la silla ejecutiva de cuero negro, con los brazos cruzados detrás de la cabeza y el fino algodón gris de la camisa estirado por las crestas y valles de su pecho definido, Gabriel sonrió. Era tan devastador como de costumbre, pero Charlotte había aprendido a enfrentarse con el agujero en su estómago que era su respuesta a la sonrisa de su jefe. Desafortunadamente para ella, su susceptibilidad a él había aumentado en lugar de disminuir en el tiempo que llevaban trabajando juntos.

Su atractivo físico sólo era una pequeña parte de ello.

Gabriel podría no conocer el significado de compromiso cuando se trataba de mujeres, pero podía aceptar su palabra en el mundo de los negocios. Sus empleados, y toda la junta para el caso, permanecían más que un poco intimidados por él, pero le respetaban a él y a sus promesas. No sólo era justo, trabajaba más duro que cualquiera de ellos, y la empresa iba viento en popa bajo su liderazgo.

Inteligente, directo, magnífico, era más cautivador que cualquier persona que hubiera conocido nunca. También era el más arrogante.

—No me gustaría que cualquiera se hiciera ideas —dijo, el brillo en sus ojos familiar—. Segunda cita y las mujeres comienzan a pensar en toallas con monogramas y anillos de compromiso.

Charlotte puso los ojos en blanco.



Él la atrapó, por supuesto.

—¿No está usted de acuerdo?

—Yo no me atrevería a hacer comentarios sobre su vida privada. —No importaba lo mucho que quisiera.

—Vamos, Srta. Baird, no sea tímida ahora.

Charlotte no confiaba en ese tono de voz, era un desafío. Y ella no aceptaba desafíos. Sobre todo de T-Rexes con dientes muy afilados.

—¿Le gustaría que las metiera en agua? —preguntó, levantando la caja de tallos.

—Tiene una vena malvada. —Bajando los brazos con el ceño fruncido, miró el pesado reloj de metal que siempre usaba. Sobre él, se encontraba en perfecta proporción, encajaba con los huesos pesados, las líneas tensas de músculo de sus antebrazos.

—Maldita sea, tengo que lidiar con el desastre que Clarke hizo en su región.

—Voy por los archivos. —Se detuvo en la puerta, la misma sensación extraña que le había hecho decir ese comentario sobre sus tácticas de citas la pinchó hasta que dijo:

—¿Quiere que llame a la chef y le pida que le envíe la cena esta noche?



La deseaba.

Pequeña, inteligente, con un fuego oculto en sus ojos cuando la empujaba con demasiada fuerza y una boca inteligente que quería probar, Charlotte Baird era la versión de Gabriel de perfección.

—Gracias, pero no —respondió mientras se alejaba—. Prefiero no morir de intoxicación alimentaria.

Casi tres meses frustrantes desde su primer encuentro, y Charlotte ya no era tan asustadiza a su alrededor. Sus bromas de hoy consolidaban su conclusión de que ella estaba lista para el siguiente paso en este juego que estaban jugando, un juego que ella desconocía. El hecho de que siguiera siendo su subordinada en el trabajo significaba que tendría que tener cuidado en lo que se refería a cómo llevarlo a cabo, pero iba a tener a Charlotte Baird.



Nada ni nadie jamás se había interpuesto en su camino cuando ponía su mente en algo, y su mente estaba en Charlotte, lo había estado durante mucho tiempo. La paciencia que había mostrado en los últimos meses... no tenía ni idea.

Una vez que la tuviera, iba a tomarla. Una vez, y otra y *otra*.

—Srta. Baird, me va a crecer la barba mientras espero el archivo —gritó, bien consciente de que ella estaba imprimiendo los últimos despachos sobre la situación para que pudiera obtener una imagen completa.

Ella entró un minuto más tarde y colocó el archivo con mucho cuidado sobre la mesa, aunque él podía decir que quería dejarlo con fuerza, tal vez darle una patada mientras estaba en ello. No le importaría si lo intentaba, le gustaban mucho sus piernas.

Con el ceño fruncido ante la falda negra de tres cuartos de longitud profesional pero sosa que ocultaba la mayor parte de la vista, agarró el archivo y lo abrió.

—Falta la segunda mitad. Toda la sección que tiene que ver con el incidente de falta de tacto que hizo aterrizar su rama en las noticias de las seis. —Había pensado que había depurado a los idiotas de Saxon & Archer, pero estaba claro que no.

—No he imprimido toda la documentación, porque le será más fácil cliquer a través de los archivos relacionados usando el enlace que acabo de enviarle por correo electrónico. —Ella le dio una sonrisa tan dulce que estaba bastante seguro de que su AP quería estrangularlo—. Básicamente he configurado una wiki interna privada para usted.

Estaba impresionado, pero también se estaba divirtiendo irritándola.

—Al diablo con eso —dijo y vio sus mejillas se volvían de color rojo brillante, sus ojos fogosos—. Quiero una copia impresa de todo y la quiero ahora. Tengo que leer todo el lote antes de irme a joder su cabeza.

—Aquí. —Rodeando su escritorio como si hubiera perdido la paciencia con él, y Gabriel había estado intentando durante mucho tiempo que la perdiera, Charlotte cogió la tablet que él utilizaba sobre todo para ver partidos de rugby cuando necesitaba borrar las telarañas, y la encendió.

Tocándola, dijo:

—Introduzca su contraseña.

Él enarcó una ceja.



—Yo soy su jefe, señorita Baird —dijo, sólo para ver si se rendía y le daba una patada por fin.

Porque ese sería el primer contacto, y entonces él podría ir tras ella sin tabúes.

En cambio, dijo:

—Por favor, señor —con una voz tan sincera que él entrecerró los ojos.

Tecleando el código, la vio descargar su e—mail, fruncir el ceño, luego inclinarse hacia adelante para acceder a su ordenador. A él no le gustaba nadie en su espacio personal al que no hubiera invitado, pero le gustaba Charlotte allí mucho. Reclinándose en su silla, disfrutó de la forma de su culo mientras ella trabajaba.

La falda era lo bastante ajustada para al menos estirarse bien sobre la curva de su culo.

El impulso de acariciar esas deliciosas curvas era seriamente tentador, pero no era estúpido. Después de todas estas semanas de estrategia muy cuidadosa para conseguir que dejara de verlo como su jefe y empezara a verlo como un hombre, de ninguna manera iba a dar a Charlotte cualquier excusa para alejarse. No sólo no tenía ninguna intención de perder a la mejor maldita AP que había tenido alguna vez, ¿cómo diablos se suponía que iba a meterla de forma permanente en su cama si no tenía acceso a ella veinticuatro horas siete días por semana?

No, esperaría. Y la acariciaría en privado, después de que la inclinara desnuda delante de él, ese bonito trasero inclinado hacia arriba para su placer y el de ella. Quería oír a Charlotte gemir su nombre y luego pedirle que le hiciera cosas sucias, sus remilgadas gafas se empañarían con el calor.

—¡Ya! —Al levantarse, esa estúpida falda se deslizó sobre la belleza en forma de corazón de su culo para flotar alrededor de sus pantorrillas, ¿qué diseñador odiamujeres había creado esa abominación? Ella agarró su tablet y tecleó una vez más—. Todos los archivos a su alcance.

Gabriel tomó la tablet y la revisó.

—Lo haré —dijo, aunque estaba seriamente impresionado por cómo había reunido todo de una manera que le resultaba fácil acceder a lo que necesitaba.

Vio sus manos cerrarse en puños, pero una vez más, contuvo sus impulsos violentos. Una lástima. Le hubiera gustado la excusa de tumbarla en su regazo cuando ella lanzara un golpe a la mandíbula, ese dulce culo bajando sobre sus muslos.



Dejando a un lado la tablet con ese pensamiento placentero, cogió la grabadora digital que había estado usando antes de que ella entrara con los tallos de rosas.

—Quiero que escriba personalmente esto. —No confiaba en el grupo de mecanógrafas que manejaban la mayor parte de la entrada de datos generales, no con un documento que tenía que decir exactamente lo que él quería decir sin tener que revisarlo diez veces para asegurarse de que no habían perdido ni una coma o insertado una palabra.

—Por supuesto. —Sus ojos se posaron en su reloj después de que comprobara la longitud de la grabación—. ¿Lo necesita esta noche?

—¿Por qué, cita caliente con Ebenezer?

Con las mejillas rojas de nuevo, su pecho subiendo mientras tomaba una respiración profunda.

—Mi vida personal —dijo después de exhalar—, no es asunto de la compañía.

No, pero Gabriel iba a convertirlo en su maldito asunto. Había estado tratando de mandar al garete sus citas con Ernest desde que se convirtió en su AP, pero aunque no había logrado cortarlas, estaba claro que el hombre no cuidaba de ella. Si lo hubiera hecho, ella no sentiría la necesidad de usar faldas a media pierna con camisas blancas abotonadas hasta el cuello o vestidos rectos dos tallas más grandes. La ropa podría ser profesional y absolutamente inobjetable desde un punto de vista empresarial, pero abrumaban totalmente su pequeño cuerpo.

De hecho, Gabriel estaba mortalmente seguro que Ernest no había hecho ningún tipo de movimiento. Charlotte no actuaba como una mujer que ha sido tomada, y cada vez que Gabriel la llamaba tarde por la noche para comprobar algo, estaba en casa. Eso significaba que Ernest era un imbécil, porque ¿qué tipo de hombre *no haría* un movimiento con Charlotte si la tuviera?

Sí, bueno, la suerte del imbécil estaba a punto de agotarse.

—Sí —dijo en voz alta—, lo necesito esta noche. —No era una mentira, no esta vez—. Este acuerdo podría reducir significativamente los costos de transporte, pero estamos con un calendario estricto.

Un rápido movimiento de cabeza.

—Empezaré de inmediato.



Charlotte se sentó ante su escritorio, un escritorio que nadie en la compañía había esperado que fuera a poseer alguna vez, al menos no ella misma.

Como nunca habría predicho que un día agarraría la tablet de su jefe y le obligaría a entrar en el siglo XXI, pero él había estado empujando, empujando y empujando hasta que no pudo aguantar más. Usando los auriculares que prefería en lugar de los de botón, conectó la elegante grabadora negra que a él le gustaba usar, y su voz profunda llenó sus oídos.

Todavía hacía saltar su estómago, incluso después de casi tres meses en su proximidad.

Soltando un suspiro, comenzó a escribir, centrándose en conseguir los detalles exactamente correctos. Era por eso por lo que tenía esta oficina, este puesto, a pesar de sus defectos... a pesar del miedo que vivía dentro de ella incluso después de todos los otros pasos que había dado, una bestia sinuosa y burlona que seguía despertándola algunas noches bañada en sudor frío.

La noche anterior había sido una mala.

Con el corazón acelerado lo suficiente para hacerla sentir enferma, había tenido que salir de la cama, comprobar que estaba sola en la casa antes de poder cerrar los ojos de nuevo. Pero no importaba el miedo, estaba viviendo una buena vida. Tal vez no era emocionante, admitió, y tal vez su timidez y la incapacidad permanente a *no tener miedo* era cada vez más frustrante... y tal vez nunca tendría la conexión apasionada que Molly había encontrado con su estrella de rock, pero...

—Srta. Baird.

Sobresaltándose ante el sonido de la voz de Gabriel mezclada con la de la cinta, se quitó los auriculares para verlo frunciéndole el ceño.

—Casi he terminado.

—Bien. Una vez que termine eso, necesito encontrar a Finley y traer su culo aquí.

Al darse cuenta de que el ceño no había sido para ella, terminó el documento, lo corrigió, luego lo imprimió y se lo entregó. Simon Finley había salido de la oficina a las cinco, se estaba tomando una cerveza en casa cuando ella le localizó.



—Jesucristo —murmuró—. Ese hijo de puta no tiene vida y piensa que nadie más la tiene.

Colgando después de que el otro hombre prometiera estar de regreso en media hora, supo que Finley estaba equivocado. Como mostraba el desfile de rosas rojas, Gabriel tenía una vida fuera del trabajo, una llena de bellezas de piernas largas que no sólo tenían cuerpos y caras ba—ba—boom, sino también cerebros. Incluso las modelos con las que se citaba no eran simples muestrarios de ropa, todas tenían sus propios perfumes o líneas de ropa, otros negocios.

Sí, ella nunca iba a estar en esa liga, pensó, levantando el teléfono para contestar una pregunta del guardia de seguridad de la planta baja.

—Charlie, el repartidor acaba de traer la cena del jefe. No puedo dejar mi puesto en este momento con Steven de descanso. ¿Puedes venir a recogerlo?

—Ahora mismo voy.

Después de recoger la comida, que vio que era del restaurante de primer nivel que a Gabriel le gustaba, la subió y la llevó a su oficina. Era una rutina que seguían por lo menos tres veces a la semana, Gabriel metía más horas que nadie en la empresa.

Como es habitual, el último contenedor estaba marcado "Charlotte". Normalmente, ella era la que realizaba el pedido, pero en las raras ocasiones en que lo hacía él mismo, nunca olvidaba pedir algo para ella, y nunca se equivocaba. Ella no tenía idea de cómo había notado que le gustaban ciertas cosas y otras no, pero lo había hecho.

—¿Finley? —preguntó Gabriel sin levantar la vista de la pantalla del ordenador.

—Regresando a la ciudad. Está en Albany, así que tardará veinte minutos por lo menos con el tráfico actual.

No hubo respuesta, su concentración en el trabajo. Llevándose la cena a su escritorio, la abrió para revelar el fragante arroz jazmín con un envase de plástico de curry verde tailandés junto a él, un pepino bellamente cortado sobre el arroz como guarnición. Con la boca hecha agua, cogió el tenedor incluido y comenzó a comer en su escritorio.

—Srta. Baird.

Estuvo a punto de dejar caer el tenedor ante la tranquila pero penetrante llamada de Gabriel. Maldito hombre. Dejando su comida, fue a la puerta de su oficina.

—¿Hay algún problema con el documento?



—No. Traiga su cena aquí.

Parpadeó y se volvió para recuperar el envase. Nunca comían juntos, normalmente él trabajaba y comía al mismo tiempo, y ella tenía que comer rápidamente en caso de que él quisiera que metiera cambios de última hora u organizara reuniones o conferencias telefónicas tan pronto como acabara con lo que estaba trabajando.

La semana pasada, había tenido que llamar a los proveedores en Londres, Namibia, y Finlandia, todos en el espacio de un solo y largo día. Saxon & Archer, una vez más, estaban siendo alabados como los grandes almacenes de lujo en Australasia, y tenía mucho que ver con su cadena de suministro rejuvenecida, así como el aumento de la moral del personal. Todo impulsado por la fuerza inexorable conocida como Gabriel Bishop.

Cuando regresó a la oficina de Gabriel, fue para encontrar que él había ido a la zona de asientos de cuero negro que a veces utilizaba para reuniones más informales. Su corbata estaba desatada, los dos primeros botones de la camisa desabrochados y sus mangas arremangadas como era norma a esta hora del día. La sombra de barba oscurecía su mandíbula. La curva sensual de su labio inferior era el único punto de suavidad en él.

En sus momentos de locura, Charlotte a veces se preguntaba si él era áspero en la cama o si tenía ternura.

*Sabes que es caliente, ¿no?*

Molly se lo había dicho cuando Charlotte se había estado quejando de Gabriel al principio. Aunque Charlotte lo había negado en su momento, ambas habían sabido que estaba mintiendo. Ahora, si sólo pudiera olvidar su atractivo y centrarse estrictamente en el trabajo, estaría bien en su camino a una exitosa carrera a largo plazo.

Tomando asiento en el sofá frente a él con ese recordatorio, comió en silencio mientras él alternativamente fruncía el ceño ante el documento que todavía estaba leyendo y o comía su comida rápida y limpiamente, como si se tratara simplemente de combustible. Era una tragedia, comida exquisitamente preparada por uno de los mejores chefs del país.

—Srta. Baird, ¿por qué me mira como si estuviera matando gatitos?



## Capítulo 10

### *Un T-Rex semidesnudo y helado (Lamentablemente no al mismo tiempo)*

**R**ealmente debería dejar de hacerle eso a su bonita administrativa, pensó Gabriel con una sonrisa interior. Cada vez que atrapaba a Charlotte mirándolo, ella se ponía roja y no podía hablar por lo menos durante un minuto. No le importaba el rojo, le hacía preguntarse si ella se sonrojaba por todo el cuerpo, pero le importaba cómo se quedaba muda a su alrededor tan a menudo. Por lo general, era simplemente porque inadvertidamente la había sorprendido, pero a veces, olía el miedo y eso le cabreaba.

Gabriel no hacía daño a mujeres, nunca había lastimado mujeres. Demonios, ni siquiera la pobre excusa que tenía como padre biológico era violento. Brian Bishop podría haber utilizado a su esposa como si fuera un cajero automático, pero nunca había levantado la mano a nadie de la familia.

Era lo único bueno que Gabriel podía decir sobre el hombre.

Charlotte no había tenido tanta suerte. Alguien le había maltratado hasta el punto de que tenía cicatrices profundas, le gustaría rodear el cuello del puto cabrón con las manos y darle un poco de su propia medicina. Un día, cuando ella confiara en él lo suficiente, se lo contaría y él se aseguraría de que no tuviera ninguna razón para temer a su abusador de nuevo.

—Debería apreciar su comida. Alguien puso una gran cantidad de tiempo y esfuerzo en ello.

Estaba tan sorprendido por la reprensión femenina que se echó hacia atrás y la miró. Rompiendo el contacto visual casi de inmediato, ella se concentró en su propia comida. Él observó el tenedor viajar a través de sus labios y pensó en esa bonita boca sobre su polla, la lengua lamiendo la vena que corría a lo largo de la parte inferior.



*Cristo*. Arrancando su mente de esa trayectoria particular, antes de que se convirtiera en rígidamente obvio lo que quería hacer con ella, aterrizándola sin duda para que huyera, comenzó a comer de nuevo.

—Aprecio la comida cuando tengo el tiempo —dijo, considerando una vez más cómo llevar esto al siguiente nivel. Charlotte al fin había dejado de saltar cuando él estaba cerca, y hoy, había mostrado más que un toque de humor. No estaba dispuesto a permitir que el progreso se parara—. Puede ser que tengamos tiempo para una comida adecuada juntos en Rotorua la próxima semana.

Ella alzó la mirada ante la mención de la ciudad famosa por su alta actividad geotérmica, con géiseres y piscinas de lodo burbujeante.

—¿Rotorua?

—Aja. —Echando un vistazo por encima de su hombro, dijo—: Entra, Finley. La Srta. Baird y yo estábamos terminando la cena. —Recogió la impresión que había editado anteriormente, mientras Charlotte dejaba el tenedor y cerraba la tapa en su envase vacío.

Entregándole las páginas, él dijo:

—¿Puede meter estos cambios esta noche?

—Sí, por supuesto. ¿Le gustaría que estuviera aquí para la reunión de las diez?

Necesitó un segundo para repasar los detalles en la cabeza. La llamada estaba programada tan tarde debido a la diferencia horaria con Londres, hogar del hombre con quien Gabriel estaba haciendo un trato crítico para el crecimiento futuro de Saxon & Archer.

—Sí —dijo—, puede que la necesite.

Echando un vistazo a su reloj, vio que eran casi las ocho.

—Si quiere, puede ir a casa durante una hora y media después de terminar las modificaciones y volver aquí diez minutos antes de la reunión.

Asintiendo, ella salió, cerrando la puerta detrás de ella, y Finley tomó su lugar. Con lo cual, Gabriel miró al hombre a los ojos y dijo:

—¿Te importaría explicarme por qué faltan cientos de miles de dólares del presupuesto de funcionamiento de tu departamento?

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---



Charlotte no fue a casa como había sugerido Gabriel. En su lugar, se puso el abrigo y dio un paseo por el paseo marítimo, las calles de la ciudad vibraban con vida a pesar del frío del invierno, el viento del mar refrescante contra su piel. Apoyada en la barandilla de la terminal del ferry, mientras observaba los transbordadores llegar pensó en cuántos helados habían compartido ella y Molly en las escaleras cercanas.

Echaba de menos a su mejor amiga cada día, pero estaba ferozmente feliz de que Molly hubiera tomado la valiente decisión de luchar por su sueño y mudarse a Los Ángeles. Todavía hablaban o se mandaban correos todos los días, y Charlotte no tenía miedo de que fuera a cambiar. No importaba si Molly estaba ahora con una de las mayores estrellas de rock del planeta, todavía era Molly, la hermana de su corazón.

Una que le había enviado un mensaje hacía dos días que decía:

*Hoy Fox me ha dicho que la banda ha decidido tener su propio jet privado. Sí, mi mandíbula cayó también. Pero al parecer, es una buena inversión y la mejor noticia es que puedes volar con estilo cuando me visites. No puedo esperar a que puedas tomarte unas vacaciones y venir para poder mostrarte LA.*

*¿Te ha despedido T-Rex esta semana? ¿O se ha estado comportando? ¡Cuéntamelo todo! Sospecho cuando estás tan callada sobre el tema del señor Alto, Moreno y Carnívoro. Oh, espero que ese pastel de fantasía que querías hacer saliera bien. Echo de menos tus pasteles, especialmente esos cupcakes con trocitos de chocolate y glaseado de crema de naranja.*

*Y hablando de hornear, tus nuevos compañeros de la clase de cocina suenan como un puntazo. Juliet y Aroha son mi tipo de mujer. Espero que la próxima cita para el café sea igual de divertida.*

*— Amor, Molly*

*PD. Un regalo adjunto para ti. MUY NAPT.*

El archivo adjunto había sido una foto de Gabriel en sus días de jugador de rugby, sin su camiseta. Definitivamente no era nada apropiado para el trabajo. Le habían arrancado la camiseta durante lo que Charlotte sabía que había sido un placaje



particularmente brutal, había visto el partido con su padre al lado, los dos habían hecho una mueca ante el golpe de castigo que le habían dado a Gabriel.

Sin embargo, no se había retirado. No, había hecho el ensayo. Después, con el corte en el pómulo aun sangrando, se había quitado la camiseta desgarrada; la foto que Molly le había enviado le mostraba echándose agua encima para refrescarse mientras un miembro del personal del equipo iba a buscar una camiseta de reemplazo.

Charlotte se había convertido en un charco en su cama cuando abrió el mensaje y descargó la imagen. El agua goteaba sobre la anchura de los hombros, sobre sus pectorales, a lo largo de las duras aristas de su abdomen, en la cintura de sus pantalones cortos de juego...

Charlotte hizo un gesto con la mano delante de su cara.

Sí, el hombre era caliente. En serio, peligrosamente caliente. Hacía una semana, había entrado mientras él se estaba poniendo una camisa limpia para asistir a una cena a la que iría derecho desde el trabajo.

Se le había hecho la boca agua antes de que se secase, la piel tensa sobre el cuerpo. Había perdido la capacidad de hablar, pero como fuera, él no se había molestado por la interrupción, simplemente había empezado a darle instrucciones sobre algo que había que hacer. Charlotte no había oído nada, aunque más tarde descubrió que había tomado notas.

Todo lo que ella había visto en ese momento eran los increíblemente hermosos surcos y planos de su cuerpo, seguidos por los movimientos eficientes de los dedos mientras abrochaba los botones. Casi había gemido mientras deslizaba cada pequeño disco en su agujero, la vista desapareciendo ante sus ojos. Su pecho estaba ligeramente cubierto de vello oscuro, lo suficiente para que sus pezones palpitaran ante el recuerdo incluso ahora, su cuerpo feliz de informarle que el roce de la sensación se sentiría exquisito.

En cuanto a sus manos, eran grandes y fuertes y un poco ásperas del rugby, todavía jugaba cuando entrenaba a un equipo de la escuela secundaria local, dos veces por semana. Con la temporada en pleno apogeo, ella tenía órdenes de hacer malabares con su horario para poder realizar todas las sesiones de entrenamiento; también sabía que asistía a todos los partidos del equipo del fin de semana.

Además del desfile de mujeres de una sola cita, ese parecía ser su único tiempo de inactividad.



Si a veces se imaginaba cómo se sentirían esas capaces y fuertes manos sobre su piel, era su fantasía secreta. No había necesidad de que nadie lo supiera. *Especialmente* no Gabriel.

—Sabes, Charlotte, es probable que haya una ley contra comerte a tu jefe con los ojos —murmuró para sí misma, pero sabía que no iba a parar.

Una mujer tenía que tener algunos vicios, y su ridícula fantasía de enamoramiento era la suya. Porque eso era todo lo que era, se dijo por enésima vez: un enamoramiento de un hombre hermoso que revolvía sus neuronas. Se negó a considerar lo mucho que le gustaba y le respetaba, lo mucho que le fascinaba su cerebro. Ir por ese camino sólo conduciría a un corazón roto.

No, mucho mejor centrarse en sus muslos gruesos y musculosos, la amplitud lamible de su pecho, la fuerza de sus antebrazos. Uniendo la acción a la palabra, sacó su teléfono y abrió la imagen que Molly le había enviado, suspiró. Y pensó en cómo sería tenerlo atado a su cama para poder besar y acariciarle por todas partes tanto como quisiera mientras él la llamaba "Srta. Baird" y le daba órdenes que la excitaban cada vez más con esa voz profunda que hacía que sus pezones se volvieran picos apretados.

Ardiendo a pesar del frío aire del mar, Charlotte regresó a la oficina unos cuarenta minutos después de irse. Desviándose a una tienda en el camino de regreso, compró una tarrina individual de helado de chocolate de macadamia para ella misma, luego, sin ninguna razón que pudiera conscientemente articular, una de remolino de moras de Boysen para Gabriel. No le gustaba el chocolate, pero siempre se comía las moras frescas que ella a menudo incluía como postre cuando le ordenaba el almuerzo.

La puerta de su oficina todavía estaba cerrada cuando llegó. Agarrando su portátil, se dirigió por el pasillo desierto a la sala de descanso del personal y puso los helados en el congelador, y luego se sentó a la mesa al lado de una ventana alta que daba al paisaje urbano brillante. Tenía una buena idea de por qué había llamado a Simon Finley, y no quería estar allí cuando el hombre saliera.

Acababa de terminar de reservar los billetes de avión para el próximo viaje de Gabriel a Sydney cuando una sombra cayó sobre su pantalla.

—No ha ido a casa —dijo, abriendo la nevera y luego cerrándola sin sacar nada.

—Le he traído helado de mora.

Él abrió el congelador.

—Apague el ordenador portátil, señorita Baird. Es hora de helado.



Obedeciendo, apartó el ordenador a un lado de la mesa y cogió su helado mientras él sacaba cucharas y se sentaba frente a ella. Extendió las piernas a ambos lados de las sillas, su gran cuerpo ocupó toda la habitación, pero no la empujó como generalmente hacía de maneras sutiles pero exasperantes.

Por primera vez desde que le había conocido, se veía cansado.

—Finley —dijo en voz baja—. Fue por el dinero, ¿no?

Un asentimiento.

—¿Cuándo se dio cuenta?

—Cuando me pidió que sacara sus informes de gastos. No entendí todo, pero me di cuenta de que algo estaba mal.

—Va a devolverlo todo durante el próximo año o irá a la cárcel. —Con la mandíbula apretada añadió—, no me gustan los ladrones, pero no vale la pena la mala prensa que conseguirá la compañía si esto se sabe. Ahora no, cuando por fin tengo a Saxon & Archer en una posición viable.

Charlotte asintió y se quedaron callados durante el siguiente par de minutos. Era extraño estar tan tranquila con él cuando su piel vibraba ante la conciencia de su presencia, pero curiosamente, no era difícil.

—Aquí, pruebe.

Levantando la mirada, vio que él le estaba ofreciendo una cucharada de su helado.

—No. —Se sonrojó a su pesar—. El mío está bueno.

—Sea salvaje, Srta. Baird. —La cuchara rozó sus labios, y cuando los abrió para responder, él metió la cuchara, la dulzura del sabor ácido estalló en su lengua—. No fue tan malo, ¿verdad?

Con el corazón en la garganta, Charlotte negó con la cabeza. Tenía que ser su imaginación, pero casi podía creer que estaba coqueteando con ella. Idiota. Un hombre como Gabriel Bishop no coqueteaba con ratones como ella, incluso si su mejor amiga, Molly, estaba convencida de lo contrario. Molly, sin embargo, había estado segura de que había algo desde el principio y casi tres meses después, Charlotte seguía soltera y Gabriel Bishop todavía se gastaba una fortuna en rosas rojas.

No, lo que estaba haciendo era divertirse volviéndola loca. Cada vez que trataba de ver a Ernest para cenar, de repente él necesitaba que se quedara hasta tarde,



juraría que tenía un radar en lo que se refería a ver a Ernest. De igual modo, Ernest era tan dulce cuando ella tenía que seguir cancelando o posponiendo sus planes.

Demasiado dulce.

Molly había tenido razón cuando señaló, hacía unas semanas, que aunque Ernest podía ser alguien a quien Charlotte quería ver como un hombre con el que podría tener una relación, la suya era más una amistad, nada más. Y de vez en cuando quería ver a su amigo, sobre todo ahora que Ernest estaba *realmente* saliendo con una mujer y él quería su consejo sobre la forma de proponer.

Charlotte era la persona menos cualificada del planeta para ofrecer consejo sobre relaciones, pero el pobre Ernest no conocía a ninguna otra mujer, excepto su novia, así que ahí estaba Charlotte. Con eso en mente, se preparó para la batalla que se avecinaba.

—No puedo trabajar hasta tarde el catorce.

Gabriel levantó una ceja.

—¿Ervin?

—*Ernest*. Y sí. —Cuando él resopló, perdió el genio. Dejando de golpe su tarrina de helado, le fulminó—. Es un buen amigo y ya que usted no sabe nada de él, apreciaría que se guarde sus opiniones para sí mismo.

Los ojos de Gabriel, ese gris acerado que casi podían ser de plata cuando se reía, brillaron.

—¿Está saliendo con él y todavía le llama amigo?

Tal vez era un poquito culpa suya que él pensara que todavía estaba saliendo con Ernest. Culpa de su orgullo. Aunque era ridículo, no había sido capaz de soportar que él pensara que nadie la deseaba, sobre todo cuando él salía con una mujer glamurosa diferente cada vez que se daba la vuelta.

Sin embargo, sería un poco difícil de explicar por qué pronto iba a asistir a la boda del hombre con el que “tenía citas”.

—Ernest es mi amigo —murmuró, apuñalando el helado con la cuchara—. El catorce es su cumpleaños.

Debería haber sabido que Gabriel no dejaría el asunto en paz.

—¿Así que no están saliendo?

Él no tenía que frotar la herida.



—No —admitió, luego dijo algo que ni siquiera habría pensado decir antes de que un determinado T-Rex entrara en su vida—. A diferencia de usted, yo no cambio de compañeros de manera normal.

—Yo no cambio de compañeras —dijo Gabriel, recostándose en su silla y comiendo una cucharada de helado—. Nunca he tenido una de esas.

—Probablemente porque eso requeriría más que una serie interminable de aventuras de una sola noche. —Charlotte se quedó inmóvil cuando las palabras salieron de su boca, había sido algo sumamente descortés que decir a su jefe.

—No se detenga ahora, Srta. Baird —dijo arrastrando las palabras, recogiendo otra cucharada de helado y llevándola a sus labios.

Ella frunció los labios. Él sonrió, sabiendo que tendría que separarlos para hablar.

—Yo...

Metió la cuchara en la boca, el postre cremoso frío, la cuchara caliente de sus propios labios.

La intimidad creó aleteos en el estómago.

—Eso es un comportamiento muy inapropiado.

—Ninguna discusión —dijo, comiendo una cucharada—. ¿La hace sentir incómoda? —Una pregunta seria.

Charlotte quería decir que sí, y cuando recordó que cuando había empezado a trabajar para él, la había enervado. Pero entonces no había hablado así con ella, no, había sido T-Rex. Ahora, a pesar de que trataba de pensar en él como T-Rex, veía a Gabriel en su lugar.

—Puedo manejarlo —murmuró, y cuando él sonrió, añadió—: No lo tome como apoyo para más cosas inapropiadas.

Su sonrisa fue lenta, arrugando sus mejillas y volviendo plateados sus ojos.

—Me temo que es demasiado tarde.

Charlotte miró su helado, su confianza agotada, como si se hubiera abierto un grifo y vertido todo al suelo. Ella no jugaba con hombres, no sabía cómo jugar; ni siquiera estaba segura de si Gabriel estaba jugando con ella o si estaba pasando el tiempo.

Un zumbido silencioso de sonido que se había convertido en íntimamente familiar durante los meses que había trabajado para él.



Sacando el móvil, él miró la pantalla y dijo:

—El otro lado llama antes de tiempo.

Mientras ella escuchaba, él completó un complejo acuerdo internacional por teléfono, sacando cosas de la memoria que ella habría pensado que sería imposible si no le hubiera visto hacer lo mismo varias veces. La mente del hombre era una trampa de acero y esperaba lo mismo de ella.

Ya que su portátil estaba formado por una tablet grande y un teclado unidos, ya había retirado la sección de la tablet y subido el archivo con los términos de compra que estaba discutiendo. Él lo miró cuando lo volvió hacia él, asintió e hizo un movimiento de los dedos que, por el contexto de la conversación, se traducía en el sentido de que tenía que mirar otra sección en particular. Charlotte la encontró y giró la tablet en su dirección de nuevo.

Examinó el texto, pero ella podía decir que no necesitaba la confirmación. El acuerdo se realizó dos minutos después, y Gabriel colgó con una sonrisa.

—Bueno, eso fue mejor de lo esperado.

Charlotte se rió.

—Tiene todo lo que quería.

Con los ojos en su rostro, él sonrió:

—Sí, yo no esperaba una capitulación total. —Apartó el teléfono—. Parece que la he mantenido aquí hasta tarde sin motivo.

—Está bien. No podía saber que lo entregarían todo envuelto. —Las horas extras de esta noche habían sido una petición real—. Llamaré a un coche.

Gabriel negó con la cabeza.

—La dejaré en casa.

Era la primera vez que hacía la oferta. Las otras veces, la había acompañado al taxi, luego había llamado para asegurarse de que estaba a salvo en casa. Tragando, respondió:

—No. Usted vive en la ciudad. —A sólo unos minutos de distancia—. Será un paseo adicional para usted.

—Puedo hacerlo después del aceleramiento de una negociación que se convirtió en un juego de niños. —Se levantó, tomó su recipiente de helado y lo tiró a la basura

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

junto con el suyo—. Vamos, Srta. Baird. Le prometí al principio que no iba a morder.  
—Una lenta sonrisa—. A menos que me lo pida, por supuesto.



## Capítulo 11

### *Leones, gacelas y ratones con gafas*

Con las mejillas ardiendo, Charlotte se levantó y salió delante de Gabriel, capaz de sentirle detrás de ella cada centímetro del camino. Probablemente era lo que una gacela sentía cuando tenía un león en su cola. Un león grande y apuesto que casi había convencido a la gacela que era inofensivo... justo antes de que el brillo en sus ojos le recordara que tenía dientes muy afilados.

— ¿Su abrigo está en el armario? — preguntó el león.

Charlotte asintió, dándose cuenta de que estaba mezclando demasiadas metáforas en lo que concernía a Gabriel. Era culpa de los nervios. A este paso, lo siguiente sería que se imaginaria como un ratón con gafas temblando con una mezcla de terror y expectación, mientras se sentaba a una mesa con un león que parecía hambriento. Y de repente, el ratón era una mujer que se parecía muchísimo a ella, y el león era un hombre sin camisa con agua bajando por los planos cincelados del pecho.

Gracias a Dios que habían llegado al armario.

Construido en la pared, no rompía las líneas limpias de la oficina exterior, y ella se aseguraba de no dejar sus cosas por ahí. Era algo que había aprendido de su predecesora. Dejando todos sus otros defectos aparte, Anya había sabido cómo lucir como la perfecta AP.

Las grandes manos se estiraron por delante de ella en busca de su abrigo, él cálido aroma masculino de Gabriel, se filtró en sus poros haciendo que su ya acelerado corazón tartamudeara, contuvo el aliento y apretó los muslos. Su cuerpo no parecía haber recibido el memorándum de que no estaba interesada en el sexo con un T-Rex. Probablemente porque no dejaba de fantasear sobre todo tipo de cosas que podrían conducir a la desnudez con dicho T-Rex.



—Aquí. —Sacudió su abrigo abierto y se lo ofreció.

Ningún hombre le había sostenido el abrigo. ¿Qué se suponía que tenía que hacer con los brazos? Moviéndose lentamente, levantó un brazo y luego el otro... y él se lo puso tan fácilmente como si lo hiciera todos los días por ella, sus dedos rozando sus hombros antes de que alcanzara el suyo. Ella lo había colgado ese día antes, junto con la chaqueta del traje. Cualquiera que fuera el traje que llevara, la chaqueta nunca permanecía durante el día, pero la necesitaba sin arrugas para las reuniones.

Dejando allí la chaqueta, él se puso el abrigo mientras ella recogía su bolso. No se sorprendió cuando Gabriel entró en su despacho y volvió con un maletín negro, Charlotte no estaba segura de que el hombre dejara alguna vez de trabajar. Excepto, por supuesto, cuando se llevaba a casa a las mujeres que recibían rosas rojas al día siguiente.

Apretando la mano en la correa de su bolso, asintió con la cabeza cuando él dijo:

— ¿Lista?

El ascensor se sintió pequeño con él dentro, su mera presencia abarcaba todo. No estaba segura de sobrevivir al paseo a su casa, había estado en el coche con él antes, pero esta noche, con la noche encerrándolos en un capullo oscuro, todo se sentía diferente, se sentía extrañamente íntimo.

*Mujeres de rosas rojas*, se recordó a sí misma antes de que pudiera ser demasiado estúpida. *A menos que planees crecer treinta centímetros y que te broten senos más grandes mágicamente, hay riesgo cero de que realmente tenga algún interés en ti.*

El pensamiento la hizo entrecerrar los ojos cuando salieron al garaje subterráneo cavernoso y Gabriel la condujo al reluciente todoterreno negro aparcado en el sitio del CEO. Una bestia agazapada de SUV que significaba que Charlotte siempre tenía que utilizar el paso a un lado para subir al asiento del pasajero, no era el tipo de coche habitual de un CEO, pero probablemente él no se sentía cómodo en un coche más pequeño. Éste le convenía.

Probablemente convenía también a sus citas de piernas largas.

*Basta, Charlotte*, se ordenó.

—Srta. Baird. —Una mirada penetrante mientras desbloqueaba el coche con un mando a distancia y abría la puerta del lado del pasajero—. ¿Qué pasa?

—Nada. —Ella se quedó sin aliento cuando él la agarró por la cintura y la subió al asiento.



— ¿Está segura? —preguntó, con las manos todavía en ella y expresión incisiva.

Ella asintió con la cabeza, aspirando una bocanada de aire cuando él por fin la soltó y cerró la puerta. Luego él estuvo en el asiento del conductor, conduciendo el gran vehículo con facilidad mientras salían del garaje. Usando los controles en el volante, encendió la radio, jazz salió de los altavoces a un volumen suave.

— ¿Está bien con el jazz?

— No lo he escuchado mucho —admitió—, pero me gusta este sonido. — Ahumado, sensual y un poco cínico.

— Hay un pequeño club en el norte donde de vez en cuando tocan músicos de jazz en vivo —le dijo, girando a la izquierda para ir por una calle empinada—. La llevaré en algún momento.

Adivinando que simplemente estaba dándole conversación, Charlotte dijo:

— Nunca he visto música en directo. Molly dice que es increíble.

Gabriel cambió de marcha, el coche suave como una nube por las calles de la ciudad.

— ¿Planea visitarla?

— Si mi jefe me permite alguna vez unas vacaciones.

Ese jefe sonrió.

— No puedo vivir sin usted, Srta Baird.

Como no quería pensar demasiado en la forma en que su estómago se agitaba ante esas palabras juguetonas, dijo:

— ¿Y usted? ¿Tiene un mejor amigo?

— Mis hermanos y yo somos muy cercanos, y tengo unos compañeros que bien podrían ser de mi sangre. Nos conocimos jugando al rugby en la escuela secundaria.

— ¿Lo echa de menos? —preguntó en voz baja—. ¿Jugar al rugby profesional?

Charlotte nunca hubiera traído a colación el tema si hubiera pensado que le pondría triste, pero él aún parecía encontrar placer en el juego.

Hacía dos semanas, la había llamado a la oficina para mostrarle una repetición del ensayo de apertura de su hermano Daniel, su orgullo por el joven de veintiún años aparente. Luego estaba su entrenamiento, y el hecho de que a veces mencionara quedarse hasta tarde o despertarse antes del amanecer para coger la señal en vivo de un partido internacional.



—No —dijo ahora—. No digo que no dolió como una puta cuando me di cuenta de que nunca jugaría de nuevo por mi país. Tenía veinticinco años y mi cuerpo se negaba a sanar correctamente. No importaba lo que hiciera, no podía controlarlo.

Eso hubiera sido intensamente frustrante para un hombre como Gabriel, acostumbrado a ser el dueño de su propio destino.

—¿Cómo acabó en los negocios?

—Mis padres siempre tamborilearon en mi cráneo que practicar deportes era una carrera con una vida limitada. A menos que después me metiera en entrenamiento profesional o comentarista de deportes, mejor sería que me asegurara de tener un plan de respaldo.

—Vaya, esto es un plan de respaldo. —Gabriel era el dueño de la sala de juntas.

Una sonrisa.

—Nadie me tomó en serio al principio. A pesar del hecho de que tenía un MBA, pensaron que estaba jugando a las empresas. —Su sonrisa se ensanchó—. Entonces compré una empresa en dificultades, le di la vuelta, y empecé a quitar contratos de debajo de los pies de mis competidores.

Fascinada por esta visión de su historia, Charlotte le dio un codazo para que le contara más sobre esa primera empresa, y el sonido profundo y masculino de su voz la envolvió.



Gabriel podía sentir a Charlotte ponerse más y más tensa cuanto más se acercaban a su casa. Cuando se había ofrecido a llevarla, no había tenido ningún motivo ulterior. Una vez en el coche, eso sí, había estado considerando si podía convencer a la deliciosa Srta Baird para un beso.

Ahora sabía que no iba a suceder. Había estado muy bien durante todo el día, pero había algo en él cerca de su casa que provocaba su miedo. Apretó las manos en el volante mientras su mente le daba todo tipo de razones oscuras para que tener a un hombre en su casa pudiera aterrorizarla.

—¿Qué camino es la mejor opción? —preguntó mientras se acercaba a una intersección de la carretera, luchando por mantener su tono tranquilo, incluso mientras la ira se alzaba como una ola caliente bajo su piel.



—Izquierda —dijo ella, con las manos cerradas herméticamente en el regazo—. Es un poco más rápido.

Cambiando de marchas, llevó el coche a la izquierda.

—¿Todavía coge el autobús por las mañanas? —Le habría organizado un coche para ella, excepto que estaba seguro de que se habría opuesto cuando se diera cuenta que provenía de él en lugar del presupuesto de la compañía.

La restricción no le sentaba bien, le gustaba cuidar de las personas que le pertenecían. Y a pesar de su relación personal, la Srta. Baird le pertenecía.

—Sí. —Una breve pausa antes de que añadiera—: Es muy eficiente, excepto cuando llueve. Todo el mundo parece ir a paso de tortuga entonces—. Jugó con la correa de su bolso, la ráfaga de conversación seguida de silencio hasta que llegaron a su calle—. No. —Señaló el largo camino que atendía a varias de las casas adosadas.

—¿Qué número? —Le complació observar que el camino estaba bien iluminado, luces de seguridad se encendían de forma automática cuando su coche pasaba ante las otras casas.

—La de la derecha en la parte trasera.

Él paró el coche un par de segundos más tarde.

—¿Le... le importaría esperar? —Un rubor de color rojo en sus mejillas mientras hacía la petición.

—Por supuesto que voy a esperar. —Gabriel lo habría hecho por cualquier mujer, pero el hecho de que Charlotte hubiera luchado contra su vergüenza para pedírselo le daba otra visión inquietante de las cicatrices emocionales que la marcaban.

Saliendo, rodeó el coche. Ella ya la había abierto, pero él puso sus manos en la cintura y la bajó al suelo. Estaba medio esperando su protesta por hacerlo, lo había hecho precisamente para que perdiera el genio, la chispa de nuevo a sus ojos, pero ella se dirigió a la puerta, con las llaves en mano y zancadas un poco bruscas. Desactivando la alarma usando el teclado en la pared en el interior de la puerta una vez que la abrió, se volvió en el umbral.

Pánico contenido en el rostro, como si no supiera qué hacer ahora.

No era el pánico lindo de una mujer insegura sobre el protocolo, pero feliz de tenerlo allí. Vio verdadero miedo en sus ojos.

Reprimiendo su cólera latente ante esta prueba más de lo que le habían hecho, sonrió y dijo:



—Que pase una buena noche. La recogeré a las siete y media de mañana.

Un parpadeo de sorpresa.

—¿Qué?

—¿Recuerda que mencioné Rotorua? Recibí una llamada sobre eso mientras estuvo fuera de la oficina. —Cuando ella le había comprado un helado. El recordatorio alivió su tensión, Charlotte podría tener cicatrices, pero le gustaba, aunque ella no lo admitiría. Su miedo no estaba dirigido específicamente a él—. El resultado final es que decidimos mover la reunión. Usted y yo nos vamos a Rotorua mañana para hablar con un colectivo de artes maoríes locales cuyo trabajo quiero que figure como parte de nuestro acuerdo de asociación con las artes.

Esta asociación, que implicaba hoteles de alto nivel de todo el país, así como un selecto número de resort de primera clase, no sólo daría a los artistas representados un serio impulso, también pondría la marca Saxon & Archer firmemente en lo alto de una mesa muy exclusiva. Era por eso que Gabriel estaba siendo tan práctico a la hora de elegir a los artistas. Ya había confirmado un dotado escultor de metal que trabajaba al nivel de miniatura. Un pintor especializado en impresionantes paisajes de Nueva Zelanda también estaba en su lista.

Todo era parte de su plan a largo plazo para recordar que Saxon & Archer significaba lo único y la belleza, la elegancia asociada con la perfección impecable. Estaba lejos de la rudeza de su anterior posición en la industria maderera sostenible, cuando había llevado botas desgastadas y cascos con la misma frecuencia con la que había usado trajes desgastados. Sin embargo, el negocio era el negocio, y Gabriel entendía los negocios.

No había duda en su mente de que al final de su contrato de un año, se iría dejando detrás una empresa próspera. La junta ya estaba haciendo ruidos esperanzados para que se quedara, Gabriel no tenía intención de hacerlo, le gustaba jugar al caballero para corporaciones enfermas. El papel de un capitán guiando la nave estable no le iba, aunque se aseguraría absolutamente de la habilidad de su sucesor antes de seguir adelante.

Cuando lo hiciera, si se iba a otro negocio que necesitara sus habilidades o se centraba en su significativa cartera de propiedades creciente, se llevaría a su AP con él. Que el siguiente CEO encontrara su propia Srta. Baird. No es que pudieran, Charlotte era única en su clase.



—Si salimos a las siete y media llegaremos alrededor de las diez y media —le dijo ahora—. La reunión es a las once. Tendremos el almuerzo después, de regreso a Auckland a las cinco.

—¿No quiere que sostenga la fortaleza en la oficina?

Quedándose contra el coche en lugar de cerrar la distancia, negó con la cabeza.

—Es un día relativamente despejado empresarialmente. —Le había llevado tres meses y un pequeño número de cambios de personal adicionales, pero su equipo directivo estaba en la etapa de que podía confiar en ellos para hacer lo que había que hacer, incluso si él no estaba físicamente allí para que le consultaran.

A diferencia de ese idiota, Hill, Gabriel no perdía su tiempo en la microgestión de personas competentes.

—Puede desviar las llamadas a su móvil —añadió—. ¿Por lo tanto, las siete y media?



Charlotte no pudo encontrar ninguna razón para decir que no... a excepción de su nerviosismo por las cerca de tres horas en coche con Gabriel.

—Está bien —se las arregló para decir, clavándose las uñas en las palmas mientras llegaba al límite de cobardía.

No más, dijo una parte frustrada y furiosa de ella. *No más*. Su frustración era tanto más intensa debido a lo bien que el día había ido, cuanto más ella misma era con Gabriel. Y ahora esto.

—Buenas noches, Srta. Baird.

—Buenas noches, señor Bishop. —Al cerrar la puerta, echó el cerrojo y la llave, luego corrió rápidamente a la sala de estar para ver irse a Gabriel, las luces de su vehículo cortando a través de las ventanas cerradas con barras. Era una modificación inusual en su barrio, pero se había asegurado que se hiciera con gusto, las barras se parecían más a un elemento decorativo que a unas barras de hierro rígidas como en realidad eran.

El sonido del coche de Gabriel se fue un par de segundos más tarde, ronroneando en la oscuridad.



Inhalando un suspiro tembloroso, encendió las luces en la sala de estar, la cocina, el pasillo, el cuarto de huéspedes y su dormitorio, uno por uno, incluso el baño principal. Entonces, como hacía cada noche, atravesó cada habitación para asegurarse de que nada se había movido o perturbado en su ausencia y que la puerta del garaje seguía cerrada desde el interior.

Sólo cuando estuvo segura de que todo estaba exactamente como lo había dejado, todas las pequeñas trampas que ella había puesto sin tocar, entró en el dormitorio y se puso su blanco camisón con botones y sin mangas. Rozando su cuerpo hasta el tobillo, el camisón de inspiración victoriana estaba embellecido con una cinta delgada en el mismo delicado tono melocotón como el que separaba el corpiño del resto del camisón. En general, se dijo, captando un atisbo de sí misma en el espejo de cuerpo entero de la pared al lado de su armario, era dulcemente romántico, pero no exactamente sexy.

No, definitivamente no era del tipo de las mujeres de rosas rojas.

Se cepilló el pelo con ese pensamiento ceñudo, fue a la cocina para hacerse una taza de té. Siempre había sido un ave nocturna, y dado que sólo eran las once menos cuarto, decidió leer durante una hora. Acurrucándose en la cama con un histórico de Escocia, su taza de té sobre la mesita de noche, abrió el libro pero no pudo concentrarse. Su mente seguía vagando en una sola dirección.

Probablemente Gabriel ya estaba en casa. Si le conocía, habría puesto el maletín sobre una mesa, se habría quitado el abrigo y lo habría arrojado sobre el respaldo de una silla. Sin duda, se habría quitado los zapatos y los calcetines, caminaría al dormitorio mientras se desabotonaba la camisa para revelar esa pared gloriosa de pecho, esos anchos hombros, la tinta de su cuerpo sólo resaltaba su belleza.

Era realmente, realmente vergonzoso cuantas noches había fantaseado con ver a Gabriel vestirse y desvestirse. Incluso con sus admoniciones a sí misma sobre el peligro de permitir que su amor platónico profundizara en algo que podría hacerle daño, no podía detenerse. El libro yacía sin leer delante de ella mientras lo imaginaba quitándose esa camisa, hacerla una bola y tirarla al cesto de la ropa, los hombros brillando bajo la luz.

Luego, sus manos fueron al cinturón de los pantalones.

Curvó los dedos de los pies, tragó saliva y miró como la tira de cuero negro se deslizaba hacia afuera, caía al suelo con un tintineo de metal suavizado por la alfombra. Los dedos de Gabriel fueron al primer botón de su pantalón, lo desabrochó y bajó la cremallera.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

¡Trrriing!

Charlotte dio un salto, el libro se cerró de golpe mientras miraba a su teléfono móvil con las mejillas al rojo vivo y un corazón latiendo con aire de culpabilidad. Nadie la llamaba tan tarde a excepción de Molly, y eso era después de que su amiga enviara un mensaje para ver si estaba despierta. El miedo envió un escalofrío por su espalda, pero agarró el teléfono para mirar la pantalla. Hacía mucho tiempo que había decidido que no iba a permitir que el recuerdo del mal la aterrorizara dentro de su casa.

El identificador de llamadas mostró el nombre de Gabriel.



## Capítulo 12

### *En el que la señorita Baird tiene una conciencia culpable*

Ruborizándose aún más, los pechos pesados y doloridos, Charlotte dio un golpecito en el icono de respuesta.

— ¿Sr. Bishop?

— Siento llamar tan tarde.

— Está bien — dijo ella, diciéndole a la niña risueña adolescente de su interior que se callara. No sabía por qué esa chica había despertado después de tantos años, pero sus esperanzas eran absurdas. Esta no era una llamada romántica. Era de negocios—. Normalmente estoy despierta.

— ¿Noctámbula?

— Sí.

— Yo también. — Sonaba como si estuviera sonriendo—. ¿Qué está haciendo?

*Fantasear con verte desnudarte. Después de eso he fantaseado con besar y lamer cada centímetro de tu duro y magnífico cuerpo caliente.*

— Leer una novela histórica.

Intrigado por el tono ronco de la respuesta de Charlotte, con la voz entrecortada, Gabriel se preguntó si realmente estaba leyendo una novela histórica.

— ¿Seguro que no es una novela erótica?

— ¡No! — Un rechazo alto y agudo que sonaba tan culpable que sonrió.

— Srta. Baird, estoy sorprendido.

Su respiración era ronca.



—¿Está trabajando? —preguntó, cambiando de tema tan bruscamente que él se hizo la promesa de que un día, iba a encontrar exactamente lo que había estado leyendo esta noche, y luego haría que se lo leyera en voz alta mientras él le hacía cosas traviesas y libertinas.

—Sí —admitió, reclinándose en la silla donde estaba sentado, con documentos repartidos sobre la mesa del comedor. Le gustaba trabajar allí cuando estaba en casa, la vista frente a él un paisaje urbano brillante.

—Debería tomarse tiempo libre. —Una admonición suave—. Trabaja todo el tiempo.

—Tengo citas, como usted ha señalado —dijo, sólo para ver lo que ella decía.

—No creo que lo que hace se considere citas.

Él sonrió ante la fría respuesta insolente, aunque su cuerpo no se sorprendió por su continua tortura autoinfligida. El hecho era que no había estado con una mujer desde el día que se había dado cuenta que su AP apretaba todos sus botones cuando no estaba aterrorizada.

¿Por qué ir a por cualquier mujer menos con la que quería?

Y Gabriel siempre conseguía lo que quería.

—No puedo encontrar ese memo que RH envió ayer.

—Compruebe esa extensión de archivo.

Gabriel tocó el memorándum que estaba justo en frente de él.

—Lo tengo. —La había llamado para asegurarse de que estaba bien, que sus demonios no la perseguían—. ¿Ve ese programa con la comida gourmet y la competición?

Una pequeña pausa.

—Ah, lo conozco. Solía verlo, pero tengo un jefe muy exigente en estos días, así que nunca estoy en casa a tiempo. —Cuando él se rio, ella dijo—: ¿Usted lo ve?

—No, pero se nos han acercado para que patrocinemos la próxima temporada a cambio de publicidad y mostrar productos de Saxon & Archer. ¿Qué piensa? —Él sabía que ella adoraba cocinar. Una vez había regresado del almuerzo después de haber comprado un montón de especias que no había sabido ni que existían y se había negado a trabajar el pasado sábado por la mañana, ya que tenía una clase a la que asistir.



Algo que ver con fondant, glaseado y escultura de tartas.

Ahora ella le daba sus pensamientos, y él se echó hacia atrás y escuchó. Sí, las mujeres inteligentes eran su hierba gatera y Charlotte Baird era muy, muy, inteligente.



El viaje a la mañana siguiente no fue tan estresante como Charlotte se había preocupado que sería, el hecho de que conociera y confiara en Gabriel no siempre ejercía control sobre sus respuestas emocionales, y había estado aterrorizada porque su claustrofobia hiciera un regreso no deseado. Así las cosas, terminaron trabajando la mayor parte del viaje, gracias al hecho de que la directora financiera de la compañía estaba enferma por intoxicación alimentaria y Gabriel necesitaba terminar cosas de las que normalmente ella se encargaría.

La pequeña dificultad, sin embargo, no estaba en el gran esquema de las cosas, y Charlotte y Gabriel se aferraron a su plan de dirigirse a Rotorua. Una vez allí, el encuentro con el colectivo de arte se desarrolló sin ningún contratiempo. Los artistas eran muy celosos de sus trabajos, pero la visita personal de Gabriel y su voluntad de trabajar con ellos en relación con los arreglos especiales para algunas piezas aliviaron sus preocupaciones. El resultado final fue un acuerdo firmado y entusiasmo para todos.

—¿Almuerzo? —preguntó Gabriel mientras se alejaban de la *marae*, la casa de reunión tradicional, situada entre la hierba aterciopelada que brillaba verde brillante bajo la fría luz del sol del invierno.

—Va a tener que devolver una llamada primero —dijo ella, después de haber manejado todo durante la reunión—. Es Brent, sólo necesita dos minutos.

Gabriel se hizo cargo del asunto usando el sistema de manos libres del coche, y luego se volvió a Charlotte.

—¿Confía en mí, señorita Baird?

—No cuando sonrío de esa manera.





Gabriel se rio ante la respuesta remilgada que no acababa de ocultar el temblor de sus labios. Le daban ganas de besarla.

—Me conoce demasiado bien. —Cuando sus ojos brillaron, dijo—: ¿Tiene clase de cocina o cualquier otra cosa por la que tenga que estar de vuelta esta noche?

—No, esta noche no.

Puesto que él no tenía compromisos de entrenador tampoco, dijo:

—¿Desvió a la costa?

Una sonrisa que hizo que su necesidad de besarla fuera casi insoportable, su corazón hizo cosas dentro de su pecho que estaba seguro que no era menos macho en lo más mínimo. No pudo encontrar nada en su interior que le importara, porque cuando Charlotte sonreía de esa manera, le destruía.

—Me encantaría.

Gabriel podía sentir el placer de Charlotte ante el paisaje costero en el instante que se abrió al lado de ellos. Él también amaba la belleza retorcida de los viejos árboles Pohutukawa, icónicos contra el mar azul verdoso que podía ser tan frío como el hielo, la arena blanca brillando bajo la luz del sol.

Disminuyendo la velocidad para que una mamá pata y sus gorditos patitos cruzaran con seguridad la carretera, Gabriel dejó que sus ojos se demoraran en el rostro de Charlotte cuando se inclinó hacia delante para mirar. Era raro que tuviera la oportunidad de mirar a su asistente personal sin que ella se diera cuenta. Cuando se daba cuenta, se aseguraba de no hacerlo porque la incomodaba. Cualquier atención la incomodaba.

Incluso con la ropa que le quedaba grande que ella insistía en llevar, los hombres notaban su pequeña belleza, pero cada vez que uno hacía algún movimiento de acercamiento, ella se retiraba. Gabriel había desanimado tranquilo pero con dureza, a un ejecutivo de publicidad particularmente entusiasta. El hombre había continuado invitándola a salir a pesar de sus respuestas negativas, aumentando la angustia de Charlotte.

Una vez que Gabriel agregó su conocimiento de esa situación a su cautela cuando se había dejado caer por su casa, tuvo una muy mala sensación sobre cómo había sido herida. Si tenía razón, tenía un camino aún más difícil por delante de lo que había pensado. Renunciar, sin embargo, no era una opción. Se había decidido por Charlotte. La primera vez que se decidió por algo, había tenido ocho años y había sido el rugby. Una carrera profesional internacional de siete años más tarde, había



sufrido la lesión que le hizo abandonar el juego. Así que había decidido patear culos y ganarse un nombre como un hombre que se especializaba en el rescate de empresas que se ahogaban.

Ahora se había decidido por Charlotte.

—Entonces, ¿a dónde vamos? —preguntó Charlotte después de que el último patito desapareciera en las cañas de la orilla de la carretera aislada.

—Le gustará, se lo prometo. —Rara vez hacía promesas, pero cuando las hacía, mantenía su palabra. Era importante para él, un juramento que había hecho a los seis años, cuando había visto a los alguaciles recuperar la posesión de la televisión por la que su madre había trabajado tan duro. Brian Bishop, el padre de Gabriel, había utilizado el dinero destinado a pagar la televisión, así como dos meses de alquiler, para hacer una inversión.

—*Olvídate de la televisión, Alison. —Una enorme sonrisa, las manos de su padre en los brazos de su madre—. Seremos capaces de comprar la puta tienda de electrónica una vez que haga efectivas estas acciones. Tuve que golpear ahora, comprarlas mientras estaban por los suelos. Vamos a hacer una matanza cuando se levanten de nuevo, te lo prometo.*

Sólo que esas acciones nunca se habían levantado. Otro fiasco, al igual que todos los demás planes de su padre.

—Gabriel.

Era la primera vez que Charlotte utilizaba su nombre de pila. La intimidación cortó el recuerdo que marcaba el día en que había comprendido por primera vez la inutilidad de las promesas de su padre. Había dejado de ser un niño ese día.

—¿Sí?

Con voz vacilante, ella dijo:

—Tu expresión se volvió muy sombría, de repente. ¿Está todo bien?

—Sólo pensaba en una situación contractual —dijo, su "padre" era un tema que prefería evitar—. ¿Ves ese grupo de tiendas? Ese es nuestro destino.

Entrando en la pequeña zona de aparcamiento medio minuto más tarde, Gabriel salió y vio a Charlotte saltar fuera y estirar las piernas. Quería apoyar la mano en su espalda, frotar para aliviar los músculos. Y quería abrazarla, aliviar su propia tensión respirándola, su suave calor contra él.

Cerrando las manos en los bolsillos del pantalón, la llevó a una pequeña tienda con una ventana que daba a la calle.



—Pescado y patatas fritas premiado —leyó Charlotte con una sonrisa—. Estoy hambrienta.

Había llevado mujeres a restaurantes con estrellas Michelin, y nunca había visto una alegría tan abierta y sincera. Después de comprar la comida, que el propietario envolvió en papel de horno, Gabriel la llevó a una mesa de picnic de madera desgastada al lado de la playa mientras Charlotte llevaba las bebidas. Se sentaron uno frente al otro, la comida en la mesa entre ellos, y comieron en un cómodo silencio que no hizo nada por ocultar la tensión sexual que zumbaba debajo.

Charlotte podría negarse a aceptarlo, pero estaba ahí. Lo vio en su rubor cuando ella le miraba, pensando que no lo notaba, lo veía en sus ojos por las mañanas después de regresar de correr. Tal vez se había quitado la camiseta un par de veces en la oficina en lugar de esperar a la ducha sólo para verla sin aliento.

Era un hombre, después de todo. Le gustaba la forma en que ella le miraba.

A él le gustaría aún más si ella tocara, besara y manejara su cuerpo como su comida favorita. Alentaría el chupar. Así como el lamer. Demonios, alentaría cualquier cosa que ella quisiera hacerle a él y con él. Siempre que consiguiera poner sus manos sobre ella también. La idea de tenerla desnuda, riendo y suave y sedosa bajo sus manos...

Se movió en el banco, se dijo que cortara antes de que su erección se hiciera tan evidente que tuviera que sentarse aquí otra hora para deshacerse de ella. En su lugar, se centró en todas las otras cosas que le gustaban de Charlotte, especialmente su mente.

—Has visto la propuesta del nuevo paquete de publicidad de RP. ¿Qué piensas?

Mientras ella hablaba, el rostro móvil y animado, la miró. El viento le había soltado varios rizos del moño en el que había logrado confinar sus cabellos, y disfrutaba viéndolos coquetear contra su cara mientras ella hablaba y daba un sorbo del batido de limón. No estaba de acuerdo con algunos de sus puntos, pero fue un desacuerdo amistoso, Charlotte se burlaba de él más de una vez.

—Eh, nada de impertinencias —dijo a la ligera en un momento y vio su cara volverse blanca y rígida—. Charlotte. —Levantándose, rodeó la mesa para sentarse a su lado, de espaldas a la mesa.

Su instinto era tocarla, consolarla, pero la forma en que se contenía, hombros encorvados y cuello tenso mientras miraba fijamente a la mesa, le dijo que no podía manejar ese contacto. Al verla temblar, fue al coche y cogió su chaqueta. Ella se



estremeció cuando se la puso sobre los hombros y se le revolvió el estómago... pero entonces ella tiró de la chaqueta alrededor de sí misma, sus dedos apretados en las solapas.

Gabriel se sentó de nuevo, y, inclinando su cuerpo hacia ella, apoyó un brazo contra la madera maltratada de la mesa.

—¿Qué he dicho? —preguntó cuándo ella le lanzó una mirada rápida.

Su garganta se movió, abrió y cerró los dedos.

—No, no es nada. —Un susurro.

—No soy realmente un T-Rex, ya lo sabes —dijo suavemente y consiguió una mirada culpable en respuesta, las mejillas de Charlotte ruborizadas.

—¿Cómo...? —Ella sacudió la cabeza, los hombros ya no encorvados—. Tienes que admitir que esa primera semana, masticaste y escupiste personas. Muy T-Rex de tu parte.

Aliviado porque sonara más como la misma de siempre, se arriesgó a tirar de un rizo fugitivo.

—No voy a usar esas palabras de nuevo. —Era obvio que el término "Sin impertinencias" había traído algo malo a la superficie.

Las chispas se oscurecieron una vez más y ella inclinó la cabeza.

—Lo siento.

—¿Por qué? —dijo, sin dejar de jugar con el rizo que se había escapado del moño que odiaba con una venganza. Era tan distante y rígido, y no del todo como la fiera mujer que era propensa a ladrarle cuando él gruñía—. He llegado a tocar este bonito cabello a causa de ello.

Rosa fuerte en sus mejillas, la cabeza alzándose de golpe.

—Eso no es...

—¿Apropiado? —Se inclinó tan cerca que fue pura tortura no salvar los centímetros finales, saborear la crema espolvoreada de oro de su piel—. ¿Debo parar? —Tenía que estar mortalmente seguro que estaban en la misma página. Porque él era su jefe, y porque no quería hacerle lo mismo que algún maldito bastardo claramente ya le había hecho.

La elección tenía que ser de Charlotte.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Grandes ojos color avellana se encontraron con los suyos antes de que ella se pusiera de pie con un movimiento rápido.

—Deberíamos irnos.

Gabriel se levantó con una sonrisa en el interior. Ella no había dicho que no, y seguía sosteniendo su chaqueta a su alrededor. Era un comienzo.



## Capítulo 13

### *T-Rex da buenos orgasmos*

Charlotte llamó a Molly después de la cena, desesperada por hablar con su mejor amiga.

—¡Charlie! —La cara emocionada de Molly llenó la pantalla del portátil de Charlotte, el pelo negro de su amiga una caída salvaje alrededor de su cabeza y su fino, suéter azul oscuro cayéndole por un hombro—. ¡Me muero por oírlo todo desde que recibí tu mensaje!

Charlotte frotó el dedo sobre un punto inexistente en la colcha, el ordenador portátil sobre sus muslos.

—Exageré.

—Espera. —Molly levantó su teléfono—. Aquí dice que T.Rex te tocó. ¿Me estás diciendo que es mentira?

Poniendo los ojos en blanco ante el grito dramático de su amiga, dijo:

—Me puso la chaqueta a mi alrededor... y jugó un poco con mi pelo. —Dios, se sentía como una adolescente diciendo eso—. Sólo los mechones de un lado —aclaró rápidamente cuando Molly gritó.

—¿Jugó con tu pelo? No me digas que no sabes lo que eso significa.

La piel de Charlotte ardía y curvó los dedos de los pies en la sábana.

—Está bien, tal vez era una señal.

—Bueno, supongo que no podía arrastrarte a su oficina y hacer cosas verdaderamente malas contigo.



Las bragas de Charlotte se mojaron ante la idea de estar a puerta cerrada con un Gabriel que ya no estaba actuando como su jefe. A Gabriel, que seguramente haría cosas deliciosamente malas a una mujer que le diera luz verde.

Si esa mujer no era un tímido ratón.

Gimiendo, dejó caer el rostro entre las manos, el placer vertiginoso reemplazado por la desesperación frustrada.

—Tuve un flashback.

La expresión de Molly, cuando Charlotte la alzó de nuevo, había cambiado del júbilo al ánimo suave.

—¿Qué pasó? —preguntó la amiga que había caminado con Charlotte través de la oscuridad, que había visto las cicatrices de primera mano.

Suspirando temblorosamente, Charlotte se obligó a hablar.

—Gabriel dijo algo con diversión, pero era algo que Dick solía decir.

Ella no había sido capaz de decir en voz alta el nombre de Richard durante mucho tiempo. Era Molly quien le había reducido a Dick, y, al hacerlo, le robó su poder, o ese había sido el plan. Charlotte no había logrado despojarlo del poder en su mente, pero lo estaba consiguiendo. Ya no tenía pesadillas donde pensaba que estaba en la casa, y podía tener una noche completa de sueño el noventa por ciento de las veces.

—¿Qué hizo T-Rex después? —preguntó Molly, arrugas blancas alrededor de la boca diciéndole a Charlotte que la furia de su mejor amiga hacia Richard no había disminuido ni un ápice.

Charlotte pensó en el calor de la chaqueta de Gabriel, la forma en que había sido *tan* deliciosamente inapropiado con ella.

—Fue maravilloso. —El hecho de que el viaje de vuelta se hubiera sentido tenso y torpe era culpa de ella, no de él. Había estado tan enfadada y tensa; el flashback repentino había llegado justo cuando había empezado a pensar que podría tener la oportunidad de una vida no contaminada por la fealdad de ese año brutal.

—¿Qué voy a hacer, Molly? —Al menos tenía el largo fin de semana para resolver eso, con el lunes como día festivo, no vería a Gabriel hasta el martes.

—Teniendo en cuenta su naturaleza orientada hacia los objetivos —dijo Molly solemnemente—: Apuesto a que T-Rex da buenos orgasmos. —Un meneo de cejas que hizo que Charlotte explotara en risas—. Yo digo que le dejes. Va a ser un buen alivio del estrés para ti.



Sabiendo que estaba de color rojo brillante, Charlotte señaló la pantalla.

—No es gracioso.

—No estaba siendo graciosa. ¿No me dijiste una vez que me fuera a casa con una estrella de rock y tuviera sexo salvaje como monos? —La sonrisa de Molly era amplia—. Es evidente, que me fue bien. Así que sigue tu propio consejo, Charlie. Ten sexo salvaje como monos con tu muy caliente jefe.

Charlotte no podía pensar en estar desnuda con Gabriel sin hiperventilar, por lo que dijo:

—¿Estás bien? —Molly y Fox habían tratado recientemente con una situación de invasión horrible de la vida privada, y aunque Molly parecía haberla superado fuerte e invicta, a Charlotte le gustaba comprobar a su amiga.

—Estoy bien. —Molly tocó la pantalla puntuando afectuosamente las palabras—. Pero no creas que te voy a permitir cambiar de tema. —Adoptó una cara burlona—. Eres feliz, puedo verlo. Sé feliz, Charlie. —Una sonrisa profunda—. No tienes que forzarte a ser diferente. Por todo lo que me has dicho hoy y durante los últimos meses, a Gabriel Bishop parece que le gustas tal como eres.

Charlotte seguía pensando en las palabras de su amiga mucho después de que terminara la llamada.

*Se feliz.*

Hacía mucho tiempo que no había sido verdaderamente feliz. Pero hoy, antes del flashback que le había llenado la boca con el sabor metálico del miedo, se había sentido como la Charlotte que había sido antes de Richard. Esa Charlotte también había sido tímida, pero no había tenido miedo; había estado llena de esperanza.

En muchos sentidos, lo peor de todo era que Richard había sido agradable al principio. Por eso era tan difícil para ella confiar en cualquier hombre, no importaba lo maravilloso que pareciera en la superficie.

Esa primera reunión con Richard, había sido tan alegre, tan dulce.

—Oye, ¿te importa si me pillo este asiento?

*Charlotte levantó la vista de su libro, el sándwich a medio camino de su boca, para ver al Chico. Ese fue el nombre que ella y Molly le habían dado después de verlo en el campus al comienzo del semestre.*



Era rubio, el tipo de mechas veraniegas que provenían de horas bajo el sol, su piel siempre profundamente bronceada. Por una camiseta que llevaba de vez en cuando, una que llevaba la marca de una tienda de surf local, Charlotte había deducido que era un surfista. También tenía el cuerpo musculoso y delgado de surfista.

Hoy, se deslizó al otro lado de la mesa sin esperar su respuesta.

— Soy Richard

Su sonrisa, era como de película. Sus dientes eran perfectos, sus labios perfectos. Agrega la línea de la mandíbula cincelada y los ojos azules brillantes, y era el ser humano más físicamente perfecto que jamás había visto en la vida real.

— Charlotte —acertó a decir, sin atreverse a creer que estuviera hablando con ella. Los chicos como Richard no hablaban con frikis como Charlotte a menos que quisieran pedir prestado apuntes, y por lo que sabía, ella y Richard no iban a las mismas clases.

Luego él dijo:

— Te he visto en *Introducción a la Contabilidad*.

Ese era un curso enorme de primer año con cientos de personas en cada aula.

Charlotte aún no podía imaginar cómo no lo había visto.

— Oh. — Quería abofetearse por la respuesta monosilábica, cualquiera habría creído que ya había superado su timidez—. ¿Quieres pedirme prestadas los apuntes de la lección de hoy? — Toda una frase, había logrado decir una frase entera.

Sacudiendo la cabeza, él mordió una manzana.

— No, yo estaba allí. Dios, la profe es soporífera, ¿verdad? La llamo lecciones de Guerra y Paz y Cuentas.

Charlotte sintió que sus labios se curvaban hacia arriba en las esquinas.

— Sí

— ¿Así que quieres entrar en contabilidad?

— Pensé que podría, pero no es para mí.

Cuando él volvió a sonreír, fue como si el sol hubiera salido.

— Sí, ya sé lo que quieres decir. Estoy yendo a derecho de primer año también, pero no creo que esté hecho para la vida de abogado.

Nalini Singh



Rock Hard

Rock Nís 3

---



Charlotte y Richard habían terminado hablando durante tanto tiempo que había perdido su siguiente clase. Era la primera vez que había hecho novillos. El hecho de que lo hubiera hecho con el chico más guapo que había conocido nunca, hizo que fuera saltando por el campus después de que finalmente se separaran.

Ahora, sola en su dormitorio, Charlotte se enjugó una lágrima. No por Richard, sino por sí misma. Había sido tan *joven*, tan ingenua. Podría haber tenido unos meses más de los dieciocho, pero no había sabido nada acerca de los hombres, en realidad no. Si las cosas no hubieran ido tan terriblemente mal para Molly a los quince años, Charlotte habría aprendido observando a su mejor amiga, Molly siempre había sido la más valiente de las dos. Pero Molly había cambiado después de ese año horrible, los chicos muy, muy abajo en su lista de prioridades.

Así fue como Charlotte llegó a ser la primera de las dos que tuvo un novio serio. Mientras que Molly se centró en sus estudios, Charlotte se enamoró vertiginosamente del guapo chico que había notado al ratón entre todas las mariposas. Con dudas sobre su camino en la vida y buscando desesperadamente algo con que llenar el hueco dejado en su interior por la muerte de sus dos padres dos meses antes, había sentido la esperanza del futuro. Tal vez, había pensado, tal vez incluso las niñas tímidas con gafas conseguían los finales felices.

Molly había estado tan emocionada por ella. Habían reído en el dormitorio de Charlotte, mientras escogían ropa para sus citas con Richard, probando diferentes looks de maquillaje que encontraban en las revistas o en internet. Cosas que la mayoría de las chicas hacían en la escuela secundaria. Había sido divertido, inocente y esperanzador.

Nadie podría haber predicho el horror por venir.

Tomando una respiración temblorosa cuando su corazón comenzó a latir con fuerza, Charlotte se levantó y fue a lavarse la cara. Podría negarse a permitir que los recuerdos la arrastraran, pero había un hecho que no podía evitar: seguía sin tener ni idea sobre los hombres. Richard había sido un niño cruel bajo su apariencia dorada, y no podía confiar en ninguna de sus experiencias con él a la hora de tratar con un hombre adulto como Gabriel.

*¿Debo parar?*



El recuerdo de su profunda voz, sus ojos de acero mirándola, su gran cuerpo tan cerca del suyo, la hizo temblar.

—No —le susurró al espejo, con el corazón en los ojos—. No te detengas.

Sonó el teléfono.

Su corazón latió desenfrenado de nuevo, esta vez con anticipación. Durante mucho tiempo, las llamadas nocturnas habían sido motivo de miedo, pero esos recuerdos no tenían nada que hacer frente a la realidad de la voz de Gabriel en su oído.

—¿Te estoy molestando?

Ella apretó los muslos, su piel de pronto tensa sobre su cuerpo.

—No. ¿Necesitas algo?

—Sí.

Con las rodillas débiles por la forma en que dijo eso, aunque sabía que estaba leyendo demasiado en una sola palabra, Charlotte se sentó en el borde de la cama.

—Voy a buscar mi portátil.

—No es por trabajo —dijo—. ¿Sabes cómo hacer una salsa de pasta a partir de cero?

Charlotte se sintió momentáneamente perdida por las palabras de la inesperada pregunta.

—¿Por qué estás cocinando? —Por lo que ella sabía, él vivía de comidas para llevar, saludables y equilibradas creadas por los mejores chefs de la ciudad.

—Quiero impresionar a una chica.

La sonrisa de Charlotte se desvaneció, las burbujas en su sangre apagándose.

—Puedo guiarte. —Esperaba que su voz no traicionara nada de su humillación. Todo era culpa suya por ver demasiado en lo que había sido claramente poco más que un coqueteo ligero de su parte.

Algo se estrelló al fondo de la línea de Gabriel.

—Mierda.

Ella frunció el ceño, oyendo dolor en su tono.

—¿Estás bien?



—Sí, sólo se ha roto un vaso, me he cortado el dedo. —Sonaba como si se estuviera moviendo—. No creo que vaya a practicar cocina hoy.

Charlotte se pasó el pulgar sobre el nudillo del dedo medio.

—¿Seguro que no necesitas un médico?

—Sí, soy un niño grande.

Los dedos de los pies se curvaron de nuevo a pesar de todas sus intenciones y advertencias en sentido contrario.

—Muy bien, buenas noches.

—¿Tan ansiosa de deshacerte de mí?

Charlotte no sabía cómo lidiar con Gabriel cuando se ponía así.

—¿No estás hartos de verme?

—Cuidado, podría tomar eso como una indirecta no tan sutil sobre tus propios sentimientos.

Su rostro se llenó con una sonrisa contra la que simplemente no podía luchar.

—¿Puedo tener un largo almuerzo el martes?

—¿Para reunirte con tu amigo Eggplant?

Charlotte ahogó su risa, no se trataba de animarlo en su aversión decidida e irracional por el pobre Ernest.

—Quiero comprar algunas cosas para un paquete para Molly de un par de tiendas, cerca de la oficina. —Podría ir a la ciudad el fin de semana, pero estaría lleno de gente y ruidoso debido a un festival al aire libre, y no le gustaban las multitudes.

—¿No cuida su estrella de rock de ella?

—Pensé que sería una agradable sorpresa enviarle algunas de sus comidas favoritas de casa. —Impulsivamente compartió algo más—. Ella ya me envió una caja entera de barras de chocolate de Estados Unidos.

—¿Oh sí? ¿Cuál fue tu favorito? Dímelo para que pueda comprarlo la próxima vez que te enojas.

Hablaron durante otros quince minutos. Fue fácil, cómodo, con excepción de la compulsión estúpida dentro de ella hacia él. Gabriel no era para ella, se recordó, estaba planeando una comida para su próxima conquista.



Ese hecho debería haber vertido agua helada sobre sus fantasías. Lástima que su cerebro no quisiera escuchar.

Esa noche, soñó que estaba a horcajadas sobre su regazo mientras estaban en la oficina, esos muslos duros bajo los suyos y sus grandes manos en las caderas mientras le soltaba la corbata y le desabrochaba la camisa. La Charlotte del sueño era segura, le empujaba hacia atrás en la silla mientras lamía y besaba toda esa carne caliente y satinada.

No le importó cuando él cerró el puño en su pelo y le ordenó que se arrodillara delante de él y le dijo que usara la boca en su pene. La Charlotte del sueño estaba tan excitada que apenas podía respirar mientras hacía exactamente eso, mientras le permitía dirigir su boca con la mano en su cabello, mientras movía su boca sobre su dureza, las venas bajo la piel hinchadas e invitadoras a la caricia de su lengua.

De repente su camisa estaba abierta y el sujetador desaparecido, y cuando Gabriel se agachó para apretar y acariciar sus pechos con una mano cálida y áspera que no era suave sino exigente, ella gimió y...

Abrió los ojos de golpe con un gemido, el sonido cortó a través de su mente dormida. El pulso latía rápido y sentía la piel caliente, miró hacia abajo para ver que el camisón estaba arremolinado en su cintura, su mano bajo la cinturilla de sus bragas. Los muslos estaban apretados alrededor de esa mano, se volvió hacia un lado y hundió la cara en la almohada.

Entonces, por primera vez desde que había sobrevivido al infierno, se acarició para darse placer, todo el tiempo imaginando que era la mano grande de Gabriel cuidando de ella mientras su cuerpo ardía caliente y duro a su alrededor.



## Capítulo 14

### *Una mujer llamada Tiffany (Oh—oh)*

Cuatro horas después de despertar, Charlotte todavía estaba ruborizada sobre lo que había hecho. También estaba en la oficina. Un sábado. Gabriel le había pedido que fuera a ayudarlo a finalizar los documentos destinados a un importante acuerdo que había adquirido piernas durante la noche y había enviado un coche a recogerla después de su clase magistral de dos horas “Trabajando con los pasteles”. Había estado agradecida, el transporte público en la ciudad sin duda estaría abarrotado hoy.

Llevaban trabajando noventa minutos y Charlotte estaba en la oficina exterior imprimiendo un informe financiero sobre la pequeña empresa francesa que Saxon & Archer estaba a punto de adquirir como parte de los planes de Gabriel para controlar la producción de su inventario de gama más alta, cuando la seguridad llamó desde la planta baja.

—Eh, Charlie —dijo el guardia—. Tengo una dama aquí abajo que dice que necesita hablar con el gran jefe.

Charlotte frunció el ceño.

—¿Quién es, Steven? Le preguntaré al señor Bishop si puede verla.

Una breve pausa antes de que Steven regresara a la línea.

—Dice que su nombre es Tiffany. Está bastante convencida de que el señor Bishopo va a estar feliz de verla.

La mano de Charlotte apretó el teléfono. Sabía de una Tiffany en la vida de Gabriel. Los dos habían tenido una cita hacía un mes, la mañana después de que las necesarias rosas rojas hubieran sido enviadas Tiffany había abandonado el país, esa



misma tarde, de camino a un contrato de modelo en Japón. Ahora parecía que había vuelto.

—Dame un segundo —dijo y, dejando el auricular, asomó la cabeza en la oficina de Gabriel—. Una mujer llamada Tiffany, asumo que Tiffany Summer, está aquí para verte. ¿Le doy permiso a Steven para que la mande?

Gabriel levantó la vista de sus papeles con el ceño fruncido.

—¿Quin?

—Tiffany —dijo de nuevo, aunque un pequeño rinconcito de maldad de su corazón se estaba riendo de alegría porque él parecía haber olvidado por completo a la otra mujer—. Cabello largo y castaño hasta las caderas, ojos azules, metro ochenta. —Lo que Charlotte no añadió fue los formidables pechos de la mujer y los pómulos perfectos.

Con toda honestidad, pon a Tiffany y Gabriel juntos y se verían como la pareja perfecta.

—Cristo. —Se pasó la mano por el pelo y miró el reloj—. Sí, que suba.

Charlotte transmitió el mensaje, y dos minutos más tarde, Tiffany Summer entró flotando en medio de una ola de perfume sensual, su cuerpo vestido con pantalones blancos ajustados y un top de seda rojo anaranjado que sobre ella parecería una tienda de campaña. Tiffany Summer no tenía tal problema, era impresionante. Sus tacones de aguja negros eran, de alguna manera, perfectos con el resto de su atuendo.

—Oh —dijo Tiffany ante de atravesar las puertas de cristal—. No me había dado cuenta de que Gabriel tenía personal aquí.

Charlotte reconoció ese tono. Aunque su familia no había sido rica, ni mucho menos, su madre había trabajado como profesora en una exclusiva escuela privada para niñas. Como resultado, a Charlotte se le había permitido asistir a la escuela con la tarifa de descuento ofrecida a los hijos de empleados de alto rango. Era una de las mayores ventajas de la posición.

A causa de los muchos años de servicio de su madre, la escuela no la había echado cuando Pippa Baird enfermó y ya no pudo seguir trabajando. Gracias al periodo de cinco años de Charlotte en esos sagrados recintos, había entrado en contacto con más de una niña rica. Algunas eran niñas normales con padres ricos, pero había otro grupo, mucho más vicioso.

Las Abejas Reina, como ella y Molly las habían llamado. Las ricas y hermosas que se divertían humillando o lastimando a chicas no tan genéticamente o



financieramente bendecidas. Parte del lema de las Abejas Reina era nunca ser obvio. Rumores insidiosos, maliciosos y puñaladas susurradas eran sus señas de identidad.

Sin embargo, dales suficiente munición y la fealdad saldrá a la luz pública. Las Abejas Reina habían atacado a Molly en un bloque rabioso cuando el escándalo con el padre de Molly estalló; Charlotte había visto la verdadera profundidad de la virulencia y el veneno que vivía detrás de esas sonrisas perfectas. Ella vio ecos de esa fealdad en esta mujer que se refirió a Charlotte como "personal" con una mueca en su tono.

No suficiente para ser desagradable. Sólo lo suficiente para recordar a Charlotte su lugar.

Lástima que a Charlotte nunca le hubiera importado lo que las Abejas Reina del mundo pensarán. Sin embargo, le hizo cuestionarse el juicio de Gabriel. Por otra parte, pensó sombríamente, las mujeres como Tiffany tenían una manera de encender el encanto para los ojos masculinos.

—Por favor, entre, Sra. Summer —dijo con su tono profesional habitual—. El señor Bishop la está esperando.

Mientras Tiffany entraba y cerraba la puerta, Charlotte trató de concentrarse en el trabajo, pero se encontró apretando los dientes, su atención en gran medida sobre esa puerta cerrada.

Se sobresaltó cuando la puerta se abrió apenas tres minutos después de que Tiffany entrara. Con el rostro serio, la modelo salió a grandes zancadas, y Charlotte tuvo la sensación de que habría cerrado de golpe las puertas de la oficina de Charlotte si no hubieran sido automáticas.

—Llama a Steven —dijo Gabriel, acercándose al umbral, los ojos entrecerrados fijos en la forma en retirada de Tiffany—. Quiero asegurarme de que no decide causar ningún daño. Está en el ascensor ahora.

Charlotte hizo la llamada, se quedó en la línea hasta que Steven confirmó que Tiffany había abandonado el edificio.

—Creo que ha sido el despido más rápido que has hecho. —No sabía de dónde había venido el chiste, pero hizo sonreír a Gabriel.

—No la he despedido, Srta. Baird. Le dije que la posición había sido ocupada de forma permanente. —Miró el reloj de nuevo mientras el estómago de Charlotte se volvía de hormigón—. Todavía estamos dentro del horario para la fecha límite.



Aquellas resultaron ser las famosas últimas palabras.

Gabriel tuvo que dejar a Charlotte sola en la oficina durante media hora poco después de la visita de Tiffany.

—Mi madre acaba de llamar —dijo a Charlotte, después de haber tomado la llamada en su móvil—. Está en una cafetería cercana. —Se guardó el teléfono en el bolsillo, el intestino apretado ante el tono que había escuchado en la voz de Alison Esera.

Hoy era el peor momento posible para esto, con Gabriel contra una fecha límite para finalizar este acuerdo antes de que el hombre con quien estaba negociando, el heredero de la empresa que Saxon & Archer quería adquirir y un botánico que no tenía interés en los negocios, desapareciera en la selva amazónica durante seis meses, pero no podía ignorar a su madre.

— ¿Estarás bien sola?

Charlotte tomó una grapadora.

—Estoy armada y lista.

Si no la besaba pronto, se volvería loco.

—Te lo dije —dijo mientras salía—, utiliza la perforadora.

Saliendo con el sonido de su risa, se dirigió a la cafetería Vulcan Lane que su madre adoraba. Arriba, en un edificio de dos pisos, había ventanas que daban a la amplia calle peatonal. Cuando levantó la vista, la vio en una mesa junto a una ventana abierta, con el pelo castaño oscuro sobre los hombros y sus ojos grises mirando a la gente de abajo. Ella le vio en ese momento, y sonriendo, levantó una mano. Devolviendo el saludo, subió corriendo las escaleras estrechas al segundo piso.

—Ya te he pedido —dijo cuándo se inclinó para besarla en la mejilla.

—Gracias. —Tomando asiento, él no perdió el tiempo—. ¿Te ha llamado Brian?

La sonrisa se desvaneció.

—Es tu padre, Gabriel.



—No, él nunca fue eso. —Con los hombros tensos, se mantuvo en silencio hasta después de que el camarero entregara su café solo y el capuchino de su madre—. ¿Por qué le dejas que te joda? Sé que no lo amas.

Suspirando, su madre se echó hacia atrás en la silla, con las manos ahuecadas alrededor de la porcelana blanca de la taza de café.

—También tengo dos hijos con él, le di diez años de mi vida. Es difícil para mí renunciar a él a pesar de que mis sentimientos murieron hace mucho tiempo.

Gabriel trató de comprender cómo podía tener alguna simpatía en su corazón por el hombre que la había abandonado, que les había abandonado a todos ellos y no encontró nada.

—¿Qué quería? —Brian Bishop siempre quería algo.

—Está enfermo. —Dolor en su rostro—. Me pidió que lo acompañara a la cita con su oncólogo, y porque una vez fue mi amigo, lo hice.

Gabriel cerró el puño sobre la mesa.

—¿Cómo de grave?

—Lo bastante para que tal vez no lo supere. —Sosteniendo su mirada, ella dijo—: Necesita a sus hijos, no tiene a nadie más.

Gabriel pensó en cómo habían sido desalojados después de que Brian Bishop los abandonara, las noches en el refugio para desamparados, las burlas en la cara del funcionario de bienestar social, y la vergüenza y humillación de su madre.

—No —dijo rotundamente—. Renunció a todos los derechos de su familia cuando robó cada centavo que habías ahorrado y desapareció. —Durante dos años después de eso, los únicos intentos de comunicación de Brian había sido postales que decían que estaba tras “algo grande”.

Luego tuvo el descaro de sentirse sorprendido cuando Alison le entregó los papeles del divorcio después de que finalmente apareciera.

—¿Papá sabe esto? —preguntó, refiriéndose al hombre que había entrado en su vida un año después de que Brian les dejara sin casa, y, a causa de sus deudas, con nada más que la ropa que llevaban puesta. La única razón por la que Gabriel y su hermano, Sailor, todavía llevaban el nombre de Brian era porque Brian se había negado a permitir que Joseph los adoptara legalmente, independientemente del hecho de que nunca vio a sus hijos.



En lugar de permitirse ser atados a Brian Bishop, Gabriel y su hermano habían recuperado el nombre de Bishop a través de agallas y determinación, lo habían convertido en propio, hasta que ya no conducía al hombre que los había engendrado. Ahora, se asociaba con “el Obispo” y con la cadena nacional de tiendas de jardinería que Sailor había montado, después de comenzar su vida laboral como paisajista.

—Por supuesto. —Alison cerró el puño, su elegante manicura y suave palma un mundo lejos de la piel enrojecida e irritada que se había acostumbrado a ver siendo niño—. Joseph y yo no tenemos secretos. —Un amor profundo y duradero en cada palabra—. Él sabe que yo siento lástima por el hombre que una vez fue Brian, si no le ayudamos a pasar por esto, nadie lo hará.

—Pídeselo a Sailor.

—Sabes que tu hermano se inspira en ti.

Gabriel amaba a su madre, pero le estaba pidiendo lo imposible.

—No puedo hacerlo, mamá. —Retiró la mano, con la mandíbula tan apretada que sentía como si sus huesos fueran a romperse—. Lo siento. No puedo perdonarle. Todo lo demás: la pérdida de su casa, el miedo y la conmoción de la incautación de sus pertenencias, podría haber sido capaz de perdonarlo, ¿pero la mirada golpeada en el rostro de su madre cuando pidió ayuda a bienestar social?

No, nunca le perdonaría eso. Alison había trabajado duro, haciendo dobles turnos interminables como limpiadora para economizar y ahorrar y que a sus hijos nunca les faltara nada, y en un solo acto egoísta, Brian Bishop le había metido en su propio infierno privado.

Alison podría tener el corazón de perdonarle, pero Gabriel no era tan bueno; en lo que a él concernía, Brian Bishop podía quedarse en el puto frío.



Charlotte supo que algo andaba mal en el instante que Gabriel volvió a la oficina. Tenía temperamento y le había visto enojado antes, pero nunca de esta manera. Con expresión sombría, pasó ante ella sin decir palabra, y en la siguiente media hora ni siquiera la gruñó por un documento o un archivo.

Preocupada, fue a la sala de descanso y le sirvió un vaso de leche. Luego, tomando un danés de manzana y canela del recipiente hermético de golosinas que había traído



de su clase de cocina, lo puso en un platillo y lo llevó a su oficina. Lo colocó sobre su escritorio cuando él no levantó la vista de su trabajo y salió.

Quince minutos después escuchó desde el interior un incrédulo:

— ¿Leche?

Sus labios se estiraron hacia arriba, sus dientes hundiéndose en su labio inferior.

— Es buena para ti.

Acercándose al umbral, él mordió el pastel con su impecable glaseado y delicado relleno. Le había costado tres intentos hacerlo exactamente bien, y le había dado ese tercer intento perfecto.

— Mmm. — Un sonido profundo de placer que derritió cosas dentro de ella que no debían derretirse—. Esto es jodidamente increíble. — Su garganta se movió mientras tragaba antes de tomar otro bocado.

Charlotte apartó su atención lejos de la fuerte columna besable de su cuello antes de que él la viera mirarle fijamente.

— ¿Todo bien con tu madre? — preguntó en voz baja, sabiendo que no tenía derecho a meter las narices en sus asuntos personales, pero preocupada por él.

— Sí. Algunas cosas de familia. — Terminó el danés y lamió un poco del glaseado que se le había pegado al pulgar.

Charlotte se quedó sin respiración. Era tan injusto como podía parecer pura tentación masculina mientras se comía un maldito pastel. Qué *ella* le había dado. Así que ella era responsable de su propia tortura. Pero valió la pena por ver las sombras desvanecerse de su expresión, sus hombros ya no tan tensos.

— ¿Por qué no me lo preguntas?

Ella sintió que sus ojos se abrían desorbitados. ¿Se había dado cuenta que le estaba imaginando desnudo en la cama mientras ella le alimentaba con pasteles y lamía las migas del pecho? Buen Dios.

— ¿Qué? — Se las arregló para decir.

— ¿Por qué salí con Tiffany en primer lugar?

El aire se le escapó rápidamente. Haciendo una mueca, dijo:

— Creo que la letra D tuvo algo que ver con eso.

Echando hacia atrás la cabeza, él se echó a reír.



—Me gusta cuando dejas que tu genio mordaz salga, señorita Baird. —Sin dejar de sonreír, dijo—: En realidad, yo quería comprar una propiedad que ella poseía y la cena era el único momento en que me hablaría de ello.

Charlotte se quedó boquiabierta.

—¿Me está diciendo que el Obispo se vio obligado a ir a una cita? —exclamó ella—. *Claro*.

—Necesitaba comer, así que ¿por qué no? —Sus ojos brillaban—. Ahora tengo la propiedad y mi asociación empresarial con la Sra. Summer está completa.

—¿No es un T-Rex? —dijo ella dulcemente—. Veo algunos dientes muy afilados.

Su sonrisa se profundizó hasta que la estúpida fusión en su interior empezó a crecer de nuevo.

—Nunca para usted, Srta. Baird. —Regresando a la oficina y por suerte, sin ver su sonrojo, dijo—: Vamos a acabar esto para que podamos tener la noche libre al menos.



Las cinco de la tarde y el trato hecho. A las seis, Charlotte debería haber estado en casa. En su lugar, se encontró de pie frente a la puerta del apartamento de Gabriel, no muy segura de cómo había terminado allí.

Cansada pero eufórica por su éxito, había estado poniéndose el abrigo cuando inesperadamente, Gabriel había aceptado su oferta de enseñarle cómo hacer una salsa de pasta para impresionar a su chica. Ya que habría sido grosero y demasiado revelador de sus propios sentimientos negarse, sobre todo después de que ya había admitido que sus emocionantes planes para la noche eran un DVD y, posiblemente, un poco de experimentación pastelera más, había dicho estúpidamente que sí.

Ni siquiera sabía por qué había hecho esa oferta en primer lugar. Tal vez para meterse a golpes en su dura cabeza que nunca podría ser suyo. ¿Gabriel aceptando la oferta? Eso no lo había previsto, y como resultado, ella estaba ahora a un metro de la puerta de su apartamento, los dos se habían detenido en la tienda de comestibles para recoger los ingredientes.

Su pulso estaba acelerado, las mejillas ardiendo mientras el estómago se le revolvió. Esta vez no era por la razón que le había dado tanto placer escandaloso esta mañana. No se sentía cómoda al estar a solas con un hombre en su casa, era la

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

primera vez que estaba en esta situación desde Richard. Sin embargo, mientras Gabriel tecleaba en el teclado táctil al lado de la puerta, recordó las palabras de Molly.

*Se feliz.*

Inhalando profundamente, se dijo que cruzara el umbral cuando él abrió la puerta. Gabriel nunca había hecho nada para hacerla sentir insegura.

Pero Richard también había sido así. Al principio.

El corazón golpeó en la garganta al recordar la chica que había sido una vez, su piel helada y sus pulmones luchando por respirar. Luchó para calmarse utilizando todas las técnicas que conocía.

Falló.

Tropezando lejos de la puerta, deslumbrantemente consciente del acero vigilante de la mirada de Gabriel, cayó contra la pared del pasillo. Las palabras que quería decir no salían, la garganta ahogada por la emoción fea y metálica que la había convertido una vez más en una cobarde temblorosa.



## Capítulo 15

### *T-Rex tiende una trampa a Charlie—ratón*

**M**anteniendo su violenta respuesta de protección bajo control porque la ira era lo último que Charlotte necesitaba, Gabriel puso la bolsa de papel llena de comestibles en el suelo y cerró la puerta del apartamento. La desesperación vislumbrada en los claros ojos avellana le hizo querer golpear algo; necesitó un esfuerzo consciente de voluntad mantener su temperamento controlado.

No estaba dirigido contra Charlotte, sino contra la persona que la había herido. Si alguna vez le ponía las manos encima al pedazo de mierda, quienquiera que fuera, no le dejaría ningún hueso intacto en su cuerpo.

—Déjame llevarte a cenar —dijo, con ganas de caminar hacia ella, atraerla y mantenerla a salvo. La idea de alguien poniendo una mano sobre ella, un moretón... Cerró el puño a un lado. Exhalando tranquilo, se esforzó por mantener su tono tan suave como pudo—. Puedes enseñarme la receta con una copa de vino.

Con ojos húmedos, Charlotte desvió la mirada, con los hombros caídos. Nunca la había visto así, tímida o no, Charlotte se había mantenido contra él desde el día que le había forzado el ascenso. Se dio cuenta que esto la estaba rompiendo. Y él era el responsable por manipularla a esta situación, a esta posición.

No sólo la había querido en su territorio personal, la había querido con él. Antes, su tranquilo y reflexivo cuidado había borrado la ira trepidante que le había dominado después de la discusión con su madre. Su conversación con Charlotte le había hecho recordar que él no era ese chico tan perdido y enfadado, sino un hombre que tenía una hermosa mujer inteligente, y deliciosamente sexy en su vida. Había sido egoísta, pero había querido más de su calidez y dulzura a su alrededor.



Debido a eso, le había causado dolor. Él. Nadie más. Así que tenía que encontrar una manera de arreglarlo.

—¿Recuerdas que te dije que tengo tres hermanos? —Había sido durante una sesión de trabajo por la noche, después de que se tomaran un descanso para tomar un café—. Sailor, Jake y Danny.

Ella no levantó la cabeza, pero sabía que estaba escuchando.

—Bueno —dijo—, dos de ellos son padres, los dos de niñas pequeñas. —Criaturas diminutas y frágiles que no podía dar crédito a que sus hermanos rudos y ásperos hubieran ayudado a crear—. Las cuido una vez al mes.

Por fin, levantó la cabeza, una sonrisa temblorosa tirando de sus labios.

—¿En serio?

El apretado puño sobre su corazón se aflojó un poco.

—Espera. —Entrando en su apartamento, regresó con un bolso de color rosa brillante más pequeño que el tamaño de una de sus manos, y una entusiasta tarjeta dibujada a mano que tenía las palabras "Te quiero, tío Gabe", detallada minuciosamente aunque torcida en tinta púrpura brillante y lo que parecía pelotas de rugby lloviendo desde las grandes y mullidas nubes.

—No sabía que las pelotas de rugby tenían caras sonrientes. —La propia sonrisa de Charlotte se hizo más profunda.

—Esme cree que deberían, ya que son divertidas. —Su sobrina de cinco años era una máquina implacable en el campo de rugby, había heredado el amor de la familia por el juego, así como su vena competitiva.

Acercándose, Charlotte tomó la tarjeta, trazó la reluciente escritura con evidente cariño.

—Te adoran.

—Les dejo tratarme como un trapo, así que sí. —Se atrevió a tocarle la mejilla con un dedo—. ¿Quieres que las recoja para que hagan de carabina? A sus padres les encantaría una noche libre.

—No —dijo suavemente, su sonrisa se desvaneció para dejar sus ojos resaltando en una cara que todavía estaba demasiado pálida—. Siento actuar de esta manera. Tu no has sido nada más que profesional.

Gabriel se dio cuenta de que era ahora. Podía correr el riesgo o mentirle.



—No, no lo he sido —dijo después de dejar las cosas de las chicas en la pequeña mesa junto a la puerta donde solía dejar las llaves del coche.

Las cejas de Charlotte se juntaron sobre sus ojos.

—¿Qué?

—He estado coqueteando contigo, Srta. Baird. —Vio rojo en sus mejillas, pero cuando ella no puso espacio entre ellos, continuó—. Me dije que no debería ya que soy su jefe, pero me temo que no seguí mi consejo.

Cuando ella siguió sin decir ni una palabra, se obligó a hacer una oferta que no quería hacer.

—Conozco otro CEO que necesita un asistente personal de tu habilidad.

—¿Me estás *despidiendo*? —Chispas en esos ojos claros, los puños cerrados a los costados como si se preparara para la batalla.

—No, maldita sea. —Salió como un gruñido, su intento de buena conducta murió de una muerte rápida ahora que ella era su señorita Baird de nuevo, resistente y con un espíritu ardiente—. Te lo digo porque si mi interés te hace sentir incómoda, puedes trasladarte a otra posición comparable.

Ella entrecerró los ojos.

—Eso también elimina el coqueteo con una subordinada.

—Eres la mejor maldita asistente personal que he tenido. —Levantó su voz—. Tengo toda la intención de robarte a Saxon & Archer cuando complete este contrato.

Eso la hizo abrir los labios en un callado jadeo antes de cruzarse de brazos.

—No cambia lo que dije.

—Por supuesto que no lo haría más fácil —gruñó, furioso por su obstinada negativa a ver lo que estaba tratando de decirle—. Las horas que trabajo, ¿cuándo exactamente crees que tendría tiempo para seducirte si no trabajaras conmigo? Me gusta exactamente dónde te encuentras.

Mirándolo, aunque sus mejillas seguían de un rosa tan ardiente que a Gabriel le daban ganas de tirarla por encima del hombro y llevársela a la cama más cercana para ver cómo sabía, ella dijo:

—Me gusta mi trabajo.

Era la primera vez que un asistente personal le había dicho eso sobre trabajar con él. La mayoría se quejaba de que era un negrero malhumorado. Se preguntó qué



pensaría Charlotte si le dijera que ella era la única que había tenido las agallas para hacerle retroceder, para decirle que no podía tener todos sus fines de semana y noches. Probablemente no le creería, se veía a sí misma dócil.

—Bien —dijo y luego le preguntó lo que necesitaba saber—. ¿Vas a demandarme por acoso sexual si sigo coqueteando contigo? —Tenía planes de ir mucho más allá del coqueteo, pero esto era el obstáculo número uno. Y no era una demanda lo que le preocupaba, era si su persecución la asustaría.

—¿Por qué estás coqueteando conmigo?

La mirada aturdida en sus ojos era adorable.

—¿Pescando elogios?

Las mejillas sonrojadas se volvieron más calientes. Subiéndose las gafas y apretando esos suaves labios rosa en una línea remilgada que sólo le daban ganas de revolverla, Charlotte dijo:

—Los hombres como tú no coquetean con mujeres como yo.

—¿Cuántos hombres como yo conoces? —preguntó, demorando la mirada en la boca. Dios, quería besar a Charlotte, quería darse un festín con ella. Con cada parte de ella.



Con los pechos hinchados contra su sujetador y la piel tirante bajo la plata fundida de la mirada de Gabriel, Charlotte luchó contra el impulso de mojar los labios.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Su voz salió entrecortada, sus pulmones luchando de nuevo por una razón muy diferente que antes.

—¿Ah, sí? —Se inclinó tan cerca que el beso caliente de su aliento le rozó la oreja mientras murmuraba—. Da la casualidad que encuentro este particular paquete pequeño, inteligente, sexy y muy, muy atractivo.

*Pequeño, inteligente, sexy.*

Charlotte había sido descrita con dos de esas palabras antes. La adición inesperada le hizo girar la cabeza con incredulidad. Salvo que ¿qué tenía que ganar Gabriel mintiéndole, fingiendo que la encontraba sexualmente atractiva? Él sólo había tenido una demostración de lo jodida que estaba, claramente no era una conquista divertida.



No era como si necesitara más muescas en la pata de la cama. Como Tiffany demostraba, las mujeres le cazaban a él.

—¿A tu novia no le importa que coquetees con otras mujeres? —preguntó bruscamente antes de que se olvidara que estaba cogido, como claramente estaba.

—Ella no es mía todavía. —La última palabra la dijo arrastrándola.

Queriendo darse una bofetada por seguir encontrando al arrogante T-Rex atractivo, dijo:

—Te enseñaré cómo hacer la salsa para pasta. —Tan pronto como lo hiciera, podría ir a casa y sacarse su rabia horneando mientras le contaba a Molly que T-Rex no era sólo un carnívoro, era un hombre que no valoraba el compromiso cuando se trataba de una relación personal.

Charlotte no podía estar con alguien así, incluso si él no estaba jugando con ella para su propia diversión.

Gabriel no la dejó apartarse de la puerta.

—No antes de contestar a mi pregunta.

—No —dijo ella con los dientes apretados—. No te voy a demandar. —Tampoco tomaría nada de lo que dijera o hiciera en serio. Un hombre que hacía un movimiento con una mujer, a quien le había pedido que le ayudara a aprender a cocinar algo para impresionar a otra mujer, no era su idea del príncipe azul.

Cuando los ojos de Gabriel brillaron y curvó los labios en una sonrisa lenta y muy masculina, supo que tenía la intención de sacar el máximo provecho de su aquiescencia.

—Entre en mi sala, Srta. Baird.

¿Cómo podía hacer que su nombre sonara como una proposición indecente? Los diminutos pelos de la nuca hormigearon en alarma que no tenía nada que ver con el miedo y todo con otra emoción visceral, inhaló profundamente y pasó junto a él para entrar al apartamento.

El clic de la puerta al cerrarse detrás de ella creó nudos en su estómago, la presencia de Gabriel a su espalda era un muro caliente que boqueaba el escape. Como si él lo supiera, pasó a su lado con los comestibles. Siguiéndole, se quedó boquiabierta. Conocía este edificio, lo había visto en innumerables ocasiones desde la carretera. Construido sobre una colina, tenía unas vistas panorámicas de la ciudad y de las aguas del Golfo de Hauraki. Los apartamentos valían millones.



Gabriel, se dio cuenta tardíamente, tenía el ático.

Habían entrado en el piso de abajo, un espacio amplio que fluía a un gran balcón. Aunque no podía verlo desde aquí, sabía que el segundo nivel se abría a otro balcón más pequeño. La luz natural entraba vía el uso generoso de cristal así cómo de claraboyas hábilmente colocadas. La vista a través de las puertas del balcón, incluso desde aquí, era espectacular.

—¿Cómo de rico eres? —espetó.

Gabriel ya había dejado los comestibles y ahora se detuvo en el acto de quitarse los zapatos.

—Si uso la palabra asqueroso en mi respuesta, ¿qué voy a conseguir?

Charlotte se llevó las manos a la boca, mortificada.

—Lo siento, lo siento. —No sabía por qué había sido tan grosera, especialmente cuando debería haber adivinado su riqueza. Nadie jugaba al deporte profesional al más alto nivel, tenía grandes ofertas de promociones internacionales, algunas todavía en juego y luego se convertía en un codiciado ejecutivo de negocios sin acumular riqueza. Además, le había observado comprar propiedad tras propiedad para su cartera personal. Por *supuesto* que era inmensamente rico.

Fuertes y cálidas manos apartaron las manos de su rostro, su sonrisa tan hermosa que por un segundo, casi cedió a la locura dentro de ella y besó a su jefe.

Luego dijo:

—Puedes compensarme enseñándome a ser un maestro en la cocina.

*Correcto.* Para otra mujer. Ese recordatorio enfurecido vertió agua helada sobre su deseo.

—Lo pondré en marcha si quieres... —Hizo un gesto vago en dirección a su ropa; a diferencia de sus ropas casuales la mayoría de los fines de semana que trabajaban juntos, hoy él se había puesto un traje porque había tenido que realizar videoconferencias con los abogados del otro lado de la negociación.

Charlotte todavía llevaba los vaqueros y la chaqueta de punto verde menta que había llevado a la clase de cocina. Debajo de la chaqueta no llevaba nada más que una camiseta blanca con un borde de encaje. No había pensado que haría tanto calor cuando había elegido la ropa esa mañana, no había pensado que estaría casi pegada al horno del cuerpo de Gabriel.

Quería frotarse contra él como un gato.



*¡Otra mujer, Charlotte! ¡Le estás enseñando a cocinar para ella!*

La bofetada mental hizo que su cabeza resonara mientras Gabriel se dirigía a la escalera de caracol que conducía arriba.

—Quítate los zapatos —dijo él—, ponte cómoda.

—Si me quitó los zapatos, necesitaré un megáfono para alcanzarte —murmuró en voz baja, pero se quitó las cuñas de tacón, reacia a dañar accidentalmente la madera en tonos cálidos del suelo. Subiéndose las mangas de la chaqueta, paseó por la cocina, separada del salón sólo por una barra de desayuno reluciente y suspiró. Las cosas que podría cocinar en esta cocina.

Acariciando el granito negro de la isla central independiente, la piedra vetada de minerales grises que tenía un brillo tenue, divisó la cocina que se confundía con la encimera contra la pared, el horno de plata elegante incorporado debajo. Cuando cedió a la tentación y abrió un armario, los utensilios de cocina de alta calidad del interior le dieron ganas de lloriquear.

—¿Encuentras todo lo que necesitas?

Saltando, cerró el armario y se volvió para encontrarlo dirigiéndose hacia ella. Se había puesto unos vaqueros desgastados y una camiseta gris con el logotipo de la escuela de cuyo equipo de rugby era entrenador, el tejido suave y muy lavado abrazaba sus pectorales mientras se movía hacia ella.

Agarrándose al mostrador detrás de ella, dijo:

—No quería curiosear.

Él levantó la vista de las bolsas de comestibles que estaba vaciando y el intrincado tatuaje de su brazo izquierdo le llamó la atención.

—Charlotte, tranquila. No tengo ni idea de lo que hay en la mitad de los armarios. —Ella hizo un ruido escandalizado que le hizo reír—. Sí, eso también vuelve loca a Ísa, mi cuñada. Ella, mi madre y Jake compraron todas las cosas de la cocina después de tomar mi tarjeta de crédito. Creo que estaban esperando avergonzarme para que cocinara más.

—En serio —dijo Charlotte, con ganas de explorar—. ¿Puedo mirar?

Gabriel hizo un gesto con la mano.

—Díme si encuentras el abridor de botellas. No sé dónde lo escondieron.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---



Al observar a Charlotte moverse en su cocina, su rostro radiante y su cuerpo rebosante de entusiasmo, Gabriel agradeció en silencio a los cocineros de la familia. Especialmente cuando Charlotte se inclinó para revisar los armarios inferiores y la tela de los vaqueros se estiró sobre las dulces curvas de su culo.

Quiso gemir.

Los meses de abstinencia estaban empezando a mostrarse.

Diablos, ¿a quién pretendía engañar? Charlotte Baird le había hecho esto desde el primer día que había dejado de temblar de terror y comenzó a fulminarlo cuando presionaba demasiado. Sólo se estaba sintiendo un poco neanderthal hoy porque finalmente estaba en su espacio, porque la había atrapado en su trampa.

Su cocina había estado desnuda hacía un mes. Su madre, Ísa y Jake habían tenido un día de campo cuando les dijo que enloquecieran. Por supuesto, habían tenido mucha curiosidad por su repentino deseo de suministros, pero se las había arreglado para satisfacerla con un poco de mala dirección creativa. Al menos por ahora. Sin duda, sospecharían cuando su nuevo "hobby" fallara en crear comida real. Por otra parte, tal vez no.

Después de todo, ahora tenía un instructor.

— ¿Mi familia hizo un buen trabajo?

Con el rostro resplandeciente, Charlotte se volvió hacia él.

— Podría volverme loca en esta cocina.

*La trampa saltó con éxito.*



## Capítulo 16

### *En la guarida del T-Rex*

Con la satisfacción desenrollándose en las entrañas, Gabriel dijo:

—Te voy a dar el código de la puerta. Siéntete libre de entrar y dejarme deliciosas comidas para comer. —Después de colocar todas las cosas que habían comprado hoy a poca distancia, se apoyó en el mostrador central y la observó comprobar la cocina y el horno. Su nuca atrajo su atención, le dieron ganas de acariciar con besos esa delicada piel, inhalar su olor a los pulmones.

Sí, estaba bien y verdaderamente colado por Charlotte Baird.

—¿Acaso tu madre no te enseñó a cocinar? —Preguntó con aire ausente, abriendo el horno para mirar dentro.

Distraído por sus fantasías de apretarla contra el mostrador, con el torso a su espalda mientras acunaba los pechos, le tomó unos segundos poner en marcha su cerebro. Afortunadamente, ella estaba demasiado extasiada con sus aparatos para darse cuenta.

—Oh, mamá lo intentó —dijo, pensando sólo en los buenos recuerdos y no en los oscuros, había tenido más que suficiente de estos últimos hoy—. Solía decir que ninguno de sus chicos iba a salir de casa sin saber cómo alimentarse. —La comida era importante para su madre, algo que ella nunca daba por sentado. Gabriel había pensado hacía mucho tiempo que después de que Brian los abandonara, ella a menudo se había quedado con hambre para que Sailor y él pudieran comer.

Cerrando la puerta a esos recuerdos, pensó en los años después de que conociera a Joseph, tuviera a Jake y luego a Danny. Sonrió.



—En un momento, estaba dirigiendo a dos adolescentes hambrientos, un niño de diez años y otro de ocho mientras trataba de meter habilidades de cocina en nuestras cabezas en lugar de sólo habilidades de comer. —Sólo lo había logrado con Jake.

Charlotte se volvió con una sonrisa.

—Quieres a tu madre.

—Sí. —A medida que Charlotte se acercaba, apenas se contuvo de saltar sobre el mostrador para devorarla. Su señorita Baird no tenía ni idea de lo dulce y succulenta que la encontraba o nunca habría entrado en su guarida—. ¿Y tú?

Fue como si alguien hubiera apagado la luz en su interior.

—Mi padre era el cocinero en la familia.

Atrapó el tiempo pasado.

—¿Se ha ido?

—Ambos —dijo en voz baja.

Gabriel ni siquiera pensó en ello. Rodeando el mostrador, tiró de ella a un abrazo flojo, asegurándose de moverse lo suficientemente despacio para no asustarla. Que ella fuera en lugar de ponerse rígida calmó la ansiedad primitiva de su alma, la que le empujaba a protegerla, a cuidarla, a darle lo que ella necesitaba.

—Lo siento.

—Está bien —dijo ella, permaneciendo contra él—. Mi madre estuvo enferma mucho tiempo.

Él le acarició la espalda con la mano, las delicadas líneas de su cuerpo contenían una fuerza que siempre había sentido, pero que no estaba seguro de que ella entendiera conscientemente.

—¿Cáncer? —preguntó, su conversación con su madre fresca en su mente.

Charlotte asintió.

—Yo tenía doce años cuando fue diagnosticada por primera vez. —Dolía incluso ahora, pero el dolor era viejo, ya no dentado y punzante—. Al principio, lo venció, pero volvió. —Como un monstruo que invadía sigilosamente sus vidas—. Acababa de cumplir dieciocho años cuando le di un beso de buenas noches una noche y me dijo “duerme bien, pequeña” por última vez. —Charlotte y su padre la habían traído a casa para que pudiera pasar sus últimos días rodeada de la gente que amaba y la gente que la amaba a ella.



Había muerto en su propia cama, en los brazos de su marido.

—No tenía dolores —dijo Charlotte, con la garganta hinchada. Eso era importante para ella, que su dulce, fuerte y amorosa madre había dejado el mundo en paz, libre del dolor debilitante que la había dejado lisiada—. Fue como si su cuerpo supiera que estaba dejando esta tierra, por lo que se recuperó para darle una última semana donde se sintió como ella de nuevo.

Sin embargo, tragando con los ojos arenosos, sonrió.

—Nos reímos mucho la noche anterior. No recuerdo por qué, pero recuerdo su risa, el brillo y la vida.

—Suenas como una mujer increíble y fuerte.

—Lo era.

Charlotte no sabía por qué estaba contándole todo esto. Era su jefe. Quién había admitido que coqueteaba con ella y en cuya cocina estaba actualmente... en cuyos brazos estaba. En el instante que pensó conscientemente en ello, se dio cuenta una vez más de exactamente lo *grande* que era, todo músculos duros y calor ardiente.

Gabriel era mucho, mucho más fuerte de lo que Richard había sido, y sin embargo, Charlotte no tenía miedo. Nerviosa, con mil mariposas en su estómago ahora que se estaba centrando en su cuerpo, pero no tenía miedo. Al menos, no en este preciso instante en que se sentía tan segura y protegida. En este momento, casi podía imaginar acariciarle el pecho hasta los hombros, ponerse de puntillas y besarle la línea de esa mandíbula sombreada de barba. Le haría cosquillas en los labios, pero entonces llegaría a la boca y sería caliente, húmedo y tan bueno.

Con el pulso acelerado, se apartó de él antes de que la fantasía la llevara a cometer un error humillante.

—Voy a preparar el agua —dijo, a pesar de que no la necesitaban todavía.

Soltándola con una última caricia a la espalda que la hizo querer gimotear y enterrarse en él, Gabriel dijo:

—Puedo hervir agua —y fue a llenar la cazuela.

Era extrañamente íntimo, observarle hacer algo tan inesperadamente doméstico. Aunque, por supuesto, tenía esa sensación de crudo poder contenido y fuerza merodeando con él, que le hacía parecer un intruso, una criatura peligrosa jugando a ser mansa. Debía de gustarle mucho esta mujer a la que quería impresionar, pensó



con una punzada de dolor que aplastó la ira que había tratado de fomentar. No había hecho tal esfuerzo con las demás.

Sabía sin que se lo pidieran que no habría rosas rojas esta vez.

Con la sangre pesada, tomó el paquete de pasta seca y la puso sobre el mostrador al lado de la cocina. Cuando Gabriel puso la olla llena de agua sobre la cocina, le impidió encenderla, sus dedos rozaron los huesos sólidos de su muñeca.

—Primero debemos trabajar en la salsa ya que eres nuevo en ello. —Cerró los dedos, guardando el calor masculino.

—¿Quieres decir que no sale de un frasco?

—Compórtate —dijo ella, sin poder desenterrar una sonrisa.

Él se estiró detrás de ella hacia los armarios superiores, su brazo le rozó el hombro. No estaba segura de si lo había hecho deliberadamente, pero cuando le rozó el brazo contra su cuerpo mientras bajaba un vaso, supo que era todo muy a propósito. Por alguna razón, a pesar de que estaba seriamente interesado en otra mujer, había decidido seguir jugando con ella.

Sus mejillas se volvieron calientes, la sangre latiendo con genio.

—Hay vasos al final de la barra.

—Vaya, no los vi —dijo y apoyó la cadera contra el granito—. ¿Quieres algo de beber?

—No. —Sólo quería terminar con esto para poder marcharse mientras él, sin duda, se enrollaba con su nueva mujer.

Yendo al frigorífico, él cogió una botella de agua.

—Eh, mira lo que tengo aquí. Zumo de naranja y piña.

—¿Es que lo notas todo? —preguntó ella, con ganas de apuñalar al tomate que había cogido para picar.

Sirviendo su mezcla favorita de zumo en un vaso, dejó la botella al lado de su agua y dijo:

—En lo que se refiere a tí, sí.

Charlotte sintió que sus ojos se entrecerraban. *Suficiente*. Podría ser tímida y cohibida cuando se trataba de algún tipo de coqueteo, pero esto no era coqueteo por parte de Gabriel. Era un momento de diversión. Porque los T-Rex no se citaban con ratones. Los pisoteaban de camino a otros pastos más sexy.



—Hábleme de la mujer a la que quieres impresionar —dijo ella, cortando el tomate con lo que ella pensaba que era una moderación encomiable—. ¿Es la modelo que llamó para la cena de caridad?



Gabriel consideró la respuesta. Podría seguir engañando a Charlotte, o podía decirle la verdad. El problema con esto último era que no sabía si ella podría manejar la presión de saber que la deseaba a ella y *sólo* a ella. Demonios, se contendría, refrenaría la persecución completa e implacable de Bishop hasta que ella estuviera más acostumbrada a él, pero aun así sería consciente de su interés. Podría ponerla de los nervios, hacer que se apartara asustada.

—No tienes que contármelo —dijo, moviendo el cuchillo más rápido—. Estoy fisgando, lo siento. —La disculpa era fría.

Él sonrió lentamente ante la primera señal de verdadero genio que había visto en Charlotte.

—Ella es exactamente de tu altura —dijo, después de haber llegado a una conclusión ineludible tras sopesar todos los hechos: si no le decía la verdad, Charlotte le bloquearía a cada centímetro del camino. A diferencia de muchas de las mujeres que acudían a él, ella no le vio como un trofeo al que tirarse y maldita cualquier otra lealtad que pudiera tener. Charlotte Baird se tomaba en serio las promesas.

Con una mirada de asombro, el cuchillo se detuvo.

—¿En serio? Quiero decir, siempre sales con mujeres altas.

—Solía. —Tendía a sentirse como un gran buey alrededor de mujeres de menor tamaño, pero había cambiado de opinión desde que conoció a Charlotte. Estaba muy seguro de que ella podía manejarle, en la cama y fuera de ella. Y definitivamente quería manejarla a ella. Cada pequeña parte perfectamente formada de ella—. Entonces conocí a una mujer de ojos color avellana claros y suave cabello rubio que quiero envolver en el puño de una mano mientras ella cabalga mi regazo y me permite besarla, mi otra mano desabrocha la camisa blanca sensata de trabajo... o su chaqueta verde.



La respiración de Charlotte era desigual, con la cabeza ligeramente inclinada mientras miraba la tabla de cortar, la mano de huesos finos apretados en el mango del cuchillo.

La misma parte del cerebro de Gabriel que le permitía tomar decisiones de varios millones de dólares en décimas de segundo le hizo continuar cuando ella se quedó en silencio.

—Ahora tengo todas estas fantasías extremadamente sucias de lo fácil que sería llevarla a la cama. —Oh, a su cuerpo le gustaba esta conversación, le gustaba mucho—. Aunque mi imaginación no se limita al dormitorio.

Con la esperanza de que ella no le mirara y viera la línea dura de su polla empujando contra la cremallera de sus vaqueros, se mantuvo a distancia a pesar de su deseo de hacer lo contrario.

—¿La fantasía del regazo? No termina allí. A veces —dijo—, la levanto y la pongo sobre mi escritorio, le subo la falda, apartó esas bragas de encaje negro a un lado... siempre hay encaje negro en esta fantasía, y la lamo hasta que grita mi nombre mientras se corre en mi lengua. Otras veces...

—Para. —Una orden jadeante.

—Entonces —dijo, tirando tan fuerte de las riendas que todo su cuerpo protestó por el abuso—, ¿quieres una cebolla para esta salsa?

Apoyando las manos en el mostrador después de colocar el cuchillo con mucho cuidado en la tabla de cortar, Charlotte aspiró bocanadas de aire. Los ojos de Gabriel, por supuesto, fueron directamente a su pecho y a los senos maduros que querían morder, chupar y moldear con las manos. Ella probablemente le daría una patada si supiera de los sueños eróticos que había tenido sobre tenerla tomando notas vestida con sólo un sujetador de encaje negro en su mitad superior, el resto de ella tan remilgado y profesional como siempre.

Nunca había tenido fantasías de sexo en la oficina antes, ni siquiera una vez, pero ahora le volvían loco, noche tras noche, se despertaba empapado de sudor y duro como una jodida piedra. Charlotte, por supuesto, tenía el papel estelar en cada depravado sueño producido por su mente subconsciente. En algunos, estaba de rodillas, pero su favorito absoluto era el de ella en su regazo o en su escritorio mientras él la conducía a orgasmo tras orgasmo.

Luchando contra un gemido y una erección que no moriría, ¿cómo podría con Charlotte tan cerca, con las mejillas sonrojadas y los labios apenas entreabiertos



mientras intentaba templar su respiración? agarró los paquetes de condimento que había echado al carrito en la tienda de comestibles, mientras Charlotte elegía los ingredientes frescos.

—No sabía cuáles te gustarían —dijo—, así que cogí uno de la mayor parte de los que pensé que necesitarías.

—Pica los tomates. —Empujando la tabla hacia él, se alejó—. ¿Dónde está el baño?

—Sube las escaleras y gira a la izquierda. La primera puerta, y luego a la derecha.

Era una medida de su estado nervioso que no cuestionara por qué no había un baño en esta planta. En cambio, subió rápidamente por la escalera de caracol y entró en el dormitorio principal. Le gustaba que estuviera allí, en el centro de sus dominios. Aprovechando la oportunidad para tomar un vaso helado de agua en lugar de una ducha de agua fría, se las arregló para conseguir poner su cuerpo bajo algún tipo de control.

Luego la vio bajar, su mano se deslizaba a lo largo de la barandilla de madera pulida y sus curvas se movían sensualmente en los pantalones vaqueros que se pegaban de manera perfecta a su culo. Adoraba esos vaqueros, adoraba a su amiga Molly por convencerla de que se los comprara. Sabía de la participación de Molly porque había oído parte de la conversación de Charlotte con su mejor amiga el primer fin de semana que había llegado usándolos. Había estado a punto de entrar en la sala de descanso cuando había oído a Charlotte dentro, susurrando furiosamente al teléfono.

—¡Son demasiado ajustados, Molly! ¡Me siento desnuda! Voy a ir a la tienda y...

Molly había interrumpido entonces y por lo que ella había dicho, Charlotte no había desaparecido para cambiar los vaqueros, que no eran demasiado ajustados. En ninguna parte. Eran correctos, de corte de bota le daban mucha libertad de movimientos. Gracias a lo que había oído, Gabriel supo que no debía decir absolutamente nada sobre la desaparición de los vaqueros dos tallas demasiado grandes que había llevado hasta entonces.

Cuando llegó una semana más tarde llevando un elegante vestido de lana negra que acariciaba su cuerpo, solamente había dicho:

—Bonito vestido, Srta. Baird —y lo dejó así.

A pesar de que el vestido le daban ganas de acariciarla por todas partes, luego empujarla contra la pared y hacer cosas que le harían darse cuenta de una vez por todas que era completamente incivilizado bajo los trajes.



Le gustaba un poco áspero, a veces más que un poco si era honesto, y eso podría ser un problema con Charlotte, pero lo averiguarían. Gabriel nunca había renunciado a nada en su vida. Cuando aparecían obstáculos, encontraba una ruta alternativa. Incluso si eso significaba la construcción de ese camino con pura determinación y voluntad implacable.

—¿Todo bien? —preguntó él cuando sus pies tocaron el suelo.

—Sí. —Los mechones húmedos de cabello que se le rizaban en los oídos le dijo que se había tirado agua a la cara. Su piel se sentiría fría bajo sus labios, pensó mientras ella se cruzaba de brazos y decía—. ¿Terminaste de cortar los tomates?

Le mostró la tabla.

—¿Lo he hecho bien? Sigo las instrucciones muy bien.

—No, no lo haces.

—Tienes razón, no lo hago. —Arriesgándose, tiró de un rizo húmedo—. Pero voy a hacer una excepción contigo. Dime lo que te gusta.



Con el corazón apenas calmado convertido en una liebre en su pecho, su mente todavía nebulosa por las imágenes que él había implantado antes.

—¿Q—qué?

—En tu salsa —dijo, pero Charlotte no era idiota, aunque él la dejara totalmente descentrada con las cosas eróticas que le había dicho.

—¿Por qué hiciste eso? —Le espetó, sus filtros habituales destrozados.

—¿Qué? —dijo el gran y hermoso león a su lado.

—No importa. —Tomando la cebolla, cortó un trozo—. Dados así. —Luego cogió la mitad de un puñado de hojas de albahaca fresca, las lavó y las puso al lado de los tomates picados.

Al acabar de cortar en dados la cebolla, él dejó una pila ordenada a un lado de la tabla.

—Dime, Srta. Baird

*Oh Dios, ¿cómo se había metido en esto?*

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

La garganta de Charlotte de repente estaba completamente seca. Agarrando el vaso de zumo que le había servido, tomó un largo trago. Y recordó lo que Molly había dicho cuando Gabriel entró por primera vez en su vida.

*Sé valiente.*

Charlotte le había dicho lo mismo a Molly, y ahora su mejor amiga estaba viviendo una vida tecnicolor llena de aventuras, amor y felicidad apasionada. Era un futuro que ninguna de las dos podría haber predicho.

*Ser valiente tenía sus recompensas.*

Con ese pensamiento en mente, Charlotte soltó su pregunta antes de que pudiera arrepentirse.

—Lo que has dicho, sobre el escritorio. ¿Por qué hiciste eso?

Gabriel se quedó inmóvil.

—Porque que te corras contra mi boca me pondría como una puta moto.



## Capítulo 17

### *Juegos privados con un T-Rex*

Charlotte dejó el vaso, sus dedos temblorosos.

—No —dijo ella, luchando contra la maldita timidez que le asfixiaba la garganta para pronunciar las palabras—: Quiero decir, tú no sacas nada de ello.

Charlotte sabía de sexo oral, sabía que a los hombres les gusta hacerlo a veces, pero ella no era una de esas criaturas sensuales que hacían mohines que podían poner al sexo masculino de rodillas. A Richard le había gustado ella al principio, y no había tenido ningún interés en ello. Gabriel era mil veces más masculino que Richard, un millón de veces más sexy. Las mujeres probablemente caían de rodillas delante de él con un chasquido de los dedos.

Odiaba esa imagen, la odiaba tanto que la borró de su mente con un violento golpe mental.

—No soy tan altruista, Srta. Baird, ya lo sabes. —Jugó con un mechón suelto de su pelo de nuevo, enredándolo en su dedo, luego soltándolo—. Siempre consigo algo.

Tragando, Charlotte levantó la vista para mirarlo a los ojos y se quedó sin aliento ante la oscura intensidad de sus ojos.

—¿Qu... qué? —Tosió en un esfuerzo por aclarar su garganta—, ¿qué sacarías de eso?

Una lenta sonrisa que hizo que su estómago se llenara de nudos tan apretados que no estaba segura de que se soltaran alguna vez.

—Bueno —dijo, acercándose y haciéndola retroceder hasta que su columna golpeó el mostrador de enfrente—, aparte de haberme dado un festín con tu delicioso sabor, te tendría toda mojada y floja sobre mi escritorio con tu falda levantada hasta la



cintura. —Se acercó más, su erección empujando contra su abdomen—. Me tomaría un segundo bajarme la cremallera y...

Charlotte estaba bien. Estaba bien. Estaba tratando con él, se estaba excitando con él y luego, sin previo aviso, su mente racional simplemente se cerró. El pánico la cegó con una bofetada, congelándola en el sitio.



Gabriel vio el cambio en Charlotte, lo sintió. Ella había sido un manojito de nervios antes, pero también había sido una participante dispuesta en su juego privado, su piel cubierta de sudor y los labios entreabiertos. Ahora estaba rígida y a punto de romperse. Retrocediendo, puso un montón de distancia entre ellos y, porque estaba tan jodidamente enfadado con el bastardo que la había lastimado, cogió el cuchillo y convirtió el tomate en papilla.

Fue consciente de que ella estuvo tan quieta e inmóvil como un ratón que ha detectado un depredador por lo menos durante tres largos minutos antes de aflojar los nudillos blancos del mostrador y volverse para recoger temblorosamente el vaso medio lleno de zumo. Cuando lo dejó después de vaciarlo y se volvió como si fuera a salir de la cocina, se rindió al gruñido de su interior.

—¿Estás pensando dejarme morir de hambre?

Ella giró sobre sus talones, ojos grandes y heridos en un rostro delicado que quería tomar entre sus manos mientras la besaba, la convencía, la enseñaba a que nunca le pondría un dedo encima con violencia.

—L-lo s-siento.

Gabriel podría haber matado en ese instante, específicamente a la persona que había creado ese terrible y abrumador temor dentro de su pequeña y dura ayudante.

—No lo sientas —dijo con una voz que no era tan poco gruñona como pretendía—. Enséñame a hacer esta salsa, luego enséñame lo que he activado para no hacerlo de nuevo.

Charlotte no se movió, se limitó a mirarlo a través de las claras lentes de esas gafas que le volvían loco. Tenía una serie de fantasías en las que no usaba nada más que esas gafas, su pelo recogido en ese pequeño moño que solía odiar, y tal vez un largo collar de perlas que... *para*, se dijo cuando su polla comenzó a endurecerse de nuevo.



Se estaba moviendo demasiado rápido, y necesitaba relajarse si iba a tener alguna posibilidad de ganarse la confianza de Charlotte.

—¿De nuevo? —dijo al fin, su voz baja.

—Srta. Baird —dijo, usando su título formal porque le hacía prestar atención—, ¿he dejado o no he dejado claro que me gustaría tenerte en mi cama?

Ella se clavó los dientes en el labio inferior y asintió.

—Entonces —dijo, cruzando los brazos y apoyando la cadera contra el mostrador—, ¿Por qué crees que una pequeña dificultad va a detenerme? —Enarcó una ceja—. Especialmente dado que has estado trabajando conmigo el tiempo suficiente para saber que nada me detiene cuando he puesto mis ojos en una meta.

Charlotte soltó un largo suspiro, relajándose poco a poco.

—No sé si yo puedo.

—Si me dices que no me deseas, voy a exigirte que me des tus bragas para demostrar que no están mojadas.

Con las mejillas de un rojo brillante, dio un pisotón con un pie delicado.

—¡Eso es totalmente inapropiado!

—No hay reglas fuera de la oficina, Srta. Baird —dijo, pinchándola a propósito porque le gustaba fogosa y odiaba la derrota que había visto en ella—. Ahora ven aquí y dime lo que hice. —Era importante que tomara la decisión de quedarse, que empezara a confiar en él.

Gabriel podía empujar y empujar con fuerza, pero nunca la obligaría.

Fulminándole, ella se subió las mangas de la chaqueta y dijo:

—Me muero de hambre. Puedes aprender a hacer la salsa otra vez. —Empezó a echar cosas a una cacerola pequeña, la cocina se llenó de un delicioso olor picante minutos después.

Media hora después, estaban sentados uno frente al otro en la mesa situada a la izquierda de la zona trasera de la cocina, al lado de un gran banco de ventanas que daban a la ciudad.

—Se te ha olvidado la ensalada —murmuró.

Quería arrastrarla en su regazo y decirle que dejara de ser un gatito malhumorado o tendría que castigarla, pero no creía que Charlotte estuviera lista para jugar a ese tipo de juegos. La amenaza juguetona podría asustarla. Así que se puso de pie, se



dirigió a la cocina y, agarrando un bol, abrió un paquete de ensalada preparada de antemano que tenía en el frigorífico. Incluso encontró los utensilios especiales para ensaladas antes de ponerla en la mesa.

Charlotte tomó un poco de ensalada, se comió la pasta que había preparado y miró por la ventana.

—No me acorrales.

Las palabras fueron pronunciadas en voz tan baja que tardó un segundo en darse cuenta que había contestado a su pregunta.

—¿Te hace sentir claustrofobia? —preguntó, en un esfuerzo por obtener los parámetros exactos.

—Sí.

—¿Cualquier tipo de asedio?

—A veces... contigo, está bien —le miró a los ojos—, pero no puedo predecir cuándo voy a tener un ataque de pánico. —Sus dedos apretaron el tallo de la copa de vino, Gabriel había abierto un blanco fresco en lugar de tinto porque sabía que a Charlotte no le gustaba mucho el tinto.

—Quiero abrumarte —dijo, reclinándose en la silla, pero manteniendo la intimidad del contacto visual—. Quiero sujetarte debajo de mí y follarte con fuerza, luego quiero apretarte contra todas las paredes de este lugar. Después de eso te quiero doblada sobre mi escritorio, mi cama, esta mesa. Para empezar.

La piel de Charlotte se sonrojó con una rosa fuerte, luego palideció, y luego se puso roja, sus ojos chispeando fuego.

—¿No escuchaste lo que dije?

—Oí. —Tomó un sorbo de vino—. Sólo estoy diciendo hacia dónde vamos. ¿Algún problema con mis objetivos?



Charlotte no estaba segura de no estar alucinando. ¿Cómo podía estar sentada ante una mesa de comedor negro brillante con su gran y sexy jefe, hablando de posiciones sexuales? Simplemente no podía asimilarlo. Sin embargo, él estaba esperando su respuesta con esa paciencia masculina perezosa.



—No lo sé —dijo al fin, y porque esto era un medio sueño surrealista y extraño, admitió sus insuficiencias—. Yo no soy muy buena en el sexo.

Gabriel dejó su copa de vino y luego sonrió con esa sonrisa lenta y pecaminosa que hacía que sus pezones se apretaran y su cuerpo se volviera más sedosamente húmedo, si él le hubiera exigido sus bragas como había amenazado, habría fallado la prueba. Miserablemente.

—Srta. Baird, nadie es bueno o malo en el sexo por sí mismo —dijo arrastrando las palabras—. Es un esfuerzo de equipo, y sabes que soy un jugador de equipo.

Los pechos de Charlotte empujaron contra su sujetador. Esos pechos no eran enormes, ni echándole mucha imaginación, pero en este momento se sentían hinchados y calientes, doloridos de una manera que nunca había sentido antes.

—¿Qué pasa si yo no? —preguntó ella, luchando contra el recuerdo de las cosas que Richard le había dicho, cosas que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Molly; había sentido tanta vergüenza.

—Soy un excelente entrenador —dijo Gabriel, ojos de acero que contenían un calor que hipnotizaba—. Uno que siempre saca lo mejor de mis jugadores. —Su pie rozó el suyo debajo de la mesa—. También tengo un interés cercano y muy personal en asegurarme de que funciones a tu máximo potencial.

Charlotte estaba tan fuera de su zona de confort, apenas pisaba el agua. No sólo era un desastre emocional en general, era tan lastimosamente novata que sin duda se avergonzaría si intentaba algo con el hombre sentado al otro lado de la mesa. El que la miraba como si quisiera devorarla a pequeños y deliciosos bocados.

—Tengo que ir a casa —dijo ella, dejando su tenedor.

No podía aguantar más, había llegado a su límite absoluto.

Gabriel la examinó con esos ojos penetrantes.

—Te llevaré —dijo por fin—. Pero termina tu cena primero.

—Aquí no eres mi jefe —espetó frustrada consigo misma, con el universo.

—No en el sentido de trabajo —dijo—. Pero creo que necesitas unas pocas órdenes, especialmente cuando se trata de tu salud.

Charlotte había visto esa mirada en el rostro de Gabriel antes; era la que no denotaba nada de piedad en una negociación. Pensó en levantarse e irse, pero a pesar de su incapacidad para manejarlo, quería hacer cada cosa escandalosa que había sugerido.



Aunque eso no iba a suceder, no con sus ataques de pánico cerrando las cosas con más eficacia que una ducha fría, podría estar con él un poco más. Incluso si estaba siendo mandón y provocativo. La verdad era que le gustaba eso de él, le gustaba que siempre la tratara como si creyera que tenía la fuerza para enfrentarse a él.

Así que se comió el resto de la comida en su plato y trató de no pensar en todas las cosas que había dicho que quería hacer con ella. Fue difícil. Especialmente una hora más tarde, cuando estaba sola en su cama, su piel sonrojada y su cuerpo dolorido por la necesidad. No había estado tan excitada en... nunca. Ni siquiera después del sueño erótico de esa mañana.

Pegajosa y caliente, fue a apartar las sábanas para tomar una ducha fría de verdad cuando su mano rozó sus pechos.

Charlotte gimió. Esto era una locura. No le había puesto un dedo encima y todo su cuerpo le dolía por la necesidad. Incapaz de resistirse, tomó suavemente el pecho a través del camisón. En su mente, era la mano de Gabriel, mucho más grande, áspera sobre su carne. Él no sería suave, la agarraría audazmente mientras la presionaba hacia abajo en las sábanas y empujaría dentro de ella, su cuerpo moviéndose pesada y musculosamente sobre el suyo.

Sería rudo. La forma en que hablaba, las palabras que había usado, todo decía que sería rudo.

Duro.

Implacable.

Con el aliento saliendo en jadeos duros y desesperados, Charlotte apretó los muslos y se apretó su propio pecho más fuerte de lo que antes nunca había hecho. Arqueó la espalda y un suave grito escapó de su garganta. Cuando amainó el placer, se encontró con las rodillas dobladas, el camisón enrollado en los muslos y la mano todavía en su pecho.

Ruborizándose, apartó la mano, se bajó el camisón, y luego quiso patearse. ¿Por qué se estaba sonrojando? Estaba sola en su maldita habitación y sólo se había rendido a un sueño erótico. ¿Qué había de malo en ello? Nada, es lo que había. Genial. Hoy era la primera vez en años que había sido capaz de dejarse ir realmente. Si había imaginado a Gabriel en una situación comprometida, no era como si él no hubiera hecho lo mismo con ella.

*Sucio.*



Así es cómo él había llamado a sus fantasías con ella. *Sucias*. Respirando entrecortadamente otra vez al pensar en la fantasía de la oficina que había descrito, la que terminaba con ella gritando su nombre mientras él le lamía entre sus muslos abiertos, se levantó y se quitó el camisón, lo tiró al suelo y luego se tumbó. Su piel estaba demasiado caliente, todo su cuerpo en llamas.

La fantasía siguió desplegándose por su cabeza, su mente susurraba que él la había llamado "deliciosa". Poniéndose boca abajo, trató de imaginar cómo se sentiría tener sus manos bajo los muslos, tirando de ella hacia adelante, fuerte y exigente. Tener esa atractiva y peligrosa boca sobre ella. Oírle bajar la cremallera antes de que él la sentara en su regazo sobre su polla.

Gimiendo, trató de controlar los movimientos de sus caderas, su mente llena de imágenes tan carnales que no podía creer que vinieran de ella. Cuando sonó su teléfono, quiso ignorarlo, pero su zumbido seguía entrometiéndose en el placer tortuoso de su relación imaginada con Gabriel. Por fin lo levantó de la mesita de noche y dijo:

—Hola.

—Srta. Baird, sueñas sin aliento de nuevo. —La profunda voz de Gabriel fue directa a sus pezones y los resbaladizos pliegues entre sus muslos—. ¿Te he hecho correr para contestar al teléfono?

—No, estoy en la cama —dijo y apenas reprimió un gemido por lo que había revelado.

—Ah. Y sin aliento. —Su voz bajó—. Mejor que estés sola o vamos a tener una charla muy interesante la próxima vez que nos encontremos.

Su piel se tensó ante esa advertencia. Inhalando bruscamente, dijo:

—Por supuesto que estoy sola.

—Entonces la falta de aliento se vuelve mucho más interesante.

Charlotte levantó la sábana para cubrirse, sintiéndose expuesta a pesar de que él estaba al otro extremo de la línea telefónica.

—Sólo estaba... haciendo algo.

—Bien, sigue haciéndolo. Quiero escucharte haciéndolo.

El corazón le dio un salto.

—No —dijo y colgó. Luego tomó una ducha fría porque necesitaba pensar, necesitaba recordar que no importaba cuánto pensara Gabriel que la deseaba, se

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

rendiría pronto. Un hombre tan caliente, tan masculino, no sería feliz con una mujer que tenía ataques de pánico antes de que incluso le pusiera un dedo encima.

¿Lo peor?

Que su miedo no tenía nada que ver con el sexo.



## Capítulo 18

### *Gabriel es (pecaminosamente) inapropiado*

A media mañana del día siguiente, Charlotte estaba mirando con aire taciturno su horno, tratando de convencerse de que hornear una bandeja de cupcakes la haría sentirse mejor, cuando el teléfono volvió a sonar. Pensando que era Molly, contestó. El nombre en la pantalla hizo que su corazón diera un vuelco, sus pezones pusieron toda su atención contra la fina camiseta roja que llevaba sin sujetador.

Gracias a Dios que Gabriel no podía verla.

—¿Tengo que ir a trabajar hoy también? —preguntó.

Aunque de vez en cuando vetaba las demandas de fin de semana de Gabriel por principios, se divertía cuando trabajaban los sábados o domingos. A menudo, estaban sólo los dos en la planta durante largos períodos, y Gabriel siempre estaba más relajado, hasta el punto de que fue un fin de semana cuando le oyó reír por primera vez.

Al borde de la ruptura con sus demandas, había cogido un muffin con un violento deseo de tirárselo a la cabeza. Entonces, él había enarcado una ceja y lo había hecho. Atrapándolo fácilmente en el aire, como una vez había atrapado balones de rugby lanzados desde la banda, le había dado un mordisco.

—Plátano y trocitos de chocolate —había dicho—. Gracias, Srta. Baird, pero realmente no tiene que traerme comida.

Su grito enfurecido le había hecho arrojar atrás la cabeza y reír, una hermosa y grande criatura delineada por la luz del sol. Había querido tocarlo tanto que dolió.

Sonriendo mientras tragaba otro bocado, le había dicho:

—Le debo un muffin. Vamos a tomar un café en quince minutos.



A pesar de su temperamento, había ido con él. Habían terminado agarrando un café para llevar y fueron a sentarse a la Plaza Aotea, el punto central de la ciudad que siempre tenía algo en marcha. Ese domingo soleado, había sido una competencia de monopatín, rampas temporales montadas para los patinadores. Sentada en uno de los bancos al borde de la plaza con Gabriel junto a ella, se había sentido casi normal.

Durante unos minutos.

Hasta que había recordado que a diferencia de las otras mujeres a su alrededor que se reían con sus hombres, ella no era lo bastante valiente como para confiar en sí misma con alguien mucho más grande y más fuerte que ella, alguien que pudiera hacerle daño a su antojo. Quién podría golpearla y patearla y hacer lo que quisiera. Decirse a sí misma que no iba a suceder, que Gabriel no era ese tipo de hombre, no ayudaba, el miedo se había incrustado profundamente en sus huesos.

—¿Realmente sólo llamo para pedirte que vengas a trabajar? —dijo ahora, su voz cortando a través de la oscuridad de sus recuerdos para hacer que su corazón se saltara otro latido—. Hoy llamo para preguntar si quieres venir a un partido.

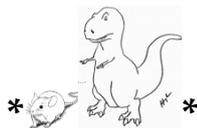
—¿Un partido?

—Danny juega esta noche. Todo el clan aparecerá para apoyarlo.

Eso significaba que conocería a su familia. Su rostro se puso caliente, luego frío antes de darse cuenta de que no era probable que fuera gran cosa. Sin duda, la idea de Gabriel de una cita a menudo incluía un partido de rugby. Y por el momento, todavía pensaba que la deseaba. Todavía no había descubierto lo estropeada que estaba de verdad.

—Está bien —dijo ella, incapaz de resistirse a la invitación a pesar de saber que era inevitable que lo defraudaría.

—Empieza a las seis. Te recojo a las cuatro, aparcaremos en casa de mis padres en Mount Eden y caminaremos el resto del camino para evitar el tráfico del partido.



Cuatro horas más tarde, con otras dos horas por delante antes de que Gabriel la recogiera, Charlotte estaba teniendo un mini ataque de pánico por la ropa.

—¡Molly, ayúdame! —gritó a su amiga, cuyo rostro estaba en el portátil que Charlotte había puesto sobre el tocador para poder mostrarle sus opciones.



Aunque había hecho amigas en la clase de cocina a la que se había unido, sólo podía confiar en Molly con su comportamiento neurótico.

—Charlie —Molly sonrió—, es un partido de rugby. Vaqueros, camiseta, una sudadera y una cazadora o abrigo, porque hará frío cuando termine, estarás bien.

Charlotte lo sabía. Pero...

—Quiero tener buen aspecto.

Diversión traviesa en los ojos marrones de Molly.

—Por lo que me has dicho, no creo que T-Rex se preocupe por tu ropa. Te quiere desnuda.

Mirando a su mejor amiga, que reía con alegría impenitente, Charlotte se sentó en la cama con la barbilla en las manos.

—¿Qué pasa con el maquillaje? —preguntó ella, sintiéndose como una adolescente a punto de ir a su primera cita—. ¿Me pongo maquillaje para un partido de rugby?

—Hmm. —Molly frunció los labios—. Creo que un toque no te hará daño si te hace sentir bien. Déjate el pelo suelto también, es tan bonito.

Charlotte no solía llevar el pelo suelto, y por primera vez, se dio cuenta de que nunca le había dicho a Molly por qué. Extraño, cuando había compartido tanto con su amiga, pero eso era algo que nunca había ocurrido. Incluso ahora, cuando abrió los labios para hablar, no pudo. ¿Cómo explicar que el temor de que la agarraran del pelo era lo bastante fuerte como para evitar el riesgo de que sucediera?

Sabía lógicamente que su corta coleta podía ser usada con la misma facilidad para echarle la cabeza atrás salvajemente, pero Richard se lo había hecho con el pelo suelto y era su secreto terror. La idea de sentir el tirón doloroso en su cuero cabelludo era suficiente para enfriar su sangre.

Quizás porque era una de las primeras cosas que Richard había hecho aquel fin de semana de pesadilla, un presagio del horror, la humillación y el dolor agonizante que siguieron.

La única cosa de la que estaba profundamente orgullosa era de que no le había cortado el pelo por completo. Richard había amenazado con hacerlo. Charlotte se negó a darle la satisfacción de terminar lo que había empezado. ¿Por qué su suave cabello rubio se rizaba si lo soltaba? Era la única cosa sobre la que ella alguna vez había sido vanidosa, solía creer que era un buen rasgo.

Richard *no* se lo quitaría.



— ¿Eh, Charlie? — Los ojos de Molly se oscurecieron, la expresión seria—. Conozco esa mirada. Algo que dije provocó un flashback.

Soltando el aire que no sabía que había estado conteniendo, Charlotte miró a su amiga.

— Te echo de menos, Moll. — Todavía hablaban o se enviaban un mensaje todos los días, pero echaba de menos juntarse con su mejor amiga para almorzar, echaba de menos reír con ella mientras se lanzaban a una cena improvisada, echaba de menos su cálida y fuerte presencia.

— Yo también te echo de menos. — La voz de Molly sonaba ronca, los ojos cada vez más húmedos—. Tan pronto como la gira termine, voy a volar ahí y secuestrarte. Que T-Rex se las arregle.

— No te preocupes — dijo Charlotte en una risa nerviosa—. Voy a meter mis vacaciones a escondidas en su calendario y que así las firme.

— Veo que tu jefe ha sido una buena influencia. — Molly sonrió—. Lo próximo te llamarán “la Baird”,

Charlotte le sacó la lengua a su amiga y cogió una sudadera negra que tenía el icónico emblema del helecho de plata de la selección nacional a un lado.

— Creo que voy a usar esto. — Había sido el regalo de sus padres por su décimo octavo cumpleaños, que rara vez usaba, no queriendo que se destiñera, pero les habría encantado la idea de que la llevara a un partido en Eden Park, con el Obispo a su lado.

— Perfecto. — La mirada de Molly se demoró en su rostro—. Fue el pelo, ¿no? — dijo suavemente—. ¿Acaso Dick te hizo algo en el pelo?

Charlotte hizo una breve inclinación de cabeza.

— Es una cosa estúpida en el esquema general de las cosas, pero... — No podía olvidar; tantos recuerdos de terror estaban atados al tirón de pelo contra su cuero cabelludo—. A Gabriel le gusta mi pelo — susurró ella, mirándose las manos—. Yo... tal vez me lo deje suelto para él. Pero no esta noche. — Había demasiada gente en un partido, la posibilidad de un tirón accidental demasiado alta.

— Hey. — La voz de Molly era cálida, cariñosa—. No te pongas nerviosa. Estás a punto de ir a un partido con un magnífico tiarrón que quiere hacerte cosas deliciosas y malas. Diviértete.



—No sé si puedo dejarle hacer ninguna de esas cosas. —Era una confesión difícil de hacer—. No sé si tengo el coraje.

—Sé que lo tienes, Charlie. Lo sé. —Un voto apasionado—. Sólo considera donde estás ahora y compáralo con dónde estabas hace tres meses.

Dicho así, Charlotte no podía discutir.

—Dios, tengo el trabajo de Anya y soy *muy* buena en él. Y discuto con Gabriel de manera regular.

Molly se rió.

—Exactamente. Un paso a la vez, nena.

—Correcto. —Charlotte enderezó los hombros—. Un paso a la vez. —Entonces cedió a una enorme sonrisa—. Di un paso bastante grande anoche. —Se abanicó la cara ante el recuerdo de las cosas que Gabriel había dicho. Podía hablarle sucio en cualquier momento.

—¿Vas a contarme los detalles?

—Cuando me digas lo que hiciste con Fox la noche que te fuiste a casa con él después de la fiesta.

Molly volvió a caer en su silla y suspiró, con el rostro soñador.

—Tal vez cuando seamos viejas y con canas.

Charlotte sonrió, comprendiendo. Algunas cosas eran tan especiales que tenías que abrazarlas a tu corazón.

—Lo mismo.

—Es una cita.



Gabriel detuvo su SUV frente a la casa de Charlotte para verla salir por la puerta. Saliendo del coche, esperó a que terminara de cerrar antes de caminar hacia ella para tomarle suavemente la cara en sus manos. Estaba dispuesto a romper el contacto si aparecía alguna molestia, pero aunque se sonrojó, no se apartó.

—Quiero comerte —dijo él, frotándole los pómulos con los pulgares, y cuando aún no se apartó, se inclinó y tomó su primer contacto con la deliciosa Srta. Baird.



Ella se estremeció y subió las manos a su pecho. Luchando contra el impulso de meter los dedos en su pelo, soltar la coleta y empujar la lengua en su boca como un maldito merodeador bárbaro, le succionó su labio superior, porque no podía resistirse a probarla otra vez, luego rompió el contacto.

—Será mejor que entremos en el coche antes de que te haga volver a tu casa y te muestre mi lado no caballeroso.

Aunque sus mejillas estaban rojas, su respiración entrecortada, Charlotte dijo:

—¿Tienes un lado caballeroso?

—Bonito, Srta. Baird. —Abriendo la puerta del pasajero para ella, el sabor efímero sólo aumentaba su deseo, cedió a la tentación de pasar la mano por encima de su culo enfundado en vaqueros cuando montó.

Ella respiró hondo y se volvió con ojos entrecerrados para mirarle por encima del hombro.

—Gabriel, eso fue...

—Inapropiado. —Él sonrió lentamente, completamente encantado por todo lo relacionado con ella—. ¿Ahora ya sabes que tengo toda la intención de ser altamente inapropiado contigo?

Charlotte jugueteó con el cinturón de su abrigo negro, pero sus ojos brillaban cuando se encontraron con los suyos.

—¿No estás muy adelantado?

—Siempre, Srta. Baird. —Cerrando la puerta, dio la vuelta para montar en el asiento del conductor—. ¿Quieres un poco de música?



Los dedos de los pies de Charlotte se curvaron ante la sencilla intimidad de la cuestión. Extendiendo la mano, encendió la radio y encontró una estación que tocaba rock. Cuando el sonido gutural de uno de los primeros éxitos de Schoolboy Choir llenó el coche, ella se acomodó y se revolcó en la felicidad que burbujeaba en sus venas. Gabriel la había besado, y su sabor no sólo había volado sus circuitos, no se había asustado.

De hecho, quería hacerlo de nuevo. Y otra vez.



—¿Siempre ves jugar a tus hermanos? —preguntó ella mientras salían a la carretera.

—Cuando el partido es aquí, sí —respondió—. No puedo ir a tantos partidos fuera como me gustaría, pero en Nueva Zelanda uno de nosotros siempre está en la multitud. Los partidos internacionales tienden a reunirnos en un solo lugar para verlo. —Cambió de marcha, el motor del coche un zumbido suave—. Jake tuvo un pequeño accidente de tráfico que acabó con su temporada antes de tiempo, pero cuando los dos juegan, apoyarlos es una operación muy afinada en términos de horario.

Charlotte escuchó el orgullo, el cariño.

—Debe ser difícil para Jake perderse toda la segunda mitad de la temporada —dijo ella, sabiendo que Jacob Esera había sufrido una fractura de brazo en el accidente.

Gabriel asintió.

—Ha sanado bien y el fisioterapeuta no ve problemas por delante. El hecho de que Danny lograra lesionarse al mismo tiempo le dio un poco de compañía por lo menos.

—Tiene un juego de pies increíble en el campo —dijo Charlotte—. Daniel también. No puedo creer que llevara el balón sobre la línea en su último partido.

Placado por un enorme jugador del equipo contrario, Daniel Esera había estirado el brazo, incluso cuando fue derribado bajo un placaje rompedor de huesos, había golpeado el balón sobre el terreno unos centímetros sobre la línea de ensayos.

—Acabas de demostrar que eres mi mujer perfecta. —La sonrisa de Gabriel iluminó todo dentro de ella—. ¿Te gusta el juego?

—Solía verlo con mi padre. —Los recuerdos eran los maravillosos—. Había convertido el dormitorio de invitados en su guarida, y los dos nos sentábamos en ese viejo y cómodo sofá, gritando a la televisión hasta que mi madre asomaba la cabeza en el interior y nos decía que recordáramos que éramos seres humanos, no gorilas. Entonces nos traía más patatas fritas y una cerveza para mi padre.

Se frotó el corazón con el puño al sentir el viejo dolor.

—Después de su muerte no pude verlos durante mucho tiempo. —Había sido demasiado tranquilo sin sus comentarios sobre los movimientos de los jugadores, demasiado triste sin la sacudida cariñosa de la cabeza de su madre—. Pero luego se convirtió en una manera de recordarle, de recordarlos a ambos.



Gabriel le tomó la mano y la colocó en su muslo.

— ¿Fue un accidente? ¿Tu padre?

Sentirle tan fuerte y cálido bajo su toque de alguna manera le hizo más fácil hablar de ello.

— No, murió mientras dormía. — Pacíficamente y con una sonrisa en su rostro, una sonrisa que Charlotte no había visto desde que su madre falleció—. Mi madre y mi padre estaban muy enamorados, como recién casados toda su vida en común. — Charlotte habían soñado con el mismo tipo de amor antes de que todo saliera mal—. Sabía que mi padre no iba a durar mucho tiempo después de lo de mi madre, pero no esperaba perderlo cuatro días después.

Gabriel puso la mano sobre la suya.

— Ah, nena, lo siento.

— Está bien. — Girando la mano para poder entrelazar los dedos con los suyos, encontró que podía contarle el resto—. Volvimos a casa después del funeral de mi madre y me dijo que tenía que acostarse. Le abracé y le dije que le quería, él me dijo lo mismo. Esa fue la última vez que le vi con vida. — Parpadeó rápidamente—. Siempre me he sentido agradecida por eso, que pudiera decirles a los dos cuánto los quería antes de que se fueran.

— Lo habrían sabido de todos modos, Charlotte. — Le rozó el dorso de la mano con el pulgar—. Mis hermanos y yo estamos firmemente convencidos de que los padres lo saben todo y tienen ojos en la parte posterior de la cabeza. Sailor y Jake juran que sus ojos en la parte trasera de sus cabezas empezaron a crecer en el instante en que se convirtieron en padres.

Ella se rió casi llorando.

— Cuando teníamos unos dieciséis años, Molly y yo decidimos leer una novela erótica que habíamos encontrado en la biblioteca. Cuando salimos de la habitación para buscar algo que comer, mi madre nos sentó y dijo: “Chicas, si vais a leer erótica, no leáis esa basura. Leer esto”. — Charlotte se rió ante el recuerdo de su mortificación—. ¡Todavía estábamos boquiabiertas cuando ella nos dio tres libros más!

Gabriel sonrió.

— Apuesto a que os horrorizasteis.



—No tienes *ni* idea. —Las dos se habían escabullido de nuevo al dormitorio, rojas como la remolacha—. Molly todavía estaba bastante magullada por dentro con todo lo que había sucedido en los últimos doce meses —los detalles del asunto ahora eran de conocimiento público—, pero ese día, comenzó a reírse una vez que estuvimos en mi habitación y no podía parar.

Había valido la pena la mortificación por ver a su amiga reír después del infierno que había sido el decimoquinto año de la vida de Molly.

—¿Qué hay de tus padres? —Cuando él movió la mano para cambiar de marcha al topar con una pendiente, ella giró la palma hacia abajo—. ¿Alguna buena historia?

—Una maleta llena. —El muslo se flexionó bajo sus dedos; Charlotte no quitó la mano porque, rubor o no, le gustaba tocarlo, le gustaba sentir todo ese poder tan cerca.

—Siguiendo con el tema erótico —dijo—, una vez, Sailor y yo decidimos salir a hurtadillas de la cama después de que nuestros padres y hermanos menores estuvieran dormidos para poder ver porno. Habíamos averiguado la contraseña para pasar el bloqueo para niños en la televisión, y de todos modos éramos adolescentes.

Charlotte se volvió en su asiento para mirarlo.

—¿Qué pasó?



## Capítulo 19

### *La inolvidable noche del porno*

— **A**llí estábamos los dos mirando con ojos como platos la pantalla cuando escuchamos “Chicos, las mujeres reales no parecen de plástico” detrás de nosotros. —Se estremeció—. Como el mayor, me levanté, dispuesto a asumir la responsabilidad, pero en lugar de decirnos que la apagáramos, mi madre se acercó y me dio un beso en la mejilla. Me dijo que nos aseguráramos de ir a la cama después de que la película terminara y recordara lo que había dicho.

Charlotte se quedó sin aliento.

—¿Tu madre te dejó ver porno?

—Creo que ella sabía que era algo bastante flojo —dijo Gabriel—. Pero fue lo más inteligente que podía haber hecho con dos adolescentes llenos de hormonas. Tan pronto como tuvimos permiso, ya no queríamos hacerlo tanto. Ver la cantidad de gruñidos y “oh nena, oh nena”, mientras unas tetas de tamaño globo sobresalen con rigidez en el espacio se vuelve aburrido después de un tiempo.

Charlotte se llevó la mano libre a la boca, sabiendo que su piel estaba roja de nuevo.

Subiéndole la mano por el muslo con una sonrisa que le dijo a Charlotte que estaba a punto de decir algo escandaloso, Gabriel añadió:

—Tengo la sensación de que nunca has visto una película sucia.

Charlotte negó con la cabeza, abriendo los dedos posesivamente sobre el primitivo calor masculino.



—Hmm, creo que tengo una sugerencia para nuestra próxima cita. —Una mirada muy malvada—. Voy a hacer un poco de investigación, encontrar una que tenga una pequeña rubia caliente con un tipo grande. Podría darnos algunas ideas.

Ella no creía que él necesitara ayuda en el departamento de las ideas sexuales.

Gracias a Dios, habían llegado a su destino por lo que no tuvo que responder a sus bromas. Saliendo del SUV después de que Gabriel entrara por el camino y aparcara en el patio ya abarrotado que daba a un chalet de madera precioso, se unió a él mientras caminaba hasta el porche, donde todo el mundo parecía estar reuniéndose.

Cuando le tomó su mano, ella no protestó. Pensó que había un montón de gente del clan Bishop—Esera. Incluyendo dos pequeñas que fueron en línea recta hacia Gabriel, gritando:

—¡Tío Gabe!

Soltando la mano de Charlotte, Gabriel se inclinó para coger las dos niñas, a continuación, se levantó con ambas en sus brazos como si no pesaran nada. Claramente acostumbradas, las niñas se menearon hasta acomodarse en un antebrazo cada una.

—¿Quién es, tío Gabe? —preguntó la niña en el brazo izquierdo, un duendecillo flaco con una mata de pelo negro y vívidos ojos azules contra la piel cremosa. Estaba vestida con un tutú rosa sobre medias negras. Una camiseta de rugby negra de manga larga completaba el look.

—Esta —dijo Gabriel, girando a las niñas para que pudieran mirar de frente a Charlotte—, es Charlotte.

—Podéis llamarme Charlie. —Estaba feliz de conocer a estos pequeños miembros de la familia en primer lugar, antes de que tuviera que hacer frente a los más grandes.

—¡Hola, Charlie! —exclamó la niña en el brazo derecho, pateando con unas piernas con vaqueros para lucir zapatillas multicolores, su camiseta la misma que la de la otra niña y su piel dorada—. ¡Tienes gafas como yo! —Se subió el puente de sus bonitas gafas azules, su pelo negro en trenzas a ambos lados de la cabeza.

—Sí —dijo Charlotte, encantada.

—Mi mamá tenía gafas —le dijo la niña—. Ahora está en el cielo.

—Oh —dijo Charlotte en voz baja—. La mía también. Tal vez conoce a la tuya.

Eso le ganó una sonrisa radiante, justo cuando la chica que llevaba el tutú dijo:



— ¿Eres la novia de tío Gabe?

Gabriel apretó tanto a las niñas que se rieron.

—Charlotte, conoce a Boo y Amorcito. Extraordinarias metomentodos.

Las chicas se rieron.

—Soy amorcito —dijo la que no llevaba gafas—. Pero en realidad soy Emmaline. Y ella es Esme.

—¡Tengo cinco años! —gritó Esme.

Sonriendo, Charlotte estaba a punto de responder cuando una hermosa morena mayor llamó desde el porche.

—Chicas. Coged vuestros abrigos. Estamos a punto de salir.

Corriendo después de que Gabriel las pusiera en el suelo, las niñas desaparecieron en la masa de adultos. Gabriel tomó la mano de Charlotte de nuevo y tiró de ella hacia el grupo ruidoso. Era obvio que los hombres que podía ver estaban todos emparentados, su tono de piel no era el mismo, pero su confianza, la forma de interactuar, todo gritaba el vínculo familiar.

Vio a un hombre mayor samoano que reconoció como Joseph Esera por una entrevista que Gabriel había hecho donde le habían fotografiado con su padrastro y su madre. Alison Esera, la alta morena que había llamado a Emmaline y Esme, no parecía haber dado a luz a un niño, y mucho menos a cuatro hombres corpulentos.

Con el cabello en una coleta, se acercó y, de pie en el escalón más alto, besó a Gabriel en la mejilla. Se volvió hacia Charlotte e hizo lo mismo antes de que Charlotte pudiera encontrar la manera de responder.

—Hablaremos más tarde, después de que el zoológico esté en camino —dijo Alison, ojos grises brillantes.

Los ojos de Gabriel, se dio cuenta Charlotte.

Alison se fue en el siguiente latido, justo cuando una voz masculina rugió cortando el estruendo.

—Bien, cualquier rezagado tendrá que correr. ¡No voy a perderme la patada inicial!

Quitándose la bufanda del equipo que llevaba alrededor del cuello, Gabriel la puso alrededor del de Charlotte.



—Bien, ahora estás lista. —Le tomó la mano otra vez y se reunieron con el resto del grupo.

Emmaline y Esme corrieron hacia adelante, saltando junto a su abuelo. Los otros se ordenaron en parejas para no bloquear la acera. El nivel de ruido no parecía disminuir.

—¡Eh, Gabe! —Llamó a uno de sus hermanos, el que más se parecía a Gabriel, aunque sus ojos eran de un azul brillante en vez de gris acero—. Presenta a tu chica, ¿vale?

La bonita joven pelirroja a su lado, su piel aún más pálida que la de Emmaline, que tenía que ser su hija, le dio un codazo.

—Disculpa a Sailor —le dijo a Charlotte, su sonrisa amable y su acento inusual—. Mi marido tiene los modales de un elefante.

Agarrando la mandíbula de su esposa en un apretón juguetón, Sailor plantó un beso húmedo en su boca.

—Sabes que me quieres.

—Sigue moviéndote —gritó Gabriel—. Sabes que papá no va a esperar a que vosotros dos os deis el lote.

—Celoso. Apuesto a que quieres... ¡ay!

Charlotte se mordió el interior de la mejilla ante los sonidos que venían detrás de ellos. El aliento de Gabriel le rozó la mejilla al instante siguiente cuando se inclinó para susurrarle:

—Quiero hacerte todo tipo de cosas, Srta. Baird, sólo que no en público.

—Sailor, Ísa —dijo al instante siguiente, girando ligeramente para mirar a la otra pareja—, conocea a Charlotte.

—Hola —se las arregló ella para decir.

Ísa le hizo señas.

—Ven a hablar conmigo y deja que los chicos se entretengan solos.

Charlotte no era buena con gente nueva, pero Ísa era tan acogedora que hubiera sido una grosería rechazarla... y quería gustar a la familia de Gabriel. Soltando la mano de Gabriel con un aliento para darse fuerza, fue con Ísa, los hombres en la retaguardia.

Amable y cálida, resultó fácil hablar con Ísa.



Cuando Emmaline volvió corriendo para tomar la mano de su madre, Alison llegó con ella. La mujer mayor deslizó el brazo con el de Charlotte mientras Emmaline e Ísa se adelantaban para unirse a Jake, Esme y Joseph.

—Entonces —dijo la madre de Gabriel—, tú eres la que ha estado volviendo loco a mi hijo.

Era algo tan extraño de oír que Charlotte respondió antes de pensar las palabras.

—No creo que yo sea la única que ha estado volviendo loco a alguien.

La risa de Alison dijo que conocía bien a su hijo.

—Confía en mí, todos hemos oído hablar de su asistente que no lo escucha y se niega a trabajar los domingos. —La otra mujer le acarició la mano—. Bueno de tu parte. Mis hijos son fuerzas de la naturaleza, lo han aprendido de Joseph. —Un comentario cariñosamente seco—. O permaneces firme o te hacen picadillo.

Sorprendida ante la idea de que Gabriel hubiera hablado de ella con su familia, se encontró diciendo:

—¿Te dijo que le lancé un muffin a la cabeza?

Alison se echó a reír de nuevo.

—Dios, cariño, ¿qué había hecho?

—Siguió gruñendo y gruñéndome que los documentos no estaban bien cuando los había comprobado dos y tres veces.

—Eso no suena como Gabriel. Él es el más orientado a los detalles de mis muchachos.

—Aja. —Charlotte asintió—. Sospeché que había “perdido” algunas de las páginas a propósito sólo para meterse conmigo

Alison torció los labios.

—Eso suena como Gabriel.

Y de repente, Charlotte se estaba riendo con esta mujer que había dado a luz al hombre más talentoso, exasperante, y magnífico que Charlotte había conocido.





Cuando Esmé fue enviada atrás con un mensaje de que el abuelo quería hablar con el tío Gabe, este supo exactamente de que iría la conversación incluso antes de llegar donde su padrastro.

—Papá —dijo— ¿Qué pasa?

—Tu madre me contó su charla contigo —dijo Joseph a su manera tranquila que exigía una atención absoluta, con el pelo negro salpicado de blanco ahora pero su cuerpo y su mente no menos en forma que cuando llegó por primera vez a la vida de Gabriel—. ¿Has considerado realmente tu decisión, hijo?

Gabriel se encogió de hombros.

—Sabes lo que nos hizo. El cáncer no cambia el hecho de que es un pedazo de mierda poco fiable que abandonó a su esposa e hijos.

Su padrastro levantó una mano para saludar a otra familia al otro lado de la carretera; Gabriel pensó que podrían ser vecinos.

—Mira, Gabriel —dijo Joseph—. Siempre has sido inteligente y conoces tu propia mente, así que la decisión es tuya. —Poniendo una mano sobre su hombro, apretó—. Pero quiero que pienses en lo que la ira dentro de ti te hará si acaba muriendo antes de que hayas aclarado las cosas con él.

Gabriel miró por encima del hombro para asegurarse de que Charlotte estaba todavía bien con su madre antes de volver su atención a su padrastro.

—Lo haré —dijo por su respeto hacia Joseph—. Pero no me veo cambiando de opinión.

—Suficiente. —Su padrastro siguió caminando—. Entonces, hálame de tu mujer.



Charlotte había adivinado que la familia de Gabriel debía tener muy buenos asientos, habida cuenta de lo importante que era el rugby en la familia, pero nunca había esperado atravesar las puertas principales y subir al exclusivo nivel superior del complejo del estadio.

—¿Es que tienes acceso a un palco corporativo? —le susurró a Gabriel, con los ojos muy abiertos. Sabía que Saxon & Archer no tenían una de las salas de élite, por lo que tenía que venir a través de una de las otras inversiones de Gabriel.



Sujetándola cerca, dijo:

—Bishop Entreprises posee el contrato de arrendamiento.

Su boca se abrió ante el nombre bajo el que se alojaba su imperio inmobiliario. Cerrando sus labios entreabiertos con un dedo bajo la mandíbula, se inclinó para susurrarle:

—Obscenenamente rico, ¿recuerdas? —Sus labios le rozaron la oreja—. El énfasis en lo obsceno cuando se trata de ti, Srta. Baird.

La excitación la golpeó con una dura bofetada, apenas fue consciente de entrar en el palco. Sin embargo, la espectacular vista del verde impecable del terreno de juego la hizo contener el aliento. Las luces del estadio bañaban el verde con una brillante luz blanca que lo volvía todo nítido e intenso. Había asientos en el interior, pero el juego de gradas estaba directamente delante, en lo que parecía ser un balcón privado.

Las chicas ya estaban fuera en el balcón, poniéndose de puntillas para mirar por encima de la barandilla a la parte inferior. Los hermanos de Gabriel, por su parte, estaban en el pequeño bar a un lado del palco, abriendo las latas de cerveza que habían sacado de una nevera bien surtida. Había extravagantes pero deliciosos canapés, gambas con salsa, por ejemplo, a mano y también un mayordomo que parecía estar tomando pedidos para otras bebidas.

También había logrado sacar pequeñas bolsas de patatas fritas para las chicas.

—Lo siguiente que sabrás es que traerá comidas gourmet —le susurró Charlotte a Gabriel, que se había inclinado hacia ella.

Su sonrisa curvó sus mejillas.

—Está ordenada. —Frotándole la espalda con la mano, dijo—: ¿Estás bien? Voy a tomar una cerveza.

—Sí, quiero salir fuera. —Uniéndose a las chicas, se empapó de la vista mientras el estadio comenzaba a llenarse, un zumbido emocionado en el aire.

—Charlotte. —Joseph palmeó el asiento junto a él en la primera fila—. Ven a hablar conmigo.

Era extraño; su padre había sido físicamente delgado, con gafas como Charlotte. El padrastro de Gabriel era un ex jugador de rugby con vista perfecta, un tatuaje completo de brazo que podía ver ahora que se había quitado la chaqueta, y tenía una voz como un megáfono. Sin embargo, sentía la misma sensación de confort con él



que la que había tenido con su padre. Antes de darse cuenta, se había quitado el abrigo y estaban debatiendo los puntos más finos de juego de la semana pasada.



Sailor tomó un sorbo de su cerveza, sus ojos azules brillando.

—Ella es del tamaño de un bocadito para ti, ¿verdad, hermano?

Gabriel se imaginó tomando pequeños bocados de Charlotte y sintió que sus labios se curvaban.

—Cosas buenas. Paquetes pequeños —dijo, disfrutando al ver su rostro, sus brillantes e inteligentes ojos mientras hablaba con su padre.

Recostado contra la barra, Sailor siguió la mirada de Gabriel.

—¿Crees que debería decirle que es la primera mujer que has traído a un partido con nosotros?

—Claro. Si quieres un ojo morado. —Charlotte aún no estaba preparada para la presión que ese conocimiento pondría en ella.

—Ísalind no dejará que me hagas daño. —Sailor lanzó un beso a su esposa.

Con hoyuelos, Ísa le sopló otro de vuelta antes de regresar a su conversación con su madre.

—De todas formas, ¿seguro que no la romperás? —preguntó Sailor, una mirada dudosa en su cara—. Recuerda que las revistas te llaman una bestia sexy.

—Sigue así y te romperé a ti. —Sabía muy bien que Sailor se estaba vengando por todas las burlas que había soportado después de enamorarse de su esposa, profesora de inglés, tanto que le había leído hasta poesía, por amor de Dios. Como si sus hermanos no fueran a entrar al trapo con él cuando esto saliera a la luz.

—¡Papá! —Esme tiró de la mano de Jake—. Los cordones de mis zapatos se han soltado.

Poniendo su cerveza en el bar, Jake se agachó para arreglar los cordones después de tocar la mejilla de su hija juguetonamente. Jake se había convertido en padre a los dieciocho años y le había cambiado profundamente. Había desaparecido el chico que había gastado todo su dinero en piezas para su coche trucado, y en su lugar había un papá soltero y estable cuya hija le adoraba.



— ¿Has hablado con Danny? —preguntó Gabriel a Sailor, a la vez orgulloso de Jake y preocupado por él, el chico se había vuelto demasiado serio a una edad demasiado temprana.

— Esta tarde —dijo Sailor, sus ojos conectando con Gabriel en un entendimiento silencioso sobre Jake—. Estaba entusiasmado.

Con el tema de los cordones arreglado, su segundo hermano más joven se levantó para recoger su cerveza.

— ¿Hablabais de Danny?

Gabriel asintió.

— Si ganan este partido, estarán camino a la cima de la tabla.

— Pan comido siempre y cuando vigilen sus pases y no permitan que los intercepten. —Jake tomó un trago de su cerveza.

Comiendo un pedazo de queso de un solo bocado, Sailor volvió su atención a Gabriel.

— Volviendo a tu chica, quiero decir que estoy feliz por ti, hombre. Estaba seguro de que ibas a terminar como un viejo triste y solitario al que tendría que llevar comidas sobre ruedas.

— Estoy conmovido —dijo Gabriel mientras Jake sonreía y chocaba los cinco con Sailor—. Yo habría esperado que me dejaras morir de hambre.

— Nah, a las chicas les gustas demasiado.

Hablaron, trataron de molestar el uno al otro, dejando que Esme y Emmaline asaltaran la comida cuando pasaron corriendo. Ante la patada inicial, sin embargo, todo el mundo tenía sus ojos puestos en el terreno de juego. Agarrando un asiento en la última fila después de robar a Charlotte y alejarla de su padre, Gabriel puso un brazo sobre el respaldo de su asiento y le dio un plato de queso, galletas y uvas.

— Agarré esto para ti antes de que la horda pudiera engullirlo.

Esme, que había elegido sentarse al lado de Charlotte, se rió.

— ¿Puedo coger un poco, tío Gabe?

— Sólo si vienes a darme un beso.

Los pequeños bracitos le rodearon el cuello segundos más tarde cuando se puso de puntillas para plantar un entusiasta beso en su mejilla. Sentándola en su regazo después, puso el brazo detrás de Charlotte. Así fue como vieron el inicio del partido.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Diez minutos después, Esmé se movió y fue a jugar con Emmaline, sus padres les habían traído juguetes.

Gabriel se giró para burlarse de Charlotte sobre la efectividad de las pequeñas carabinas y se encontró con sus ojos clavados en el terreno de juego. Siguió su mirada y vio lo que la había paralizado.



## Capítulo 20

### *Ser acariciada por un T-Rex puede ser una experiencia deliciosa*

Danny tenía el balón en una mano, se disparaba por el campo, evitando oponentes con un poco de trabajo de pies que le hacía parecer mucho más pequeño que el metro noventa, y ochenta kilos de músculo que era.

—Vamos, vamos.

Gabriel captó las palabras feroces, se dio cuenta que venían de Charlotte. Con el corazón en la garganta cuando vio a un defensor dirigirse para placar a Danny, quiso que su hermano más pequeño pasara el balón. La debilidad de Danny en el campo era su visión de túnel que a veces le impedía ver a sus compañeros de equipo que tenía apoyándole.

—¡Pasa, Danny, pasa! —Sailor estaba de pie, gritando a su hermano.

Esme y Emmaline de inmediato perdieron interés en sus juguetes y fueron a la parte delantera del balcón.

—¡Vamos, tío Danny! ¡Vamos! ¡Vamos!

—¡Maldita sea! —gruñó Gabriel y se levantó—. ¡Pásalo!

Fue un movimiento suave, Danny giró ligeramente sobre un pie, el óvalo del balón salió volando de sus manos para aterrizar a salvo en manos del compañero de equipo a su izquierda y atrás justo cuando el defensor le placó, habiendo empezado el ataque. No quedó nadie delante del compañero de equipo de Danny.

Dos segundos más tarde, su compañero de equipo corrió a través de la línea de ensayo con suficiente espacio para golpear el balón por detrás de los postes de la meta. Lo hizo con el rugido de cada persona en el balcón, incluyendo Charlotte. Excitado, Gabriel le tomó la cara entre las manos y la besó en los labios.



Con los ojos muy abiertos, ella le devolvió el beso.

—¡Ese pase fue increíble!

—El mierdecilla aprendió algo —dijo Gabriel con una sonrisa, después de pasar más noches y fines de semana de los que podía contar ayudando a Danny a solucionar la debilidad en su juego. Él y sus otros hermanos habían jugado a situaciones como esta, y ahora su hermano pequeño lo bordaba.

Tres minutos más tarde, la medio apertura del equipo se convirtió en ensayo, el disparo voló fácilmente a través de los postes debido a que el balón había sido inmovilizado durante el ensayo.



Charlotte no se había divertido tanto en mucho, mucho tiempo. Todos en la familia de Gabriel eran partidarios furiosos de Daniel Esera y su equipo, y un increíble amor por el juego. Hubo gritos apasionados, gemidos cuando los pases fallaron o los tiros de penalti no atravesaban los palos, y rápidos intercambios de opinión sobre las melés y los saques de banda.

—¡Jodido fuera de juego, árbitro! ¿Estás ciego? —gritó Sailor en un punto, sólo para que Esme saltara y dijera—: tarro de palabrotas, tío Sailor.

Charlotte se rió mientras Sailor buscaba una moneda dorada de dólar y la metía en la hucha que Emmaline había sacado de la mochila que contenía los juguetes de las niñas.

—Vosotras dos me vais a llevar a la quiebra. —Hizo un gesto con el pulgar a Gabriel—. No le has oído. Te debe dos dólares.

Según el conteo de Charlotte, las chicas hicieron un total de veintisiete dólares en la primera mitad, incluyendo múltiples contribuciones de Gabriel, Jake y Sailor cuando el árbitro no concedió un penalti por lo que había sido un placaje peligroso. Luego la melé que se derrumbó dos veces.

Charlotte adoró cada segundo de la experiencia.

Todo el mundo se calmó en el descanso, con el equipo de Danny aferrándose a su ventaja. Fue entonces cuando Charlotte se dio cuenta de los dedos masculinos que le rozaban suavemente la nuca.



El vello de los brazos se le erizó, su respuesta una mezcla de miedo y excitación. Le tomó un esfuerzo consciente no tensarse bajo esas caricias ausentes y perezosas. Gabriel no la estaba amenazando, no le estaba haciendo daño. La estaba... acariciando. Pensar en ello hizo más fácil centrarse en el placer en vez de en el dolor.

Pero cuando curvó los dedos sobre la nuca, levantó la mano y tiró para alejarla. Lanzándole una mirada calculadora, puso el brazo en el respaldo de su asiento pero no le tocó la nuca de nuevo. Y aunque la posibilidad de que la agarrara de nuevo allí le revolvió el estómago, Charlotte sintió como si hubiera perdido algo precioso.



Se sentó jugueteando con la bufanda de Gabriel mientras la llevaba a casa.

—Ha sido divertido —soltó cuando ya pudo soportar la tensión.

—Sí. Danny ha tocado el cielo con la victoria.

Charlotte sólo había visto al hermano menor de Gabriel durante unos minutos antes de que tuviera que salir con el resto de su equipo para la sesión informativa post—partido, pero a pesar de que lucía un corte en la ceja y un hematoma en la mandíbula de lo que había sido una dura batalla en el partido, había estado de muy buen humor.

—¿Viste eso maldito pase impresionante? —Fue su primer comentario.

Toda su familia había aplaudido, y luego le abrazaron y besaron. Charlotte se había quedado fuera del camino, mirando como Esme y Emmaline se retorcían entre la pesada masa de humanidad, sin temor a ser aplastadas o heridas. Danny había abrazado a las niñas y entre risas les había dado un pagaré para el tarro de palabrotas antes de irse, Charlotte no estaba segura de que la hubiera visto.

—Oí que Danny estaba pensando en cambiar de equipo la próxima temporada —dijo, preguntándose si la tensión en el coche era real o sólo un producto de su imaginación. Si Gabriel ya había comenzado a renunciar a ella...

Picahielos se le clavaron en el corazón.

—Charlotte, ¿por qué estás decidida a hacerme un agujero en mi bufanda?

Ella detuvo sus movimientos nerviosos.



—Lo siento. —Alisando la lana, miró cuidadosamente en los bordes nudosos, el tejido desgastado—. ¿Es de cuándo jugabas?

—Papá me la dio cuando fui seleccionado. Se convirtió en mi amuleto de la suerte antes del partido.

Y se la había dado a ella para que la llevara. Clavándose los dientes en el labio inferior, acarició el tejido de la bufanda de nuevo, atrapada entre la esperanza y la desesperación.

—No has respondido a mi pregunta.

—No fue nada.

—Srta. Baird.

Ella se estremeció.

—Deja de hacer eso.



—¿Por qué? Te pone caliente. —A él le gustaba poner caliente a Charlotte—. Algún día vamos a jugar al jefe y su secretaria en la cama, tú puedes llamarme señor Bishop y decir “sí, señor” y “por supuesto, señor”. —También tenía una fantasía muy sucia de oírla decir “fóllame, Gabriel”.

—Deja de poner esos pensamientos en mi cabeza —ordenó ella, con el pecho subiendo y bajando con alientos entrecortados—. ¿Cómo se supone que voy a actuar de forma natural en el trabajo cuando me llamas Srta. Baird en ese tono de voz?

—No lo haré, no a menos que estemos solos. —Todas las apuestas eran en privado, pensó mientras entraba en el camino de su casa, aparcando delante de su casa adosada poco después.

Apagando las luces y el motor, se volvió para apoyar el brazo a lo largo del respaldo del asiento.

—Ahora, señorita Baird, necesitamos tener una conversación.

—Una c-conversación. —Tosió, mirándole con los hombros tensos—. ¿Sobre qué?

—Sobre la razón por la que no te gustan ciertas caricias y por qué no te gusta ser acorralada. —Gabriel podría haberlo pasado por alto, pero se estaba volviendo obvio



que con eso lograría exactamente nada. Tenían que sacar esto a la luz, no mantenerlo en la oscuridad donde acosaba y aprisionaba a Charlotte.

Ella se agarró a la bufanda.

— ¿Qué te hace pensar que tienes derecho a saber?

—Charlotte. —Esperó hasta que ella le mirara, ojos color avellana cautelosos detrás de las gafas—. Ya sabes lo cabezadura que soy, lo decidido. Puedo encontrar una solución, pero primero necesito conocer el problema.

— ¿Qué pasa si no hay solución? —Un temblor recorrió su piel—. ¿Qué pasa si estoy demasiado estropeada?

—No.

— ¿No? —Su voz se elevó—. ¡Simplemente no puedes decidir que algo es imposible!

—Claro que puedo, cuando soy yo el que toma la decisión. —La agarró de la barbilla—. A menos que hayas decidido que ya no me deseas, si no yo tomaré la decisión.

Su piel era tan delicada bajo su toque, le daban ganas de frotar su mandíbula áspera contra ella para que llevara su marca. Lo haría sobre la suavidad de sus pechos también, disfrutaría sabiendo que le llevaba en su piel durante todo el día.

— ¿Charlotte?

—Aquí no, ahora no —dijo ella, alejándose—. ¿Estás libre mañana?

—Sí. —Había tenido la intención de hacer algunos cálculos sobre una potencial compra de propiedad, pero eso podía esperar.

— ¿Me recoges por la mañana? ¿Alrededor de las nueve?

—Aquí estaré.



Charlotte se estremeció contra la puerta después de cerrarla, mirando las luces del SUV de Gabriel pasar por las ventanas mientras se alejaba. No le había dado un beso de buenas noches, sólo le tomó la cara y dijo:

—Te veré mañana.



Era como si supiera que no podría haber manejado un beso. Ahora no. No cuando se había prometido contarle la verdad.

Su corazón se sentía helado, escalofríos aplastaban su caja torácica.

Pasándose unas manos temblorosas por el pelo, entró en el dormitorio después de encender todas las luces de la casa, una por una, luego se desvistió para ponerse el camisón.

Se cepilló los dientes, se lavó la cara usando agua muy caliente.

Después de un segundo recorrido apagó las luces. Durante los primeros seis meses después de su salida del hospital, había dejado las luces encendidas toda la noche a excepción de la habitación de Molly, pero luego se había convertido en una cuestión de orgullo renunciar a eso. Todavía era difícil y apagaba las luces en un patrón que significaba que nunca estaba a oscuras, pero era mejor que rendirse al miedo.

Una vez detrás de la puerta cerrada de su dormitorio, encendió una luz nocturna antes de apagar la luz del techo y se metió en la cama. Su estómago todavía estaba revuelto; sabía que debería habérselo contado a Gabriel en el coche, pero no había podido soportar hablar de ello en la oscuridad, en la noche. Ese era el momento de terror.

Teniendo en cuenta sus pensamientos, no fue una sorpresa que tuviera una pesadilla cuando finalmente cayó dormida. Aunque la mayoría de la gente no la habría llamado así, lo habría visto solo como un recuerdo.



*Charlotte yacía desnuda en la estrecha cama individual de la habitación de Richard, incómoda y dolorida. Aun así, pensó, había valido la pena. Había hecho a Richard tan feliz.*

*—Hola —dijo con una sonrisa temblorosa cuando él salió del baño, después de haberse puesto los pantalones de chándal.*

*—Hola. —Tumbándose a su lado, sonrió con esa impecable y brillante sonrisa—. Eh, no te preocupes, vas a mejorar.*

*La felicidad creciente en su interior comenzó a esfumarse.*

*—¿Tan mala he sido? —Sabía que estaría muy incómoda, pero él había dicho que no importaba, que se sentía honrado de que le estuviera dando el regalo de su cuerpo.*



Se rio en respuesta a su pregunta.

—Tu ritmo fue apagado, pero puedo enseñarte. —Tirando de la sábana, bajó la mirada hacia su cuerpo.

Se sintió helada y expuesta, pero cuando iba a alcanzar el fino escudo de algodón, él lo mantuvo fuera de su alcance.

—Richard. —Luchó por no llorar.

—Tienes un buen cuerpo —dijo, con mirada valorativa—. Un poco flaca y tus tetas no son enormes, pero... —Levantó la mirada y vio la angustia en el rostro de Charlotte, y de repente era el chico del que se había enamorado, dulce y cariñoso—. Lo siento, Charlotte. Sabes que te amo. Ven, déjame mostrarte.

Iba a decirle que no, que dolía, pero la estaba besando y no quería decepcionarlo de nuevo, así que no dijo nada. Apretó los dientes contra el dolor y le sonrió cuando le hizo cosas que sabía se suponía que eran para excitarla. Lo habían hecho antes, pero ahora estaba demasiado avergonzada y apenada, y se sentía como un fracaso.

—Ves —dijo él después, su respiración entrecortada cuando se dejó caer a su lado—. ¿Ves? Te amo.

Ningún chico le había prestado nunca tanta atención, dicho que la quería, que la amaba. Probablemente no había tenido intención de herir sus sentimientos; ella simplemente no era lo suficientemente sofisticada como para comprender lo que él estaba tratando de decir. Después de todo, él podría tener a cualquier chica en el campus, y la había elegido a ella.

—Yo también te amo —susurró.



Y lo había hecho, pensó Charlotte a la mañana siguiente mientras se vestía después de la ducha. Había sido la chica necesitada de amor con el corazón roto que quería a alguien suyo. Molly y ella se tenían la una a la otra, pero a diferencia de su fuerte y decidida amiga, Charlotte no estaba segura de su camino en la vida. Ni siquiera había pensado en la educación después de la secundaria, detestaba perder un día con su madre.

La única razón por la que había enviado la solicitud a la universidad había sido para hacer felices a sus padres. Después de lo cual, se había olvidado de inmediato al respecto. Sólo cuando las cartas del semestre comenzaron a llegar, se dio cuenta de



que su padre había aceptado la solicitud en su nombre y que la había inscrito en las clases que ella había dicho que tomaría cuando la había interrogado sobre ellas meses antes.

No había tenido ninguna intención de ir... pero entonces todo se había desentrañado tres semanas antes del inicio del semestre, sus dos padres se fueron de repente. Los había enterrado uno al lado del otro y se encontró perdida. La universidad había sido simplemente un lugar donde podía ir para no ahogarse en el dolor.

Dos meses en el semestre y que había creído que había comenzado a sanar, que finalmente había comenzado a tomar un interés real en sus estudios. Entonces había llegado Richard, y había aprendido que todavía tenía fracturas en su psique.

—*Jesús, una mujer de verdad ya lo habría conseguido.*

—*Lo siento, Charlotte. A veces me olvido de lo inexperta que eres, no tenía la intención de ser impaciente contigo.*

—*Haz lo que yo digo, Charlotte. Sin impertinencias.*

—*No seas ridícula. Sabes que nadie más te deseará jamás, si lo hicieran, yo no sería tu primer y único novio.*

Charlotte no lo había entendido en ese momento, pero Richard había sido un depredador que se había centrado en su dolor y sus inseguridades. Una mujer segura de sí misma le habría dicho que se largara cuando dijo esas cosas feas después de su primera vez. Molly probablemente le habría golpeado.

Charlotte se había dicho a sí misma que lo superaría. Después de todo, él era tan guapo, tan inteligente, no el tipo de chico que nadie esperaba que se enamorara de la simple y tímida Charlotte Baird. Pero lo peor, *lo absolutamente peor*, fue cómo había empezado todo. Ella podría no haber tenido experiencia y estar dolorosamente falta de confianza, pero no era estúpida. No habría caído en su órbita si él hubiera sido malvado y cruel desde el principio. No, el abuso de Richard había sido lento e insidioso, como una araña atrapando un insecto indefenso en su red antes de que el insecto supiera que estaba en peligro.

Saltando ante el golpe de nudillos en la puerta principal, se dio cuenta de que Gabriel había llegado. Temblorosa de nuevo al recordar que había prometido contárselo todo, fue a la puerta y la abrió con manos inestables. Él llevaba vaqueros, pesadas botas de trabajo que parecían que habían tenido una vida muy dura, y una camisa negra de manga corta desgastada suelta sobre los vaqueros. La camisa tenía

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

detalles en las solapas de los bolsillos y las mangas, y encajaba perfectamente sobre sus anchos hombros.

Quitándose las gafas de sol de espejo, él la miró de arriba abajo.

Su piel se enfrió, el recuerdo de la fría recitación de Richard de sus defectos era un fuerte zumbido en la parte posterior de su cráneo.



## Capítulo 21

### *La noche que el monstruo fue real...*

—**M**e gustas con vestido, Srta. Baird —dijo el hombre en su puerta, el hombre que no era Richard—. Me da toda clase de ideas acerca de fácil acceso.

Charlotte se sonrojó, todos los pensamientos de Richard olvidados.

—Pensé que ya que hacía tan bueno y soleado... —Se había puesto un vestido de tirantes blanco, a juego con un bonito cinturón de charol de color naranja. En lugar de una chaqueta de punto blanco, había elegido una de color verde lima. El conjunto era uno de los más coloridos de su nuevo vestuario y la hacía sentir como la primavera, incluso en invierno.

—Tengo una nueva apreciación por el sol. —Alargando la mano para tomarle la mandíbula dijo—: ¿Quieres que te bese, Charlotte? ¿Que te lama la lengua con la mía, que succione la punta hasta que gimotees? —Acompañó cada palabra con un roce de su dedo pulgar por el labio inferior—. Abre.

Sus labios se separaron casi por voluntad propia, su corazón latiendo contra su caja torácica. Cerrando los labios sobre el pulgar cuando lo deslizó en el interior, chupó... luego mordió lo suficiente para que escociera.

Con ojos oscuros, él sacó el pulgar y lo golpeó contra los labios que ya se sentían hinchados por los besos.

—Sólo por eso, tienes que esperar a tu beso. —La tiró afuera—. ¿Lo tienes todo?

Incapaz de hablar por el momento, ella asintió y, tomando las llaves de su bolso, cerró la casa después de ajustar la alarma. Gabriel deslizó la mano por la espalda para descansar en la curva de su culo mientras guardaba las llaves. La hizo saltar, pero no quitó su mano, girando suavemente mientras él la empujaba hacia el coche.



—¿Qué guardas ahí dentro? —dijo, con los ojos en su bolso—. Es lo bastante grande para que no sólo quepa el fregadero de la cocina, sino todos los electrodomésticos.

—Ja, ja —se las arregló para decir a pesar de la conciencia de su toque—. No me preguntes la próxima vez que necesites un bolígrafo o un trozo de cinta adhesiva.

La acarició de nuevo, sonriendo. El calor masculino la marcó, la marca latiendo incluso después de que se sentara en el asiento del pasajero.

—¿A dónde? —le preguntó después de montar con las gafas de sol puestas.

—Albert Park. —Se había tomado su tiempo para sentirse cómoda en la zona universitaria de nuevo, pero en estos días, deliberadamente se bajaba del autobús un par de paradas antes y cortaba a través del parque adyacente en su camino al trabajo. Significaba algo para ella que Richard no hubiera destruido su placer por la hermosa zona.

Le encantaba la tranquilidad activa por las mañanas, llena de estudiantes madrugadores corriendo, y otros vestidos para el trabajo que tomaban un atajo al distrito central de negocios. Algunas personas caminaban rápidamente, con los ojos en sus teléfonos inteligentes, pero la mayoría atravesaban los caminos con paso pausado, sonriéndose unos a otros a medida que pasaban. De vez en cuando, iba a ver un grupo practicando Tai Chi bajo la copas de algunos de los árboles más grandes y se detenía para mirar la melodía de movimientos agraciada y lenta.

Las nueve y media en un día festivo, estaba más concurrido, pero no era una locura. Gabriel encontró una plaza de aparcamiento a sólo un par de minutos a pie, y pronto entraron en el parque, él con la mano en su espalda. Con Auckland libre de nieve, incluso en invierno, el parque por lo general tenía flores de algún tipo u otro, incluso en la estación más fría. Ahora, camino de la parte final de esa estación, los bancos del jardín presumían de una profusión de color.

—Siempre me pregunto cómo lo mantienen tan hermoso, sin importa la estación —dijo ella, habían tomado un paseo que los llevaría al kiosco cubierto de música. Charlotte no quería estar encerrada ni siquiera aquí. Así que, giró a la derecha, llevándolos hacia un área abierta poblada sólo por una serie de árboles de gran tamaño, sus ramas se curvaban y creaban esculturas vivientes.

—Deberías preguntarle a Sailor los asuntos del jardín —dijo Gabriel—. Es como una enciclopedia de plantas.

—¿Cómo es que terminó en el paisajismo y la jardinería en lugar de los deportes?



—Es el empollón en la familia, siempre estuvo más interesado en la ciencia y las plantas. —Una sonrisa le quitó ironía a las palabras, su orgullo por su hermano claro—. Juega en el club de rugby los fines de semana para divertirse, así que no lo hemos repudiado.

Charlotte suspiró.

—No hay esperanza para mí entonces. Me gustan los deportes, pero no coordino lo suficiente para ser realmente buena en ellos.

Él cambió de mano a la cadera y apretó.

—¿De qué estás hablando? —dijo mientras las cosas se fundían y se calentaban en la parte baja del cuerpo de Charlotte—. Discutes con T-Rexes, ¿no?

Frunciendo la nariz ante él, luchó contra una sonrisa.

—Sólo uno.

—Bueno, pues este T-Rex es posesivo como el infierno y no comparte bien. —Pasó la mano por la cadera de nuevo—. ¿Qué tal aquí?

Charlotte miró el asiento natural formado por una rama y las burbujas de placer se pincharon. Ya era hora. No más retrasos. Tenía que decirle cada pedacito de la fealdad.

—Sí —susurró ella y contuvo el aliento cuando él puso las dos manos en la cintura y la levantó sobre el árbol. En lugar de sentarse a su lado, se apoyó en la rama, el brazo acodado a sus espaldas.

—Pensaba que te gustaba acorralarme —murmuró, el corazón dolorido ante la señal de que ya podría estar alejándose.

—Adoro acorralarte. Pero ya que no querías hablar en el coche, pensé comportarme y darte un poco de espacio. —Ojos gris acero se clavaron en los suyos—. Estoy aquí si me necesitas, y soy más que bastante grande para ayudarte a luchar contra tus demonios. Sólo di la palabra.

A Charlotte le dolía el corazón. Se acercó más a la corpulencia tranquilizadora masculina sin decir una palabra. Suavizando la expresión, él la abrazó curvando un brazo alrededor de ella sin atosigarla.

—No sé cómo empezar —dijo, mirando a una chica girar en los brazos de un chico antes de que se alejaran corriendo hacia la torre blanca del reloj de la universidad.

—¿Pasó aquí?



—Sí. —Por lo menos, había comenzado aquí.

—Entonces empieza aquí. Háblame de tus salvajes días en la universidad.

Charlotte quiso sonreír, pero no pudo. El pasado era demasiado pesado, demasiado horrible; la sombra malévola aplastaba cualquier ligereza en su interior.

—No sabía que quería hacer con mi vida, pero como disfrutaba leyendo las páginas de negocios, me decidí a hacer un grado de comercio, con especialización en contabilidad. —Se rió en voz baja, pero el sonido no tenía ningún humor—. Suena como una razón estúpida para tomar esa gran decisión, pero yo no estaba pensando con claridad.

—¿Estaba tu madre enferma cuando tuviste que decidir?

Charlotte asintió, el recuerdo de la pérdida pesando en su corazón.

—Mi madre me dijo que viviera mi vida, que no dejara que su muerte me pesara, y yo estaba decidida a hacer eso, incluso después de perder a mi padre también.

Su garganta se espesó a pesar de la distancia de años entre ese momento y este.

—Sucedió justo semanas antes del inicio del semestre. Al principio, yo era una zombie sonámbula a través de las clases, pero después de sobrevivir a esa primera quemadura de la pena, quería que papá y mamá se sintieran orgullosos.

Gabriel le acarició la cadera con la mano.

—¿Tuviste a alguien en quien apoyarte?

—Molly. —Se acurrucó aún más cerca de él—. No lo habría logrado sin ella. —Su mejor amiga había hecho de todo para ayudarla a superar esas semanas directamente después de que pasara la conmoción de la muerte de su padre—. Había cumplido dieciocho años un par de semanas antes, así que técnicamente era una adulta cuando murió mi padre, pero estaba tan perdida. Fue Molly quien organizó el funeral de mi padre, quien habló con los abogados para asegurarse de que tenía acceso a las cuentas de la familia para poder pagar las cosas.

Charlotte había estado adormecida por el shock, incapaz de olvidar el frío de la mano de su padre ese día cuando había ido a buscarlo para desayunar. Lo había encontrado con una leve sonrisa en su rostro, su expresión pacífica.

Tragando el nudo de la antigua pena, dijo:

—Yo no podía dejar de pensar en el hecho de que los dos se habían ido. —Había sido un golpe.



— ¿Qué pasa con las familias de tus padres? — Gabriel frunció el ceño—. Deberían haber estado ahí para ti.

— Mis padres eran ambos hijos únicos, y sus padres murieron cuando yo era pequeña. — Charlotte nunca había conocido a una familia tan grande y revoltosa como la de Gabriel—. Tenían un círculo de buenos amigos, sin embargo, y Molly me dijo más tarde que esos amigos habían ido para ayudar a entender las cosas. Pero ella fue la que llevó todo a cabo.

Gabriel le tocó la mandíbula con los dedos de su mano libre, inclinando su rostro hacia él.

— Supongo que hiciste lo mismo por ella cuando el escándalo desgarró a su familia.

— No fue lo mismo. — Entonces, como ahora, Molly había sido dura.

— ¿Qué dice Molly?

— Que no lo habría logrado sin mí — confesó Charlotte.

— *Fuiste mi roble — había dicho Molly una vez —. Resistente, protectora y con una lealtad tan profundamente arraigada, que sabía que ninguna tormenta te derribaría. Me hubiera ahogado sin ti.*

— Creo que ella sabe de lo que está hablando. — Gabriel le metió un mechón de pelo detrás de la oreja—. Apuesto a que tus padres quisieron que ella viviera contigo después del accidente de tráfico que se llevó a su familia.

Charlotte asintió bruscamente.

— Pero los médicos ya habían descubierto los nuevos cánceres en el cuerpo de mamá. Los trabajadores sociales no aprobaron que Molly viviera con nosotros. — Dijeron que Pippa Baird no necesitaba el estrés, pero la madre de Charlotte se había preocupado constantemente sobre Molly—. Tuvo que ir a vivir con extraños, pero sobre todo, ella sólo dormía allí. — Los padres adoptivos de Molly no habían sido malas personas; simplemente no habían tenido las herramientas para manejar a una adolescente que lo había perdido todo.

— Fue lógico compartir casa cuando empezamos la universidad. — Ni ella ni Molly tenían a nadie más en quien confiar lo suficiente como para vivir con ellos—. Al principio, vivíamos en la casa de mis padres, pero la vendí un mes después, tenían muy buen seguro, por lo que no había facturas, pero no podía soportar vivir allí. — El silencio había sido aplastante. La risa de su padre no volvería a iluminar toda la



habitación. La voz de su madre nunca se levantaría otra vez en una canción tonta mientras trabajaba.

Charlotte no había sido capaz de soportarlo.

—Mi padre siempre me dijo que nunca debía malgastar dinero en alquiler si estaba en condiciones de invertir en una propiedad —dijo, con la voz ronca—, así que compré la casa adosada. —Pasar de una casa familiar a una casa más pequeña la había dejado con el suficiente dinero para pagar la universidad.

—Molly y yo tuvimos una gran discusión porque ella quería pagarme una renta. Finalmente utilicé la culpa para ganar. —Se rió y fue real, si bien un poco mojada—. Le pregunté si quería que mi madre y mi padre me atormentaran. Después de todo, siempre la habían tratado como a otra hija.

—Taimada. —Le rozó la sien con los labios, la mano cálida y protectora en su cadera—. No es de extrañar que seáis tan íntimas. Habéis pasado por muchas cosas juntas.

Sintiéndose segura de una manera que no lo había hecho desde antes de Richard, asintió. Sin embargo, el calor que venía de hablar de sus padres y su mejor amiga se desvaneció en un escalofrío mientras miraba hacia la oscuridad.

—Conocí a Richard a los dos meses de mi primer semestre. —Su nombre era como un cristal roto en su garganta. Duro y cortante, la hacía sangrar desde adentro hacia afuera—. Era inteligente, de buen aspecto, y yo le gustaba. Al menos eso es lo que me hizo creer.

Presionada como estaba contra el cuerpo de Gabriel, sintió la tensión crecer en él, sus músculos tensarse.

—Está bien, Gabriel. Está en la cárcel.

—Jesús, Charlotte. —Apretó un brazo a su alrededor—. ¿Qué coño te hizo?

Charlotte sabía que sólo tenía que sacarlo, Gabriel tenía que saber.

—Cuatro meses después de empezar una relación con él finalmente comencé a entender que era malo para mí. Me hizo dudar de todo sobre mí, me hizo pensar que no valía nada. —Mirando hacia atrás, Charlotte no podía creer que no hubiera visto a través de él antes—. Me gustaría poder volver atrás y sacudirme.

Gabriel frunció el ceño.

—Estabas herida y de duelo. Se aprovechó de eso.



Intelectualmente, Charlotte sabía que había estado en un lugar vulnerable en el momento que Richard entró en su vida, pero era tan difícil no mirar hacia atrás y desear poder cambiar el pasado. Sin embargo, esa muchacha insegura y tímida no había podido abandonarse del todo.

—Un día, mientras estábamos hablando de un papel para una clase compartida, él me pegó — dijo con el corazón tronando, consciente de los músculos de Gabriel duros como una roca contra ella—. Dijo que le estaba diciendo impertinencias.

Conmocionada y dolorida, con el labio sangrando, Charlotte se había dirigido a la puerta.

—Rompí con él en ese momento. O traté de hacerlo. —Le había llevado todo su valor, había esperado que la retuviera, que la golpeará de nuevo. La arrogancia de Richard fue lo que le había permitido escapar—. Se negó a creerlo. Al principio se rio, dijo que volvería arrastrándome ya que él era el único que me tendría.

Un gruñido retumbó del pecho de Gabriel.

—Dime que denunciaste a ese cabrón pedazo de mierda.

Acariciando su pecho en un gesto tranquilizador, se acurrucó aún más cerca del horno de su cuerpo en un esfuerzo por entrar en calor.

—Sí, pero era mi palabra contra la suya. —Y Richard era un maestro de la manipulación expertos en crear ilusiones que parecían reales—. Al final, no pasó nada.

La mandíbula de Gabriel era de granito.

—No terminó ahí, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

—Cuando se dio cuenta que hablaba en serio acerca de la ruptura, me empezó a bombardear con flores y chocolates, de repente fue el muchacho encantador que me había hecho creer que me amaba. —El pánico latía en ella, haciendo que sus pulmones se esforzaran por respirar, el aire de repente demasiado escaso—. Pero cuando no me conmoví, empezó a volverse malvado. —Respiraciones superficiales, su corazón latía demasiado rápido—. Extendió rumores sobre mí en el campus, a través de los foros del campus, pero eso no me importaba mucho.

Ella nunca había sido una mariposa social, no le habían importado las opiniones de las camarillas populares.



—Molly sabía la verdad, y eso era todo lo que importaba. —Durante su relación, Richard había intentado manipularla para que abandonara a Molly como amiga, pero eso fue lo único en lo que Charlotte nunca había cedido ni un centímetro—. El hecho de que yo fuera una don nadie en el campus en realidad me ayudó, nadie se preocupó lo suficiente por difundir los rumores.

—Respira, Charlotte.

—No puedo. Tengo que sacar esto. —Casi jadeando ahora, deslizó la mano alrededor de la espalda de Gabriel y la cerró en su camisa—. Pensé que ahí terminaría todo, pero comenzó a sentarse en mis clases, sonriéndome. Y pude *sentir* que me seguía por el campus, pero nunca le pude atrapar.

El miedo la lamió, un recuerdo de lo acosada que se había sentido, sin saber nunca cuándo podría enfrentarse a ella, hacerle daño.

—Entonces empecé a recibir correos electrónicos anónimos llenos de fotos de mujeres siendo degradadas. Sin mensajes, sólo las fotos más viles con mi cabeza puesta con Photoshop en los cuerpos de las mujeres. Las llamadas telefónicas comenzaron poco después, todos de números imposibles de rastrear. —Las náuseas le habían inundado cada vez que oía el timbre—. Una y otra y otra y otra por la noche y durante los finales, hasta que tuve que cambiar la línea de casa y mi móvil.

La voz de Gabriel era dura cuando habló.

—Te estaba acechando.

—Sí, pero era tan bueno en cubrir sus huellas que a pesar de que la policía era comprensiva, no podían detenerlo. Sin embargo, le dieron una advertencia y le enfureció. Lo coció a fuego lento, lo meditó y me observaba.

Se estremeció, continuó empujando las palabras porque tenía miedo de que si se detenía, nunca empezaría de nuevo.

—No sabía eso entonces. Los incidentes pararon después de la advertencia, y cuando no se volvieron a producir en los dos meses siguientes, me sentí segura de nuevo. Lo bastante segura para insistir que Molly saliera de la ciudad para un seminario especial que su profesor había recomendado. Le dije que estaría bien.

El miedo la tragó en una nube oscura.

—Era lo que él había estado esperando. Sabía que estaría sola desde el viernes por la noche hasta el domingo por la tarde cuando Molly regresara. —Al ver manchas delante de los ojos, trató de inhalar más aire a sus pulmones, fracasó.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

—Basta. —Gabriel la agarró de la barbilla y la hizo mirarlo a los ojos—. Puedo adivinar el resto.

—No. —Sacudió la cabeza—. Por favor, tengo que terminar. —Él tenía que saber exactamente contra que estaba luchando, porque Charlotte no quería fallarle, quería una vida que tuviera a Gabriel en ella—. Déjame terminar.

Con la furia enmascarando sus rasgos, asintió.

—Continua.



## Capítulo 22

### *Las cosas malas suceden... pero luego las cosas buenas suceden*

— **T**ení una llave que había duplicado, mientras estuvimos juntos. —Charlotte no tenía alarma entonces, ni siquiera lo había considerado, su barrio era seguro—. Nunca me preocupó que él pudiera tener una llave porque yo nunca lo había traído a mi casa; siempre habíamos ido a la suya.

Después de ese fin de semana horrible, se había gritado por su error al no pensar en cambiar las cerraduras, hasta que Molly finalmente la había sacudido y le dijo que ella tampoco lo había hecho. Ninguna de ellas había esperado la profundidad y la paciencia psicópata de la furia de Richard, no habían tenido ninguna experiencia con su tipo de mente retorcida.

—Llegué después de una clase tardía del viernes. Era invierno, oscuro. Y él estaba esperando dentro. —Sintiendo todo su cuerpo temblar, se aferró a Gabriel en un esfuerzo por encontrar un terreno sólido—. Esperó a que cerrara la puerta antes de venir a por mí. —Sus recuerdos de los minutos que siguieron eran borrosos en lo mejor.

—Me amordazó y ató a una silla en la cocina. —Las náuseas amenazaron como entonces, su dolorida cabeza y el rostro magullado la menor de sus preocupaciones—. Había llevado cuerdas, y llevaba guantes y guardapolvos con capucha. Así que no encontrarían pruebas forenses.

Charlotte había sabido entonces que estaba en presencia de un psicópata total.

—Al principio sólo me habló, me dijo todo lo que quería hacer. —La tortura mental había sido insoportable—. En las horas que siguieron, de vez en cuando rodeaba la silla, me echaba la cabeza atrás tirándome del pelo y pasaba un cuchillo por la garganta lo suficiente para hacerme sangrar.



A veces, todavía se despertaba con la sensación de la sangre fantasma goteando por su cuello, el metal helado a través de su garganta.

—Luego se iba unos minutos, caminaba por la casa y volvía para mostrarme cosas que había encontrado en mi dormitorio, cosas que iba a llevarse como recuerdos. — Sus bragas, un anillo, una foto de sus padres—. De vez en cuando, me golpeaba de nuevo.

Gabriel estaba rígido a su lado, pero no la interrumpió. La abrazó a salvo y ella supo que no iba a permitir que nada ni nadie llegaran a ella.

—En algún momento durante la primera noche —dijo Charlotte, sacando fuerza de él—, me echó atrás la cabeza de nuevo y me cortó trozos de pelo. —Aterrorizada por su vida, Charlotte no se había preocupado por el pequeño acto. Irónico entonces que fuera uno de los que la acosaban.

—Con el tiempo, decidió que quería dormir y entró en mi dormitorio para hacerlo. Pensé que podría inclinar la silla mientras él estaba fuera, hacer suficiente ruido para que uno de mis vecinos lo oyera. Después de que saliera de la cocina, esperé mucho tiempo, y luego empecé a mecer la silla para volcarla. Y allí estaba. Había esperado todo este tiempo sólo para poder volver a aparecer y ver la esperanza abandonar mi cara.

Ella nunca olvidaría la forma en que había reído ante su sorpresa.

—Más tarde, me ató y me metió en el armario del dormitorio. Se reía todo el tiempo. —Sus heridas físicas habían sido agonizantes en ese momento, pero lo peor había sido el conocimiento de que nadie vendría a por ella.

Nadie sabía que estaba sola en la oscuridad con un psicópata.

—A la mañana siguiente, me agarró por la nuca y me arrastró a la cocina. —Con los dedos bloqueados apretados contra la camisa de Gabriel, detalló exactamente lo que había sucedido en la cocina, las cosas horribles que Richard había dicho, las heridas que había causado.

—Durante todo el tiempo se burlaba y abusaba de mí —añadió cuando pudo hablar de nuevo—. Me dije a mí misma que no podía rendirme, no podía morir. Tenía que sobrevivir para poder testificar, para poner a Richard tras las rejas.

Todavía había tenido la esperanza entonces, no había sabido cuánto peor se pondría.



Gabriel no podía pensar, apenas podía ver, su visión era una neblina de color rojo. Quería encontrar al bastardo que había aterrorizado a Charlotte y aplastar todos los huesos de su patético cuerpo, convertir su rostro en puré y pisotearle la cabeza hasta que su cerebro se filtrara por sus oídos. Luego quería traer a Richard de vuelta a la vida y hacerle daño de nuevo.

Jesús, Charlotte era tan pequeña. No habría sido rival para un hombre adulto. Los golpes de Richard tenían que haber roto cosas en ella y la fealdad de la tortura mental... No sabía si podría soportar escuchar más, pero lo haría. Porque si ella había sobrevivido, entonces él podría condenadamente bien oírlo, mantenerla a salvo.

Él *siempre* la mantendría a salvo.

—Después de su desayuno —dijo ella, y ahora estaba llorando, aunque no parecía darse cuenta de ello—, me hizo daño de nuevo. —Se acunó el brazo izquierdo inconscientemente contra su pecho, y Gabriel supo que el hijo de puta se lo había retorcido o roto—. Pero se aseguró de que no fuera suficiente para desmayarme.

Gabriel se obligó a respirar, la neblina roja se había transformó en pura rabia fría.

—Entonces me metió en el armario de nuevo. —El aliento de Charlotte era ronco, su cuerpo temblaba—. Me ató algo sobre mi nariz, así que apenas podía respirar, tenía que concentrarme absolutamente en meter aire en mis pulmones. Me enteré después que salió de la casa y se fue a tomar un café con los amigos. Creando una coartada.

Gabriel apretó su mano derecha, la mano que Charlotte no podía ver, alrededor de la rama a su lado, con tanta fuerza que la madera se quejó.

—El puto psicópata.

—Sí, lo era, pero no lo sabía todo. Mientras estaba fuera, el teléfono de casa comenzó a sonar y sonar y sonar. Yo sabía que era Molly comprobando que estuviera bien.

Gabriel sabía que la otra mujer no habría aceptado simplemente el repentino silencio de Charlotte.

—Llamó a la policía.



—Sí. Se puso en contacto directamente con los oficiales que habían seguido mis quejas sobre el acoso y les dijo que algo estaba mal. Dijo que otro estudiante le había dicho que Richard tenía previsto venir en pos de mí, y que había estado llamando para avisarme. —Una sonrisa temblorosa—. Estaba mintiendo, pero les hizo moverse.

Con la sonrisa desvaneciéndose, su respiración se hizo más superficial y más rápida.

Gabriel nunca se había sentido tan jodidamente impotente en su vida.

—Te tengo —dijo, soltando la maltratada rama del árbol para rozarle con los dedos la mejilla húmeda de lágrimas—. Te tengo.

Una gota caliente salpicó el dorso de la mano mientras decía:

—Richard regresó quizá quince minutos después de que el teléfono dejara de sonar. No sé exactamente el tiempo, mi mente estaba confusa. Vino al armario y me dijo que había pensado en un nuevo juego. Que aunque no me deseaba, conocía a algunas personas que sí, que los había invitado a una fiesta con su puta.

*No, no, no.*

—Era todo mentira —dijo, enviando cuchillos de alivio de hielo a través de Gabriel—. Pero yo no lo sabía. Pensé que era real y me rompí. Simplemente... me rompí. Me puse a llorar.

—Infierno, Charlotte, ¿aguantaste tanto tiempo? —Su fuerza le asombraba—. Eres jodidamente increíble. —Tuvo que luchar contra todos los instintos en su cuerpo para no atraerla a sus brazos y apretar con fuerza.

—No podía hacerlo más. Me puse a llorar y fue raro. Él se volvió suave, dijo que todo era mi culpa, que yo le había hecho perder los estribos, pero ahora que había visto mi error, tal vez me aceptaría de vuelta. —Palabras mojadas, la voz de Charlotte tan ronca que apenas era comprensible—. Lo que él no se dio cuenta fue que los policías que habían respondido a la llamada de Molly habían llegado justo después de su regreso. Le vieron entrar en la casa, pero como ya estaban seguros de que me retenía como rehén, no podían simplemente reventar la puerta.

Gabriel entendió el razonamiento de los policías, pero esos minutos extra le habían costado a Charlotte.

—Dime que lo atraparon.

Ella asintió.



—Hicieron que uno de mis vecinos pusiera la música muy fuerte, y luego rompieron una ventana al amparo del ruido y entraron. La siguiente vez que Richard salió al pasillo, le arrojaron contra el suelo y lo esposaron antes de que él pudiera entender que estaba pasando. —Todo su cuerpo pareció arrugarse con las últimas palabras, como si le hubiera tomado toda su fuerza contárselo.

Sosteniéndola contra él sin atraparla de una forma que pudiera asustarla, Gabriel trató de templar su ira. Charlotte no necesitaba que fuera un semental en este momento. Necesitaba que la abrazara, su feroz y tímida Charlotte que había sobrevivido al horror con su alma y su espíritu intacto. Tal vez un poco magullada, pero mucha gente se hubiera dado por vencida después de un ataque tan brutal. Ella se había construido una vida, una carrera.

Demonios, había *luchado* contra él.

Le hizo tambalearse darse cuenta de cuanto coraje debía haber necesitado para enfrentarse a él cuando no sabía cómo podía reaccionar.

—Nadie va a hacerte daño de nuevo —susurró contra su pelo, una promesa que mataría por mantener—. Estás a salvo.



Diez minutos más tarde, Gabriel la abrazó, Charlotte ya no estaba llorando. Se había secado la cara con pañuelos de su bolso, pero ahora no sabía qué hacer. Nunca se había sentido tan expuesta, tan desnuda. No podía mirar a Gabriel, aterrorizada ante lo que iba a ver ahora que conocía la magnitud de los daños.

No solo físicas, aunque tenía algunas cicatrices, sino las psicológicas. Richard podría no haberla matado, pero la había destrozado, fracturado su psique en innumerables pedazos. Había recogido las piezas, las había juntado de nuevo, pero las costuras eran irregulares y rígidas por las cicatrices, mientras que otras partes eran irremediabilmente frágiles.

—Eh. —Una gran mano áspera le acunó la mejilla, el pulgar de Gabriel le rozó la barbilla—. Mírame.

La orden en su voz hizo que su alma herida luchara por subir a la superficie.

—No eres mi jefe —dijo, obligándose a levantar la cabeza—. Aquí no.

Gabriel pasó el pulgar por la barbilla de nuevo, la punta rozando su labio inferior.



—¿Estás segura? —preguntó, su voz un tono profundo—. Es excitante darte órdenes, señorita Baird.

Ella contuvo el aliento, llamas al rojo vivo fundieron el trozo de hielo alrededor de su corazón. Había estado tan asustada de que dejara de coquetear tan descaradamente con ella, que empezara a manejarla con guantes de seda, como algo que no era lo bastante fuerte como para soportar cualquier cosa más dura, como si ella no fuera lo bastante mujer para manejarle.

—Pero no esperes que obedezca —dijo en la oleada de alivio.

Él curvó los labios, el pulgar siguió acariciando su labio inferior con cada pasada.

—¿Cuál sería la diversión en eso? ¿Cómo puedo seducirte para que te quites las bragas si te las quitas para obedecer una orden?

—*Gabriel*. —Su piel ardía, pero ella podía sentir el sol de nuevo, ver los brillantes colores de las flores, las sombras se retiraban bajo la seducción primitiva de su voz y su tacto.

—*Charlotte* —dijo con un eco de su voz, y entonces la besó.

Fue un roce, nada más, pero fue un beso.

Sin aliento a pesar del corto contacto, Charlotte se mordió el labio inferior y espetó:

—¿No te importa?

Debía haber sido una pregunta sin sentido, pero las cejas de Gabriel se juntaron. Su respuesta fue un gruñido.

—¿Que seas una jodida mujer increíble? No.

Charlotte no sabía a qué aspecto de su declaración responder primero. Saltando de la rama, se volvió hacia él, con las manos en las caderas.

—No puedo creer que me hayas gruñido después de lo que te he contado.

Con los brazos cruzados, Gabriel se recostó contra la rama.

—Voy a hacer más que gruñir si repites esa pregunta en particular. —Pasó los ojos por su cuerpo, deteniéndose en los pechos, las caderas, los muslos, antes de regresar a sus labios—. Podría poner mi mano en tus bragas o mi boca en tu coño y excitarte hasta que estés gritando por un orgasmo y no dártelo hasta que digas “lo siento, Gabriel. No puedo creer que haya hecho una pregunta tan ridícula”.



Con las manos apretadas contra sus mejillas, Charlotte miró a su alrededor. Afortunadamente, no había nadie lo bastante cerca para haber escuchado su pecaminosa respuesta.

—Voy a dar un paseo. —Necesitaba refrescarse, los pechos hinchados y el lugar entre sus muslos palpitante, ya que nunca antes había tenido a cierto T-Rex.

Por supuesto él fue tras ella, apoyando la mano en su espalda de un modo que ya se había vuelto familiar y caminando con ella hacia la fuente. Las emociones de Charlotte estaban desequilibradas. Había esperado sentirse rota y perdida después de su confesión, fragmentos de dolor persistían, pero lo que dominaba todo era alegría nerviosa. Charlotte no sabía si podría superar sus temores hasta el punto de no tener que preocuparse por los ataques de pánico, pero significaba todo que Gabriel no la hubiera descartado.

—¿Has desayunado? —preguntó él cuando llegaron al reloj de flores.

—No. —Había estado demasiado nerviosa—. Hago muy buenas tortitas.—La cocina era su salida, su deporte, y necesitaba hacerlo ahora—. Creo que tienes casi todos los ingredientes, sólo nos llevará un par de minutos comprar algunos plátanos si quieres tortitas de plátano.

—Bueno —dijo Gabriel, sus labios curvados de una forma que la hacía contener el aliento—, iba a llevarte fuera, pero ya que preferiría tenerte en mi guarida, toda para mí, estoy vendido. —Se inclinó para presionar un beso travieso y dulce en su pómulo—. Te prometo que no te devoraré, a menos que me lo pidas *muy* amablemente.



## Capítulo 23

### *Un beso hoy, desnudez mañana*

Gabriel se sentó en un taburete de desayuno que había traído al mostrador independiente y cortó unas fresas para Charlotte mientras caminaba descalza en su cocina. Se había quitado los zapatos y la chaqueta de punto, los tirantes de su vestido de verano exponían la elegante línea de su garganta, las suaves curvas de sus hombros.

—¿Quieres trocitos de chocolate en las tuyas? —preguntó con una sonrisa radiante.

Él negó con la cabeza, con ganas de estirar la mano y tumbarla sobre su regazo, para tenerla a ella para desayunar.

—Sólo plátanos para mí.

Pasmado por lo que había averiguado, por su coraje, al principio no había sabido que hacer. Estaba tan enojado por ella, pero el monstruo que la había tratado brutalmente no estaba aquí para hacerle daño, y Charlotte no necesitaba más violencia. Entonces ella se había negado a mirarlo después de limpiarse las lágrimas, y él había sabido exactamente que tenía que hacer: hacerle saber que era hermosa y sexy y todo lo que él quería. Había imaginado que la mujer que había sobrevivido a un psicópata cobarde podría sobrevivir a algunas bromas sexuales contundentes.

Había estado en lo cierto.

Comiendo una fresa, levantó otra brillante y perfecta.

—Ven a tomar un bocado.

Inclinándose sobre el mostrador, ella cerró los dientes y los labios sobre la mitad inferior de la fresa, cerrando los ojos con felicidad.



—Mmm, tan dulce —dijo ella, volviendo a bajar.

Él gimió y se comió la otra mitad.

—No tienes idea de lo que me hace verte meter cosas en tu boca.

Congelándose en el acto de encender la cocina de cristal negro que aparentemente era algo elegante que la hacía estallar en éxtasis, le lanzó una mirada que hizo que su polla se pusiera dura como una piedra. Tenía las mejillas ruborizadas, sí, pero sus ojos tenían conciencia sensual. Y entonces su Srta. Baird hizo algo completamente inesperado.

Levantó un dedo a la boca y lo chupó, ahuecando las mejillas.

—¡Joder! —Se levantó, estaba al otro lado del mostrador antes de darse cuenta de que ella no se había movido y el dedo ya no estaba en su boca. Se obligó a detenerse y se pasó las manos por el pelo.

—Tortitas —dijo—. A ti te tendré más tarde.

Ella regresó a la cocina, pero sus acciones eran espasmódicas. Podría haberlo dejado, pero eso no era quien era él, volviendo a su asiento, se comió algunos de los trocitos de chocolate que ella había comprado cuando recogieron la fruta.

—¿Fue la rapidez a la que me moví?

Sus hombros se pusieron tensos, pero ella asintió.

—Entonces —dijo él, permaneciendo en posición cuando su instinto era ir allí y acariciarle el suave calor de los brazos, besar una línea hacia arriba por la curva de su cuello—, si rodeo el mostrador y deslizo hacia abajo uno de los tirantes de tu vestido y presiono mis labios sobre tu hombro, ¿qué pasa?

—Yo... n-no lo sé. —Vertió la masa para una tortita.

Esperó a que le diera la vuelta sobre un plato antes de levantarse. Esperó a que se girara y lo hizo, lo suficiente para poder verle. Manteniendo el contacto visual, Gabriel se acercó lo suficiente para que el hombro de Charlotte le rozara el pecho.

—Tienes una piel tan bonita, Charlotte —dijo, pasando los dedos por su brazo—. Tan suave y dorada.

Subiendo la palma de su mano por su brazo, tiró del tirante. Podía ver su pulso saltar en la garganta, pero ella no se había quedado inmóvil como un pequeño animal frente a un depredador. Con los sentidos en alerta ante cualquier cambio, se inclinó e hizo exactamente lo que había dicho, apretó los labios contra su piel y lamio. Sólo un poco. Lo suficiente para hacerla saltar.



Sonriendo, rompió el beso y sopló sobre el lugar dónde la había besado.

Ella se estremeció.

Así que la raspó con los dientes antes de besarla de nuevo.

Un pequeño gemido escapó de su garganta.

Con cualquier otra mujer, habría curvado las manos a su alrededor, acunado y apretado sus pechos mientras se volvía serio, su boca voraz sobre su cuello, pero Charlotte necesitaba que fuera despacio.

Ir despacio podía ser divertido, le dijo a su polla rígida, y le subió el tirante.



Charlotte podía sentir el beso de Gabriel tiempo después de que regresara a su asiento. Su boca, su lengua... Se estremeció de nuevo, incapaz de imaginar cómo iba a soportarlo si alguna vez le daba un beso tan íntimo como el que él había descrito la primera vez que había estado en su cocina.

—No te olvides los trocitos de chocolate en las tuyas.

Su voz hizo que sus dedos se curvaran, sus pezones ya puntas palpitantes.

—Gracias —logró decir, y se giró para batir el resto de la masa, y unos minutos más tarde, los dos estaban ante un festín de tortitas.

En lugar de la torpe mañana dolorosa que había esperado, la había pasado bañada por el sol, con Gabriel sentado frente a ella. Hubo un poco de coqueteo escandaloso, pero también hablaron de un par de asuntos de trabajo.

—Deberíamos entrar, hacer el papeleo —dijo ella, sabiendo exactamente cuánto tiempo le había quitado él a su horario por ella—. De lo contrario, no tendrás tiempo para respirar mañana.

—Excelente. Puedes decirle a mi madre que te llevé a trabajar en nuestra cita.

Una cita. El sonido le hizo sonreír ampliamente.

—Sólo tomará un par de horas.

Gabriel la miró, con una ternura en su expresión que le hacía daño de una manera dulce y maravillosa.



—Tengo algo para ti —dijo, sorprendiéndola—. Lo he tenido durante un tiempo. No sé si hoy es un buen día para dártelo, pero quiero hacerlo.

Charlotte se retorció en el taburete del desayuno, llena de curiosidad mientras él desaparecía escaleras arriba. Cuando regresó, ella no podía ver nada, aunque una de sus manos estaba cerrada en un puño. Rodeando el mostrador, él le tomó la muñeca; ella se mordió el labio inferior... y luego frunció el ceño.

—¡No quiero un brazalete usado! —Indignada, trató de arrancar la mano.

Era la pulsera que le había hecho elegir en Queenstown después de arrastrarla por todas las tiendas de gama alta. Ahora tenía el descaro de reírse y cerrar la pieza de platino, esmeraldas y diamantes alrededor de su muñeca.

—¿Cuántas mujeres que conozcas tienen muñecas tan esbeltas?

Todavía con el ceño fruncido por su audacia, especialmente teniendo en cuenta lo mucho que le había gustado esta pieza, el diseño una delicadeza de flores y hojas exquisitamente moldeadas, dijo:

—Estadísticamente, por lo menos algunas de las mujeres con las que te has citado.

—Que suspicaz. —Sacudiendo el pulgar contra la pequeña etiqueta platino ovalada cerca del cierre, dijo—: es bueno que tenga esto.

Mirando hacia abajo, Charlotte sintió que su corazón golpeaba contra las costillas. Tenía inscrito a la señorita Baird.

—¿Srta. Baird? —dijo, un poco llorosa.

—Mi señorita Baird.

Ella no lo podía creer. Lo había comprado hacía meses. Con los labios temblorosos, le empujó del pecho.

—Eres un hombre horrible. —La había enfurecido que le pidiera que eligiera un regalo para una mujer desconocida—. ¿Por qué me atormentaste?

—Estaba coqueteando contigo —dijo en un gruñido en su tono—. Imaginé que lo averiguarías cuando dejé en claro que quería tu opinión y solo tu opinión.

—¿Cómo se supone que iba a averiguarlo? —El sol de la claraboya brilló sobre la impresionante pieza de joyería mientras miraba hacia Gabriel—. Te lo dije, los hombres como tú no coquetean con mujeres como yo.

La expresión de Gabriel se alteró, puro pecado en sus ojos.



—Es una pena —dijo en un tono que era como roce de seda sobre su piel—. Encontraremos un plan de pagos que puedas manejar.

Con el pecho subiendo y bajando mientras inhalaba y exhalaba bruscamente, ella se negó a dar marcha atrás.

—No puedo aceptar esto. —Estaba valorada en más de cinco cifras. Lo sabía porque ella había tenido un gran placer en verlo pagar, pensando que era su merecido por arrastrarla por todas esas tiendas insoportables.

—Trata de devolverlo. —Fue un desafío.

Aceptándolo, intentó desabrochar el cierre. Lo intentó de nuevo.

—Gabriel, ¿qué hiciste?

Presionó sus labios sobre su hombro en respuesta, su mano cálida y posesiva en su espalda.

—Te mostraré cómo quitártelo cuando dejes de intentar devolverlo.

—Esto es ridículo. Tiene que haber una manera... —Pero por mucho que lo intentara, no podía encontrar la manera de abrir el cierre—. ¡No puedo ir por ahí con un brazalete que vale la mitad de mis ingresos anuales!

Se encogió de hombros y llevó una fresa a sus labios.

—Muerde.

Cuando ella lo hizo con fuerza, él levantó la mano para jugar con el tirante de su vestido.

—Eso no me desalienta de esa boca deliciosa. —Acariciando sus labios con la mitad restante de la fresa, se inclinó y le susurró—: ¿No me morderías la polla, verdad, Srta. Baird?

Con el pecho dolorido por las respiraciones entrecortadas y sus gafas empañadas, ella tragó:

—Supongo que tendrás que esperar y ver.

Él gimió y le dio a comer el resto de la fruta.

—¿De verdad no te importa ir a trabajar?

—No, si me quitas esta pulsera.



Cuarenta y cinco minutos más tarde, ella estaba ante su escritorio imprimiendo los documentos que él necesitaba, y el brazalete estaba todavía en su muñeca. Gabriel Bishop, como ya había aprendido, era un hombre obstinado. Y había decidido que el brazalete ridículamente caro, exquisitamente hermoso, única en su tipo era de ella. Agravada como estaba, no podía evitar que los huesos se le fundieran.

Lo había tenido durante *meses*, pensó de nuevo, sus ojos demorándose en las bonitas líneas delicadas de la pulsera. Ella había suspirado en la tienda, no había tenido la intención de recomendársela a Gabriel para que pudiera dársela a su "novia". Cuando él la había atrapado sacándole una foto a escondidas y la compró, ella se había sentido muy frustrada. Y celosa. Ahora podía admitirlo. Había estado celosa de que le diera la pulsera que ella adoraba a otra mujer.

Excepto que todo el tiempo, había sido para ella.

*Meses.*

Tocando las diminutas flores con dedos posesivos, los retiró cuando oyó a Gabriel salir de su oficina.

— ¿Los papeles están listos, Charlotte? — le preguntó un poco ausente, su atención en el informe que tenía en la mano.

— Sí — dijo ella, su pulso golpeaba al verlo, tan grande, inteligente y delicioso—. Aquí tienes.

— Gracias. — Los tomó y desapareció, diciendo—: ¿Puedes desenterrar la propuesta anterior? Quiero volver a verificar algo.

— La tendré en un minuto. — Se volvió hacia su equipo, descubrió que por alguna razón el archivo no había sido introducido—. Voy a tener que ir a la sala de documentación — dijo ella, asomando la cabeza en su oficina.

Gabriel levantó la mirada y frunció el ceño.

— Voy contigo.

Se le cayó el estómago, Charlotte se aferró al borde de la jamba de la puerta.

— Es sólo un piso más abajo. Voy a estar bien.

Él ya estaba caminando hacia ella.



—Charlotte, sé que puedes hacerlo. También me siento muy protector hoy. —Un borde en su voz—. Así que déjame ir contigo.

Sacudida por las palabras contundentes, extendió las manos sobre su pecho. Había estado tan concentrada en cómo la estaba tratando que no se había parado a pensar cómo debería tratarle ella. Él era del tipo de hombre protector y posesivo, y ella había puesto mucho sobre él hoy.

—Tal vez debería darte un beso —dijo ella, encontrando el valor porque él necesitaba que lo encontrara—. Ven aquí.

Él inclinó la cabeza. Ahuecando su mejilla, ella apretó los labios contra los suyos y succionó suavemente. Ella era visceralmente consciente de la fuerza y el poder masculino, pero también se sorprendió al darse cuenta de que él le había dado su control. Aunque sus manos estaban sobre sus caderas, no tiraba, no forzaba, sólo se quedaba allí y le permitía que le saborease.

Su aliento, sin embargo, era entrecortado a medida que los segundos pasaban. Charlotte pensó en parar, pero no pudo encontrar ninguna razón para hacerlo. Olía tan bien, sabía tan bien, su calor la rodeaba y la hacía sentir segura y suave por dentro. Como si su sangre fuera miel fundido.

Gabriel movió la cabeza, encajando sus labios con más firmeza. Charlotte se movió con él, deslizó la mano de su mejilla al cuello. Los tendones se flexionaron bajo su tacto, el grosor de su cuello le hizo querer besar cada centímetro caliente. Tenía los pezones tan apretados que casi dolían, y fue a apretarse contra él, a frotarse contra la ardiente fuerza de su cuerpo en un esfuerzo por aliviar el dolor.

Y el miedo, la lamió.

Rompiendo el beso con una asfixiante oleada de frustración ante el ataque de pánico que podía golpear, apoyó los pies.

Gabriel, sus labios húmedos y sus pupilas dilatadas, dijo:

—Me gusta la forma en que me haces sentir mejor.

La fría mano de metal alrededor de su pecho dejó de apretar. Porque a Gabriel no parecía importarle tener que ir despacio. Si él no iba a abandonar, ella definitivamente tampoco lo haría.





Necesitaron tres horas para terminar el trabajo. Gabriel recibió una llamada a la mitad, que dio lugar a una breve conversación, pero cuando ella le preguntó si todo estaba bien, dijo:

—No hay nada de qué preocuparse.

Por la tensión en la mandíbula y los hombros, ella sabía que no era cierto. Tenía la intención de preguntarle de nuevo al salir de la oficina, pero él ya estaba de vuelta con su buen humor, así que lo dejó estar. Sin embargo, parte de ella continuó preocupándose por la pregunta, especialmente teniendo en cuenta el número de llamadas que había recibido recientemente de un hombre que sonaba viejo con la voz de un fumador. Esas llamadas le dejaban inevitablemente con sombras en los ojos.

—¿Gabriel? —dijo mientras salían del garaje.

—¿Hmm? —Una sonrisa profunda—. ¿Mission Bay para un almuerzo tardío?

Absolutamente deshecha por esa sonrisa e insegura de su incipiente relación, se limitó a asentir.

Gabriel condujo al bullicioso grupo de restaurantes y cafeterías junto al mar, el agua brillaba bajo el sol y los kayakistas se ejercitaban en sus coloridas embarcaciones; decidieron comer en una gran cafetería mexicana que Charlotte había descubierto con Molly.

Gabriel ordenó lo que ella recomendó, sonriendo por dentro cada vez que ella tocaba el brazalete. Charlotte no parecía darse cuenta de que estaba acariciándolo, y él no iba a señalarlo cuando su alegría le daba tanto placer.

Había estado soñando con ponerla la pulsera en la muñeca desde el día que la había comprado. Había estado tan adorablemente malhumorada ese día, indicándole en la dirección de cualquier pieza de joyería que pensaba que le satisfaría. Pero él había sido decidido, y en ese momento, no se había dado cuenta de la profundidad de las cicatrices que ella portaba, había esperado poder darle la pulsera en las siguientes semanas.

Ir lento no iba con él de manera natural, pero Charlotte lo valía. Y ese beso. *Joder*. Podría haberse quedado allí para siempre, dejando que ella le saboreara con un hambre suave y sexy que le había esclavizado. Nunca había sido un hombre que disfrutara dándole el control a nadie, pero definitivamente podría dejar que la Srta. Baird lo hiciera a su manera.



— ¿Tienes algún plan para el resto de la tarde? —preguntó Gabriel después del almuerzo, estaban paseando de vuelta al coche por el paseo que bordeaba la playa, arena bajo sus zapatos.

— Iba a terminar de leer una novela —dijo ella—. Mi jefe me hace trabajar hasta tan tarde que no he tenido tiempo.

— Graciosa. —Golpeó su trasero y atrapó la curva de sus labios—. Trae el libro, léelo en mi casa. Puedes sentarte al sol en el balcón. —Le gustaba tenerla para sí, donde podría convencerla con besos y otros deliciosos actos traviesos. Un beso hoy, desnudez mañana, a Gabriel le gustaba pensar en positivo y planificar el futuro.

Pero ella negó con la cabeza, sus dientes hundiéndose en su labio inferior.

— ¿En vez de eso, quieres venir a mi casa?

Si ella no le hubiera contado lo que le había dicho esta mañana, podría no haber entendido la profundidad de tanto valor y confianza que ahora le ofrecía.

— Sí —dijo, su pecho dolorido por la fuerza de sus emociones.

Con una sonrisa trémula y hermosa, ella dijo:

— ¿Te gustan los dramas de época?

Él gimió.

— Sí, por supuesto. Los adoro.

Ella se rio de su evidente mentira, y fue luz del sol cayendo como lluvia sobre él.

— Estoy bromeando. Creo que repiten el partido Sudáfrica—Gales. Podríamos verlo.

— Suena bien.



## Capítulo 24

### *Charlie—ratón vs T-Rex: Ronda 7489*

El corazón de Charlotte estaba en su garganta cuando Gabriel aparcó su SUV en el garaje que ella no utilizaba excepto para almacenar un par de cosas. Saliendo en el instante que estuvieron dentro, pulsó el mando a distancia para bajar la puerta del garaje, y luego se dirigió hacia la puerta de la casa. Esta sería la primera vez desde el ataque que había llevado a alguien excepto a Molly a la casa durante un período prolongado. Incluso cuando llamó al fontanero el año pasado, le había pedido a su mejor amiga que fuera a la casa con ella.

Sus dedos temblaban en las teclas y sonó un pitido.

Apretando su cadera, Gabriel dijo:

—¿Quieres que te diga algo sucio e inadecuado para apartar tu mente de ello?

Se le escapó una risita.

—Calla. —Pero sus bromas ayudaron y consiguió meter la clave.

Gabriel se quedó atrás mientras ella volvía a teclear el código, Charlotte se enamoró un poco más de él por haber hecho eso, porque hubiera pensado en lo que significaba para ella.

—Entra —dijo y, quitándose los zapatos, lo llevó a la sala de estar. Sólo entonces se dio cuenta de un problema logístico—. Mi sofá es demasiado pequeño. —Sería imposible que él se estirara con las piernas levantadas.

—Me sentaré en el suelo —dijo él suavemente—. Apoyaré la espalda contra el sofá. —yendo hacia allí, agarró el control remoto—. Déjame ver cuando empieza el partido.



Dejándolo allí, Charlotte se obligó a entrar en su dormitorio. Era difícil hacer eso sabiendo que alguien más estaba en la casa, pero seguía recordándose que no era *alguien*. Era Gabriel. El grande y magnífico Gabriel que no había hecho conscientemente una sola cosa para asustarla. Colgando el bolso detrás de la puerta del dormitorio, se metió el teléfono en un bolsillo de su vestido.

Cuando salió, se lo encontró sentado en el suelo, con el brazo en el sofá mientras hojeaba los canales.

—El partido es en una hora —dijo, mirando por encima—. Ah, estoy muy decepcionado.

Su corazón se hundió.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tenía la esperanza de que fueras a ponerte algo más cómodo.

Frunciéndole la nariz, dijo:

—¿Los pantalones de franela te parecen sexys?

Su sonrisa le curvó las mejillas.

—Oh sí. Especialmente si eso es todo lo que estás pensando usar.

Ella se sonrojó y le lanzó un cojín a la cabeza. Atrapándolo, él se rio y se quedó allí sentado mientras ella iba a la cocina para ver lo que tenía que podía juntar para cenar más tarde. A pesar de que habían pasado la mayor parte del día juntos, no podía esperar por más.

—Srta. Baird, me estoy sintiendo solo.

Volviendo a la sala de estar, ella bajó al suelo y se acurrucó contra él. Así fue como se quedaron mucho tiempo, los dedos de Gabriel jugando ociosamente sobre su hombro y su cuerpo sexy y caliente contra el suyo. La excitó con más de un largo, mojado y delicioso beso, pero no presionó para nada más, y cuando le dio las buenas noches y la dejó, fue después de otro beso que le hizo cuestionar su cordura por permitir que se fuera.

Había sido el mejor día de su vida.





Charlotte flotaba en la oficina al día siguiente, vertiginosamente ansiosa por ver a Gabriel. Él era...

Se rio de sí misma, sabiendo que estaba actuando como una adolescente enamorada, algo que nunca había sido a esa edad. No sólo había sido su timidez lo que le había impedido vivir sin preocupaciones: su madre con cáncer había cambiado para siempre las prioridades de Charlotte.

Preparando el café en la sala de descanso ya que había sido la primera en llegar, esperaba que su madre pudiera verla ahora, ver su felicidad. Habían sido tan cercanas, Charlotte a menudo hacía sus deberes sentada en la sala de tratamiento de su madre durante las sesiones de quimioterapia de Pippa Baird. Su madre también había alentado su amistad con Molly con feroz amor maternal.

*—No voy a dejar que esta enfermedad te robe tu oportunidad de vivir tu vida, Charlotte. Haz amigos y diviértete.*

Pippa Baird siempre había tenido tanto amor y la generosidad en su corazón, incluso durante las etapas finales de su enfermedad cuando había sufrido de un dolor tan terrible. Charlotte sabía que su madre había luchado para mantenerse con vida el último año sólo por Charlotte y su padre. Pippa había sido el centro de su pequeña familia, el pegamento que los mantenía unidos.

Pero su padre, también había sido valiente. Tres días antes de que su madre falleciera, Charlotte había sido testigo accidental de un momento de ternura desgarradora entre sus padres. Su padre había estado sosteniendo a la frágil madre en sus brazos, con lágrimas mojando su rostro. Luego la había besado en la frente y dijo:

*—Está bien, Pip. Puedes irte. Nosotros estaremos bien.*

Su madre había envuelto los brazos alrededor de su cuello y le susurró:

*—No me quiero ir.*

Incapaz de soportar más, Charlotte les había dejado y salido al exterior para sentarse en el viejo neumático que hacía de columpio en el jardín, llorando donde no podía hacerles daño a ninguno de ellos. Ahora, sin embargo, sonrió a través del dolor de la vieja tristeza porque sabía que sus padres habrían adorado a Gabriel. Su padre habría estado en éxtasis al tener a otro fanático del rugby en la familia, sin importar que fuera el Obispo, y su madre le habría amado por cómo trataba a Charlotte.

*¡Trrrrring!*



Casi derramando el café que había estado a punto de servirse, Charlotte dejó la jarra y sacó su teléfono móvil. El número era desconocido pero local.

—Hola —dijo, después de haberse entrenado para no volver a contestar una llamada personal con su nombre.

—¿Charlotte?

Sus rodillas temblaban. Tropezando se sentó a la mesa de la sala de descanso y trató de inhalar aire.

—Detective Lee. —Nunca olvidaría esa voz. La detective Mei Lee fue a la primera que había oído después de las horas de terror, las manos de la otra mujer suaves y amables mientras le soltaba las ataduras y le decía que estaba a salvo, que Richard estaba detenido.

Oficial de patrulla entonces, Mei Lee era ahora una experimentada detective de homicidios que se había asegurado de que Charlotte se mantuviera informada de las audiencias de libertad condicional de Richard.

—¿Es hora de otra audiencia? —preguntó ella, después de haber testificado en dos hasta el momento.

—No. —Una pausa que hizo que se le erizara el vello de la nuca—. Charlotte, lamento tener que decirte esto, pero Richard va a ser liberado el próximo lunes. Te habría dado más que una advertencia, pero hubo una metedura de pata y acabo de conseguir el informe.

Su corazón era de hielo.

—¿Cómo dejan que se vaya? Todavía tiene tiempo de condena.

—De acuerdo con las pautas de sentencia, ha estado encerrado el máximo tiempo posible. —La voz de la detective Lee se cortó cuando añadió—: Sabes lo que pienso del juez que lo condenó.

Ese juez había dado mucho peso al registro limpio de Richard y a su “brillante futuro”. *Un error*, había dicho el juez, *por terrible que sea, no debe condenar a este joven de por vida. Otros factores atenuantes son su primera declaración de culpabilidad y el evidente remordimiento.*

Estos últimos, había pensado Charlotte en ese momento, habían sido movimientos cuidadosamente calculados para ganarse la simpatía del tribunal. Había funcionado, Richard fue sentenciado en el extremo inferior de la escala en base al nivel y brutalidad de su delito.



La mano de Charlotte tembló, su pulso tartamudeando.

—¿Crees que estoy a salvo? —Richard nunca había enviado a Charlotte ningún mensaje amenazante o carta, pero no podía olvidar la forma en que él la había mirado el día que había sido llevado por el alguacil. Se había dado la vuelta, inmovilizándola con el frío azul de sus ojos, y sonrió.

Esa sonrisa la había perseguido en sus pesadillas durante años. Decía que iba a volver, y cuando lo hiciera, iba a terminar lo que había empezado. Pero eso había sido hace cinco años. Tal vez la había olvidado.

—No, no estás a salvo. —Las palabras del detective Lee le sacaron todo el aire—. Un hombre con las tendencias de Richard Wilson no se cura. Sigue siendo un psicópata guapo acostumbrado a manipular a la gente, y tú le venciste. No lo habrá olvidado.

No, Charlotte asintió en silencio, no lo habría hecho. Al igual que con la advertencia que había recibido de la policía, se habría pasado su tiempo en la cárcel planeando, obsesionándose y planificando exactamente cómo iba a hacerle pagar por atreverse a meterle a él, el chico de oro, en prisión.

—¿Tienes algún consejo? —preguntó ella, diciéndose que ahora era más fuerte, podría hacer frente a esto.

Pero el terror, le había clavado las garras en la garganta.

—Si vives sola, déjalo —dijo la detective—. También deberías conseguir un sistema de alarma monitoreada si no lo tienes ya. Haré que un coche patrulla pase regularmente por tu vecindario como una medida disuasoria, pero sé que es inteligente y astuto. Supongo que no apuntará a tu casa, sino a otro lugar en el que te sentirás a salvo.

Charlotte asintió, olvidando que la otra mujer no podía verla, su mente comenzaba a adormecerse a pesar de sus advertencias en sentido contrario.

—Mantendré un ojo sobre él en la medida de lo posible —dijo Mei Lee—, pero será un hombre libre una vez que esté fuera, y su abogado dejó claro que cualquier atención policial extra será tomada como acoso. Si no tengo cuidado, podría impedirme acercarme a menos de cien metros.

—¿Charlotte?

Alzando la mirada ante la voz de Gabriel, Charlotte intentó decir algo, pero su voz se había quedado atascada en su garganta, ya que todo le había golpeado con una



avalancha. *Richard iba a quedar libre y había una posibilidad muy alta de que quisiera venir en pos de ella. Esta vez no iba a dejarla con vida para testificar.*

Con expresión sombría, Gabriel cogió el teléfono.

— ¿Quién es?

Se agachó junto a ella mientras escuchaba, con la mano sobre una de las suyas heladas y sus ojos intensos.

— Gabriel Bishop. — Otra pausa luego de identificarse—. Sí. — Esta pausa fue más larga—. Yo me encargo de ello. — Un silencio alerta e intenso, luego—, ¿nos notificará si sus chicos de la patrulla ven algo? — Diez segundos, tal vez veinte, Charlotte no podía decirlo, su mente seguía sin funcionar bien, antes de decir—: Sí. No, me aseguraré de ello.

Charlotte miró a Gabriel cuando colgó después de dar a la detective Lee sus propios números de contacto.

— ¿Puedo recuperar mi teléfono? — Parecía muy importante que lo tuviera, que estuviera en su mano.



Colocando el teléfono en la palma de Charlotte, Gabriel cerró los dedos sobre él.

— Gracias. — Ella lo sostuvo como un talismán que podría alejar el mal—. ¿Te lo ha contado la detective Lee?

— Sí. — Gabriel se puso de pie—. Venga. Vamos a dar un paseo.

— No puedes. Tienes la llamada en conferencia de Henderson en... — miró su reloj—, quince minutos.

— Esperará. — Con su teléfono ya en la mano, hizo una llamada rápida y aplazó la reunión—. Charlotte. — Gabriel frunció el ceño cuando ella no respondió. Cambiando, endureció su tono—. *Srta. Baird.*

Ella tensó los hombros y levantó las pestañas.

— Estoy bien. No necesito ir a dar un paseo.

— Yo necesito ir a dar un paseo. — Enarcó una ceja cuando ella siguió sin moverse—. Va a haber más personas viniendo a la sala de descanso muy pronto.



Eso pareció funcionar. Deslizándolo en un bolsillo de la gabardina negra que ella todavía llevaba encima de una camisa de lino de color avena, fue con él. Gabriel quería tomarla de la mano, pero varios miembros del personal habían llegado y sabía que la acción haría que Charlotte se sintiera aún más incómoda cuando ya se veía sacudida. La mujer que le había dado un beso de buenas noches con una sonrisa, que se había acurrucado tan dulcemente junto a él durante horas, había quedado enterrada bajo el shock.

Gabriel no estaba dispuesto a permitir que siguiera así.

Tomando el ascensor hasta la planta baja, la guió hacia la costa. La acera estaba llena de los que trabajaban en la ciudad, pero aún no atestada de compradores. A excepción de las cafeterías y panaderías, las tiendas no abrían hasta las nueve, así que fue bastante fácil caminar hacia el agua.

—Gabriel, ¿quisiste decir correr cuando dijiste pasear?

Él la miró cuando escuchó la pregunta mordaz y se dio cuenta de que había estado dando largas y rápidas zancadas airadas. Charlotte estaba un poco sin aliento, pero la chispa, había vuelto a sus ojos, así que era un error que no lamentaba.

—¿Llegaste a beber tu café? —preguntó, le alcanzó el aroma de granos tostados de un café un par de puertas más abajo.

—No, pero no quiero nada.

Le compró una cosa espumosa con chocolate por encima, la había visto con algo similar cuando había vuelto de sus almuerzos con Molly un par de veces.

Cruzando los brazos, ella dijo:

—¿Estás pensando en beber uno con cada mano?

—No seas una gata malhumorada —dijo, extendiéndole su café—. Incluso les pedí que pusieran chocolate extra.

Ella frunció las cejas, los brazos cruzados con rebeldía.

—O lo tiraré en ese cubo de basura.

—Oh, dámelo.

Al verla beber el brebaje espumoso, no cometió el error de pensar que estaba de nuevo a su ser de siempre. La conmoción había sido grave, las contusiones profundas. Pero el hecho de que hubiera sido capaz de ladrarle era una buena señal de que su señorita Baird estaba allí. Tal vez un poco abollada, pero entera.



No hablaron mientras cruzaban la calle en el semáforo.

Pasando ante la gente que salía de la estación de tren, cruzaron la calle que corría a lo largo de la línea de costa y giraron a la izquierda, hacia el edificio del ferry. Esa sección estaba llena de viajeros. Él continuó paseando, Charlotte una presencia tranquila a su lado. Tranquila, pero poderosa. Gabriel era consciente de todos sus movimientos, de cada respiración.

Al llegar al Viaducto, giraron a la derecha y caminaron a través de Wynyard Quarter hasta que llegaron al gran puente peatonal que cubría el canal del puerto deportivo a su izquierda, el puente de arcos blancos puntiagudos y estilizados.

—Me gusta ver el puente abrirse para dejar que los yates de mástiles altos pasen —dijo Charlotte, apoyando los antebrazos en la barandilla mientras miraban al mar en lugar del puerto deportivo.

Él señaló un yate en el agua.

—Alguien se está tomando el día libre.

—Espero que se mantenga soleado para ellos. —Charlotte jugueteó con su taza de café—. Siento mi reacción en la sala de descanso. —Un suspiro tembloroso—. Me las arreglé para convencerme de que Richard estaba fuera de mi vida para siempre. —Si se hubiera permitido pensar en ello, habría sabido que este día llegaría, pero la única manera que había sido capaz de superar el miedo lo suficiente para tener cualquier tipo de vida fue fingir que no lo haría.

—Demonios, Charlotte, estás manejando esto mejor de lo que nadie tiene derecho a esperar. —Su brazo rozó el suyo, la chaqueta del traje gris oscuro—. Pero tienes que saber que no voy a dejar que nadie te haga daño.

Ella sintió temblar el labio inferior. Atrapándolo entre los dientes, sacudió la cabeza.

—No puedo hacer eso, Gabriel. No puedo dejar que te hagas cargo, no después de poner tanto esfuerzo en llegar a ser independiente.

—Charlotte...

—¿Sabes por qué Molly se mudó después de que se licenciara y consiguiera un trabajo a tiempo completo en la biblioteca? —No esperó a que él respondiera—. No porque quisiera, sino porque las dos sabíamos que me estaba volviendo demasiado dependiente de su presencia. —Había llegado a un punto donde no podía relajarse hasta que Molly estaba en la casa—. La primera noche que pasé sola después de que se mudara fue aterradora... y liberadora.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Con la mandíbula apretada, Gabriel dijo:

—No quiero quitarte eso, pero tenemos que ser inteligentes acerca de esto, necesitas tomar medidas para protegerte hasta que estemos seguros de que este hijo de puta ya no es una amenaza. La mejor protección que puedes tener es vivir conmigo.



## Capítulo 25

### *Una tumba abierta, psicópatas y un T-Rex cabreado*

Charlotte casi soltó su casi vacía taza desechable.

—¿Qué?

—Vivo en un edificio seguro. Es lo suficientemente grande como para que no vuelvas a verme si no lo deseas.

Como si ese fuera el problema.

—No me estás escuchando. —Sus dedos apretaron la taza desechable y un crujido anunció la consiguiente abolladura—. No puedo retroceder. Recuperé mi vida después de Richard. No renuncié a la casa que amo... ni lo haré ahora.

Ella luchó contra las emociones que trataban de alzarse y abrumarla.

—¿Sabes lo difícil que fue? Al principio, ni siquiera podía entrar en la cocina porque todo lo que veía allí era a él, en la mesa. Molly y yo conseguimos el dinero para reemplazar la mesa, la cama, el sofá, la alfombra, todo lo que él pudiera haber tocado, el armario de mi dormitorio ya no tiene ninguna puerta, pero yo me *quedé*. Volví a hacerlo mi hogar.

Gabriel soltó un largo suspiro.

—Espero que vuelva a aparecer. Me encantaría tener la oportunidad de...

—No, no te conviertas en él. *No*. —Su voz tembló por la fuerza de sus emociones, puso la mano en su antebrazo y apretó el músculo en tensión—. No podría soportar que por protegerme te obligue a ser como él.

—Jesús, Charlotte, no sería así. —Empujó la otra mano por su cabello—. Yo protejo lo que es mío. Siempre lo he hecho y siempre lo haré.



Las palabras la desequilibraron, cortando a través de su frustración y tocando algo más nuevo, mucho más vulnerable. Inhalando una bocanada de aire salado, ella negó con la cabeza.

—Te conozco, Gabriel. Estás furioso, lo has estado desde que te lo conté.

La tensión de sus músculos aumentó aún más bajo su toque.

—Por supuesto que estoy furioso. Él te hizo daño.

—Pero si te empecinas en esto —susurró ella, exponiendo su corazón—, la rabia te comerá vivo y entonces también te alejará de mí.

Gabriel no dijo nada durante varios minutos, la rigidez de su mandíbula y sus ojos sobre el agua que se había revuelto por el viento.

—Por ti —dijo al fin—. Intentaré no obsesionarme con el hijo de puta. —Puso un brazo alrededor de sus hombros para atraerla contra él, asegurándose de no abrazarla con demasiada fuerza—. Pero Charlotte, no soy un buen tipo cuando las personas que me importan son amenazadas. Si se te acerca, la suerte estará echada. Lo aplastaré y enterraré su jodido cuerpo donde nadie pueda encontrarlo jamás.

Charlotte se estremeció, dándose cuenta de que necesitaría vigilarlo. Porque Gabriel era intensamente protector y decidido. También era despiadado y muy, muy inteligente. Debía asegurarse que no concentrara esos instintos en eliminar a Richard en un ataque preventivo, sino en ella.

—Si no vas a vivir conmigo —dijo, mientras ella seguía dándole vuelta a sus pensamientos—: Yo iré a vivir contigo. O contrataré seguridad para ti. O lo que sea que quieras. Pero debes dejarme protegerte.

Los ojos de Charlotte estaban fijos en el agua, pero su atención estaba firmemente en el hombre que la abrazaba, su rabia a punto de explotar y gritarla a viva voz. Él acababa de darle una hoja de ruta de cómo podía lograr que se concentrara en ella, impidiéndole caer en un abismo de odio y venganza.

—Necesito unos minutos, ¿vale? —dijo ella, acariciándole el pecho con una mano, mientras su cuerpo exudaba un calor abrasador a través del fino algodón de su camisa.

Cuando él no se movió, le tocó la mandíbula con los dedos.

—Gabriel.

Acerados ojos se clavaron en los suyos.



—Quince minutos. Entonces te encontraré. —Levantó la mano como si fuera a hundirla en el cabello femenino, arrastrándola para darle un beso, pero él la cerró en un puño antes de dejarla caer a un costado—. Quince minutos. Ni un segundo más.

Charlotte le observó alejarse y su corazón sufrió al ver la forma en que él estaba refrenando su naturaleza por ella. Gabriel era un hombre físico; si no hubiera estado tan jodida, ella sabía muy bien que estarían en la cama en ese preciso instante. Habría aliviado su rabia con su cuerpo, y él enfocaría todos sus instintos primarios en el placer de ella.

Pero ella *estaba* jodida. A la mierda con ello, ya había tenido suficiente. Quería que él fuera capaz de ser un cavernícola con ella si lo necesitaba, quería ser capaz de arrastrarlo a la cama si estaba siendo terco y poco comunicativo, al igual que con esas llamadas telefónicas. Sus instintos le decían que involucrarse físicamente con Gabriel alteraría fundamentalmente las cosas entre ellos en el buen sentido. El hombre era muy táctil, hablaría con su cuerpo si ella se lo permitía.

Giró otra vez hacia el agua solo cuando él ya no estuvo a la vista, la molesta frustración anudaba su intestino, sacó su teléfono y llamó a Molly.

—Hey —dijo cuándo su mejor amiga respondió sonando un poco nerviosa—. ¿Fox está haciendo guarradas contigo?

Una risa culpable.

—Quizá, pero debe encontrarse con Noah, así que lo estoy empujando a que se vaya...

—Hey, Charlie —dijo la distintiva voz ronca del cantante principal de Schoolboy Choir—. La señorita Molly estará contigo en un minuto.

—¡Fox! —La voz de Molly se escuchó débilmente—. Dame el teléfono.

El sonido fue interrumpido como si alguien hubiera puesto una mano sobre el altavoz.

Sonriendo ante la imagen de una Molly besada a conciencia intentando resistirse a un hombre contra quien no tenía resistencia, Charlotte esperó hasta que su amiga regresó a la línea.

—Lo siento —dijo Molly, de nuevo sin aliento—. Hoy está de humor.

—Puedo adivinar muy bien de qué clase de humor está, señorita Molly.

—Oh, cállate. —Molly rió—. ¿Entonnnnces? ¿Cómo fue tu segunda cita con T-Rex?



—Maravilloso. —El recuerdo de las horas pasadas con él ayer le daban ganas de suspirar y poner ojitos cursis.

—Ajá, ¿entonces por qué sueñas así?

—¿Tienes visión de rayos X? ¿Cómo puedes saber que algo anda mal a través de una línea telefónica?

—Porque te conozco. ¿Qué pasa?

Charlotte le contó a Molly sobre la próxima liberación de Richard, frotándose la frente con los dedos.

—Sé que debo tomar en serio mi seguridad, pero odio la sensación de cómo Richard me está acorralado en una esquina.

—Podrías verlo de otra forma —dijo Molly después de una pequeña pausa.

—¿Qué otra forma? —dijo Charlotte, con los ojos fijos en un catamarán atracando en ese lado del puerto.

—La última vez, Dick tenía el control, manipulando e intrigando. —La ira de su mejor amiga era un afilado escalpelo—. Esta vez, tú estás a cargo. Tú tomas las decisiones.

Charlotte no lo había considerado desde ese punto de vista.

—Él aún me afecta.

—No se lo permitas —respondió Molly—. Decide lo que *tú* quieres. No por lo que hará feliz a Gabriel o por lo que contendrá a ese monstruo patético. ¿Qué te hará sentir que controlas la situación?

—La cosa es, Molly, que *deseo* hacer feliz a Gabriel. —Verlo reír, sonreír, eso iluminaba su mundo—. No puedo soportar que él se encuentre tan contrariado.

—Esa también es una elección, sabes. —La voz de Molly era risueña—. Y por lo que yo sé... me gusta hacer feliz a Fox. De la misma forma que me gusta hacer cosas que te hagan feliz. No hay nada de malo en cuidar a las personas que amamos; el problema viene solamente cuando es una persona la que da todo el tiempo. Cuando sucede en ambos sentidos, es amor.

Charlotte se sonrojó y se alejó de la barandilla para iniciar el camino de vuelta a la oficina. Dejando caer su extremadamente maltrecha taza desechable en un bote de basura en el camino, dijo:

—Acabo de empezar a salir con él.



—Charlie, vosotros dos habéis estado bailando tango alrededor del otro desde hace meses —respondió su amiga secamente—. Quiero decir, el juego previo lo debe estar volviendo loco.

—Tienes una mente de una sola vía.

—Veo que estás siguiendo esa vía, entonces que dice eso sobre tu propia mente, ¿eh?

Charlotte sonrió, empezando a ver una tenue luz al final del camino.

—Gracias, Moll. Voy a pensar las cosas y a actuar en lugar de reaccionar. —Una luz chispeó en su pulsera cuando colgó.

La noche anterior por fin, Gabriel le había mostrado cómo abrir el complicado cierre, después de que ella aceptara quedarse con la pulsera. Había decidido que si no funcionaba entre ellos, si sus problemas lo hacían imposible... o si él dejaba de desearla, ella simplemente se las ingeniaría para devolvérsela.

Dolía incluso pensar que ya no estaría con él diciéndole exactamente cuánto se había enamorado.



Gabriel no estaba de humor para encontrar a Brian Bishop esperándolo en el edificio Saxon & Archer. Había tomado el camino largo al regresar para poder deshacerse de su furia, pero esta regresó al instante en que entró en el vestíbulo y vio al hombre que nominalmente era su padre. Brian se veía mayor y pálido, pero Gabriel también vio los dientes amarillentos, las uñas manchadas con nicotina, y la nariz torcida de cuando un acreedor le había dado una paliza.

Su “padre” siempre había elegido sus propios venenos.

—¿Qué quieres? —espetó caminando hacia Brian y haciéndolo retroceder a la acera.

Con ojos húmedos, el hombre al que una vez había llamado papá intentó tocar su cara. Gabriel se alejó de él.

—Si se trata de dinero —dijo con voz fría—, dame el número de tu cuenta y haré la transferencia. —Mejor pagar a Brian que tener al hombre timando a la madre de Gabriel, jugando con sus simpatías.



—No, hijo. —Su voz temblorosa fue la de un hombre mucho mayor—. Yo solo quería ver a mi niño.

—No he sido un niño desde que tuve seis años. —Desde el día en que sus ilusiones por Brian se destrozaron de forma permanente. Su abandono un año más tarde, solo había puesto el sello final a la imagen que Gabriel tenía de su padre.

El otro hombre se hizo un ovillo en su cazadora azul marino.

—Enfrentarse a la mortalidad hace que un hombre miré hacia atrás en su vida. La mía está llena de errores... no espero que me perdones, pero por favor no me saques de tu vida.

La súplica chocó contra un muro de piedra.

—Tú hiciste esa elección. —Gabriel había visto a su hermano menor esperar que su padre volviera a casa, pegando el rostro a la ventana. Sailor se había empecinado en que Brian volvería por ellos, su dolor infantil cuando eso resultó ser una falsa esperanza fue otro ladrillo en la pared—. Tú tiraste a tu familia... simplemente no puedes regresar y recuperarnos otra vez.

—Gabriel, hijo, yo...

Gabriel cortó el aire con una mano.

—Suficiente. Vete y no vuelvas a mi trabajo. Te enviaré el dinero.

—No quiero tu dinero. —Los hombros de Brian se desplomaron—. Si alguna vez decides que puedes perdonarme, estoy en el Hospicio Esperanza.

Gabriel no dijo nada y el hombre al que apenas conocía y ya no quería conocer finalmente se marchó.

—Gabriel.

Se volvió al oír el sonido de la voz de Charlotte, se dio cuenta que ella debía haber tomado el camino más corto para regresar.

—¿Tu conversación con Molly fue bien? —preguntó él, dando la espalda a la figura en retirada de Brian Bishop.

—¿Cómo sabes que...? —Sacudiendo la cabeza, sus ojos se posaron más allá de él—. Sí, pero podemos hablar de ello dentro. ¿Quién era ese hombre?





Charlotte casi estaba esperando a que Gabriel se encogiera de hombros.

—Alguien que conocí en otra vida. —Sus palabras fueron lo suficientemente frías como para congelar las gafas de Charlotte.

—Él es quien te llama, ¿no?

—No es nadie, Charlotte. —Su tono le dijo que lo dejara pasar.

—Bien —dijo ella entrecerrando los ojos.

Él la fulminó con la mirada y dijo:

—Ese tono no dice que las cosas estén bien. Dice que estás cabreada.

—Acabo de darme cuenta de que esta relación aparentemente solo va en un sentido —dijo ella, su conversación con Molly fresca en su mente—. Yo soy la necesitada y rota quien solamente toma, pero no estoy autorizada a dar.

—Mierda —gruñó—. No tengo tiempo para esto.

—Bien —dijo Charlotte nuevo, plenamente consciente que eso pincharía su temperamento.

Los ojos de Gabriel centellaron.

—¿Quieres saber quién era? Brian Bishop. Mi puto *padre*. El hombre que se fue cuando tenía siete años, llevándose cada centavo que mi madre y él tenían en su cuenta conjunta. Se llevó el dinero del alquiler, el dinero de los comestibles, todo. —El gruñido se había ido, una capa de hielo cubrió su mirada gris—. Ahora que está enfermo, piensa que yo debo dar una mierda por él.

Charlotte no había esperado este frío estallido, pero antes ya había visto a Gabriel furioso.

—Todavía estás tan enojado con él —dijo ella, vacilante pero capaz de sentir el dolor que él se negaba a reconocer que existía en su interior—. Quizá deberías hablar con él, no por él sino por ti mismo.

—No necesito ni deseo consejos tuyos sobre mi puto padre. —Él miró su reloj después de una declaración que rápida y eficazmente la calló en seco. De la misma manera que lo había visto hacerlo con sus oponentes en una negociación—. Tenemos que volver a la oficina.

Charlotte se limitó a asentir, sintiendo como su corazón se quebraba. No fueron las palabras o la forma en que las había pronunciado con ese tono gélido. Fue el hecho de que había creído estar aprendiendo a lidiar con Gabriel en igualdad de

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

condiciones en lo que concernía a su relación. Estaba claro que eso era un autoengaño. Él había estado permitiendo que ella lo manejara.

Ahora él había trazado una línea en la arena más allá de la cual no se le permitía el paso.



## Capítulo 26

### *Cupcakes y Besos*

Una hora después, Gabriel se sentía lo suficientemente tranquilo como para saber que lo había jodido. Mucho. Había estado tan enojado con Brian que permitió que aquello recayera sobre Charlotte. El hecho de haberlo hecho precisamente hoy, cuando ella necesitaba que él fuera su roca, le convertía en un idiota de proporciones épicas.

—Maldita sea. —Lanzando su pluma, se levantó y fue en su búsqueda. Ella no estaba en su escritorio o en la sala de descanso, pero la pantalla de su ordenador estaba encendida y mostraba un itinerario a medio hacer para un viaje de negocios que él haría para finales de mes, debía estar cerca.

—Gabriel. —Su director de operaciones le hizo un gesto desde su oficina cuando Gabriel volvió a salir al pasillo para ir a la caza de Charlotte—. ¿Tienes diez minutos para hablar?

—Ajá.

Él vio a Charlotte al segundo en que dejó la oficina del director de operaciones. Estaba de pie en el pasillo con otra asistente personal, las dos concentradas sobre una tablet. Por los ceños fruncidos en sus caras, pensó que estaban intentando encontrar una mejor opción.

Charlotte se veía bien, pero cuando miró en su dirección, esa chispa que él amaba había desaparecido de sus ojos. Girándose hacia su compañera asistente cuando la



otra mujer hizo un comentario, ella sonrió... y esa no fue la sonrisa de la señorita Baird, más bien un fantasma de ella.

Él había causado eso.



Charlotte regresó a su escritorio después de ayudar a la asistente personal del director financiero con una solicitud para una reunión en línea, y encontró un fantástico cupcake de vainilla en su escritorio, con glaseado de frambuesa y trocitos plateados. Lo miró. Gabriel había hecho eso antes, se disculpaba con ella con delicias decadentes, pero solo cuando se exasperaba con ella. Nunca antes la había herido.

—Charlotte.

Girando en su silla, lo encontró en la puerta de su oficina. Se veía tan cansado que su corazón se condolió por él.

—Sí —dijo ella; se preocupaba demasiado por él para apartarlo cuando estaba sufriendo.

—Lo siento. —Metiendo las manos en los bolsillos, dejó escapar un suspiro—. *Estoy* enojado con Brian y me cabrea no poder evitarlo.

Charlotte se levantó de la mesa para ir con él y ambos entraron en su oficina, cerrando la puerta detrás de ellos.

—Para bien o para mal —dijo suavemente—, él es tu sangre. Es una conexión innegable.

Gabriel se acercó a las ventanas detrás de su escritorio, su mirada sobre la ciudad y sobre el agua más allá.

—No quiero que lo sea, él no tiene ningún derecho sobre mí. —Sacudiendo la cabeza, cruzó los brazos—. No puedo hablar más de esto, sobre todo cuando estoy preocupado por ti.

Esto no era el frío ataque de antes, solo una petición de espacio. Charlotte no tenía ningún problema con dárselo... las heridas emocionales de esa profundidad y



complejidad no se resolvían en una sola conversación. Lo que la preocupó fue ¿qué es lo que habría pasado si él no hubiera dado el primer paso? ¿Ella habría tenido el valor para insistir, para exigir que le confiara sus secretos?

—¿Qué decidiste? —dijo Gabriel, parándose delante de ella con las manos en las caderas.

Charlotte sabía que el desequilibrio entre Gabriel y ella seguía siendo una peligrosa interrogante en su relación, pero tenían que resolver este problema primero.

—No permitiré que Richard me convierta en un asustado ratón que se oculta en su agujero.

Gabriel no rompió el contacto visual.

Deseaba tocarlo pero como no estaba segura de si él lo aceptaría en su oscuro estado de ánimo actual, ella continuó.

—Ni tampoco seré estúpida.

—Organizaré la seguridad.

—No. —Cuando él frunció el ceño, ella le frunció el ceño en respuesta—. Déjame terminar.

Cruzando sus brazos otra vez, él se quedó allí, un muro inamovible.

—Tú tienes razón... tu edificio es seguro. Si me mudo, restará gran parte del estrés a la situación. —Y mantendría la atención de Gabriel en ella, sin permitirle idear maneras de deshacerse de Richard de una forma permanente.

Gabriel separó los brazos, sus facciones se suavizaron.

—Me alegra que hayas entrado en razón.

—Estoy intentando ser racional —dijo ella, cruzando sus propios brazos—. Cuando dices cosas así, me dan ganas de estar en desacuerdo contigo solo para darte una lección.

—Qué bueno que estés más evolucionada que yo. —Se produjo una leve insinuación de una sonrisa.



—*Gabriel*. —Ella luchó contra el impulso de darle un pisotón—. Realice una búsqueda de propiedades en tu edificio. Hay un pequeño apartamento en la planta baja que está disponible en subarriendo a un precio que puedo pagar. Presentaré una oferta por él. —No iba a huir, sino que sería inteligente con su seguridad—. Puedo coger el autobús para ir al trabajo, y si algo sucede, estarás cerca.

El ceño de Gabriel había ido acentuándose con cada palabra que ella decía.

—Tengo un enorme ático de dos plantas, ¿y tú quieres quedarte en un diminuto piso de la planta baja?

—Debo hacerlo a mi manera. —Podía verlo rechinando los dientes. Tanteando una caricia posó la mano en su pecho—. Intenta entender.

—Iré contigo cuando veas el apartamento —dijo al fin entre dientes—. Si hay algo inseguro en él, no te quedarás allí. ¿De acuerdo?

Charlotte asintió.

—De acuerdo.

—Necesito besarte.

El corazón de Charlotte aporreó contra sus costillas. Con el pulso rugiendo en sus oídos, se puso de puntillas. Cuando Gabriel le acunó el rostro, esto se sintió tan tierno y protector que ella tembló. Él pasó el pulgar por su mejilla, bajó la cabeza hasta la de ella y presionó sus labios contra los suyos. A pesar de la violenta tensión en su cuerpo, él mantuvo el beso suave, pasando la lengua ligeramente sobre sus labios.

Ella volvió a temblar, abrió los labios, y él se deslizó en su interior. Sintiendo un millar de mariposas en el estómago, los muslos en tensión, ella levantó una mano en una lenta caricia hasta cerrarla alrededor del calor de su nuca. Él era muy grande en todas partes, su cuello grueso, pero era perfectamente proporcionado. Su caricia hizo que Gabriel envolviera el brazo entorno a su cintura, abrazándola mientras profundizaba el beso, su lengua lamió la de ella hasta que Charlotte gimió y le lamió en respuesta.

Él gimió, deslizando una mano por su espalda hasta cerrarla sobre su propia nuca.



La claustrofobia la inundó como una ola negra.



Gabriel se estaba hundiendo en la dulce sensualidad del beso de Charlotte cuando sintió como su cuerpo se volvía rígido y el beso ya no era recíproco. Le tomó un segundo liberarla, pero ya era demasiado tarde. Sus pupilas estaban dilatadas, su piel pálida, su respiración tan superficial que le provocó temor.

Casi era casi como si ella ya no estuviera allí.

—Charlotte, *Charlotte*. —Quería zarandearla, pero no estaba seguro que pudiera manejar cualquier otro contacto.

Rígida, sus ojos miraban fijamente a la nada, Charlotte no reaccionaba.

—*Señorita Baird*.

Un parpadeo... y ella se fijó en él. Su rostro aún se veía muy pálido. Balanceándose sobre sus pies, ella extendió la mano como si él fuera una pared. Gabriel tomó el riesgo y atrapó su mano antes que ella pudiera trastabillar. Para su alivio, Charlotte no se apartó, ni lo volvió a mirar con esa terrible mirada en blanco.

—¿Gabriel?

—Shh, te tengo. —Llevándola a la silla de cuero negro, él la sentó—. Respira, cariño.

Charlotte obedeció la orden. Eso fue demasiado rápido, demasiado errático, pero mejor que la ocasión anterior.

Agachándose delante de ella, Gabriel apoyó una palma contra su escritorio y la otra en la rodilla femenina.

—Vamos —la persuadió—. Más hondo, más lento.

Tomó al menos cinco minutos antes de que su respiración volviera en algo a la normalidad, y el corazón de Gabriel se le quedó atascado en la garganta durante todo el tiempo, su cuerpo tenso como si fuera a atacar a un depredador. Excepto que esta



amenaza estaba en la mente de Charlotte, donde él no podía llegar. Odiaba no poder protegerla de sus pesadillas.

—Así —dijo, templando su voz con pura fuerza de voluntad—. Así está mejor.

Con ojos enormes y labios temblorosos, ella lo miró fijamente.

—Lo siento.

—Hey. —Él le apretó la rodilla, haciéndolo lo más suave que pudo—. ¿Te he pedido una disculpa?



No, pensó Charlotte, no lo había hecho. Era un hombre demasiado bueno para hacerle sentir mal por estar destrozada, pero Dios, debía estar hartos.

—Creí que estaba mejorando —susurró ella, el pequeño plantón de esperanza que había crecido en su interior se doblaba y moría—. Después de ayer. Creí que estaba mejorando.

—Charlotte, estuve en tu casa la mayor parte del maldito día de ayer. —La voz de Gabriel era la que usaba en aquellas negociaciones en las que no estaba dispuesto a ceder su punto de vista—. ¿De verdad quieres decirme que esto no fue nada? Si lo haces, te llamaré una mentirosa descarada.

Ella tragó saliva y levantó unos temblorosos dedos hasta su cabello, las lágrimas caían por sus mejillas.

—¿Por qué lo haces?

—¿Necesitas preguntármelo? —preguntó en un gruñido—. ¿A estas alturas no te has dado cuenta que creo que eres una jodida maravilla? Tienes un cerebro que no se queda quieto, una sonrisa que ilumina mi alma, y un cuerpo al que quiero hacer y con quien quiero hacer cosas sucias todos los días.

Una risa húmeda estalló a través de sus lágrimas.



—Es probable que tengas que esperar hasta los ochenta para hacer la mayoría de esas cosas con la velocidad a la que voy. —Charlotte estaba aterrorizada de que sus palabras no fueran una broma, sino una predicción.

—Seremos la pareja más energética del hogar de ancianos.

Charlotte comenzó a llorar en serio, los sollozos hicieron estremecer todo su cuerpo mientras toda la mañana caía sobre ella como una pared de ladrillos.

—Nena, ven aquí. —La voz de Gabriel sonaba en carne viva—. Déjame abrazarte.

Sin desear nada más, se inclinó hacia adelante y puso los brazos alrededor de su cuello. Él le acarició la espalda, su mano era un contundente y reconfortante peso. De alguna manera, ella no supo cómo, terminó en el suelo también, en su regazo, la espalda de Gabriel se apoyaba contra el escritorio mientras la sostenía, le quitaba las gafas y las ponía a un lado. Las lágrimas seguían cayendo, como si nunca hubiera llorado antes, años de dolor, pena y rabia colisionaron a través de ella en una violenta tormenta haciendo que sus huesos dolieran y su piel ardiera.

Sentía como si nunca fuera a parar, pero en algún momento lo hizo. Yaciendo agotada y floja contra él hasta que su mente pudo formar palabras otra vez, ella dio una palmadita sobre la humedad en su camisa.

—Esta es la segunda vez que he llorado sobre ti.

—Ya que te hace acurrucarte sobre mí, estoy bien con eso.

Sintió que sus labios se curvaban y eso fue una sorpresa, pero se aferró a la calmada calidez en su interior. Si había salido de la tormenta sin romperse, no iba a darle la espalda a ese regalo.

—Quiero lavarme la cara. —Pero si salía al pasillo rumbo a los servicios, los otros miembros del personal se darían cuenta de inmediato de que había estado llorando.

—Busca en el cajón a tu derecha. Estoy bastante seguro de que dejé una botella de agua allí.

Charlotte logró abrir el cajón después de que Gabriel se inclinó prestamente hacia delante. La botella sin abrir se encontraba delante. Tomándola, cerró el cajón y Gabriel volvió apoyar la espalda contra el escritorio.



—Mi caja de pañuelos está afuera —dijo ella, avergonzada por su rostro. Hoy se había puesto rímel en su continuo afán por dominar el maquillaje, y este tenía que estar corrido.

Gabriel la levantó y la puso en la silla ejecutiva.

—Espera aquí. —Saliendo de la oficina, regresó a los pocos segundos con la caja de pañuelos y su bolso, una vez más cerró la puerta—. Esto es como levantar pesas —dijo mientras le pasaba los artículos—. Ese es claramente tu pasatiempo secreto.

—Muy divertido. —Agarrando varios pañuelos de la caja, Charlotte los humedeció con el agua de la botella. Por ahora, solo se limpiaría las mejillas a ciegas. Los pañuelos quedaron manchados con la máscara de pestañas marrón oscuro que había usado para hacer que sus pestañas se destacaran un poco más—. Mi bolso no es tan pesado.

—Solo es de la mitad de tu peso corporal —dijo secamente—. Había tres notas sobre tu escritorio de personas que quieren verme.

—¿Llamaron a la puerta? —preguntó ella, aliviada de que no hubieran escuchado sus sollozos. La oficina de Gabriel poseía una excelente insonorización... ella nunca oía ninguna de sus conversaciones cuando él tenía la puerta cerrada, no importaba cuanto lo intentara.

Ahora él resopló.

—Ellos me tienen miedo, Charlotte. Tú eres la domadora del T-Rex.

Ella entrecerró los ojos.

—Estoy segura de que creyeron que estabas ocupado.

—Ajá. —Sacó una nota adhesiva de su bolsillo—. Entonces, por qué esta dice, “Hola Charlotte, quería ver a Bishop. ¿Puedes llamarme cuando esté bien? No quería hacerlo rabiarse si lo interrumpía”.

Dejó caer la nota sobre el escritorio y sacó otra.

—“Charlotte, ¿puedes llamarme cuando la Bestia esté de buen humor?” —Gabriel levantó una ceja—. Eso es nuevo.

Charlotte frunció el ceño.



—Esas notas no eran para ti.

—No se preocupe, señorita Baird. No dispararé a los pollos. Sucede que son buenos en su trabajo. —Puso la nota final sobre las demás sin necesidad de leerla en voz alta.

Sintiéndose un poco más humana, Charlotte encontró su polvera y se revisó el rostro. Sus ojos no estaban tan hinchados como había temido, y el daño no sería evidente detrás de sus gafas si se ponía un poco de maquillaje para corregir el estrago de sus lágrimas. No era ninguna experta, incluso después de los últimos meses de cautelosa experimentación, pero podía aplicarse una capa de máscara de pestañas y el polvo facial, así como una pizca de pintalabios.

Se sentía increíblemente íntimo hacerlo delante de Gabriel, sobre todo cuando él se sentó en la silla de invitados al otro lado del escritorio y puso los pies sobre la marcada madera del escritorio, cruzando las piernas a la altura de los tobillos y juntando las manos detrás de su cabeza mientras se recostaba.

—Quiero observarte hacerlo mientras estés desnuda.

Sus mejillas empezaron a quemar.

—Sobre uno de esos bancos pequeñitos que las mujeres tienen delante de sus tocadores. ¿Tienes uno?

—No. —Ella siempre había querido un tocador de estilo victoriano, pero las antigüedades eran demasiado caras y las reproducciones que había encontrado no estaban bien.

—Quizá te compre uno para tu cumpleaños. Puedes darme las gracias mientras haces esa cosa con tu rímel siempre que tu piel este desnuda.

La estaba poniendo nerviosa, pero Charlotte solía enfrentarse con él a este nivel. Le hacía feliz que su crisis no lo hubiera detenido. No solo eso, ella se había hallado a sí misma también, estaba de vuelta en terreno estable, tal vez incluso más que antes de las lágrimas. Como si una válvula que hubiera estado torcida, una y otra vez hubiera tomado forma de repente y, al hacerlo, hubiera dejado todo limpio.

—No me vas a comprar nada durante otros veinte años. —Levantando la mano con esa declaración, ella señaló el brazaletes que brillaba en una muñeca.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

La respuesta de Gabriel fue una sonrisa profundamente posesiva.

—Se ve perfecto en ti, señorita Baird.

Haciendo una mueca ante cómo él evitaba el tema, ella terminó de empolvase la cara. Era lo que debería haber hecho primero, pero se había sentido tan desnuda y devastada que había empezado con el rímel. Tendría que repetirlo ahora, después de echar polvo sobre sus pestañas.

Pasando algo de barra de labios, rehízo el rímel y se puso las gafas. Volvió a ver con nitidez a Gabriel.

—¿Y ahora qué hago? —le preguntó al hombre que la miraba como si quisiera darle un mordisco codicioso.

—Ven y siéntate en mi regazo.

—Gabriel.

Colocando los pies en el suelo, él dobló un dedo.



## Capítulo 27

### *Gabriel introduce a Charlotte en la perversión y el pecado.*

— **E**stamos en la oficina — dijo ella, mientras rodeaba la mesa para sentarse en esos fuertes muslos—. Se supone que tenemos que ser profesionales en el trabajo.

Rodeándola, sin apretar, con los brazos, Gabriel se inclinó hacia delante y posó los labios sobre el hombro.

— Estamos haciendo un descanso para tomarnos un café.

— Ya lo hemos tomado esta mañana.

Otro beso sobre el lino de su vestido de tubo.

— Soy el jefe. Digo que nos merecemos un segundo descanso después de todas esas noches hasta tarde y fines de semanas. — El tercer beso le acarició la piel.

Los dedos de los pies se le curvaron y notó como se le derretían los huesos.

Entonces él le dio un beso en la garganta y ella se convirtió en gelatina. Nunca nadie la había besado en la garganta, y eso fue tan increíblemente excitante que se inclinó hacia él con una petición silenciosa por más. Gabriel se rió entre dientes, su aliento caliente, y le dio lo que quería; su beso fue húmedo y de succión, haciéndola gemir.

— Entonces, mi señorita Baird tiene un botón caliente en este dulce cuello.

Con el pecho subiendo y bajando por la respiración errática, Charlotte permaneció descaradamente cerca. Gabriel siguió alimentando su hambre sensual, jugando con los dedos sobre la cadera femenina al mismo tiempo. Cada beso parecía tirar de sus



pezones, acariciarla entre los muslos. Charlotte encontró que su mano estaba de nuevo en la nuca de Gabriel arqueando la garganta hacia él.

Acariciando con la mano la curva de la cintura femenina hasta la cadera, hociqueó el lugar justo debajo de la oreja. Charlotte gimió con las bragas húmedas.

—Me gusta ese sonido —dijo con voz profunda—. Me pone la polla jodidamente dura.

Otro gemido se escapó de la garganta de Charlotte, las uñas clavadas en la nuca de él.

—Gabriel —susurró esta única palabra.

En respuesta, Gabriel dejó una ristra de besos en su garganta, cada beso acompañado con una pequeña y húmeda succión. Cuando hacía el camino de vuelta hacia ese lugar debajo de la oreja, tenía las bragas tan húmedas que se le pegaban a la piel, su respiración se hizo más difícil y rápida, el pecho se tensó por la anticipación. Él se detuvo, el aliento caliente sobre su piel.

—Tócate para mí, señorita Baird.

Ella se mordió el labio inferior, pero de todas formas el gemido escapó. La combinación de sus palabras y el hecho de usar su nombre profesional, hicieron que el corazón le golpeará con más fuerza, tenía la piel tan caliente que se sentía ardiendo.

—No puedo.

—Sí, puedes. —Un beso justo debajo de ese delicioso lugar que ella necesitaba que le besara—. Quiero que te corras en mi regazo, quiero ver como disfrutas del placer.

Con los pulmones doloridos, apretó la mano en la nuca de Gabriel.

Otro beso húmedo intensificó su excitación sin descanso.

—Pon la mano debajo de tu vestido.

El corazón de Charlotte iba a cien kilómetros por hora, la mente llena de Gabriel, su olor (caliente, masculino, excitante) en cada aliento. Y su voz, esa voz profunda diciéndole que hiciera esa cosa tan carnal. Ella no supo donde encontró el valor, tal vez en la protección de sus brazos, tal vez en el hecho de que estaba tan cerca de un placer que prometía quemarla hasta los cimientos cuando minutos antes había sido un despojo.

Deslizó la mano libre por debajo del dobladillo del vestido.



—¡Joder! —El cuerpo de Gabriel se estremeció—. Más arriba, cariño. —Cada palabra fue acompañada por un beso en el cuello.

Charlotte lo había intentado antes de que Gabriel entrara en su vida, pero no funcionó jamás, como si hubiera un bloque tóxico en su interior fabricado de miedo y recuerdos con las palabras denigrantes de Richard. Luego llegaron *esos* sueños y fantasías eróticas. Hoy, mientras subía la mano un centímetro más por su muslo, se sentía como si todo su cuerpo estuviera vivo por la excitación, sus terminaciones nerviosas chisporroteaban justo debajo de la superficie. Los pechos subían y bajaban con un ritmo errático, gimió ante la sensación de Gabriel chupándole el cuello mientras ascendía hacia ese lugar que se sentía tan bien.

Luego él estuvo allí, moviendo la lengua en un delicado círculo contra su piel justo cuando sus dedos rozaron el nudo hinchado de su clítoris a través de las bragas de encaje. Su clítoris se sentía como si se hubiera hinchado tres veces su tamaño normal, el espacio entre sus muslos húmedo y caliente.

—Apártate las bragas y tira de tu clítoris —le ordenó Gabriel mientras seguía chupando y besándole la garganta—. Imagina que son mis dedos quienes lo hacen. Sé dura.

Con la piel tirante y los pechos doloridos, apartó la costura de las bragas

—¿Estás mojada?

—Sí —susurró, sus dedos encontraron la resbaladiza hinchazón de su clítoris.

—Tira —dijo él con voz áspera—. Más fuerte de lo que normalmente harías.

Y porque no podía negarle nada, hizo exactamente lo que le ordenó. Sus muslos se apretaron por instinto, la parte inferior de su cuerpo tensa por los temblores convulsivos mientras cerraba los ojos bien apretados.

El placer fue intenso, pecaminoso, sublime.



Con la respiración acelerada, Charlotte miró a Gabriel después de que las últimas oleadas atravesaran su cuerpo.

Él paró de besarla, sencillamente la miraba con ojos brillantes y un sonrojo acarició sus pómulos.



—Eres tan sexy, señorita Baird.

Ruborizada, sacó la mano de debajo del vestido. No podía creerse que lo hubiera hecho, pero aún más, no podía creer que hubiera llegado al orgasmo con solo sus besos y un único roce decidido. Y las palabras, las palabras de Gabriel. Que, pensó Charlotte, eran lo más importante.

Aquello había sido Gabriel con ella.

Cerrando los dedos en torno a la muñeca de la mano que había sacado de entre sus piernas, él la acercó, inhalando una larga bocanada de aire.

—Puedo olerte, y eso hace que quiera lamerte hasta que te corras en mi lengua. — Unos fundidos ojos plateados se encontraron con los suyos—. Déjame.

Sus muslos volvieron a apretarse, el placer se astilló en su cuerpo.

—Hoy no creo que pueda con más —contestó cuando pudo volver a hablar.

Él le acarició los senos con el dorso de la mano.

—La próxima vez.

Con los pezones duros como guijarros asintió.

—Sí. —Luego se inclinó hacia delante y lo besó. Richard no iba a robarle a Gabriel. *De ninguna de las maneras.*



Después de que Charlotte abandonara su oficina para dirigirse al baño con un rubor rosado intenso coloreando sus mejillas, Gabriel cerró la puerta quedándose con la espalda en ella. Luego repasó paso a paso, mentalmente, el último partido profesional que jugó. Se hizo daño dos minutos antes del pitido final, justo después del mejor puto ensayo de su carrera, así que tenía un montón de imágenes mentales.

Menos mal.

Tardó todo el juego en lograr tener bajo control su erección. Pero el sufrimiento merecía la pena. Nunca había visto algo tan caliente como Charlotte corriéndose dulcemente en su regazo. Y definitivamente *no podía* pensar más en eso mientras estuviera en la oficina.

Abriendo la puerta para ver que Charlotte había vuelto a su mesa, sonrió.



— ¿Qué hay en la agenda, señorita Baird?

La nuca se ruborizó antes de girarse ligeramente en su silla para entrecerrar sus ojos sobre él. Gabriel notó como se le agrandaba la sonrisa.

— ¿Puedes hacer encajar una reunión con Geoff antes de tu conferencia telefónica? —preguntó ella, con las comisuras de la boca tironeando—. Dice que solo necesita diez minutos.

— Hazlo pasar.

La jornada subsiguiente fue inhumana. Él hizo un descanso de solo media hora, y se lo pasó al teléfono con el director de la escuela donde hacía de entrenador voluntario al equipo principal de rugby en su primera liga juvenil a nivel nacional. Habían pillado a uno de sus jugadores con marihuana y el director quería saber si Gabriel lo respaldaría con una suspensión de juego al igual que la escuela.

— Sí —dijo Gabriel sin dudar—. El equipo tiene una política estricta de drogas no. —Luego él mismo le echó la bronca al jugador; el chico era un defensa increíble, llegaría lejos, pero no si la cagaba.

Colgó tras conseguir un contrito y auténtico:

— Lo siento, entrenador. La jodí. —El chico ahora era consciente que como resultado de su error, el equipo bien podría perder el próximo partido contra uno de sus grandes rivales; ser consciente de aquello funcionaría mucho mejor como disuasorio que otra cosa.

A parte de esa interrupción, el día supuso un desafío tras otro, exactamente lo que le gustaba a Gabriel en los negocios. Charlotte pidió la comida que ambos comieron en sus mesas respectivas, luego siguieron. Él habría seguido si no fuera porque ella había concertado una visita a las siete para ver el subarrendamiento. Y como de ningún modo iba a dejar que fuera sola, se marcharon.

El edificio no estaba lejos de la oficina, y con la hora punta viniendo a menos, tardaron menos de diez minutos en llegar allí. Aparcando el SUV en su plaza de parking en el garaje subterráneo, él salió. Charlotte ya estaba abriendo la puerta cuando él se acercó.

Poniéndole las manos en la cintura la sacó en volandas.

— ¿Te das cuenta que no hemos dicho ni una sola palabra desde que cogimos el ascensor en el despacho?

Unas arruguitas se formaron entre sus cejas.



—No, no es verdad ¿no? —Inclinó un poco la cabeza hacia un lado—. Ni lo he notado.

—No, no nos hemos hablado. —Le acunó el rostro, apartándole un mechón de pelo—. ¿Lista para ver el apartamento?

La mano de Charlotte aterrizó en su camisa.

—¿Qué le ha pasado a tu corbata? —Un ceño—. Espera, déjame ir a buscar tu chaqueta en la parte de atrás.

Riéndose, la llevó hacia los ascensores.

—Créeme. Al propietario no le va importar si no voy vestido profesionalmente. — No cuando Gabriel era dueño de una cuarta parte de los apartamentos del edificio. Desafortunadamente, no incluía al subarrendado.

—Al menos desenróllate las mangas.

—Cuando frunces el ceño así estás adorable.

La expresión se oscureció cuando entraron en el ascensor, ella levantó la mano y le arregló el cuello, luego le pasó las manos por el pecho con un movimiento posesivo y mimoso que le hizo querer estirarse y pedirle que se lo hiciera por todo el cuerpo. Cuando ella dijo:

—Agáchate —lo hizo sin quejarse.

Unos dedos esbeltos le acicalaron el cabello.

—Ya está —dijo ella, justo cuando las puertas del ascensor se abrían en la cuarta planta.

La siguió fuera, disfrutando con ella. Sin embargo, no tomaba nada por hecho; tras el ataque de pánico de hoy, sabía que la misma Charlotte no sabía cuando podría reaccionar negativamente a algo que él dijera o hiciera. Las semillas del terror estaban ocultas en su interior, podían salir de golpe en cualquier momento. Pero luego pensó en como se había estremecido con los ojos de par en par durante su primera cena.

Ese ratón no se habría sentado en su regazo, no le habría ordenado que se agachara para arreglarle el cabello, no habría deslizado la mano en la suya y doblado los dedos sobre su palma.

Gabriel podría ser paciente cuando las recompensas eran tan grandes.



—Aquí, es éste. —Deteniéndose frente a una puerta a mitad del pasillo, Charlotte llamó.

Se abrió segundos después, la mujer de mediana edad les invitó a pasar. Resultó que el apartamento pertenecía a su hija.

—La han transferido provisionalmente a Dubai —les contó la mujer con una sonrisa radiante—. Las normas dicen que puede subarrendarlo, así que puede que lo haga. Aunque solo por seis meses.

—Es perfecto —dijo Charlotte, porque sin importar el qué, no iba a pasarse la vida mirando por encima del hombro. En el mejor de los casos, Richard se habría olvidado de ella. Y si no, cooperaría con Gabriel y la policía para devolverlo a prisión, esta vez para tanto tiempo que sería un anciano cuando volviera a salir.

—¿Gabriel? —dijo, echando un vistazo para ver que él se paseaba hacia las ventanas—. ¿Qué opinas?

La madre de la propietaria le dio unos golpecitos en la mano.

—Voy a hacer café mientras tú y tu atractivo marido lo habláis.

—Sí —dijo Gabriel con un destello en la mirada—. Ven aquí, esposa.

Con mariposas en el estómago ante su broma, ella esperó hasta que su anfitriona se hubiera ido antes de decir.

—¿Y?

—Pros: no es la planta baja y la cuarta planta está lo bastante alta para que nadie pueda escalar. Las escaleras de incendio son internas. Las ventanas no se abren y la puerta tiene unas cerraduras resistentes.

—Las cambiaría —dijo Charlotte, sabiendo que así se sentiría mejor—. Estoy segura de que a la propietaria no le importará si las cambio por unas similares o un modelo más seguro. —Ya que todavía Gabriel la miraba con seriedad—. ¿Contras?

—No es mi apartamento.

—*Gabriel.*

Frunció las cejas muy juntas y cruzó los brazos.

—¿Por qué malgastas el dinero? Te he ofrecido una habitación gratis, pensión completa y tanto sexo como puedas aguantar.

—¡Calla! —Miró por encima del hombro pero su anfitriona tenía la radio en la barra de la cocina y no les prestaba atención—. Me quedo el apartamento.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

—Irás y volverás del trabajo conmigo.

—Podemos negociarlo —Charlotte dobló los brazos—. Ya que no tengo intención de convertirme en una adicta al trabajo que vuelve cada noche a casa a las once.

Eso le hizo gruñir.

—Solías ser tan sumisa. ¿Qué ha pasado?

—Tú, has pasado. —susurró, sorprendiéndole completamente de nuevo—. ¿Vienes a cenar a mi casa? —Estaba encontrando más y más difícil despedirse de él.



## Capítulo 28

*En el cual Gabriel propone sexo en la silla de la cocina.*

Dejando a Gabriel en la mesa de la cocina revisando un contrato, Charlotte desapareció en su habitación para cambiarse. Una vez allí, no se decidía qué ponerse, al final sencillamente eligió un bonito vestido con un no me olvides impreso en azul sobre blanco, que se había comprado hacía unas semanas. No era adecuado para trabajar, pero sí lo bastante informal para estar en casa con su cuello cuadrado y sin mangas. Se puso en los pies las zapatillas amarillas acolchadas que se compró el mismo día que las garras de monstruo púrpura para Molly, estaba a punto de salir al pasillo cuando se dio cuenta que su calzado no era exactamente sexy.

—Para de obsesionarte, Charlotte.

Tras lo cual, fue a la cocina para encontrarse con que Gabriel había extendido los papeles por toda la mesa y tenía el móvil en la oreja. Mientras hablaba, dedujo que la persona en el otro extremo de la línea era el jefe de una marca de cosméticos internacional que Gabriel había convencido para trabajar en exclusiva con Saxon & Archer en Australasia. El trato era un éxito inesperado para la empresa, pero le estaba chupando un montón de energía a Gabriel porque el jefe de la empresa de cosméticos insistía en tratar directamente con él en vez de con el jefe de marketing.

Reprimiendo una carcajada mientras Gabriel negociaba diplomáticamente una cláusula favorable a Saxon & Archer, fue y cortó dos manzanas en cuatro trozos cada una y se las puso delante junto a un vaso de leche. No había comido desde el mediodía y sabía cuanta energía quemaba.

Con un guiño, él cogió un trozo mientras seguía la conversación.

Quiriendo comer algo distinto pero rápido, puso un poco de arroz en el robot de cocina que ella y Molly descubrieron en la universidad, luego sacó un paquete de



gambas grandes y algunos vegetales frescos para un salteado. Una pizca de jengibre, un chorrito de salsa de soja, quizás un poquito de cebollín, y sería una comida deliciosa. También podría añadir anacardos para el punto crujiente.

—De verdad te gusta cocinar.

Mirando por encima del hombro vio que Gabriel se había comido la mayor parte de la primera manzana y sonrió.

—Sí. —Luego, por primera vez desde el ataque de Richard, sacó el tema pese a estar en la cocina—. Perdí ese amor durante dos años después del ataque. Conseguí obligarme a entrar en la cocina y preparar comida sencilla, pero no pude recuperar el placer.

Los ojos de Gabriel se helaron pero no interrumpió.

Teniendo todo dispuesto para el salteado que haría mientras se cocía el arroz, ella empezó a preparar un cuenco con uvas y frutas del bosque para el postre.

—Entonces tuve un día muy malo en el trabajo. Anya —dijo ella con un encogimiento de hombros—. Estaba siendo una niña. Y yo me enfadé tanto que tenía que sacarlo, así que entré aquí y empecé a hornear. —Se sintió tan bien, tan liberador estar allí, haciendo lo que adoraba, que el miedo fue aplastado bajo el simple peso de aquello.

—¿Debes agradecer a Anya tu progreso?

Charlotte notó sus hombros temblar.

—Dios, sí. —Al parecer toda esa irritación valió la pena—. Ahora cada vez que cocino, me siento como si reclamara otra diminuta parte de mí misma.

Mordiéndolo otra porción de la manzana, Gabriel dijo:

—¿Has pensado alguna vez en hacerlo profesionalmente?

—No, es mi válvula de escape. No quiero que sea mi trabajo. —Y no era como si ser chef fuera una actividad menos estresante.

Gabriel asintió lentamente.

—Lo entiendo.

—He estado pensando —dijo ella—, sobre volver a la universidad a media jornada y completar los exámenes que necesito para obtener el título. —No estaba en condiciones de volver a la universidad después de salir del hospital, sin embargo obtuvo un diploma a través de cursos a distancia. Fue suficiente para conseguir el



trabajo en Saxon & Archer. Sin embargo trabajar para Gabriel requería mucho más rigor intelectual que su puesto anterior. Y ella quería ser capaz de estar a la par—. ¿Crees que debería hacerlo?

—Hay un par de cursos en la escuela de negocios que tal vez quieras mirar.

Le sonó el teléfono antes de poder continuar.

—Contesta —dijo ella cuando él no lo hizo—. De todos modos tengo que hacer el salteado.

Oír su voz mientras cocinaba, tener su presencia en la casa, se sentía realmente bien. Al crecer, siempre había soñado con tener una familia, una parte de ella se había sentido culpable por albergar un sueño tan desfasado, pero eso no cambiaba como se sentía.

Vivir sola había sido importante para su autoestima, pero no era su tendencia natural. Por otra parte, no solo quería compañeras de piso; quería a su gente, personas a las que amar.

Gabriel colgó el teléfono y se frotó los ojos. Con el salteado acabado, Charlotte se acercó, le cogió el teléfono y lo apagó, guardándolo dentro del bote de las galletas.

—Estoy esperando una llamada. —Fue un gruñido.

—Durante las próximas dos horas, no. —Ella empezó a recoger los papeles que él había desperdigado por la mesa—. Estás fuera de horario mientras cenamos.

Con expresión sombría él se levantó.

Ella se encogió.

—¡Maldita sea, Charlotte! —Las manos de Gabriel cerradas en puños a los costados y la mandíbula apretada—. *No voy a hacerte daño.*

Con el pulso acelerado bajo su piel y la boca seca, ella tragó repetidas veces.

—Lo sé. —Salió con voz ronca.

Pero Gabriel ya iba hacia el bote de galletas para sacar su teléfono. Metiendo los papeles en el maletín después de cogerlo, dijo:

—Te veré mañana en la oficina. —Su voz fue tan dura y hostil como una piedra.

—Gabriel, no te vayas. —Salió tembloroso y desesperado—. Por favor, no te vayas.

Él soltó un suspiro y lo soltó todo sobre la mesa.



—Mierda. —Pasándose ambas manos por el cabello, tendió un brazo—. Ven aquí. Ella fue, acurrucándose contra su pecho y el cuerpo estremecido por un temblor.

—No quise hacerlo.

Gabriel quería darse de patadas en el trasero. La única excusa para su comportamiento era que había estado tan feliz de estar allí, con ella, que su miedo le dio donde más dolía. Cuando se levantó, su intención era besarle la impertinente boca.

—Sé que no. —Le acarició la sien con la mandíbula, consciente que esta situación se repetiría y él tenía que entenderlo.

Porque Charlotte era suya.

—Habría vuelto —le dijo a ella—. La próxima vez, solo dime que me calme joder.

—¿Exactamente con esas palabras? —La respuesta de Charlotte fue tranquila, pero contenía su chispa habitual.

Aliviado por no haber hecho un daño permanente, volvió a acariciarle la sien con la mandíbula, atrapando el fino cabello rubio con la barba incipiente.

—Esa es mi señorita Baird.



Tras el desastre que casi había causado de lo que había sido una velada maravillosa hasta ese momento, Charlotte intentó tener un cuidado extra durante la cena... hasta que Gabriel gruñó.

—Charlotte, estás actuando como las gallinas —le dijo desde donde estaba sentado justo a su derecha—. Sabes lo que pienso de las gallinas. Que deberían ser desplumadas y comidas.

Se quedó boquiabierta y contestó:

—¡Eres un hombre horrible!

—Sí, lo soy. —Metiéndole el tenedor en la boca.

Cuando ella la cerró de golpe, él sonrió.

—Oh, esto es maravilloso. Ahora sé cómo mantenerte callada mientras te cuento todas esas cosas deliciosas y malas que voy a hacerte. No creo que te haya dicho lo



mucho que me gustan tus pechos. Me gustaría apretarlos mientras te beso el cuello, luego chuparte...

—Tú... —El resto de sus palabras se perdieron en un murmullo cuando él le puso más comida en la boca.

Masticando tan rápido como pudo, tragó.

—Estaba intentando ser amable —señaló Charlotte—. Intentando hacer las paces—. Él se había echado la culpa, pero ella sabía que no lo fue. Le había hecho daño, sin intención, pero lo había hecho, y saberlo era como una puñalada en el corazón.

—Charlotte —dijo él—, si alguna vez quieres reconciliarte conmigo, simplemente desnúdate. —Con chispas en la mirada—. Y si te sientes con ganas de chupar algo, no diré que no. Por lo demás, sé tú misma.

Las mejillas de Charlotte se pusieron rojas, agachó la cabeza y apretó los muslos por el impacto de las imágenes que de pronto aparecieron en su mente. Junto con ellas vino un recordatorio susurrado de que él era un hombre físico... ella *podía* reparar las cosas entre ellos de un modo que él no solo aceptaría si no que además disfrutaría. Así que, pensó, clavando los dientes en su labio inferior, lo haría.

Todo lo que debía hacer era reunir el valor para intentarlo.

Gabriel le dio un golpecito en el pie por debajo de la mesa.

—Eso que veo es una mirada muy culpable. ¿En qué estás pensando exactamente?

—En nada. —Fingió estar muy interesada en la comida.

—Charlotte. —Un susurro persuasivo que llegó a todo tipo de lugares que no debería llegar—. Cuéntame.

—Cómete la ce... uf. —Masticando el bocado que él dio, lo fulminó con la mirada—. Para de hacer eso.

—Apenas comes nada cuando estás tan preocupada por ser agradable conmigo. —Se reclinó en la silla—. Sé que es muy habitual en ti, así que no me digas lo contrario.

Con los ojos entrecerrados, ella se sirvió algo más de arroz y salteado en su plato. No a causa de sus palabras, si no porque estaba hambrienta ahora que el nudo en su estómago había sido remplazado por mariposas ebrias por las ideas pecaminosas circulando por su mente. Gabriel no dijo nada hasta que ella terminó y los dos picaron de las uvas y frutas del bosque que ella sacó de postre.

—¿Qué te hizo sonrojar? —Pasándole el dorso de su dedo índice por la mejilla.



De inmediato Charlotte se volvió a sonrojar.

—Vaya, ahora tengo que saberlo. —La camisa se le ciñó a los hombros cuando apoyó un brazo sobre el respaldo de la silla, girando para orientar el cuerpo hacia ella—. ¿Qué provoca a mi señorita Baird ese dulce tono rosado que me hace pensar en las puntas de sus pezones? Concretamente, si son del mismo color.

Esos pezones latieron como si él hubiera tirado de ellos con los dedos y no con palabras. Sofocada se puso en pie para recoger la mesa, pero él le puso la mano en el respaldo de la silla para impedirselo suavemente. Aquello no le dio miedo, no cuando él tenía esa hambrienta sonrisa de T-Rex en el rostro.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —preguntó ella, decidida a combatir el fuego con fuego.

—Por supuesto.

—Luego no me culpes de tu frustración.

—Estoy seguro de que puedo manejarlo, señorita Baird.

Charlotte se mordió el labio inferior a propósito. Los ojos de Gabriel fueron directamente a su boca, y los pechos de ella se hincharon incluso más, sus pezones puntas tiesos. Era estresante flirtear con Gabriel tan provocativamente, pero para bien.

—Bueno —susurró, inclinándose hacia él—. Estaba imaginando qué harías si...

—¿Si? —Con la mano apoyada en el respaldo de la silla de ella, la piel bronceada mostrada por el cuello abierto de su camisa invitándola a besarla, acariciarla.

—Si te sirviera la comida llevando solo un delantal y nada más. —Las palabras salieron a borbotones.

El torso de Gabriel subió y bajó con respiraciones violentas.

—Eres una mujer mala, mala, señorita Baird.

—No lo era hasta que te conocí. —Levantándose de la silla por el lado que él no tenía bloqueado con el brazo, recogió la mesa—. ¿No vas a ayudarme? —le preguntó dulcemente.

—Cuando pueda volver a andar, hablaremos sobre tu reciente descaro. —Tiró de ella a su regazo cuando volvió a la mesa, el duro bulto de su erección empujando contra sus nalgas—. ¿Puedo tenerte como mi postre de verdad?

Charlotte se frotó los dedos en los muslos.



Hociqueándole la garganta, con la áspera mandíbula rascándole la clavícula y haciendo que su cuerpo se estremeciera. Gabriel dijo:

—¿Voy demasiado fuerte?

—No. —Él era quien era, y le gustaba de ese modo—. Yo solo... quiero. —Ya está, logró decirlo, aunque no fuera precisamente coherente.

Con el cuerpo completamente inmóvil, él dijo:

—¿Qué?

—Sexo. Contigo. —La respiración tan superficial que hiperventilaría si no tenía cuidado, se quedó mirando la pared en vez de a él—. No quiero estar asustada, escondida y perderme algo. Quiero atajar la cicatriz con un movimiento rápido y limpio.

—¿Teniendo sexo conmigo?

—Sí. —Se mordió el labio de nuevo, esta vez a causa de los nervios, y se obligó a mirarle a la cara—. ¿Estás enfadado? —Su proposición no fue exactamente romántica.

—¿Por qué debería enfadarme la idea de tenerte caliente, húmeda y tensa a mi alrededor? —Fue una pregunta hecha con un ronco ronroneo—. Pero Charlotte, ¿estás lista? No quiero espantarte a estar conmigo porque nos hemos precipitado.

—Molly dice que nos hemos estado dedicando a los preliminares durante meses.

—Molly es una mujer inteligente. —Otro beso acariciándole la garganta con la cara, esa barba incipiente arañándole la piel con una caricia que fue directa a sus pechos—. ¿Qué te parece aquí?

—¿Qué? —Salió con un chillido.

—Sexo en la silla de la cocina parece apropiado después de la confesión sobre el delantal.

Charlotte había estado reuniendo valor para ir al dormitorio con él, y ¿Gabriel quería hacerlo allí mismo? ¿Bajo las fuertes luces de la cocina?

—No sé si será muy cómodo. —Fue lo único en lo que pudo pensar, tenía la cabeza hecha un lío.



## Capítulo 29

### *Charlotte confiesa sus fechorías*

Ella era adorable. Sexy y adorable. Y suya. Gabriel la prefería por mucho nerviosa y sonrojada a temerosa y tensa. Se había imaginado que en el instante en que llegaran a la habitación se pondría nerviosa y empezaría a preocuparse. Justo en esos momentos, ella estaba tan escandalizada ante su sugerencia que no recordaba tener miedo.

—Solo hay un problema —dijo, deslizando la mano debajo del borde de su vestido hasta posarla en la sedosa piel de su muslo.

—¿Uno? —Ella apretó la mano entorno a su nuca—. ¿Me estás pidiendo tener sexo en la silla de la cocina y dices que solo hay *un* problema?

—Protección. —Frotó un pulgar sobre la cara interna de su muslo—. ¿No tienes, verdad?

Su expresión nerviosa cambió, su rostro decayó.

—No.

Gabriel había estado excitado antes, pero su evidente decepción lo elevó al cielo.

—Qué bueno que yo sea un Boy Scout —dijo apretándole el muslo ante su pequeño salto.

Ella se movió en su regazo hasta alinear su cuerpo hacia él, pero en lugar de placer, Gabriel se enfrentó a un ceño fruncido.

—¿Ah, sí? ¿Siempre llevas protección contigo? —Las pequeñas arrugas verticales en su ceño se profundizaron—. ¿Con todas esas mujeres a las que me hiciste enviar flores?



Gabriel no tuvo que pensar su respuesta.

—No he follado con nadie desde el día que nos conocimos.

Charlotte abrió los ojos como platos y su garganta onduló al tragar.

—Al principio —continuó él—, eras un ratón, y a mí no me gustan los ratones, pero tú sí. Porque pude ver a la tigresa arañando debajo. —Él le mordisqueó la barbilla—. En el tiempo que dejé de pensar en mujeres, la ratón fue reemplazada por la tigresa, y supe que solo deseaba darte un mordisco a ti, a nadie más.

El ceño regresó.

—¿Por qué hacías que te programara citas para cenar? —Ella le empujó los hombros—. ¿Y enviar flores?

Él volvió a morderla y consiguió otro empujón.

—Estaba intentando darte celos, señorita Baird. Pero cada vez que llamabas alegremente a restaurantes y elegías rosas, me apuñalabas el corazón.

Su ceño fruncido se convirtió en una expresión ligeramente insegura, y ella posó las palmas sobre sus hombros.

—¿De verdad? ¿Herí tus sentimientos?

Gabriel había querido burlarse de ella para suavizar su estado de ánimo, pero ante su pregunta honesta, se encontró diciendo:

—Sí. —Había ardido cuando ella no mostró ni una pizca de rabia, al menos no al principio—. Te deseaba de todas las formas que podía pensar, pero a ti no te importaba.

El rostro de Charlotte era suave e intenso al mismo tiempo.

—Me importaba. —Sus pestañas bajaron para ocultar la expresión de sus ojos—. Es por eso que siempre pedía las rosas rojas que quedaban al final del día —admitió con una mirada entornada—. Para que tus citas creyeran que eras un tacaño.

Una calidez se propagó por las entrañas de Gabriel.

—¿Eso también es por lo que siempre terminábamos en restaurantes con pésimos chefs? —Había creído que la cocina de la ciudad se estaba yendo a la mierda.

Ella parecía avergonzada, pero había un destello de travesura en esta.

—Solía quedarme despierta por las noches, revisando las críticas de los restaurantes de la ciudad y me aseguraba de reservar en los lugares con más quejas.



Incluso llevaba la cuenta de los días en que conseguían las peores críticas, así sabía cuándo el mal chef estaba de racha.

Sus hombros temblaban, la risa embargaba cada célula del cuerpo de Gabriel.

—Tu mente es tan jodidamente sexy. —Con un brazo rodeándole la cintura y la mano curvada aún sobre su muslo, la besó. Caliente, oscuro y rudo. Sabía que ella podía manejarlo; lo había hecho en la oficina, mostrándole que le gustaba.

Gimiendo desde lo hondo de la garganta, ella envolvió los brazos alrededor de su cuello y profundizó el beso. Él gimió y se dispuso a devorarla. No había estado bromeando... tenía condones en su maletín. Había estado llevando la caja durante un tiempo. Y en lo que se refería al brazalete, a la parte de su naturaleza orientada a conseguir sus objetivos le gustaba el símbolo físico de su persecución a Charlotte, aunque la caja lo había vuelto medio loco cada vez que le echaba un vistazo.

Cuando quitó la mano entre sus muslos, ella emitió un sonido quejumbroso. A su polla le gustó.

—No te preocupes, señorita Baird —dijo, sintiéndose imposiblemente más cachondo ante la forma tan abierta en que Charlotte expresaba su deseo y se olvidaba de su timidez—. Solo quiero que me montes.

Sus mejillas se volvieron de un color rosa oscuro.

—¿Realmente lo deseas... aquí? —susurró, sus lentes empañadas.

—Sí, realmente lo deseo —dijo, quitándole las gafas y colocándolas en la mesa más cercana—. Aquí. —Era un riesgo, teniendo en cuenta lo que ella había sufrido en esta habitación, pero si podía hacer que mantuviera la mente en el sexo, entonces quizá podrían crear un recuerdo que fuera más sexy y vívido que el horror subyacente bajo su decidido disfrute de la cocina—. Quítate las bragas también.

Ella se quedó sin aliento.

Pero conocía a su Charlotte. Era más fuerte de lo que ella misma creía ser. Levantándose, con ojos brillantes, hizo lo que le había pedido. Sus bragas eran de encaje negro, y con una tímida media sonrisa las dejó caer sobre la mesa, Gabriel supo que se las había puesto para él.

—Regresa aquí, ahora —dijo, se sentía tan excitado que estaba teniendo problemas para pensar.

Su dulce y sexy peso cayó sobre sus muslos segundos después cuando ella se sentó a horcajadas sobre él.



Gabriel se estremeció, acariciándole los muslos de forma ascendente y alzándole el vestido con esta acción.

—Apoya la espalda contra la mesa. —Había espacio suficiente para que su cuerpo estuviera ligeramente inclinado.

Charlotte hizo lo que le pidió.

—¿Por qué me gusta esto?

Capturando la gravedad de la murmurada pregunta, Gabriel levantó la vista y encontró su mirada.

—¿Qué?

—Escucharte cuando estamos así. —Ella soltó una de los botones de su camisa, luego otro, y deslizó las manos en el interior—. No te permito mangonearme en otros momentos.

Bebiendo la sensación de Charlotte explorándolo, continuó su acción interrumpida de levantarle el vestido ahora hasta la cintura, dejándola expuesta a su ávida mirada. Ella gimió, pero no intentó cubrirse.

—Nos gusta lo que nos gusta —dijo con un gruñido áspero, la boca se le hizo agua ante la vista de ella; los finos rizos de oro en el vértice de sus muslos apenas ocultaban nada.

Cuando él puso las manos en su cintura y la subió a la mesa después de poner sus gafas a un lado, ella se quedó sin aliento.

—¿Gabriel?

Él presionó un beso en uno de sus muslos.

—Desabotona esos botoncitos del frente. Muéstrame tus senos.

Ella alzó las manos hasta los botones, pero un instante después, la excitación nerviosa en su rostro se convirtió en nervios puros y duros.

—¿No? —Nunca tomaría lo que ella no quisiera dar.

—Tengo cicatrices —susurró ella—. En mis senos.

La rabia hirvió en él ante el recordatorio del bastardo que la había lastimado, pero no estaba dispuesto a permitir que Richard entrara otra vez en esta habitación... o en su relación con Charlotte.

—Tengo una cicatriz en el hombro de una fractura de clavícula que desgarró la piel, más algunas otras por golpes en el terreno de juego —dijo—. Una vez la bota de



un jugador cayó sobre mis costillas lo suficientemente fuerte como para despellejar múltiples capas de piel, y he sangrado por más de un corte.

—Ese jugador que te rompió la clavícula debería haber sido expulsado. —Una declaración feroz—. No entiendo cómo no consiguió una suspensión.

Sonriendo, una vez más presionó los labios en la cara interna del muslo, sintiéndola coger aire.

—Tú besas mis cicatrices y yo besaré las tuyas. ¿Justo?

—Justo —susurró y, levantando las manos a su corpiño, comenzó a deslizar esos pequeños y tentadores botones fuera de sus ojales. Observó cómo cada centímetro de dulce piel era revelada y apretó las manos sobre sus muslos.

—Eso es todo, cariño —murmuró mientras el encaje negro de su sujetador aparecía a la vista, el borde festoneado era un erótico contraste contra la palidez de su piel. Las cicatrices eran blancas y ligeramente elevadas, y estas le dijeron que Charlotte era una luchadora. En estas sólo la veía a ella, juró, nunca al psicópata que le había hecho daño. Y lo que veía era una mujer a quien deseaba devorar.

Los dedos de Charlotte temblaban.

—Cuando me miras así —dijo—. Quiero hacer todo lo que me pidas.

—Bien. —Él le besó otro muslo—. Tengo toda clase de ideas sobre cómo corromperte.

Ella se estremeció.

—Me encantan las cosas que dices. —Después de haber liberado el último botón, ella se alzó y apartó las anchas tiras de su vestido, dejando al descubierto un redondeado hombro y luego el otro.

El aroma picante, caliente de su excitación hizo que su hambre se volviera voraz, pero mantuvo un férreo control sobre sí... observar a Charlotte ser así de confiada era hermoso. Frente a él, ella dejó caer los brazos y dejó que las tiras cayeran por sus muñecas. Sus hinchidos senos eran acunados en ese bonito sujetador negro de encaje que se había puesto para él, las tiras estaban hechas del mismo material.

—Yo debería... —Ella llevó los dedos a los tirantes del sujetador.

—Inclínate para mí —dijo él acercándola más.

Las manos de Charlotte aterrizaron sobre sus hombros. Deseaba sujetarla por la nuca, mantenerla en esa posición, pero eso según había descubierto, era lo que había



provocado su último ataque de pánico. Mientras tanto, disfrutaría de cómo le abrazaba cuando se besaban, de una forma inequívocamente posesiva.

Saboreando sus labios, le lamió la lengua antes de trazar un camino de besos por su garganta deliciosamente sensible.

—Sabes cómo a mi mujer —dijo, mientras ella gemía.

Dejando el sujetador en su lugar, besó el delicado encaje y la delicada piel para succionar la rígida punta rosada de su pezón con la boca. Ella gritó, sus manos cerradas sobre su cabello. Agarrando un duro pezón entre los dientes, tiró, y no exactamente con gentileza. El gemido de Charlotte no contenía queja alguna. Cuando ella se acercó más, su perfume flotó hasta su nariz, haciendo que sus fosas nasales flamearan y sus instintos corcovearan contra las riendas.

Soltándole el pezón, puso la mano sobre el estómago femenino y apretó. Ella se movió hacia atrás, los brazos se deslizaron alrededor de su cuello, pero sintió una resistencia en sus músculos abdominales cuando la instó a echarse sobre su espalda. Él apartó la mano, feliz de tenerla sentada con las manos apoyadas detrás de ella si eso la hacía sentirse más segura, más en control.

Empujando otra vez hacia arriba su vestido, usó su cuerpo para mantener sus muslos abiertos y con una mano impidió que el tejido se deslizará hacia abajo.

—Mi linda Charlotte. —Él pasó un dedo por el centro de su coño, sintió el tirón de su polla en sus pantalones ante la humedad que encontró. Su pequeño gemido caliente borró cualquier duda que pudiera haber tenido sobre si ella estaba disfrutándolo.

—Sostenga el vestido, señorita Baird.

En el instante en que ella obedeció, él deslizó una mano sobre la extensión de piel desnuda en la parte baja de su espalda, alzó uno de sus muslos sobre el hombro, y bajó la cabeza para atiborrarse de la deliciosa mujer en sus brazos.

*Joder, ella sabía muy bien.*

Los gritos de Charlotte fueron sorprendidos y suaves, casi secretos, pero no le apartó. En vez de eso volvió a hundir una mano en su cabello, su cuerpo premiaba cada lamida y chupada con pegajosa miel. Cuando la arañó con los dientes, se estremeció, apretando los dedos en su cabello. Sí, Charlotte podía tomarlo.

Dejando de lamer la erótica abertura, recorrió con la palma su muslo interior tan suave como la seda.



—Voy a usar mis dedos en ti —dijo, mirando hacia arriba para encontrarla dándole un aturcido asentimiento—. Soy un tipo grande. —Pasando el pulgar sobre su clítoris, rodeó su núcleo con la rugosa almohadilla de su índice.

Ella separó los labios en otro de esos silenciosos y secretos gritos el cual fue directo a su polla.

—Yo —dijo él, introduciendo un dedo en ella—, tengo que... —frotó su clítoris—, asegurar... —movió rápidamente el pulgar haciéndola temblar— ...que puedas tomarme. —Él introdujo el dedo en casa.

Charlotte arqueó la espalda, exponiendo magníficamente sus senos.

—*Gabriel*. —Un quejido ronco y jadeante—. Ese es... un dedo muy grueso.

Sonriendo, le dio un beso en su ombligo.

—También es uno muy listo. —Volviendo a su coño, posó tanto el dedo como la lengua sobre este para un buen uso hasta que ella se retorció contra él, suplicando la liberación en suaves jadeos que provocaron que deseara gruñir como una maldita bestia y follarla estúpidamente, embistiendo en ella hasta que se olvidara de su propio nombre.

Levantando la cabeza, le agarró las dos manos y las puso sobre sus hombros, y luego bajó su muslo tembloroso del hombro. Con labios entreabiertos e hinchados por sus besos, pupilas dilatadas contra el color avellana de sus iris, Charlotte le observó bajar las manos para abrirse el cinturón y bajar su cremallera.

—Trae los condones —dijo, deseando asegurarse bien de que no hubiera cambiado de opinión, de que estaba con él.

El pulso de Charlotte saltó en su cuello, pero se volvió para alcanzar el maletín que él había dejado en otra silla y una de las tiras de su sujetador se deslizó por su brazo mientras lo hacía. Adoró cuán profundamente usada se veía, toda desaliñada y sonrojada, y marcas rojas en el interior de sus muslos por la rozadura de su barba.

Mientras ella abría el maletín, él se mantuvo ocupado liberando su polla.

—¿Dónde están? —Una pregunta ronca.

—Bolsillo interior, del lado izquierdo. —Después dar esa instrucción, él le separó ampliamente los muslos y succionó un beso sobre la sensible piel a un lado de la rodilla mientras con el dedo volvía a palpar su humedad. Suave, húmeda y suya, ella era jodidamente hermosa.

Ella le clavó las uñas en el hombro.



—Gabriel. —Era un gemido.

—Condomes. —Mordiéndolo la carne tensa de su muslo, lamió y alzó la vista para encontrarla agarrando la caja en su mano.

Él la tomó de ella, luego le capturó la mano y la metió entre sus propios muslos.

—Mantente húmeda para mí.

Una media risa ahogada.

—No creo que pueda estar más lista de lo que ya estoy.

—No estás lista, señorita Baird. —Abriendo la caja, esparció los planos paquetitos por todo el piso de la cocina—. Deliciosamente húmeda, resbaladiza, por tu dulce miel. Dilo.

—Yo estoy... —Ella se lamió los labios.

Eso fue todo.

Enfundándose durante su vacilación, la atrajo hacia adelante y sobre su regazo, pero sosteniéndola encima de él. De ninguna manera empezaría a embestir en ella como se lo había imaginado... eso vendría después, cuando Charlotte estuviera lista para manejar el lado más duro de su sexualidad. Esto era para enseñarle que su tacto significaba placer. Que no importaba cuán suave fuera o cuán duro, él siempre, *siempre* le daría placer, nunca dolor.

—Pon los brazos alrededor de mi cuello. —Deslizándose las manos hasta acunarlo el culo después de que ella obedeciera su orden, curvando los dedos en su cabello, él frotó la punta roma de su pene contra su apertura—. Controla cuánto de mi polla tomas —dijo entre dientes, su cuerpo estaba listo para embestir en ella.

—Gabriel, ¿puedo pedirte un beso?

Escuchando su vulnerabilidad, alzó de inmediato la cara hasta la de ella, sus bocas se encontraron en un pecaminoso y caliente beso. Le permitió tomar lo que necesitaba, sus manos acunaron y apretaron sus exuberantes curvas. Charlotte podría ser pequeña, pero estaba llena de dulces y proporcionadas curvas.

—¿Mejor?—preguntó él cuándo ella rompió el beso, con una mano en un lado de su cuello y la otra todavía en su cabello.

—Sí. —Una palabra tranquila, sus respiraciones entremezcladas. Luego, con los ojos fijos en los suyos, se dejó caer un centímetro sobre él. Lo entrecortado de la respiración de Charlotte se mezcló con el gemido de Gabriel. Cuando ella dijo “más”, él casi se perdió.



—Pídeme que te folle, Charlotte —dijo, recitando deliberadamente en su cabeza las estadísticas del rugby.

El pecho de Charlotte se elevó con una inhalación desigual.

—No puedo.

—Sí, puedes —la persuadió—. Sé que conoces malas palabras. Todas las buenas chicas lo hacen.

Ella se hundió otro centímetro sobre él, sus ojos se cerraban con un revoloteo.

—No sé cómo hablar de esa manera en la cama.

La tímida confesión tiró las estadísticas al agua.

—Hazlo conmigo —dijo, levantándola sobre él, para luego provocarla con su polla—. Di “fóllame, Gabriel”.

La idea de que esas palabras escaparan de sus labios destrozó el control que le quedaba. La única razón por la que no la encajaba en él era porque su necesidad de protegerla era más fuerte que su lujuria, más fuerte que cualquier otra cosa.

Charlotte se empujó hacia abajo sin previo aviso, tomándolo por un par de centímetros antes que él pudiera detenerla. Cuando ella gritó ante la presión, él tensó la columna contra el placer abrasador de su ardiente estrechez.

—Traviesa, señorita Baird. —Sudoroso se sacó la camisa—. Tres palabras y tendrás lo que quieres. Todo. —Él la levantó otra vez, haciéndola gritar de frustración.

Trayéndola de vuelta hacia abajo, él la penetró lentamente, para luego levantarla a mitad del recorrido. Esto era una tortura autoinfligida y era increíble.

—Eres tan pequeña, Charlotte. —Le excitaba con cuanta facilidad podía manejarla, hacerle cambiar de posición—. ¿Te hago daño? —Debido a que manejarla solo sería divertido si ella estaba con él.

—No —susurró ella y presionó la mejilla contra la aspereza de la suya—. Fóllame, Gabriel.

*¡Oh Jesús!*

Apretando los dientes contra el impacto de esa entrecortada petición, él le entregó otra vez el control.

—Tan lento o rápido como quieras. —No tenía dudas de que ella podría tomarlo, pero tenía que ser suave hasta que ella se acostumbrara a su tamaño. Se figuró que le



sería más fácil tomar las riendas, pero Charlotte se congeló sobre él cuando pronunció esas palabras.

De inmediato puso las manos sobre ella, dándose cuenta de que su sexy señorita Baird aún no estaba lo suficientemente segura como para aceptar su oferta.

—Por otra parte... —él succionó la piel encima de su pulso, lo suficiente duro como para dejar una marca y hacerla gemir—. Me gusta ser el jefe.

Más besos para persuadirla a fusionarse suavemente contra él una vez más.

—Pero me dirás si te duele. ¿Entendido?

Un asentimiento hacia él, su cuerpo temblaba.

Agarrándola por el muslo con una mano para darle apoyo extra, le pellizcó el clítoris con el pulgar y el índice de la otra mano. Ella gritó y se hundió más profundamente en él. Su polla dolía, todo su cuerpo quemaba por dentro, pero no había forma de que fuera a echar a perder esto. Rodeando el pulgar alrededor del nudo escurridizo que había pellizcado, le permitió tomarlo a su propio ritmo.

Los centímetros finales la hicieron estremecerse, su carne tan tensa alrededor de su contorno que cuando él pasó el dedo alrededor de la rigidez, ella dio un pequeño grito y se corrió en fuertes pulsos que amenazaron con hacerlo derramarse hasta quedar seco.

Gabriel no tenía ni idea de cómo se las arregló para durar hasta que las eróticas olas de su cuerpo se calmaron lo suficiente para poder levantarla y luego traerla de vuelta hacia abajo penetrándola. Esto fue más difícil de lo que pretendía, Charlotte le ceñía con fuerza, su respiración era caliente contra su oreja.

—Gabriel, por favor. Gabriel.

—Te tengo. —Él la levantó una vez más, y la bajó más hondo y rápido—. Te tengo.

Un golpe final antes de que sus bolas se elevaran contra su cuerpo, sus músculos atrapados en un orgasmo que lo golpeó más fuerte que el más duro placaje que jamás hubiera recibido en el campo.



## Capítulo 30

### *Hablando sucio con T-Rex*

Charlotte no estaba muy segura de cómo había terminado en el sofá tirada sobre el pecho desnudo de Gabriel, el corpiño de su vestido estaba en gran parte abotonado, pero era muy agradable, cálido y maravilloso el estar acurrucada de esta forma. Con ojos soñolientos, presionó un beso en la piel debajo de ella y pasó la mano por su pecho ligeramente peludo, deteniéndose para trazar las líneas intrincadas del tatuaje que cubría su músculo pectoral.

—Es muy hermoso.

—Creo que la palabra que estás buscando es varonil. —Un estruendo sonó debajo de ella, la mano de Gabriel le acunó el trasero desnudo.

Sonriendo, lo besó otra vez y al lamerlo probó el sabor salado de su piel.

—¿Funciona?

Acariciándolo, pasó el pie por la pierna de Gabriel, la cual medio colgaba del extremo del sofá, y frunció el ceño ante la sensación de tela debajo de ella.

—No te has quitado los pantalones. —Eso parecía vagamente sucio, ya que él la había... follado sin quitarse los pantalones.

—Si me quito los pantalones, estaré otra vez dentro de ti en unos diez segundos.

Su piel hormigueo y se frotó la mejilla contra él.

—No me importa. —Él se había sentido tan bien en su interior, tan duro, grueso y caliente. Pero se había sentido aún mejor alrededor de ella, cálido, grande y protector.

Gabriel le acarició el culo, disfrutando descaradamente de su cuerpo.



—Entonces funcionó.

Esta vez, ella entendió.

—Sí. —Las cicatrices habían estado bien y absolutamente olvidadas—. Realmente me gusta estar contigo.

Gabriel emitió un sonido desde lo hondo del pecho y le apartó suavemente el cabello de la cara. Solo entonces Charlotte se dio cuenta que este se le había escapado del moño. Pero estaba bien, se sentía maravilloso... hasta que él cerró la mano en su cabello y tiró para que ella alzara la cabeza. El terror volvió a la vida en su sangre, constriñendo sus pulmones y puntos negros bailaron delante de sus ojos.

Empujándolo, ella hubiera caído del sofá si Gabriel no hubiera envuelto su cintura con el brazo.

—¡Charlotte!

Tiró con más fuerza, y esta vez se las arregló para bajarse... y caer con fuerza sobre su coxis. El golpe de dolor atravesó su pánico y levantó la mirada hacia Gabriel mientras él se sentaba en el sofá extendiendo la mano hacia ella.

—¿Estás herida?

Ella sacudió la cabeza en un movimiento rápido y sobresaltado. Lo había arruinado. Todo había sido tan hermoso y lo había arruinado. Humillada, triste y molesta, se puso de rodillas, y luego de pie.

—Deberías irte. —No podía mirarlo a los ojos, solo quería encogerse en una pelota y mecerse a través del dolor.

Él le cogió la mano y tiró.

—Ven aquí, señorita Baird.

—No. Necesito estar sola. —Su voz se quebró.

Gabriel cerró los dedos más firmemente alrededor de su mano.

—Ven acá. Solo un par de pasos.

Charlotte no fue consciente de moverse hasta que estuvo junto a las piernas de él. Deslizándolo el brazo alrededor de su cintura, Gabriel hizo que se sentara en su regazo.

—Así, ahora estás de vuelta donde debes estar.

Charlotte se desplomó sobre él.



—Deseo recuperarme —susurró—. Deseo ser normal. Deseo que no tuvieras que preocuparte por cada caricia que me das. —Él había sido tan *cuidadoso* durante el sexo, sus músculos y tendones rígidos por el control.

—Rayos, lo pasé genial. —Se acomodó en el sofá, con una de las manos sobre el muslo y la otra extendida sobre su espalda—. ¿No me sentiste dentro de ti?

—Piénsatelo bien. —Ella se sentó recta, girando el rostro hacia él—. No mientas.

—Siempre he estado pensando en nuestra primera vez juntos, eres malditamente pequeña, señorita Baird y yo soy un hombre grande. —Le acunó un lado de la cara—. No importa cuánto desee arrinconarte y embestir en ti, nunca lo habría hecho la primera vez... o la segunda. Iremos incrementando las cosas.

Charlotte no sabía cómo responder. Sus palabras contundentemente sexuales, su determinación, la ternura con que la tocaba, todo la abrumaba.

—Pero Charlotte —dijo Gabriel cuando ella se quedó en silencio—, *estás* herida profundamente en tu interior. ¿Alguna vez has hablado con alguien sobre lo que te pasó?

Charlotte hizo un gesto brusco.

—Justo después, lo hice.

—¿Y?

—Después de casi seis meses, empecé a sentirme culpable por desperdiciar el tiempo de la terapeuta cuando no mejoré en nada, así que dejé de ir a verla. —La inteligente y bien vestida mujer, la había hecho sentir muy pequeña, su impaciencia oculta pero obvia para Charlotte.

Gabriel espetó por lo bajo una palabrota.

—Esa terapeuta es una incompetente si te hizo sentir de esa manera.



Charlotte quiso creerle.

—No sé si puedo hablar con un extraño —susurró—. Fue muy difícil contártelo y yo confío en ti.

Gabriel le acarició el muslo con gentileza.



—Conozco a alguien —dijo—. Un médico habló conmigo después de mi lesión.

—¿Hablaste con alguien? —Sus ojos se hicieron enormes y luego se volvieron suspicaces—. Tu madre te obligó.

—Mi padre —admitió—. Fue algo bueno. No estaba tan apaleado, pero podría haberlo estado si no hubiera hablado con el doctor Mac en esos momentos. —Se encogió de hombros—. Él me recordó que tenía un montón de talentos más que solo mi habilidad en el campo.

Charlotte presionó las manos contra su pecho.

—Estabas herido.

—Había estado jugando rugby sin ningún tipo de restricciones desde que pude correr, de pronto ¡zas!, todo se acabó. —Sintiendo a Charlotte derretirse contra él, con sus facciones suavizadas, Gabriel se dio cuenta de que era una inocentona con las historias de su mala suerte. Lástima que la adorara tanto como para manipularla con ellas—. De cualquier forma, el doctor Mac, es un buen tipo.

—¿Un hombre? —Charlotte torció los labios—. No lo hago muy bien con los hombres, lo sabes.

—Se parece a Santa Claus, con barba y todo. ¿Por qué no le das una oportunidad? Puedo ir contigo a las primeras sesiones.

Charlotte se frotó los brazos y de inmediato se encontró abrazada contra el calor del pecho de Gabriel. Él realmente era muy táctil... y a ella le encantaba. Acomodándose sobre él, acaloradamente consciente de cuán íntimamente la sostenía, curvó una de las manos sobre su muslo izquierdo, y dijo:

—Vale, lo intentaré. —No estaba segura de ni siquiera poder hablar con Santa Claus, pero estaba dispuesta a intentar cualquier cosa en esos momentos.

—Lo llamaré mañana y veré cuando tiene un hueco. —La mano de Gabriel se movió entre sus muslos.

Ella se movió inquieta en su regazo, su pulso desbocado. Cuando alzó la cabeza, los labios de Gabriel estaban allí besándola. Deslizando la mano alrededor de su nuca, Charlotte abrió la boca para él. Él introdujo la lengua en su interior, y este fue un beso más agresivo de los que usualmente iniciaba; causando que volviera a humedecerse.

Gabriel la acunó entre sus muslos, un segundo después, su beso se tragó el grito de asombro femenino. Elevándose en un movimiento instintivo, Charlotte empujó en



respuesta y él introdujo dos dedos en ella. Fue tan duro, tan rápido, que le arrancó un grito ronco de su garganta.

—Vuelve aquí, señorita Baird —dijo Gabriel, mordiéndole el labio inferior.

Ella le entregó su boca otra vez y, a cambio, él movió sus dedos en un profundo y exigente ritmo, su lengua haciendo eco del tempo. Charlotte intentó aguantar, pero fue inútil. Sus muslos apretaron la muñeca de Gabriel, sus músculos internos ciñéndolo cuando el orgasmo se estrelló sobre ella. Este no se detuvo cuando creyó que lo haría, porque él continuó haciéndole cosas como presionar el pulgar contra su clítoris, sacar los dedos y empujar reiteradamente en la entrada inflamada por su pasión, mientras le chupaba la lengua.

—Detente —jadeó ella al fin, sus músculos doloridos—. No puedo soportarlo.

A él se le escapó una risa ronca, pero se detuvo en el instante en que Charlotte se lo pidió. Dejando la mano en su entrepierna, la curvó alrededor de la cara interna de su muslo. Él estaba húmedo al igual que ella y la sensación hizo que Charlotte volviera a estremecerse. Enterrando la cara en el cuello de Gabriel, con el pecho agitado, intentó encontrar las palabras, pero todas habían abandonado su cerebro.

—¿Te importa si uso tu cuerpo para correrme? —Esa fue una pregunta caliente contra su oreja.

Charlotte gimió.

—¿Eso es un sí a que yo use tu cuerpo?

Ella asintió con la cabeza.

El hombre grande y sexy quien fundía sus huesos le quitó el vestido, sacándoselo por la cabeza antes de deshacerse de su sujetador. Charlotte apenas tenía fuerzas para mover los brazos, pero se los arregló. Esto la dejó totalmente desnuda por primera vez, debería sentirse vulnerable, pero la sensación de las manos de Gabriel sobre su piel era tan agradable que solo pudo permitirle hacer lo que quisiera.

Extendiéndole los muslos sobre él para que volviera a sentarse a horcajadas, Gabriel procedió a acunarla contra su cuerpo, y le mordisqueó la garganta mientras se liberaba de los pantalones.

—Quiero tu mano en mi polla. —Tomándole la mano derecha, la deslizó sobre su pecho de forma descendente.

Charlotte cerró los dedos alrededor del acero caliente de su erección y él tembló cuando dijo:



—Bésame, señorita Baird.

Charlotte hizo exactamente eso, una parte suya era consciente que de haber sido normal y no encontrarse tan mal como estaba, él la hubiera arrastrado agresivamente a ese beso. En ese momento, no importaba. Lo que importaba era que la estaba besando apasionada y concienzudamente una vez más mientras utilizaba la mano de ella para mostrarle cómo acariciarle. Encontrando la fuerza en su deseo por ella, Charlotte se apartó de su pecho lo suficiente como para mirar hacia abajo.

Viendo sus dedos en los de él hizo que la parte inferior de su cuerpo se contrajera en un estremecimiento convulsivo.

No hubo mucho pensamiento después de eso.



Gabriel no quería volver a casa esa noche, pero se vistió y se levantó, tanto porque no tenía ropa limpia en casa de Charlotte y porque sabía que no estaba lista. Lo último que quería era que ella se despertara en medio de la noche y entrara en pánico por tener un hombre en su cama.

Así que la besó en el umbral de la puerta, dejándola con ojos soñolientos y saciados. Fue una de las cosas más difíciles que había tenido que hacer, sobre todo cuando ella se puso de puntillas para besarlo de nuevo en el instante en que él se apartó.

—Gracias, Gabriel.

—Yo soy quien debe dar las gracias. —Nunca se había sentido tan sexualmente satisfecho en su vida. Sí, había tenido que contenerse, pero eso estaba cambiando. No estaba seguro de que ella se hubiera dado cuenta, pero había sido bastante exigente en el sofá y ella no se había encogido de temor. El sexo, sin embargo, no era la clave para evitar el miedo de Charlotte. Aun así, era un comienzo.

Dejándola con un beso final, regresó a casa.



Charlotte durmió como un tronco y se despertó temprano, sintiéndose bien desde la punta de los dedos de los pies a las puntas de su pelo. Probablemente debería



haberse duchado antes de ir a la cama, pero no lo había hecho, ya que no había deseado quitarse el olor de Gabriel. Dándose la vuelta y disfrutando de la sensación durante unos minutos, finalmente se puso en marcha, se duchó y luego se vistió.

Tomando temprano el autobús, llegó mucho antes de su hora habitual. Cuando iba a subir los peldaños hasta la puerta principal del edificio de Saxon & Archer Building vio al hombre con el que ayer estuvo Gabriel. Estaba escondido detrás de uno de los pilares que daba al edificio de al lado, de vez en cuando mirando furtivamente.

Charlotte no dudó en acercársele.

—Hola —dijo ella en un tono suave una vez que estuvo lo suficientemente cerca—. Usted es el padre de Gabriel, ¿no es así? ¿Brian?

El hombre, con los ojos hundidos y su ropa colgando de su cuerpo, pareció alarmarse.

—No le digas que estoy aquí —rogó—. Solo quería verlo antes de irme al hospital hoy.

Charlotte bajó de la acera y se unió a Brian detrás de los pilares para que pudieran hablar en privado.

—Él está muy enojado contigo —dijo ella, comprendiendo esa ira.

—Lo sé. —La tos hizo estremecer su figura, Brian Bishop sacó algo de su bolsillo—. ¿Le darías esto? No creo que lo recibiera de mí.

Charlotte tomó el sobre arrugado que supuso contenía una carta.

—Se lo daré. —Gabriel podría aullarle por interferir, pero si iban a tener una relación, tenía que ser lo suficientemente fuerte como para enfrentarse a él hasta cuando fuese necesario.

Y era necesario en este caso. Gabriel no quería hablar de esto, pero sabía que la situación no era saludable, él tenía que encontrar una manera de lidiar con la ira en su interior.

—Ahora me tengo que ir —dijo, tocando el brazo de Brian para disminuir la picadura de las palabras—. Me aseguraré de que Gabriel la reciba.

Brian tragó saliva y asintió.

—Espera —dijo cuando él se dio la vuelta—. ¿Cuándo es tu cita?



—A las diez. En el hospital principal. —Él se llevó una mano al pecho, un estremecimiento la recorrió—. Cáncer.

A pesar de que ya había adivinado que era algo así, Charlotte sintió un atisbo de dolor ante la mención de la enfermedad que se había llevado a su madre.

—¿Tienes como volver a casa después de tu tratamiento?

Una sonrisa apagada.

—Sí, un voluntario de la caridad me recogerá. Es lo que me merezco.

Observándolo marcharse, Charlotte puso el sobre en su bolso y empezó a subir.

Cuando Gabriel entró corriendo, antes de reclamarle un beso dijo:

—Me gustas de amarillo, señorita Baird.

Esperó a entregar la carta hasta que él estuvo en su oficina después de su ducha, la franja azul cobalto de su corbata colgaba alrededor de su cuello lista para atar. Cerrando la puerta detrás de ella, Charlotte simplemente suspiró ante la magnífica sensualidad de su sonrisa cuando él alzó la mirada.

—No habrá diabluras en la oficina —dijo, sus dedos se movían de manera eficiente para anudarse correctamente la corbata—. No es que no pueda ser persuadido a negociar esa regla.

Su estómago revoloteó antes de retorcerse con los nervios.

—Tengo que hablar contigo de algo.

Frunciendo el ceño, la observó avanzar hacia él.

—Suena serio.

—Se trata de tu padre.

Él apretó la mandíbula. Las manos en sus caderas y con el nudo hecho, se volvió para mirar al cielo con nubes grises.

—Ese hombre perdió el derecho a llamarse a sí mismo mi padre hace mucho tiempo.

—Lo sé. —Charlotte posó una mano sobre su espalda, aliviando la tensión allí con movimientos suaves—. ¿Pero esta ira que llevas contigo? Es tóxica. —Cuando él no habló, ella continuó a pesar de estar preocupada de que él fuera a intentar callarla otra vez.



No funcionaría en esta ocasión, no cuando él mismo lo había hecho por ella, pero tendría que luchar por derribar sus muros, y sabía exactamente lo testarudo que podía ser.

—Sé de lo que estoy hablando. *Odiaba* a Richard por lo que hizo. Durante mucho tiempo, ese odio me impulsó a curarme, a ser más fuerte, y eso fue bueno, pero en algún momento, me di cuenta que me estaba robando pedazos de mí.

Todavía no había respuesta.

—El odio me estaba convirtiendo en alguien que solo veía lo negativo de las personas. —Ella negó con la cabeza—. No quería ser esa persona, así que tomé la decisión consciente de dejar ir al odio.

Gabriel deslizó el brazo alrededor de su cintura, atrayéndola contra él.

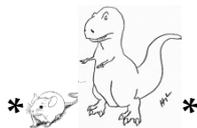
—¿Cómo? Después de todo lo que hizo.

—Al odiarlo, le estaba dando demasiada importancia en mi vida. No se merecía mi atención. —Dándole la espalda a la vista, tocó la mejilla recién afeitada de Gabriel—. No sé si alguna vez podrás perdonar a tu padre, pero deja ir la cólera, Gabriel. Al final, solo te hará daño.

Con expresión aún sombría, él cabeceó hacia el sobre en su mano.

—¿De él? —Cuando ella se lo confirmó, él lo tomó y abrió.

No contenía una carta. Dos cheques cayeron en su lugar. Uno era para Gabriel, el otro para Sailor, ambos con cantidades extrañas: doscientos cuarenta y siete dólares y cincuenta centavos, y ciento ochenta y nueve dólares con ochenta y dos centavos.



—No entiendo —dijo Charlotte cuando Gabriel se quedó mirando los cheques.

Retrocediendo, dejó caer los cheques sobre su escritorio y atrajo a Charlotte a sus brazos. Necesitaba su calor, su ternura.

—Cuando Brian se fue —le dijo—. No solo vació su cuenta y la que tenía con mi madre. Se llevó el dinero de la cuenta de Sailor y la mía también. —Minúsculas cantidades en realidad, pero cifras importantes para dos niños pequeños.

—Poníamos el dinero de los cumpleaños allí y mi madre solía añadir un extra de cinco dólares cuando ahorraba dinero en las compras de comestibles o algo así. Se



suponía que debía cubrir cosas que pudiéramos necesitar en la escuela o en las excursiones y ese tipo de cosas.

—¿Y se lo llevó? —Charlotte negó con la cabeza—. Eso fue algo bajo.

—Nos dejó en la indigencia. Entonces mi madre perdió su trabajo porque no podía permitirse una niñera. —La ira hizo que su voz se volviera ronca—. Ella siempre había estado tan orgullosa de darnos a Sailor y a mí todo lo que necesitábamos, pero sin un colchón de ahorros, no teníamos nada. Terminamos en un refugio de emergencia.

Charlotte no dijo nada, solo le abrazó.

—No creo que alguna vez pueda perdonarlo.

—Entonces no lo hagas. —Ella alzó la mirada—. Pero no alimentes la ira. Sé amable, sé mejor hombre. Sé el hombre que conozco. —Tocándole la mejilla otra vez, ella dijo—: Él es un hombre viejo y enfermo que ha perdido todo y a todos. Tú tienes un corazón enorme, Gabriel... encuentra espacio en él para la bondad.

Gabriel no estaba seguro de ser tan bueno, pero a medida que el tiempo avanzaba esa mañana, esos cheques arrugados permanecieron en su mente. Brian Bishop finalmente estaba intentado arreglar sus errores. Muy poco y muy tarde en lo que a Gabriel concernía.

*Sé amable, sé mejor hombre. Sé el hombre que conozco.*

Él se levantó de su silla, salió a donde Charlotte trabajaba.

—¿A qué hora era su cita?

—A las diez. ¿Irás?

—No lo sé. —Todavía no estaba seguro de eso cuando estacionó el coche en el aparcamiento del hospital, pero salió y se dirigió a la sala correcta.

*Tú tienes un corazón enorme, Gabriel... encuentra espacio en él para la bondad.*

Y empujando la puerta, entró.



## Capítulo 31

### *Un susurro de maldad*

—¿Estás bien? —preguntó Charlotte, cuando él regresó a la oficina, levantándose para darle un fuerte abrazo.

Gabriel la abrazó.

—Es tan viejo y frágil. —Una sombra del Brian que había sido una vez—. Débil del alma también. —Eso, se había dado cuenta mientras hablaba hoy con Brian, era una fragilidad que nada podía arreglar—. Me parece una pérdida de tiempo estar enojado con un hombre como él.

Brian no tenía fuerza, física o emocional, no era un oponente. Gabriel podría destruirle en un instante. Una vez, sin embargo, habría hecho cualquier cosa que Brian le pidiera, habría sido el hijo que cargaba con cualquier carga. Vio ese conocimiento en los ojos de Brian también, el conocimiento de lo que había arrojado, y sencillamente hizo que Gabriel sintiera lástima de un hombre que se había dado cuenta de sus errores demasiado tarde para solucionarlos.

—Nunca lo veré como mi padre, pero sí, puedo ser amable con un hombre viejo y enfermo. —Los lazos de familia se habían roto de forma permanente; todo lo que podía ofrecer era decencia.

—Para él —dijo Charlotte—, creo que va a ser suficiente. Está lleno de pesar.

Gabriel no tenía intención de llegar a ser nunca igual, de despertar un día para darse cuenta de que había desperdiciado su vida enfadado con Brian, así que lo dejó pasar. Si la ira regresaba, haría la misma elección. Porque Charlotte tenía razón: aferrarse a lo tóxico, le perjudicaría únicamente a él y a los que le rodeaban.



—¿Cómo es de malo? —le preguntó después de reclamar un beso hambriento y profundo.

—Estoy manteniendo a los lobos a raya. —Ella le dio dos notas con mensajes telefónicos—. Urgente, pero te puedo librar una hora más si lo necesitas.

—Hazlo —dijo—. Necesito hablar con Sailor. —Su hermano tenía menos recuerdos de la época después de que Brian se fuera, menos emociones negativas, pero había seguido por lealtad la postura de Gabriel.

Cuando Gabriel le localizó en el invernadero comercial donde estaba plantando plántulas, Sailor le dirigió una mirada de incredulidad.

—¿Te quedaste con el hijo de puta durante su quimioterapia?

—Parte. —Sin embargo, incluso eso había hecho que Brian se sintiera patéticamente agradecido—. Charlotte dice que no vale la pena la energía de odiar y tiene razón.

Sailor resopló.

—No vale nuestro tiempo tampoco.

—No, pero mamá sí —dijo, apretando el hombro de su hermano—. Haz esto para ella. Si no lo hacemos, ella va a terminar yendo con él porque tiene un corazón blando.

Sailor dejó escapar un suspiro.

—Mierda. Le llevaré a su próxima cita. —Se quitó los guantes de jardinería—. No le voy a invitar a conocer a mi familia, no me fío de él.

—Yo tampoco. —Un tigre no podía cambiar sus rayas—. Me he asegurado de que tiene buenos cuidados. —Por ahora era lo más lejos que podía ir. Quizás Brian se redimiera algún día, pero hasta entonces, Gabriel intentaría ser el mejor hombre que Charlotte veía en él.



Gabriel llevaba en la oficina un par de horas, las dos frenéticas de trabajo, cuando la recepción llamó para decirle a Charlotte que tenía una entrega. Tuck fue quien lo subió.

—Le gustas a alguien, Charlotte —dijo con una amplia sonrisa antes de salir.



Era un ramo, pero cada "flor" estaba hecha de las páginas de novelas románticas antiguas. Sonriendo tontamente, Charlotte buscó la tarjeta. No había. Un segundo más tarde, se dio cuenta de que la firma estaba en la ancha cinta de plata alrededor del ramo.

Aparte de su nombre, sólo tenía una sola línea: *Nuestra historia está sólo comenzando.* — T-R.

Un poco llorosa, trazó la firma con el dedo. El regalo significaba aún más hoy, cuando ella se había empujado en su vida emocional, cuando había ejercido su derecho a cuidar de su corazón mientras él cuidaba del suyo.

Sacando una de las flores, la llevó al despacho de Gabriel. Él estaba de pie junto a la ventana, discutiendo con alguien al otro lado del teléfono, pero le hizo un gesto para que entrara. Acercándose, le envolvió con sus brazos por detrás, la flor de texto en una mano.

Ella sintió su sonrisa en la forma en que cerró la mano sobre la suya, aunque el tono de su negociación nunca cambió. Dejando caer un beso en su espalda, puso la flor al lado del pequeño calendario electrónico a un lado de su escritorio y se disponía a salir cuando él se volvió para garabatear una nota en la parte posterior de un proyecto de informe para la junta.

Esperando que fuera una instrucción sobre algo que necesitaba para la llamada, se sorprendió al encontrar: *Mac tenía una cita a las tres y media que ha sido cancelada.*

Su pecho se tensó pero asintió, y cuando llegó el momento de irse, se metió en el coche con él para conducir a la oficina del psicólogo. Fue sólo cuando leyó el nombre en la puerta de la oficina que se dio cuenta que Dr. Mac era en realidad el Dr. Thomas McCauley. Entonces su secretaria les hizo entrar y ella casi se echó a reír. Papá Noel se había vuelto completamente calvo y había recortado su barba.

Era regordete y bajo. Esto último la consoló. Su padre había sido bajo. Mucho más delgado que el Dr. Mac, pero de la misma altura y con los mismos ojos suaves.

—Gabriel —dijo, levantándose para estrechar la mano de Gabriel—. Esta debe ser tu señorita Baird.

—Charlotte.

El contacto del Dr. Mac fue firme pero no demasiado duro cuando entrelazó sus dos manos cálidamente alrededor de la suya.

—Charlotte. Es un placer conocerte, ¿qué estás haciendo con este tipo?



—Ella tiene un gusto excelente —dijo Gabriel.

El médico se rió entre dientes.

—Y usted tiene un ego sano.

Sonriendo ante el afecto en el tono del médico y confiando en los instintos de los que había desconfiado durante mucho tiempo después de Richard, Charlotte se volvió hacia Gabriel.

—Creo que voy a estar bien.

Él no trató de adivinar, sólo dijo:

—Esperaré fuera.

—Tómate un descanso y lee una revista —le ordenó el médico—. No asustes a mi secretaria gritando a tus competidores por teléfono.

Ya que Gabriel ya estaba sacando su teléfono, eso le hizo sonreír. Cerró la puerta detrás de él con una mirada a Charlotte que dijo que estaría allí enseguida si ella le necesitaba.

Girándose hacia al doctor después de que la puerta se cerrara, Charlotte tomó aire de manera profunda y temblorosa.

—Así que, ¿cómo funciona esto?



Gabriel no estaba acostumbrado a esperar. Estaba acostumbrado a hacer. Así que hizo lo que pudo... que era trabajar. En lugar de hacerse cargo de la sala de espera del doctor Mac, salió a la terraza de la villa pintada de blanco que doc utilizaba como su oficina. Se aseguró de estar siempre al alcance del oído en caso de que Charlotte tuviera un ataque de pánico y le necesitara.

Pero cuarenta y cinco minutos después de que Gabriel cerrara la puerta al médico y a Charlotte, se abrió de nuevo y Charlotte salió. Tenía los ojos enrojecidos, pero había una sonrisa en su rostro cuando dijo adiós al Dr. Mac. Después, fue directamente a los brazos de Gabriel.

—¿Estás bien? —preguntó, presionando un beso sobre su coronilla.

—Sí. —Su voz era un poco ronca—. Él es un buen hombre.



Llevándola al SUV, le dio un empujón al asiento del acompañante sólo porque le gustaba tocarla, y luego se quedó ante la puerta abierta.

—Yo soy mejor.

Ella le tomó de la corbata y tiró de él para darle un beso.

—Sí, lo eres.

Él le tocó la mejilla.

—¿Te sientes cómoda con él?

—Sí. Me hizo sentir como si yo pudiera ir a mi propio ritmo, que él no tenía prisa.

—Una sonrisa feroz—. Pero estoy dispuesta a acabar con esto.

Gabriel no estaba seguro de que fuera tan fácil, pero estaba en esto a largo plazo. Charlotte era suya, era tan simple y tan inmutable como eso.



En invierno, oscurecía a las seis y media, así que Charlotte tomó un taxi a casa después del trabajo. Gabriel había salido a las cinco para su sesión de entrenamiento en la escuela secundaria media hora más tarde, las interrupciones en su jornada laboral significaban que tendría que meter algunas horas más en los negocios de Saxon & Archer después de que la sesión terminara, pero había hecho un compromiso con el equipo, y Gabriel se lo tomaba en serio.

Gabriel le frunció el ceño cuando ella rechazó su oferta de llevarla a casa porque quería terminar algo de trabajo, pero se mantuvo firme. No quería que cuidara de ella, y él no tenía que hacerlo. Todavía no. Porque una vez que Richard estuviera fuera, Charlotte sabía que habría momentos en los que no sería capaz de dejar a Gabriel fuera de su vista.

No porque tuviera miedo por ella, sino porque no podía soportar que Richard le hiciera daño. El hombre al que había visto como un chico guapo y bronceado hacía mucho tiempo, sabía guardar rencor, planeando y organizando, y era lo bastante malvado para ir en pos de las personas que más le importaban. Molly estaba a salvo fuera de su alcance, pero Gabriel no.

*Él va a estar a salvo. Él está a salvo.*



Repitiéndose eso silenciosamente, se bajó del taxi en su camino de entrada. Sus vecinos estaban charlando fuera, y después de recoger su correo del buzón, se unió a ellos durante unos minutos antes de dirigirse a su casa. La había echado de menos cuando tuvo que mudarse al apartamento, pero su decisión tenía sentido.

Ya era hora de que comenzara a empacar bastante cosas para no tener que volver aquí constantemente. Bien podría empezar esta noche, ya que tenía la corazonada de que Gabriel se dejaría caer después de la sesión de entrenamiento. Le daría buen uso, acarreando cajas o tal vez, se entregarían a otra forma de ejercicio, pensó con una sonrisa maliciosa.

Eso le daría un descanso antes de que él se hundiera en el trabajo otra vez.

Charlotte frunció el ceño mientras se cambiaba la ropa de oficina por sus pantalones negros elásticos y su chaqueta de punto verde con mangas tres cuartos. Podía entender la necesidad de Gabriel de ponerse al día con el trabajo hoy, ya que ella había entendido las horas que había metido en el primer par de meses, pero el hombre necesitaba más equilibrio en su vida. Saxon & Archer estaba en una posición mucho mejor, gracias a él. Podía darse el lujo de tomarse un respiro de vez en cuando.

Meditando acerca de cómo hacer que eso sucediera, cedió a la tentación y desenterró uno de los muffin de melocotón y fruta de la pasión que había congelado después de hacer un lote hacía dos semanas. Un minuto en el microondas para descongelar y lo puso en un plato para picar mientras se quedaba junto a la mesa de la cocina para comprobar el correo.

Su factura de electricidad por lo general venía ahora. Lo que le recordó que tenía que cambiar a factura electrónica. Allí estaba, el distintivo sobre amarillo. Al abrirla, vio que no había sorpresas y la dejó a un lado. Se echó a reír al ver el siguiente elemento de la pila. Molly le había enviado una postal de Las Vegas, la imagen de un imitador de Elvis con un mono púrpura moviendo la entrepierna.

*Te echo de menos un montón. Te quiero aún más. xo Molly*

*PD: Elvis dice que las lentejuelas siempre están de moda.*

En lugar de pegarla al frigorífico, Charlotte la dejó a un lado para llevársela al nuevo apartamento. El resto de la pila se componía de anuncios publicitarios, a excepción de un pequeño sobre que se había pegado entre las páginas de un catálogo



de un gran almacén. Frunció el ceño, sin reconocer la escritura. Entonces vio el remite.

La prisión más grande del país.

Con náuseas y las rodillas débiles, se desplomó en una silla, el muffin a medio comer cayó de sus dedos para golpear la mesa. Todo en ella se sacudió. Dejó caer el sobre, lo miró fijamente, saltando cuando sonó una bocina fuera. Sus ojos fueron al reloj en la pared mientras su mente imaginaba que el pitido había sido de un vecino, y se dio cuenta que había estado sentada allí durante quince minutos.

*No, el hijo de puta no iba a robarle más de su vida.*

Sin embargo, cuando fue a recoger el sobre para tirarlo a la basura, no pudo. Tenía que saber que decía, pero no podía abrirlo sola. Ayer, eso le habría hecho sentirse débil, rota. Hoy, tenía la voz del doctor Mac en la cabeza, diciéndole que estaba bien necesitar gente para ayudarla a superar los tiempos oscuros.

— ¿No harías lo mismo por Gabriel o tu mejor amiga si alguna vez le sucediera a ellos? — Le había dicho suavemente—. La fuerza no significa no confiar nunca en nadie. Y conociéndole como lo hago, te puedo decir que le romperías el corazón si no le permitieras soportar parte del peso. Eso es lo que él es.

Levantándose con ese pensamiento, fue a la cocina a recoger algo de ropa. Cuando Gabriel envió un mensaje para decir que se pasaba y que había recogido la cena, ella se permitió sentirse felizmente aliviada.

—Hey — dijo cuando ella abrió la puerta para él.

Él se había duchado después de la sesión de entrenamiento en la que sin duda había salido al campo con los chicos, y luego se había puesto unos vaqueros y una camiseta blanca. No mucha gente le veía así, con su cabello despeinado y húmedo y los pies descalzos; se quitó los zapatos tan pronto como entró. Tal vez era una tontería, pero la hacía sentirse especial, de confianza, como si le hubieran permitido verle sin su armadura.

—Hey. —Puso la comida que había comprado en la mesa de pasillo y dobló un dedo.

Apoyando las palmas en el sólido muro de su pecho, Charlotte se levantó de puntillas. Él se inclinó, encontrándola a mitad de camino, el beso caliente y profundo, como siempre era con Gabriel. Le encantaba que él fuera tan abiertamente voraz por ella, adoraba su sabor. Deslizándole un mano a un lado de su cuello, la fuerza masculina cálida y sólida bajo sus dedos, ella le dio lo que quería.



Nada se sentía tan bien como hacer que Gabriel gimiera, sus manos le apretaron las caderas antes de que deslizara los dedos más abajo para acunarle el trasero. Cuando la levantó, ella envolvió las piernas alrededor de su cintura.

Sosteniéndola fácilmente con un brazo mientras deslizaba el otro sobre su muslo, le mordió el labio inferior.

—Me gustan estos pantalones. —Sus dedos se flexionaron debajo de sus nalgas.

Ella se sonrojó, dándose cuenta de que el tejido suave y elástico le daba fácil acceso a su cuerpo.

—A mí también me gustan estos pantalones —dijo ella, porque le gustaban sus manos sobre ella—. Te has afeitado. —Su mandíbula era suave bajo sus dedos.

—Pensé ser civilizado hoy y no marcar tu bonita piel. —Un beso profundo—. Al menos no con mi mandíbula. Podría morderte.

Charlotte no sabía que la llevó a hacerlo. Se inclinó hacia delante y le mordió la suave mandíbula, el olor de su loción de afeitar en sus pulmones. Gabriel flexionó la mano de nuevo.

—¿Mordiéndote al jefe, señorita Baird?

—Creo que este jefe puede soportar algunos mordiscos.

Riéndose, él dijo:

—¿Quieres comer? ¿O debería comerte a ti?

—*Gabriel.*

—Señorita Baird.

—Deberías bajarme.

—¿Por qué?

—Soy pesada.

Él resopló, con los hombros temblando. Empujando esos hombros cuando él se echó a reír tan fuerte que no podía hablar, ella trató de no reírse con él. Era demasiado difícil y era lo último que hubiera pensado que estaría haciendo cuando había recibido la carta. El recordatorio sin embargo, le robó la risa.

Los ojos de Gabriel inmediatamente se centraron en su rostro. Bajándola, dijo:

—¿Qué pasa?

—Dick me ha enviado una carta.



Su expresión fue dura y plana.

—¿Qué quiere el hijo de puta?

—No lo sé. No la he leído. Te estaba esperando.



Las palabras cortaron la cólera de Gabriel.

—¿Quieres que la lea? —No quería a ese pedazo de escoria en cualquier lugar cerca de Charlotte, aunque sólo fuera a través de sus palabras.

Pero Charlotte negó con la cabeza y le llevó a la cocina.

—Tengo que hacer esto. Si me escribe de nuevo, la tiraré a la basura, pero tengo que leer esta primera, averiguar lo que piensa que tiene que decirme después de todo este tiempo.

Gabriel podía entender su necesidad, pero aún así tuvo que apretar los dientes para no tomar el sobre y romperlo en pedazos. Especialmente cuando los dedos de Charlotte temblaron mientras abría el sobre.



## Capítulo 32

### *Palabras malas, malas, malas*

Atrayendo a Charlotte, Gabriel dijo:

—Él no te puede tocar. Le romperé por la mitad si trata de ponerte siquiera un dedo encima.

Una sonrisa temblorosa de Charlotte mientras sacaba la carta.

Gabriel la leyó junto con ella. El bastardo había escrito cuánto lo sentía, cómo había intentado escribir antes, pero las autoridades de la prisión no lo permitieron. Le habían dado el visto bueno a esta carta porque estaba a punto de salir y se consideró un signo saludable de rehabilitación que quisiera pedir disculpas a su víctima para darle un “cierre”.

*Ese no era yo, Charlotte. No sé lo que sucedió ese fin de semana, en que me convertí, pero asumo toda la responsabilidad por ello. Es importante que lo haga. Está en mí. No tenía nada que ver contigo y cómo rompimos. No fue culpa tuya que no pudieras darme lo que necesitaba, no debería haberte hecho pagar mi molestia contigo. Espero que algún día puedas perdonarme.*

El puto psicópata tuvo el descaro de firmar “con amor, Richard”.

—Mierda pasiva-agresiva —gruñó Gabriel, incapaz de mantener la boca cerrada por más tiempo.

—Manipulador —dijo Charlotte—. Ese siempre ha sido su modus operandi. —Levantó la carta, fue a hacerla pedazos, luego frunció el ceño—. Voy a dársela a la detective Lee, por si acaso.

—Buena idea. —Si Richard iba tras ella otra vez, Gabriel quería encerrarlo por el resto de su vida miserable—. ¿Estás bien?

Una expresión valorativa en el rostro de Charlotte.



—Sí. Él ha sido el hombre del saco durante tanto tiempo, pero ahora que he leído esto, le veo como el patético hijo de puta manipulador que es en realidad. —Tiró la carta sobre la mesa—. ¡Era un hombre tan grande cuando me emboscó, me tuvo sola, ese picha corta, cabrón chupa mierda!

Gabriel nunca había oído jurar a Charlotte. Era impresionante.

Se puso aún más impresionante.

—¡Punto final, mi culo! Esa excusa viscosa de ser humano sólo quería meterse dentro de mi cabeza. ¡Que se joda! —Pinchó a Gabriel en el pecho—. ¿Molestia? ¿Molestia? ¡Voy a mostrarle a ese cara de culo mamón la molestia! Su nombre no debería ser Dick. ¡Debería ser comadreja Dick, mierda por cerebro!

Apoyado con los antebrazos en el mostrador cuando Charlotte pasó a su lado, Gabriel sonrió mientras ella iba a la cocina, golpeando ollas y sartenes y echando harina en un bol, sacando cacao, trocitos de chocolate, huevos y vainas de vainilla, y otras cosas que él no podía identificar. Él decidió no recordarle que había traído la cena y se iba a enfriar.

En cambio, robó trocitos de chocolate desde el otro lado del mostrador y dijo:

—Sí —y—, absolutamente.

Cuando ella hizo una pausa en su diatriba para esperar una respuesta. La pregunta era por lo general algo en la línea de: “¿No crees eso?” después de asesinar el personaje de Richard de formas cada vez más creativas.

No fue hasta que el olor a muffins horneados impregnó la cocina y Charlotte había lavado a mano los platos con más golpes y estrépito, que empezó a calmarse. Exhalando, se volvió hacia él.

—No sabía que tenía eso dentro.

La besó en la mejilla, adorándola.

—Esa es mi señorita Baird.

El rubor estaba de vuelta, rosa y bonito.

—Tengo que recordar todas las palabrotas que he usado para poder decírselas a Molly.

—¿Comadreja?

—Parecía apropiado.

Riéndose, Gabriel fue a buscar la comida que había dejado en la mesa de pasillo.



—Venga, vamos a recalentar esto y comerlo, así puedes decirme que significan algunas de esas palabras. Crecí en un campo de rugby, pero Jesús, nena, no tengo ni idea de dónde has aprendido todo eso.

—Deberías leer más —fue la respuesta remilgada de la pequeña valquiria rubia que él no quería que se cabreara con él nunca.



Charlotte estaba en la cama esa noche, mirando al techo. Su cuerpo estaba satisfecho y al mismo tiempo no. Gabriel la había tocado con la misma ternura primitiva de siempre, pero de nuevo, había sido en un sillón, con ella en su regazo. Sabía en su interior que no era su posición favorita. Un hombre como Gabriel disfrutaba de estar encima, le gustaba tener el control total.

—No te apresures. Parece que lo estás haciendo muy bien con Gabriel.

El Dr. Mac tenía razón; ella lo sabía. También sabía que la enfurecía que a pesar de que podía ver a Richard como el cobarde psicópata débil que era, no podía olvidar lo que le había hecho. Se sentía como si la hubiera marcado y lo odiaba, lo odiaba. Quería llevar la marca de Gabriel, no la de Richard, quería conocer la sensación de la mano de Gabriel deslizándose por su nuca para aferrarla para un beso, no la fealdad de los dedos de Richard clavándose en su carne mientras la arrastraba por la casa adosada.

Y quería el gran cuerpo de Gabriel, caliente, protector a su lado, no quería que saliera por la puerta noche tras noche, porque ninguno de ellos estaba seguro de que ella no fuera a asustarse en mitad de la noche.

Enfadada, empujó la manta y fue a la cocina a tomar un poco de café. No tenía ni idea de qué hora era dondequiera que estuviera Molly en este momento, pero cogió el teléfono e hizo la llamada. Su mejor amiga respondió aturdida.

—¿Charlie?

—He dicho que Richard era una pichacorta y un cabrón chupa mierda.

Una pausa dramática, y luego Molly gritó.

—¡Esa es mi chica! —le siguió un crujido y Molly susurrando—, vuelve a dormir. Voy a hablar con Charlie.

Más crujido anunció que Molly se movía.



—¿Qué precipitó este impresionante ataque al personaje de pichacorta? —dijo después de unos segundos.

Charlotte le contó lo de la carta.

—Durante todo este tiempo, he tenido miedo de él, cuando es un cobarde que sólo podía sentirse bien atacando a una mujer de la mitad de su tamaño. —Ver sus palabras de comadreja habían hecho que el cristal de la verdad se aclarara—. Creo que en parte es porque ya no soy vulnerable. —La chica de duelo e insegura que Richard había conocido se había ido, en su lugar estaba una mujer que se enredaba con un hombre mucho más fuerte de manera regular—. No puede llegar a mí atacando mis debilidades.

—Estoy orgullosa de ti —dijo Molly, feroz en su apoyo.

Charlotte sonrió.

—Yo también estoy orgullosa de mí. —Le había costado años, pero por fin había despojado a Richard de su poder—. Pase lo que pase, nunca más voy a temerle. —No era tan ingenua como para pensar que los ataques de pánico cesarían simplemente, pero sin duda ¿darse cuenta de la verdadera naturaleza de Richard tendría un impacto en su subconsciente?

—Espero que los otros prisioneros le atacaran mientras estuvo en la cárcel —murmuró Molly—. Es lo que se merece.

El café había terminado de hacerse, así que Charlotte se sirvió una taza, luego sacó uno de sus “muffin enojados” como Gabriel los había llamado, y se acurrucó en una silla en la mesa de la cocina.

—Creo que debería mudarme al apartamento de Gabriel.

—Vaya. —El sonido de líquido siento tragado al otro extremo de la línea—. ¿Y eso?

—Quería demostrar mi independencia —dijo Charlotte, con los ojos en la factura que había dejado sobre el mostrador—. Pero ya he hecho eso. He vivido aquí por mi cuenta, he tenido mi propio trabajo, pagado mis facturas.

—No recibirás de mí ningún argumento en contra.

—Supongo que simplemente tenía que darme cuenta de eso yo misma. —Charlotte dio un mordisco a su muffin—. La cosa es que nunca he querido vivir sola realmente. Quiero estar con Gabriel. —Pensó en todo lo que ella y Gabriel ya habían compartido y lo que aún faltaba.



—Quiero sentir la mano de Gabriel en mi nuca, Molly —dijo en voz baja, sus ojos calientes por la emoción—. Quiero que me tire del cabello y me sujete y me ate si eso es lo que queremos. No quiero que Richard me haya robado eso. No quiero su fea sombra en cualquier parte de mi vida.

No más. *Ya no más.*



Gabriel recibió una llamada de Charlotte mientras se afeitaba después de su ducha post-carrera.

—Voy a llegar tarde —dijo.

—¿Por qué?

—Tengo sueño.

Un tono sonó en su oído un segundo después. Pensó en llamarla, pero había sonado adorablemente somnolienta, así que lo dejó pasar. No era como si Charlotte nunca se hubiera tomado un día por enfermedad. Tampoco lo haría hoy, viniendo a las once.

—¡Maldita sea, Charlotte! —gritó cuando la vio—. ¿Dónde diablos has guardado los archivos Paxton?

—Aquí mismo. —Dejando a un lado su café pero sin sentarse, se inclinó sobre su ordenador y le envió por correo electrónico el archivo.

—Lo he enviado a tu tablet.

Él le puso las manos en las caderas y tiró de ella. Charlotte llevaba un vestido de color rosa oscuro con un escote cuadrado y líneas ajustadas, el pelo recogido en un moño remilgado, se veía tan limpia y pulcra que sólo quería despeinarla. Restringiendo el impulso, le mordisqueó el cuello.

Ella le empujó suavemente por el hombro mientras su pulso latía contra su piel.

—Aquí no —murmuró, pero le dio un beso rápido en la mandíbula antes de dar un paso atrás.

La soltó, todo su cuerpo reacio, pero su mente le recordó dónde estaban.

—Sí. Tengo una llamada de conferencia en dos minutos.



Fue horas más tarde cuando finalmente se tomó un respiro, para encontrar a Charlotte en la puerta de su oficina, frunciéndole el ceño.

— ¿Volviste al trabajo después de dejarme anoche?

— Sí.

Su ceño se profundizó.

— ¿Y acababas de volver de tu carrera cuando te llamé esta mañana?

— ¿Su punto, señorita Baird?

— No puedes haber dormido más de cuatro o cinco horas a lo sumo. Es necesario que descanses para almorzar por lo menos.

— No hay tiempo. — Ya se había remangado las mangas y ahora se quitó la corbata —. ¿Me puedes pedir algo?

Ella no se movió.

— Esto no es saludable.

— Sólo pide la maldita comida, Charlotte.

Ella lo hizo y, para su sorpresa, no estaba enojada con él por gritarle. Cuando lo señaló, ella puso los ojos en blanco.

— He estado trabajando contigo durante meses, ¿recuerdas?

Sin embargo, la próxima vez que le dijo que dejara de trabajar, había temperamento en sus ojos.

— Basta, Gabriel — dijo ella —. Has estado trabajando sin parar desde antes de que yo viniera. Eso no es bueno para ti.

— Soy un niño grande. — Garabateando su nombre en un contrato, se lo ofreció —. Asegúrate que llega en el correo de la mañana.

— Claro.

— Gracias — dijo distraídamente, confiando en Charlotte para hacer las cosas.

Levantando la mirada poco después, dijo:

— ¿Charlotte?

No hubo respuesta.

Imaginando que debía de haber ido a buscar una taza de café o algo, esperó, pero seguía sin haber sonido en la oficina. Finalmente se levantó y salió a ver qué pasaba y



encontró su ordenador apagado, su escritorio ordenado como siempre hacía cuando se iba a casa.

Frunció el ceño y buscó una nota. Fue entonces cuando su mirada se posó en la hora que mostraba el teléfono de la oficina: 21:47.

— ¡Mierda! — No es de extrañar que hubiera estado tan cabreada.

Corriendo, cerró su propio ordenador mientras llamaba al móvil de Charlotte. Casi esperaba que fuera al buzón de voz, pero ella respondió.

— ¿Sí?

— Lo siento — dijo, pensando que podría salir de esta —. Estaré allí pronto.

— No te molestes. Ya he cenado y estoy a punto de leer mi libro.

Él hizo una mueca.

— Charlotte.

— Te veré mañana.

*Click.*

Sin ánimo de rendirse, salió. En el momento que llegó a su casa adosada, eran las diez y cuarto, pero sus luces estaban encendidas. Pulsó el timbre de la puerta y no obtuvo respuesta. Vale, sí, estaba cabreada.

Sacó su teléfono, decidió enviarle un mensaje de texto en lugar de llamar.

*Hace frío fuera.*

La respuesta fue brusca: *Estoy segura que en tu coche hace calor.*

*¿Qué pasa si digo lo siento de nuevo?*

La puerta se abrió un minuto más tarde, y en un primer momento, pensó que iba a entrar. Entonces vio su cara.

— Eh — dijo, alargando la mano a su mejilla.

Girando en su toque, ella apretó los labios contra su palma, pero no descruzó los brazos.

— No quiero disculpas, Gabriel. Sólo quiero que te cuides.

— Para eso te tengo a ti. — La besó, aprovechando la posibilidad de que ella no le había apartado.

No lo hizo, el beso al rojo vivo.



Apoyando la mano en su pecho mientras ella se suavizaba contra él, dijo:

—Tienes que descansar un poco.

—Me muero de hambre. —Profundizó el beso, se aseguró de que ella entendiera que su hambre no tenía nada que ver con la comida, su lengua acariciando agresivamente contra la suya.

Ella le clavó las uñas a través de la camisa, y fue condenadamente bueno. Quería que las uñas de Charlotte le arañaran, quería volverse salvaje, sucio y sudoroso con ella. Tensó los músculos cuando su cuerpo le instó a tirar de ella, a volverse más rudo, así que sólo la besó hasta que ella se derritió y se volvió suave; no se resistió cuando él entró y cerró la puerta de una patada.

Acariciando con sus manos su hermoso culo, la levantó y la inmovilizó contra la pared, alerta a cualquier signo de miedo.

—Por fin veo los sexys pantalones de franela —dijo mientras ella le rodeaba con las piernas.

Charlotte le mordió. Fue un pequeño mordisco en el labio inferior, pero fue un mordisco. Él sonrió y se lo devolvió. La hizo temblar, el escalofrío onduló por su cuerpo cuando él deslizó la mano bajo la camiseta para acariciar su pecho desnudo.

Ella gimió.

—No podemos seguir teniendo sexo.

—¿Por qué no? Tenemos meses de frustración acumulada. —Como no tenía ningún escrúpulo cuando se trataba de estar desnudo con Charlotte, fue a por su garganta.

—Oh, Dios, *Gabriel*. —Apretó los dedos en su pelo y pareció perder su tren de pensamiento durante varios minutos placenteros y largos. Él se ocupó de quitarle la camiseta, luego se inclinó para chupar y degustar los bonitos pechos con los que le daban ganas de hacer cosas malas, malas, *malas*.

—Toca mi nuca.

Gabriel se quedó paralizado. Chupando por última vez un pezón puntiagudo, levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Eso te hace tener un ataque de pánico.

Con el pecho subiendo y bajando con un ritmo irregular mientras flexionaba los dedos en sus hombros, dijo:



—Lo sé. Pero no quiero que pase.

—No voy a hacer nada que te haga daño.

Un destello terco en sus ojos, los dientes apretados.

—Quiero hacer esto, Gabriel. Quiero hacerlo todo.

Gabriel apretó las palmas a ambos lados de la cabeza, sosteniéndola con la simple presión de su cuerpo, los muslos femeninos cerrados alrededor de sus caderas.

—¿Qué dijo el doctor Mac?

Con expresión rebelde, ella cruzó los brazos sobre su parte superior del cuerpo desnudo.

—Yo sé mejor que el Dr. Mac lo que necesito. ¡Estoy lista!

Gabriel apretó su mandíbula y le levantó el rostro.

—¿Sabes lo que me hace cuando te echas atrás o te quedas todo rígida y asustada?

—Al ver las sombras, él negó con la cabeza—. No estoy diciendo que me vaya a rendir, Charlotte. Estoy diciendo que *no* voy a hacer algo que sé que va a hacerte daño.

Ella cerró la mano sobre su muñeca, sus delgados dedos sosteniéndolo en su lugar de forma más eficaz que cualquier grillete.

—A mí me duele ser así, saber que siempre estás pensando. —Cruda emoción en su voz, en sus ojos—. No quiero que pienses cuando tenemos intimidad. Quiero que te sueltes.

Él no pudo discutir su declaración. Siempre *estaba* pensando, siempre asegurándose de no manejarla demasiado áspero o tocarla en cualquiera de las áreas que la traumatizaban. Pero también sabía algo más.

—No podrías haber manejado nada de esto cuando empecé a intentar tenerte desnuda.

Ninguna sonrisa ante sus palabras.

—Podríamos hacer más daño que bien empujando —dijo él.

—¡Estoy harta de estar atrapada en el pasado!

La furia de ella era una cosa hermosa.

—Haré lo que quieras —dijo, levantando la mano cuando ella comenzó a sonreír—. Si el Dr. Mac me dice que no va a hacerte daño.



Un pequeño grito.

—Bájame.

Él hizo lo que le pidió. Podría haber ocasiones en las que jugaría a mantenerla prisionera, pero este no era el momento adecuado para los juegos.

—¿Por qué estás enojada? ¡Estoy tratando de cuidar de ti!

Poniéndose la camiseta, ella fue a zancadas a la cocina.

—¡Quiero que me escuches! Sólo me he reunido una vez con el Dr. Mac. ¡Yo me conozco! ¡Sé que estoy lista!

La vio abrir el congelador y sacar algo.

—¿Qué estás haciendo?

—Descongelar un guiso que hice. —Le fulminó con la mirada—. No esperes conseguir comida la próxima vez que vengas a casa a una hora ridícula.

El calor y la ira se combinaron dentro de él. *Casa*. Le gustaba que ella hablara de ellos estando en casa. También seguía cabreado con ella por tratar de obligarlo a lastimarla.

—¿Qué tal si hacemos esto y destruye toda la sanación que has hecho hasta ahora?

—No soy tan débil. —Apuñaló los botones del microondas, que se puso a zumbar—. Si me caigo, me recompondré.

—¡No quiero que caigas! —rugió él.

—Eres un hombre de neandertal sobreprotector —murmuró Charlotte, pero se acercó para tomarle el rostro entre las manos—. Mañana hablaré con el doctor Mac y entonces tú puedes ir y hablar con él. Pero *vamos* a hacer esto.

—¿Cuándo te volviste tan mandona, Srta. Baird?

—Autodefensa contra un determinado T-Rex.



## Capítulo 33

### *Rugidos, gruñidos y un T-Rex malhumorado*

Gabriel no estaba de buen humor al día siguiente. Había tenido que dejar a Charlotte de nuevo ayer por la noche, cuando todo lo que él había querido hacer era sostenerla en sus brazos toda la noche. Apenas había dormido, la mente dando vueltas furiosa al hecho de que sólo quedaban unos días más hasta que ese pedazo de mierda que le había hecho daño estuviera en el mundo una vez más.

No estaba seguro de poder evitar cazar y matar a Richard.

Luego, en cuanto llegó al trabajo, tuvo que manejar una cagada del reinado del anterior CEO que de pronto había adquirido nueva vida.

—¿Cuándo te mudas al apartamento? —preguntó a Charlotte en el coche de camino al Dr. Mac, el médico les había metido durante lo que debería haber sido su hora del almuerzo. Era la primera vez que habían tenido la oportunidad de hablar de otra cosa que del arreglo de la cagada.

—Hablaemos de ello después de la visita.

Una vez en la consulta, Charlotte entró y él se paseó por la sala de espera hasta que la recepcionista le empezó a mirar mal. Con el ceño fruncido, salió al exterior y se obligó a enfrentarse a su correo electrónico mientras paseaba. Cuando Charlotte salió, sus mejillas estaban calientes y sus ojos echaban chispas. Gabriel no preguntó qué había pasado, sólo fue directamente a ver al médico.

—¿Te ha gritado también?

El Dr. Mac se rió entre dientes.

—Un poco, pero es bueno para ella. Siéntate, Gabriel.



—No puedo. —Estaba demasiado furioso—. ¿Te ha contado lo que quiere que haga?

—Sí. —El médico se levantó para acercarse a él—. Tiene razón de una manera, se conoce a sí misma mucho mejor que yo, y creo que el incidente con la carta ha sido un avance significativo.

Gabriel dejó escapar un suspiro.

—Me mata cuando se le pone esa mirada asustada en sus ojos, Doc. —Como ser apuñalado una y otra vez.

El médico le palmeó el brazo.

—Eres un hombre fuerte. —Ojos solemnes—. Ahora tienes que ser lo suficientemente fuerte para ayudarla a superar esta nueva etapa de su curación. Ella ha tomado la decisión, y tenemos que cumplirla.

Con los músculos tensos, Gabriel asintió.

Charlotte le miró cuando salió de la oficina del doc.

—¿Y bien?

La besó en esa boca inteligente, necesitaba el contacto. Abriendo los brazos, ella extendió las manos sobre el pecho y se puso de puntillas para hundirse en el beso.

—*Ejem.*

Gabriel apenas se contuvo de gruñir a la recepcionista. Envolviendo un brazo alrededor de Charlotte, la llevó hasta el coche, que había aparcado en frente de la villa.

—Bien —dijo—, vamos a hacerlo a tu ritmo. Pero me reservo el derecho de detener las cosas si te rompes. —Puso los dedos sobre sus labios cuando ella iba a hablar—. No puedo hacerte daño y vivir conmigo mismo, así que lidia con ello.

Frunciendo las cejas, ella le mordió los dedos.

—¿Crees que quiero hacerte daño? —dijo, y tiró de la corbata hasta que se inclinó hacia ella—. La próxima vez que me digas que simplemente lidie con algo en ese tono de voz, te tiraré más que un muffin a la cabeza.

Él la besó de nuevo, metiendo su lengua profundamente y apretándola contra el metal caliente del coche, sus emociones en carne viva. Fue sólo el chirrido de neumáticos en el camino más allá de la cobertura de arbustos lo que le hizo retirarse.



—Vamos —dijo, mirando sus labios hinchados con una intensa satisfacción—. Me gusta pelear contigo.

—Me mudo contigo. —Le alisó la corbata, con fuego todavía en sus ojos—. Nos vamos a pelear con más frecuencia en el futuro.

Su mal humor desapareció en un santiamén. Apretándola con las manos apoyadas a cada lado del coche detrás de ella, sonrió.

—Fin del juego, Srta. Baird.



Seis horas más tarde y un viaje a la casa de Charlotte para mover algunas de sus cosas, Gabriel se apoyó en la jamba de la puerta de la habitación de invitados cuando Charlotte terminó su llamada telefónica.

—¿Qué ha dicho? —preguntó, sabiendo que Charlotte por fin había logrado contactar con la mujer que habría sido su casera si no hubiera decidido irse a vivir con él.

—Ha sido encantadora —dijo Charlotte con una sonrisa—. Me ofrecí a pagar una multa por cambiar de idea, pero no quiso aceptarla, dijo que ya tenía a alguien en lista de espera que estaría encantado de alquilarlo.

—Bien. —Observó con posesiva satisfacción como ella guardaba algunas de sus cosas. Esta habitación estaba justo al lado de la suya, y aunque tenía toda la intención de seducirla para meterla en su cama, esto era bueno por ahora—. ¿Te gusta estar aquí?

Una risa encantada.

—¡Gabriel, tengo una habitación en el ático con vistas! —Yendo a las puertas correderas que daban al balcón, las abrió—. Guau.

Él salió al balcón con ella. Tenía un sólido muro de hormigón alrededor que le llegaba a la altura de la cintura, más alto en ella. Por encima había un hueco de unos doce centímetros, rematado con una barandilla lisa donde era cómodo apoyarse. Charlotte fue lo que hizo, el viento nocturno tiraba de sus rizos mientras la ciudad brillaba no lejos en la distancia.

Gabriel pensó en lo que había dicho el médico, lo que Charlotte había exigido, y tensó su abdomen.



—Voy a acercarme detrás de ti.

La columna vertebral de Charlotte se puso rígida; casi podía verla obligándose a relajarse.

—Está bien. —Una respuesta ronca.

Sin extender el suspense, él se movió para situarse a su espalda y puso las manos a cada lado de ella en la barandilla. Su pequeño cuerpo se puso rígido de nuevo.

—Eh. —Le acarició con la nariz a un lado de la cara—. Gabriel, ese es quien te está sosteniendo ahora mismo. Dilo.

—G... —Tragó—. Gabriel. —Una inhalación profunda, una exhalación lenta—. Gabriel.



Charlotte nunca se había sentido tan asustada y tan bien al mismo tiempo. Gabriel era un impenetrable muro de protección a su alrededor. También estaba atrapándola.

Cuando él se inclinó hacia delante, con el pecho presionando a lo largo de su espalda, sus músculos amenazaron con tensarse a pesar de sus intentos en lo contrario, pero entonces captó su olor, era primitivo, caliente y Gabriel.

—Acércate —murmuró—. Quiero olerte.

Una risa ondeó a través de él, pero movió los brazos y se inclinó más cerca para que su aliento le rozara la sien.

—¿Cómo huelo?

Su voz hizo que su sensación de seguridad se profundizara.

—Bien.

—Mira —dijo Gabriel—: ahí está la oficina.

Ella siguió la línea de su brazo, se distrajo por la fuerza muscular del mismo. Dándose la vuelta para apoyar la espalda contra la barandilla, pasó las manos por su pecho. Grande, magnífico y suyo, la había convertido en una adicta. Cuando desabrochó un par de botones de la camisa de trabajo que aún no se había cambiado, él se quedó quieto, la cabeza baja para verla.



Los pechos se hincharon contra su sujetador, se puso de puntillas para presionar un beso en el triángulo de piel que había desnudado. Él acercó los brazos, pero ese fue el único movimiento que hizo. Charlotte soltó un par más de botones, le acarició con la nariz, su olor la emborrachaba.

—Deberíamos ir adentro.

—¿No te van las demostraciones públicas de afecto? —Su voz era ronca por la excitación.

Charlotte le lamió, le acarició de nuevo.

—Mi mejor amiga terminó salpicada por la prensa rosa por besars con su novio. No creo que nadie tenga un objetivo sobre nosotros, pero tú eres un dios del rugby, así que nunca se sabe. —Era pura suerte que las revistas del corazón no se hubieran enterado de su relación, su posición como su AP añadida a su notoriamente hábito de trabajo intenso habían ayudado a explicar las veces que eran vistos juntos.

Eso no funcionaría si ella era sorprendida besando al jefe.

Gabriel se retiró, pasó un dedo por su garganta. La hizo temblar.

—Vamos entonces, señorita Baird. Déjame chuparte en privado.

Ella tropezó cuando dio un paso adelante, pero él la cogió de la muñeca así que cayó sobre su pecho antes de tirar de ella hacia el dormitorio.

—Quédate. —Era una orden.

Charlotte se quedó. Realmente no tenía razones para desobedecer, no cuando le deseaba tanto. El corazón le dio una patada al oírle cerrar las puertas del balcón y encender el interruptor para cerrar las persianas. Esta vez, cuando se puso detrás de ella fue un poco más fácil.

Su pulso todavía estaba acelerado, su columna seguía tensa, pero sabía que era Gabriel detrás de ella, ya no estaba tan cegada por el terror que no veía ni oía ni olía nada excepto el horror del pasado. Un susurro de sonido y cuando él deslizó los brazos a su alrededor, no llevaba camisa. Ella volvió la cara deliberadamente a su brazo, le respiró mientras su piel rozaba la suya.

Pasando las manos por su cuerpo, Gabriel moldeó sus caderas, sus costillas, los pechos. Apretó, y eso la hizo gemir y tratar de acercarse a él. Su aliento le besó la garganta, la boca húmeda mientras succionaba. Temblando, Charlotte se estiró hacia atrás buscándole y tocó el duro bulto de sus muslos.

—Me gustan tus manos sobre mí.



El estruendo de su voz era otra caricia.

—A mí también me gustan tus manos sobre mí —dijo ella—. Y tu boca.

Eso provocó más besos en su cuello antes de que él levantara una de las manos de sus pechos para rodearle suavemente la garganta.

—¿Sí?

Los pulmones tensos, aunque él no estaba restringiendo sus vías respiratorias. *Gabriel, es Gabriel con su mano alrededor de mi garganta.* Oh, Dios, estaba empezando a hiperventilar. Si lo hacía, él retrocedería y no quería que lo hiciera. Le quería exactamente dónde estaba.

—Gabriel —se las arregló para decir, el sonido bajo pero audible.

Besos a lo largo de su hombro, su garganta.

—Eso es, cariño. Quédate conmigo.

Con el pecho agitado, ella le clavó las uñas en los muslos.

—No pares. —El corazón le latía con tanta fuerza que se sentía como si fuera a perforar su caja torácica. Cuando trató de decir algo más, encontró que su garganta se había cerrado.

*No, no, no.*

Su cuerpo no obedecía a su mente, el pánico como un pájaro atrapado dentro de su cráneo.

—Creo —dijo Gabriel, su voz áspera—, que esto va a funcionar mejor.

Charlotte todavía estaba tratando de procesar las palabras cuando él los movió a los dos. Todavía estaba detrás de ella, pero ahora ella miraba al otro lado de la habitación, al espejo de cuerpo entero que estaba junto al tocador. En ese espejo había una imagen de una mujer rubia que tenía una gran mano masculina en el cuello, otra en el pecho; esas manos con sus uñas cuadradas y romas eran manos que conocía, los ojos que la miraban de un gris acero familiar.

—Gabriel —dijo en un suspiro.

—Me gusta mi nombre en tus labios. —Movié la mano para acariciarla, pero no la aparté de la garganta. Con la otra, siguió moldeando y amasando el pecho, tirando del pezón que empujaba contra su vestido a través del encaje de su sostén—. Mi bonita Charlotte —dijo, cada palabra espaciada con un beso a su mandíbula, su mejilla, su garganta—. No tienes idea de las formas en que quiero follarte.



Ella se sacudió ante la palabra dura, pero apretó los muslos al mismo tiempo.

—Solía soñar contigo inclinada sobre mi escritorio, subiéndote esas faldas feas que solías llevar, bajarte las bragas, y usar mi mano para empujarte al orgasmo antes de penetrarte con mi polla.

Todo lo que ella podía oír era su voz, todo lo que podía sentir era a él, las imágenes que pintaba parpadeaban en sus retinas.

—Es... eso es...

—Inapropiado, lo sé. —Más besos—. Pero un hombre puede ser inapropiada en su mente, especialmente cuando sus bolas se ponen azules. —Otro beso, éste en su nuca.

No era, se dio cuenta, el primero. Él le había distraído con sus palabras, la había seducido con su boca, le estaba enseñando a su cuerpo que su toque en ese lugar no significaría dolor y humillación.

—Gabriel. —Se movía inquieta—. Déjame quitarme el vestido.

Él apretó la mano en su garganta un poco.

—No.

Su respiración se aceleró, su ritmo cardíaco como un cohete mientras su pecho se apretaba en pánico.

—Shh. —Aflojando la mano, siguió besándola—. Sólo estamos jugando, Charlotte.

*Jugando.*

Era una palabra tan poco amenazante que cortó las garras del miedo.

—Jugando —susurró ella.

—Sí. —Él se inclinó para atormentar su descuidado pecho—. Súbete el vestido.

Con la boca seca, hizo lo que le pidió, para revelar las bragas de encaje negro. Había comprado tres conjuntos de lencería diferentes, todos del tono favorito de Gabriel.

Él trazó la cintura de sus bragas con un solo dedo, rozando la pequeña flor color rosa en el centro.

—¿Esto es para mí? —Un sonido complacido contra su oído. Ante su asentimiento, dijo—: Tal buen comportamiento merece una recompensa, ¿no te parece?

—Sí.



Riéndose, él usó su mano en su garganta para impulsarla a doblar la cabeza hacia él. En el instante que lo hizo, la besó. La posición la dejaba intensamente vulnerable y sin embargo se sentía intensamente protegida. Rompiendo el beso después de saborearla larga y profundamente, Gabriel le permitió enderezarse.

—Sigue subiendo el vestido.

Los dedos de Charlotte se apretaron sobre la tela mientras él deslizaba su mano libre dentro de sus bragas. Un gemido escapó de Charlotte; eso le ganó otro beso en esa posición dolorosamente vulnerable mientras él la tocaba con confianza posesiva, tirando de su clítoris, acariciando sus pliegues, metiendo un dedo, luego dos, en su cuerpo.

—Córrete para mí, señorita Baird.

La orden baja, profunda y ruda envió una oleada eléctrica a través de su cuerpo. Jadeando, trató de luchar contra el borde de necesidad, pero venía demasiado rápido, demasiado duro, los dedos pecaminosas de Gabriel tocaban su cuerpo como un instrumento favorito. El placer arqueó su espalda con fuerza suficiente para romperla, y en medio de todo, Gabriel mantuvo su mano en su garganta, su agarre suave pero firme.

Se estremeció lánguida, en posición vertical por el cuerpo de Gabriel y por la mano que había mantenido entre sus muslos. Ahuecando su calor húmedo, él la besó en la nuca de nuevo, lamiendo el lugar antes de decir:

—A la cama. —Cuando apartó las manos de ella, ella tropezó hacia la cama, pero él le tomó de las caderas y la empujó hacia la puerta.

—Mi cama. Ahí es donde perteneces.

Ella pensó que tal vez debería protestar por su prepotencia, pero como quería estar en la cama de Gabriel de todos modos, esa idea en particular no tenía ninguna posibilidad de éxito. Sus rodillas estaban tan débiles que no supo cómo llegar a la habitación principal. Trepando a la gran cama, iba a tumbarse de espaldas cuando él dijo:

—Quédate ahí

Con nudos en el estómago, el placer de hace unos momentos enterrado bajo una creciente tensión.

—No sé si puedo soportar tu peso —dijo ella, su declaración anterior marcada en su mente: no le haría daño a Gabriel asustándose. Mejor advertirle de antemano.



— ¿Por qué estás siempre tratando de correr? —La cama se hundió—. Ese es el nivel de postgrado, y estamos en la etapa de estudiantes de primer año. —Un tirón a su vestido le dijo que estaba bajando la cremallera—. Ahora puedes darte la vuelta.

Cuando lo hizo, él deslizó su vestido por sus hombros y su cuerpo para desnudarla. Bajando a su lado, se apoyó en un brazo y le acarició desde el pecho hasta la parte superior de los muslos. Su piel era un poco áspera, la palma de su mano lo bastante grande para abrirse fácilmente sobre el esternón. Se sentía bien, pero...

Agarrando su muñeca, ella llevó la mano a la garganta.

— Ahí también.

Sus ojos se oscurecieron cuando curvó la mano alrededor de su garganta una vez más.

Charlotte frotó la sábana con los pies, su sangre caliente con la excitación nerviosa. Esos nervios crepitaban bajo su beso. Él empujó la lengua profundamente, moviendo su mano hacia abajo por su cuerpo sólo para volver a la garganta para agarrarla de manera más agresiva.

— ¿Estás bien? —Sus labios rozaron los suyos.

Ella se arqueó contra él en un sí silencioso, con las manos enterradas en su cabello. El beso se hizo aún más profundo, él se cernió sobre ella, usando un antebrazo para evitar aplastarla. Por un segundo, Charlotte pensó que iba a estar bien, que por fin lo habían arreglado, luego puntos negros bailaron en su visión, su claustrofobia la asfixió hasta que ni siquiera pudo decirle que se fuera.



## Capítulo 34

### *Gabriel y su señorita Baird*

**G**abriel sintió que el cuerpo de Charlotte se quedaba inmóvil debajo de él. Su respiración le dijo que esta vez no era el pánico incipiente que había percibido en su anterior. Este era el verdadero ataque de pánico.

Poniéndose de espaldas de inmediato, la puso encima de él.

—Charlotte. —Arriesgándose a apretarle la barbilla mientras la dejaba libre le sostuvo la mirada.

Sus ojos estaban peligrosamente en blanco.

—Charlotte, soy Gabriel. —Su corazón se retorció dentro de su pecho, su enojo por lo que le habían hecho tan violento como su necesidad de protegerla—. El hombre que quiere amarte de todas las formas posibles que hay en esta tierra, pero que *nunca* te hará daño

Sin respuesta.

Repitió su nombre, le recordó que sólo estaban jugando, tratando de averiguar lo que funcionaba para ellos.

—Vamos vuelve, señorita Baird. No es divertido jugar solo cuando puedo hacerlo contigo.

—Gabriel. —Un susurro tan ronco que apenas pudo escucharlo, pero ahí estaba, su nombre en los labios hinchados por los besos—. Gabriel. —Temblando, se desplomó contra él como un gatito asustado.

La humedad que sintió contra su cuello al segundo siguiente amenazó con romperle.



— ¿Por qué lloras? —gruñó, casi curvando la mano en la nuca antes de recordar que era una zona de peligro.

La puso de espaldas otra vez y, permaneciendo a su lado, le rodeó la garganta.

—Tranquila.

Sorbiendo, ella levantó la mano para secarse las lágrimas.

—Lo siento.

—Puedes llorar cuando quieras —dijo—. Pero no lo hagas porque te estés golpeando a ti misma. ¿Entendido?

Los ojos de Charlotte brillaron.

—Me dije que había terminado con los recuerdos, con el miedo. —Enojo, frustración así como decepción autodirigida en sus palabras—. ¡Pero mi cerebro no escucha!

—Charlotte. —Ella le volvía loco—. Tienes mi maldita mano en tu garganta. —Apretó para que la notara, la besó, usó sus dientes, su lengua, hasta que ella gimió y le devolvió el beso igual de acalorada—. ¿Cómo exactamente crees que la has jodido? —dijo cuando pudieron respirar.

Diminutas arrugas verticales entre las cejas de Charlotte.

—Deja de gruñirme —dijo ella, cerrando una mano en su pelo.

—Pararé cuando empieces a escuchar a la razón. —Movié la mano de la garganta hasta el estómago, acariciándola mientras la besaba de nuevo. Su caja torácica era tan delicada bajo su tacto, sus pechos exquisitos a través del fino encaje de su sujetador—. No vamos a hacer todo en una sola noche, y ¿qué jodida diversión habría en eso de todos modos?

Haciendo un sonido ultrajado en su garganta, ella le tiró del pelo.

—Dije que dejaras de gruñirme.

—Tienes genio, señorita Baird.

Un ceño fruncido.

—Tengo que tenerlo, contigo alrededor. —Empujando su pecho, le puso de espaldas—. Ahora quiero hacerte cosas.

Su polla, ya dura como una roca, se sacudió atenta.

— ¿Oh sí?



—Sí.

Se sentó a horcajadas sobre sus muslos, la vista una magnífica, sobre todo porque el moño hacia empezado a deshacerse. Cuando sus manos fueron a su hebilla, él contuvo el aliento. Ella se hundió los dientes en el labio inferior con sexy concentración, desabrochó el cinturón y lo sacó para tirarlo al suelo, los dedos inteligentes fueron a los botones de sus pantalones.

Él colaboró cuando bajó por su cuerpo, llevándose los pantalones y ropa interior con ella. Tirando la ropa al suelo, se sentó a horcajadas sobre los muslos de nuevo, sus ojos en la dura longitud de su pene.

—No sé cómo se entra esto en mi interior —murmuró, agarrándolo en sus manos pequeñas y competentes.

Él gimió.

Con una pequeña sonrisa malvada, y ligeramente tímida en su cara, Charlotte comenzó a masturbarle. Gabriel cerró los ojos, sus caderas levantándose hacia ella. No estaba en lo más mínimo preparado para sentir calor húmedo de su boca cerca de la punta de su polla.

—¡Joder! —Apoyó la mano en la nuca antes de poder detenerse, sus acciones instintivas.

Apartándola cuando ella se puso rígida, gimió y cayó de espaldas sobre la cama, con los brazos de par en par.

—Bueno, joder. Ahora ya no me vas a chupar, ¿verdad?

Aflojando los músculos de nuevo, Charlotte se sentó y le miró. Su pulso era irregular en su garganta pero sus labios, tenían esa pequeña sonrisa maliciosa.

—¿Eso es todo lo que te preocupa?

—Charlotte, cuando tienes tu boca cerca de mi polla, mis neuronas se convierten en idiotas balbuceantes.

Ella se rió, le pasó las uñas por el pecho.

—Tienes que comportarte. —Una declaración juguetona, pero había sombras en sus ojos.

—Lo haré —prometió. Llegaría un día en que podría cerrar la mano en su pelo, dirigirla a hacer exactamente lo que quería, pero ella ya había ido mucho más allá de lo que cualquiera de ellos podría haber esperado.



Así que se quedó allí y lo tomó, y joder, fue bueno.



Charlotte siguió sonrojándose mientras al día siguiente temprano, permanecía de pie en el banquillo con Gabriel. Una fría mañana de sábado, el equipo de la escuela secundaria al que entrenaba estaba jugando a fondo. Luego se sonrojó en su clase de repostería a las once de la mañana, haciendo que sus nuevas amigas, Julieta y Aroha le preguntaran burlonamente sobre su noche del viernes.

Lo que hizo que el sonrojo se hiciera más profundo. No podía creer lo que había hecho con y para Gabriel. No sólo le había tomado en su boca, sino que entonces él la había arrastrado a los pies de la cama y le había devuelto el favor con intereses, una de sus manos apretada sobre el pecho, el muslo arrojado sobre un hombro musculoso.

Dios, el hombre podía ser deliciosamente despiadado cuando tenía un objetivo en mente.

—Una vez más, señorita Baird.

El recuerdo de sus rudas palabras persuasivas vívidas en sus pensamientos, ciertamente no podía mirar a sus padres a los ojos cuando ella y Gabriel se unieron a todo el clan Bishop— Esera para una barbacoa en un parque local.

Lleno de árboles altos, incluyendo alegres cerezos en flor que anticipaban la llegada de la primavera, el parque, localizado al pie de un volcán inactivo al igual que muchos de los parques de Auckland, también tenía un montón de espacio abierto.

La barbacoa era en honor del cumpleaños de Joseph, y Charlotte le había comprado un DVD de grandes momentos del rugby que esperaba que le gustara. Antes de que se abrieran los regalos o se comiera, sin embargo, iba a haber un "amistoso" partido de rugby. Era por eso que se había puesto un par de vaqueros y un suéter ligero sobre una camiseta, en lugar de un vestido. Aunque tenía sus dudas acerca de sus habilidades en el campo, no estaba permitido "escaquearse".

—El partido es una tradición —había dicho Gabriel, dándole un fuerte beso en la boca—. Todo el mundo juega, excepto quien arbitra. De vez en cuando excusamos a las mujeres embarazadas y las personas con fracturas en las extremidades, pero es caso por caso.



Ahora él estaba con la pelota ovalada bajo el brazo, el otro colgaba suelto sobre los hombros de Charlotte.

—¿Dónde diablos está Sailor?

Mirando a su alrededor, Charlotte vio que la esposa y la hija de Sailor, Ísa y Emmaline, ya estaban aquí.

Fue Alison quien respondió a la pregunta de Gabriel.

—Le pedí que trajera a Brian. Deberían estar aquí pronto.

Charlotte esperaba que Gabriel perdiera su buen humor ante la mención de su padre, pero él se limitó a sacudir la cabeza.

—No dejes que te estafe, mamá, ¿de acuerdo?

Alison sonrió con expresión conmovedora.

—Aprendí la lección bien, pero para bien o para mal, él ayudó a darme a dos de mis muchachos. —Se acercó a abrazar a Gabriel—. Dos chicos maravillosos que tienen corazones tan grandes que le dejan entrar incluso después de lo que hizo.

Apretando a su madre, Gabriel dijo:

—Esos corazones vienen de ti.

Charlotte habló una vez que Alison estaba fuera del alcance del oído.

—Eres un buen hombre, Gabriel Bishop.

Un encogimiento de hombros, pero sonrió.

—Soy un hombre mejor gracias a ti. —Besándola acompañado de las risitas de Esme y Emmaline, dijo—: Tenías razón sobre que la ira me carcomía. Era venenosa.

Sailor llegó con Brian. Gabriel ayudó a acomodar al hombre mayor de aspecto frágil sobre una silla con una manta sobre su regazo, a continuación, se llevó dos dedos a la boca y silbó.

—Al campo. Brian arbitra.

Todo el mundo fue a la zona de juego abierto. Cuando Charlotte vaciló, Daniel, a quien había conocido antes, la agarró de la mano y tiró de ella hacia adelante.

—Jugamos a tocar, sin placar. Esme, muéstrales a todos un ejemplo de tocar.

La niña corrió hacia Emmaline y golpeó a su prima en las caderas con ambas palmas antes de romper el contacto.



—No agarrar, tío Danny —dijo ella seriamente—. Sólo tocar.

—Por Dios, Boo, sólo lo hice una vez.

Reprimiendo una carcajada al oír el tono agraviado de Daniel, Charlotte escuchó como Gabriel decía:

—Las reglas normales. Pasar antes de que te toquen, seis toques para anotar o la pelota tiene que ser entregada, no pases hacia adelante. ¿Se me olvidó algo?

Emmaline saltó arriba y abajo.

—Tienes que golpear para empezar de nuevo.

—Correcto. —Tirando de una de sus coletas, Gabriel demostró el golpecito.

Alison fue quien les dividió en dos equipos, dividiendo las parejas.

—Un poco de sana competencia —dijo con un guiño.

Charlotte terminó en el equipo que llevaba brazaletes de color rosa. En su equipo estaban Sailor, Esme, Daniel y Alison.

—Soy la más lenta —dijo Alison—, y Danny tiene alas en los pies, así que estamos igualados.

—También me tienes a mí —señaló Charlotte—. Me encanta el rugby, pero no soy una jugadora.

—Danos un par de años y lo serás —predijo Sailor—. Siempre pasa a Esme si puedes, la pequeñaja es resbaladiza cuando se pone en marcha.

—Aquí vamos —gritó Gabriel y comenzó el juego.

La primera vez que Danny le pasó el balón a Charlotte, ella lo dejó caer hacia delante, lo que hizo que fuera entregado a la parte contraria.

Esme le acarició la mano.

—Está bien, Charlie. Yo a veces también lo hago.

—¡Eh, menos hablar y más jugar, Dedos de mantequilla! —gritó Gabriel.

Charlotte entrecerró los ojos hacia la sonriente burla.

—¡Vas a caer, T-Rex!

Él le guiñó un ojo y, tocando el balón con el pie para reiniciar el juego, lo giró hacia las manos firmes de Jake. A partir de ahí fue a Joseph, luego a Emmaline, que corrió hasta la mitad del campo antes de gritar:



—¡Mami! —Y se lo pasó a Ísa justo antes de que Alison le diera un golpecito.

Ísa habría llegado a la línea de ensayo si su marido no le hubiera puesto las manos encima.

—Lo siento, cariño —dijo Sailor, robándole un beso—, esto es la guerra.

—Cuidado, señor. —Con expresión feroz, Ísa reinició el juego, pero una serie de toques por parte del equipo rosa significó que recuperaron la posesión del balón.

Charlotte atrapó el pase esta vez, lo envió a Esme, que era como un pequeño cohete. Ella lo pasó a Sailor, que lo lanzó a Danny, que lo envió de regreso a Charlotte de nuevo, su equipo se movía a través del campo. Capaz de ver la línea de ensayo, Charlotte corrió más rápido. Casi estaba allí cuando unos brazos fuertes la levantaron en el aire.

—¡Tío Gabe hace trampas! —gritó Esme mientras Charlotte trató de no reírse.

—¡Aquí! —Ella lanzó el balón hacia las manos de la niña.

Con la cara alegre, Esme dejó en la tierra el balón al otro lado de la línea de ensayo cuando Gabriel dejó a Charlotte abajo.

—Creía que este juego tenía reglas —le dijo ella.

Él la besó.

—La mayor parte del tiempo.

Jugaron durante otros veinte minutos, Emmaline puntuó para el otro lado cuando Gabriel le dio el balón justo sobre la línea.

Todos los demás intentos fueron frustrados por toques rápidos y legales, o bloqueos de cuerpo muy ilegales o en un caso, por Sailor tirando a Ísa sobre su hombro y saliendo corriendo hacia los árboles.

—Creo que nunca me he reído tanto —dijo Charlotte, después de haberse desplomado en el césped para tomar el sol, Gabriel a un lado y Danny al otro. Le gustaba mucho el hermano menor de Gabriel. A pesar del hecho de que estaba empezando a construir un perfil serio, con toda la atención de los medios de comunicación y las mujeres, era un verdadero encanto. Esperaba que nunca perdiera esa dulzura de su naturaleza.

—Me encanta jugar para mi equipo —dijo él en ese momento—, pero estos son mis partidos favoritos. Creo que Esme tiene lo que se necesita para jugar en un equipo.



—Es buena —coincidió Gabriel—. Em lo hace bien al fútbol, vi uno de sus partidos de la escuela hace un mes.

Contenta, Charlotte se quedó allí bajo el sol mientras los dos hablaban. Una libélula zumbó en alguna parte, y ella pudo escuchar a las chicas jugando con Jake y Sailor, el ambiente cálido, vivo y feliz. Esto, pensó, era lo que quería. Una gran familia revoltosa que daba la bienvenida a todos, incluso a los pródigos que habían cometido errores terribles.

El teléfono de Gabriel zumbó en la brumosa tranquilidad. Lo había dejado en el banco durante el juego, pero ahora lo sacó del bolsillo.

—Bishop —dijo, y luego se detuvo—. ¿Cuál es la situación?

Se fue diez minutos más tarde, para hacer frente a un problema de suministro inesperado que podría hacer fracasar una campaña nacional que se lanzaba esa noche.

—No, quédate aquí —dijo a Charlotte cuando ella se preparó para acompañarlo—. Resolveré este dolor de cabeza y volveré a tiempo para comer.

—¿No puede Arnett manejar esto? —Él era el Director de Operaciones de Gabriel, y altamente competente.

—Me reúno con él allí. Quiero estar seguro de que apagamos este fuego. —Un beso y se fue.

Charlotte frunció el ceño a su espalda, pensando una vez más en la familia. ¿Qué tipo de familia iban a crear, si sus problemas no los hundían después de todo, si Gabriel nunca estaba alrededor o siempre estaba obsesionado con el trabajo cuando estaba cerca?



## Capítulo 35

### *Un leve fallo técnico (Vale, bien, un gran y jodido fallo técnico)*

**G**abriel, de hecho, no regresó a tiempo para comer. Jake y Esmé llevaron a Charlotte a casa y no se enfrentó a Gabriel sobre sus hábitos de trabajo cuando llegó tarde. Se veía tan estresado que no quiso añadirse a ello.

Hubo besos y caricias, pero se fue a dormir a la habitación de invitados esa noche y el domingo, siendo este último un día tranquilo donde Gabriel sólo pasó unas horas en el trabajo. Le preocupó, pero de nuevo, lo dejó pasar porque él finalmente se relajó por la tarde, y sacar el tema en ese punto probablemente habría dado lugar a una discusión, eliminando cualquier descanso mental que hubiera logrado conseguir.

Al día siguiente en la oficina, ella seguía reflexionando sobre la manera de manejar las cosas cuando una docena de rosas rojas fueron entregadas en su escritorio. El corazón amenazó con romperse, pero incapaz de creer que rompería con ella tan insensiblemente, buscó la tarjeta y la abrió.

—¡Gabriel!

Él estaba a su lado en un instante.

—¿Qué ocurre? —Al ver las flores, cogió la carta que ella había dejado caer.

—¡Ese pedazo patético de mierda! —A pesar de las palabras furiosas, su tono era helado—. ¿Estás bien, cariño?

Ella le palmeó el pecho. Su corazón todavía latía desenfrenado, pero ahora que se había calmado desde la primera punzada de shock, estaba enfadada más que nada.

—Estoy bien —dijo, tomando la tarjeta y metiéndola en un sobre para poder dársela a la detective Lee—. Le voy a dar las rosas a Tuck para su novia. No hay razón para echarlas a perder.



Quería el ramo fuera de su vista así que lo llevó a la sala de correo ella misma. Tuck estaba en la luna.

—¿Seguro que no las quieres? —preguntó, tocando los pétalos de una con los dedos—. Se ven muy caras.

—Estoy segura. —Charlotte sonrió, complacida de que la viscosidad de Richard no hubiera tenido el efecto deseado—. Espero que tengas suerte.

Tuck sonrió.

—Sin duda. Hoy ella me va a querer.

Gabriel estaba mirando por la ventana de su oficina cuando volvió, con las manos en las caderas y los hombros tan tensos parecía una estatua de piedra. Haciendo caso omiso de su teléfono que sonaba, cerró la puerta de su oficina, y luego se acercó a él.

—Estoy bien —dijo ella, con las manos sobre su pecho—. Ven aquí. —Le acarició la nuca, le besó su mandíbula y reclamó su boca.

Tomó tiempo, pero sus músculos finalmente comenzaron a ceder.

—¿De verdad estás bien?

—Lo estoy. Un montón de eso tiene que ver contigo. —Había recorrido un largo camino por su cuenta, pero se había quedado atascada en un momento determinado. Gabriel había necesitado desafiarla, esperando que ella le manejara, eso la había empujado a ir más allá—. Así que gracias.

Sus brazos la rodearon, y se quedaron allí un largo rato. Charlotte nunca se había sentido más segura, y el hecho de que Richard le hubiera enviado flores justo después de su liberación, junto con una tarjeta que decía: "Te echo de menos", no iba a cambiar eso.

—¡No lo dejes entrar en tu cabeza! —le dijo a Gabriel cuando se separaron—. Así es como te atrapa. Es un bicho, y nosotros ignoramos los bichos o los aplastamos. No pensamos en ellos.

Gabriel curvó los labios.

—Esa es mi señorita Baird.

—Sí, lo soy.





Richard hizo otros intentos de manipulación mental en las siguientes dos semanas, pero Charlotte les restó importancia mientras continuaba pasando todo a la detective Lee. Richard estaba siendo muy cuidadoso de no cruzar la línea que le empujara de nuevo en la cárcel, pero al final, sería incapaz de detenerse y le cogerían.

Mientras tanto, se instaló en el apartamento de Gabriel y en sus brazos. Él la besaba en la nuca cada mañana, provocando escalofríos por su cuerpo. Y la besaba allí cuando la acompañaba a su habitación cada noche. Hacían el amor en la cama de Gabriel pero dormía en la suya.

La única vez que había intentado dormir juntos, ella se había despertado tan asustada que le había puesto un ojo morado. Por supuesto, eso fue sólo porque él había estado tratando de calmarla sin sujetarla. Su desorden emocional resultante amenazó con borrar todos sus progresos.

—¿Todavía te duele? —preguntó en el desayuno dos días después.

El moretón bajo su ojo estaba azul y verde, Gabriel suspiró.

—Soy una frágil flor aplastada, eso es lo que soy.

—No es gracioso. —Odiaba haberle hecho daño.

—Cariño, me dieron peores golpes en el entrenamiento. —La acercó, grande y lo bastante fuerte como para no importarle que ella hubiera tenido un golpe de suerte—. Dormiremos en la misma cama uno de estos días. —Un beso exigente y profundo que la dejó sin aliento—. Mientras tanto, vamos a divertirnos de otras maneras.

Ella no podía ser tan optimista, pero a medida que la contusión se desvanecía y profundizaban su relación como pareja, escuchó los consejos del Dr. Mac y se perdonó a sí misma por el incidente. Encontrarse en ello sólo la refrenaría. Sin embargo, dolía. En lo profundo de la noche, cuando estaba sola en la cama, a veces no podía evitar las lágrimas.

Odiaba, odiaba saber que algo dentro de ella seguía roto. Pero excepto por un gran obstáculo para la vida que quería con Gabriel, las cosas iban bien. El hombre al que adoraba sentía lo mismo por ella, y eran un equipo increíble en el trabajo. Ese viernes, él estaba en una reunión con todos los directores regionales, mientras Charlotte protegía la fortaleza en la oficina.

Cuando tenía que ponerse en contacto con él, enviaba un mensaje rápido y recibía una respuesta. Un par de veces, él la llamó durante los descansos con el fin de darle instrucciones más complicadas, que incluían que tratara directamente con los



directores generales de las empresas de suministro, los vicepresidentes y otras personas de alto nivel.

Hacía unos meses, se habría estremecido, tartamudeado y hecho un ovillo ante la mera idea. Hoy fue recibida por su nombre, conversó con facilidad con la gente al otro extremo de la línea y resolvió un asunto tras otro. El T-Rex a cuya cabeza una vez había arrojado una grapadora, a continuación, un muffin, había sido bueno para ella.

Nadie podría haber recorrido un camino duro solo.

Ni siquiera Gabriel.

Le llamó a las dos.

— ¿Has almorzado?

— Sí, ya que me lo entregaron en mano.

— Bien. — Ella había organizado el catering para la reunión y dio instrucciones muy específicas para asegurarse que el de Gabriel le fuera entregado personalmente—. ¿Cómo va?

— Nadie ha sido un idiota hasta ahora — fue la corta respuesta—. Le doy otra hora, luego voy a la tienda de North Shore para hablar con el personal.

Eso era la cosa de Gabriel, destacaba constantemente como uno de los CEOs más abordables de una gran empresa en el país. Todo el personal, desde el nuevo empleado de menor antigüedad a la vieja guardia, tenía su dirección de correo electrónico. Ella había visto su bandeja de entrada. También sabía que respondía a cada uno de esos mensajes. Eso es lo que a menudo hacía por la noche y los fines de semana.

Consciente de que era importante para él, ella había empezado a averiguar la manera de despejar tiempo durante el día para que pudiera hacer frente a los mensajes de correo electrónico en la oficina en lugar de llevarse constantemente trabajo a casa. Parte de eso significaba manejar más cosas por sí misma.

— Necesito un ayudante — le dijo a él ahora—. Lo que yo era para Anya.

Gabriel soltó un bufido.

— Tú estabas haciendo su trabajo.

— Sí, está bien. Necesito a alguien que en realidad será mi asistente.

— Contrata a alguien.



Eso fue todo. En lugar de poner un anuncio de trabajo, ella promovió a alguien de dentro, buscando un miembro del personal que había mostrado potencial. La otra mujer no tenía las calificaciones que habrían hecho de ella una de las favoritas automáticamente para el puesto, pero trabajaba mejor que otros que eran técnicamente más cualificados.

Se sentía bien al alegrarle a alguien el día y hacer una declaración silenciosa de que el trabajo duro se reconocía y se recompensaba.

—Empezarás oficialmente la próxima semana —dijo a la mujer más joven—. Eso dará tiempo a recursos humanos para conseguir a alguien para ocupar tu puesto actual.

Radiante, la otra mujer se fue a compartir sus buenas noticias con sus amigos, y Charlotte volvió a trabajar. Gabriel aún no había regresado a las cinco y media. Cuando le llamó, le dijo que iba a llevar al equipo directivo de la tienda a cenar y le pidió que se reuniera con él en un restaurante sobre el puente.

Al llegar a la planta baja del vestíbulo alrededor de las seis, sonrió al guardia de seguridad.

—Adiós, Steven.

—Eh, Charlie. Tengo que acompañarte, órdenes del jefe.

—El coche está a un metro de la puerta. —Podía ver el taxi al ralentí, la forma de su taxista barbudo favorito en el asiento del conductor.

—Yo no voy a discutir con el Sr. Bishop.

—Deberías. Es bueno para él.

Eso hizo que Steven riera mientras apretaba el botón que abría las puertas después del horario.

—Que tengas una buena noche.

—Tú también. —Justo antes de entrar en el taxi, algo le hizo mirar a su alrededor. Se sentía como si alguien la estuviera observando, el sentimiento tan visceral que supo que no era paranoia.

Por un segundo, creyó ver a Richard al final de la manzana, pero cuando miró de nuevo, no había nadie. Aunque el incidente la molestó, se lo sacó de su mente cuando llegó al restaurante; no dejaría que Richard ganara permitiéndole dominar sus pensamientos. Siempre que fuera inteligente y cuidadosa, no podía llegar a ella. Gabriel, también, sabía que no debía bajar la guardia.



—Señorita Baird —dijo Gabriel cuando llegó a la mesa, con un brillo en sus ojos—. Me alegra que pueda unirse a nosotros.

Era un hombre malvado y perverso. Ya no escondían su relación, pero nadie en el trabajo se había enterado. Charlotte se alegraba de no tener que lidiar con el escrutinio de los medios, y tenía sentido seguir siendo profesional en situaciones de trabajo, lo que Gabriel no hacía que fuera fácil, le daba golpecitos en el pie debajo de la mesa y hacía extraños comentarios de doble sentido diseñados para burlarse de ella, pero que pasaban directamente sobre la cabeza de todos los demás.

Ella le lanzaba una mirada de vez en cuando, pero sentía ganas de reír. La cena fue divertida en general, la gente alrededor de la mesa una mezcla de con los que trataba regularmente y varias caras nuevas.

Ella sonrió y sacudió la cabeza cuando el gerente de la tienda, sentado junto a ella se inclinó y dijo:

—¿Supongo que no tendrías una cena privada conmigo otro día?

—Tengo un chico.

—Ah, bueno, mi pérdida. Debería habértelo pedido antes.

Fue sólo cuando Charlotte miró al otro lado de la mesa que se dio cuenta que Gabriel se había tensado, su buen humor desaparecido. Quitándose el tacón por debajo de la mesa discretamente, pasó el pie sobre su pierna. El brillo regresó a sus ojos, pero podía decir que estaba molesto por el hecho de que otro hombre le hubiera echado los tejos.

Gabriel, se dio cuenta de pronto, no estaba del todo conforme con todo eso de “bajo el radar” como ella había creído. Había accedido sólo por su incomodidad de estar en el centro de atención. Su corazón se expandió, sí, estaba bastante estúpidamente enamorada de su chico. Y quería que la gente supiera que él era suyo, lo bastante como para manejar cualquier presión resultante; se lo dejaría claro esta noche.

Él fue definitivamente posesivo cuando la hizo entrar en su SUV, los dos fueron los últimos en abandonar el restaurante después de que Gabriel se hiciera cargo de la factura. Levantándole la barbilla después de apoyarla contra el coche en el parking oscuro detrás del restaurante, la besó, con la mano en la garganta. La hizo temblar, envolver sus propios brazos alrededor de él, abrir la boca bajo la suya y apretar los dedos en su cabello.

Gabriel le mordió el labio inferior, tiró y sonrió.



—Estoy pensando en diamantes y piel.

Sintiéndose escandalosa, susurró:

—Estoy bastante segura de que podrías convencerme para desnudarme en el asiento trasero.

Otro beso húmedo, le subió el vestido para deslizar la mano por su muslo antes de dar un paso atrás y abrir la puerta del copiloto para que pudiera entrar.

—Espera un momento —dijo después de entrar al asiento del conductor y lanzar su cartera a la consola—. Pero no en el asiento trasero. Soy demasiado grande.

Ella puso la cartera en su bolso para que no se la olvidara en el coche.

—Me gustas grande.

—Traviesa, Srta. Baird.

—No quería decir...

—¿Así que estás diciendo que no soy grande?

—Deberías haber sido abogado —dijo con una risa.

Gabriel puso la mano en su muslo, la calidez y el peso íntimo y familiar. Cerrando la mano sobre la suya, ella se recostó en el asiento y disfrutó del paseo, disfrutó de estar con su chico. Incluso el solo pensamiento la hizo sonreír como una colegiala atolondrada.

Cuando detuvo el coche en el edificio de apartamentos, ella se bajó y se dirigió al ascensor. Se dio una palmada en la frente justo cuando se abrieron las puertas.

—Maldita sea, olvidé pedirte que pararas a comprar leche. Se ha acabado.

—¿Quieres que vaya a comprar? Sólo tardaré unos minutos. —Gabriel sostuvo el ascensor abierto—. Vete arriba y ponte algo ajustado. —Se inclinó para susurrar—: Yo voto por el pequeño objeto negro que es todo correas y piel.

Ruborizándose, ella dobló el dedo.

—En realidad no necesitamos la leche.

Él se rió entre dientes.

—Tú no eres humana hasta tu primer café con leche. Vuelvo en cinco minutos.

—Te estaré esperando. —Soplándole un beso, presionó el botón del ático después de deslizar la tarjeta de acceso.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Tenía una sonrisa en su cara cuando salió al piso del ático, pero sólo había dado cinco pasos cuando se le heló la sangre.

—¿Cómo has llegado hasta aquí? —Le dijo al guapo hombre rubio de pie junto a la puerta del apartamento. Su rostro era más viejo, más malvado y tenía una nueva cicatriz en la mejilla, pero no había duda de que era Richard.



## Capítulo 36

### *Sacando la basura*

—**T**e estaba esperando —dijo Richard con una sonrisa impecable, apoyando su cuerpo contra la pared—. Tenemos algo de que hablar.

—No tenemos nada de qué hablar. —El corazón de Charlotte dio un vuelco en su garganta, su rabia un rugido bajo la piel—. Vete.

—Tú, puta. —La máscara de Richard cayó mucho más rápido de lo que lo había hecho la primera vez—. Pasé años en la cárcel por tu culpa y ¿no puedes darme cinco minutos?

—Pasaste ese tiempo en prisión a causa de lo que hiciste.

—Sólo porque tú me obligaste —replicó—. Si hubieras sido una mujer real...

—Yo no soy la que tiene problemas de insuficiencia. —No iba a retroceder, no iba a huir. Ya no era la presa, y ya no era vulnerable—. Ahora estoy con un hombre de verdad, y ¿adivina qué? Él no necesita hacer daño a una mujer para sentirse bien consigo mismo.

—Un estúpido jugador de rugby. —Se burló—. Creo que una puta tonta como tú querría un novio tonto.

—Eres un perdedor patético que no merece respirar el mismo aire que Gabriel. —Cerró los dedos alrededor de la correa de su bolso—. No tengo nada más que decirte. No eres digno del tiempo.

—Oh, vamos a hablar —dijo entre dientes, lanzándose hacia ella—. Vas a arrastrarte antes de que haya terminado contigo.

Alargó la mano a por su garganta, pero demonios no, no iba a agarrarla de ahí. Era el derecho de Gabriel y sólo su derecho. Balanceando su bolso, lo estrelló contra un



lado de la cabeza de Richard. Él se tambaleó; ella le dio una patada en la entrepierna. Entonces le dio un segundo golpe justo cuando las puertas del ascensor se abrían detrás de ella.

Lo siguiente que escuchó fue un rugido, y luego Richard estaba volando para estrellarse contra la pared, con la nariz torcida y chorreando sangre. El segundo golpe de Gabriel le tiró al suelo, el cuchillo en la mano de Richard cayó sin ruido a la alfombra.

El tercer golpe rompió los huesos de la cara de Richard.

El cuarto golpe destrozó varios de sus dientes y apagó sus luces.

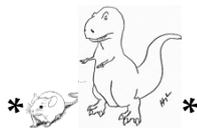
Todo sucedió tan rápido que apenas tuvo tiempo de parpadear antes de que Gabriel se girara hacia ella.

—¿Te ha tocado? —Era una pregunta feroz.

—No. —Profundamente consciente de que él estaba sobre un borde muy fino, pero sin miedo de que volviera su ira contra ella, fue a sus brazos—. Le golpeé con mi bolso, que resultó de gran utilidad, ¿ves?

Él no se rió, sólo la aplastó contra su pecho. Con la respiración entrecortada y el pulso golpeando, la sostuvo durante largos minutos, los músculos vibrando contra los de ella. Ella le abrazó, sabiendo que su presencia era lo único que le impedía golpear a Richard y convertirlo en pulpa. No iba a dejar que Gabriel fuera a la cárcel por un psicópata como Richard, le acarició la espalda hasta que él recuperó el control suficiente para decir:

—Llama a la detective Lee. Vigilaré la basura.



La detective se rió ante el resoplido del recién consciente Richard, apenas comprensibles las acusaciones de asalto contra Gabriel.

—Estaba protegiendo una mujer contra un psicópata armado con un cuchillo. El psicópata serías tú. —Una sonrisa que mostró los dientes afilados cuando metió el cuchillo en una bolsa de pruebas y la sostuvo delante de la cara de Richard—. El señor Bishop utilizó los puños. Ningún fiscal le tocará.

Cargando contra Richard entonces, le esposó incluso mientras los paramédicos le colocaban en una camilla para llevarlo al hospital. Gabriel le había roto la cara peor



de lo que Charlotte se había dado cuenta inicialmente, Richard no volvería a ser tan guapo, llevaría su fealdad para que el mundo la viera. Parecía apropiado. Las personas debían tener una advertencia de su tipo de maldad.

—El hecho de que viniera a por ti después de tan poco tiempo después de su liberación es un factor agravante significativo —dijo la detective Lee—. A ver si conseguimos un juez que le eche encima todo el libro esta vez.

Charlotte lo esperaba también. Podía manejar a Richard ahora, de eso estaba segura, pero odiaba el efecto que el ataque tenía sobre Gabriel.

—Eh —dijo ella en la cama esa noche, apoyándose en un codo para mirarle—. Todavía estás furioso. Puedo sentirlo.

—Por supuesto que estoy furioso. Si no hubiera olvidado que tú tenías mi billetera y hubiera vuelto a subir, te habría tenido para él solo.

—Yo estaba haciendo un buen trabajo en darle una paliza —señaló ella—. Richard esperaba que fuera quien era, no quien soy ahora.

—Eres jodidamente increíble. —Bajándola, la besó y fue todo lengua y calor—. Pero él nunca debería haber sido capaz de llegar a nuestro piso. Voy a hacer que expulsen del edificio a la mujer a la que encantó para dejarle subir y poder “sorprender” a su novia.

Con el ceño fruncido, Charlotte sacudió la cabeza.

—Él jugó con ella. Es bueno en eso. La pobre mujer ya se siente horrible. —Esa mujer vivía directamente debajo del ático y tenía la tarjeta de acceso para utilizar el mismo ascensor—. Déjala.

Con uno de los brazos detrás de la cabeza, Gabriel apretó los dientes.

—Quería aplastarle hasta que no tuviera un solo hueso intacto en su cuerpo.

—Entiendo la necesidad. —Ella también la tenía—. Ahora, olvídate de Richard. No vale la pena el tiempo o la energía.

Gabriel envolvió un brazo alrededor de ella, sus dedos sobre su cadera desnuda.

—Me llevará un tiempo llegar a ese punto.

—¿Quieres pasar ese tiempo desnudos y juntos?

Él aceptó la oferta, pero cuando llegó el momento de dejarla ante la puerta de su dormitorio, ella se aferró a su mano.

—Quédate conmigo.



—No. —Una respuesta plana—. Lo siento, cariño, pero si veo que me tienes miedo hoy... —Sacudió la cabeza y luego la besó con fuerza—. Ve a dormir.

Lo intentó, pero dio vueltas durante las siguientes dos horas, un agujero en su interior formado por el conocimiento de que no podía darle a Gabriel lo que necesitaba. Cuando oyó movimiento, se levantó y lo encontró sentado de espaldas contra la pared de su habitación, con la cabeza entre las manos.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Asegurarme que estás a salvo. Ese jodido monstruo casi te atrapó.

Él le estaba rompiendo el corazón.

—No —dijo—, no lo hizo. —Tomando su mano, tiró—. Venga. Dado que ninguno de nosotros va a dormir, vamos a tumbarnos en el sofá y ver películas.

Fue una noche difícil. Charlotte se quedó dormida a ratos sobre él y Gabriel dormitó de vez en cuando, pero ninguno de ellos pudo relajarse totalmente. Se sentía frustrada consigo misma, y él todavía estaba montando una ola de furia.



Fue bueno que el día siguiente fuera sábado y que el equipo de la escuela secundaria de Gabriel no tuviera partido. Gruñón y privado de sueño, ninguno de ellos estaba del mejor de los estados de ánimo, y no ayudó cuando ella bajó las escaleras después de la ducha para encontrar a Gabriel ya trabajando en su portátil.

Sentado a la mesa del comedor, él había agarrado una taza de café de la cafetera que ella había puesto antes de animarse a ducharse, pero no se había molestado en conseguir comida.

—¡Gabriel, es sábado! —Alzó las manos—. ¿Puedes olvidarte del trabajo durante un solo fin de semana? —Él ya se había traído trabajo a casa todas las noches esta semana.

Un ceño sobre su hombro desnudo. Estaba vestido con chándal, el pelo alborotado y su mandíbula ensombrecida.

—Sólo estoy revisando mi correo electrónico.



—El correo de trabajo. —Apretando el cinturón en su fina bata roja, comenzó a romper huevos para hacer tortillas—. Supongo que nada de eso es urgente e incluso si lo es, *pagas* a la gente para tomar parte de la carga. *Delega*.

Él cerró el portátil y se levantó, empujando su silla hacia atrás.

—Jesús, Charlotte. Siempre has sabido lo mucho que trabajo.

—Y siempre he pensado que te dirigías a una muerte prematura. —Comenzó a batir los huevos—. Antes no me pertenecías, y no podía decir nada, pero ahora sí, así que lo hago.

—Estoy tan saludable como un buey.

—No descansas, no te relajas...

—Me siento muy relajado después de follar.

—Deja de tratar de hacerme retroceder usando palabras como *follar*. —Echó los huevos a la sartén, tan enojada que ni siquiera se sonrojó al pronunciar la palabra—. Quiero tener una vida contigo. No tengo la intención de tener una vida con el trabajo como un socio silencioso.

Él gruñó, *gruñó* de verdad.

—Soy el que soy, Charlotte.

—Yo también, eso no significa que no me hayas ayudado a sanar. —Puso la tortilla en un plato y la empujó por el mostrador—. Come.

—Yo no necesito sanar. —Ignoró la tortilla.

Eso sólo la enojó más. Encontró un tenedor y lo puso en el plato.

—¿Entonces me estás diciendo que soy la única imperfecta en esta relación? —Después de todo, ella era la que ni siquiera podía dormir con el hombre que amaba más allá de la vida.

—Joder. —Se metió la mano por el pelo—. Eso no es lo que he dicho.

—Pues sonaba así. —Cuando él continuó ignorando la tortilla, la cogió y empezó a comérsela—. Sigue entonces, trabaja —dijo después de tragar el primer par de bocados—. Yo voy a salir.

—¿A dónde? —Dio la vuelta para cernirse sobre ella.

—A dónde diablos quiera. —Charlotte golpeó el plato con la tortilla a medio comer en la barra.



Gabriel la siguió escaleras arriba a su dormitorio cuando ella se marchó.

—Maldita sea, Charlotte, esta discusión no está terminada.

—Si quieres terminarla, puedes venir conmigo. ¡De lo contrario, vete a mirar tu portátil! —Cerró la puerta del dormitorio o lo intentó. Él la había sujetado con la mano—. Vete. Me voy cambiar.

—Te he visto desnuda, Srta. Baird, y tengo la intención de seguir haciéndolo. — Cruzando los brazos, llenó la puerta, un gran y taciturno hombre que no creía que ella fuera a atreverse.

Enfurecida con él, se encogió de hombros y dejó caer la bata al suelo.



Joder.

La polla de Gabriel se puso tan dura como roca entre un latido y el siguiente. Charlotte no llevaba nada debajo de esa bata, y ahora estaba delante de él toda dulce, con curvas y ruborizada por el enfado, su cabello caía alrededor de su rostro. Ni siquiera pensó en ello, simplemente se acercó, la cogió en brazos y luego la lanzó sobre la cama.

Ella jadeó y le fulminó con la mirada.

—¿Qué crees que estás haciendo?

Yendo con ella después de quitarse los pantalones de chándal, se apoyó en sus antebrazos.

—Acabar nuestra discusión. —Le quitó las gafas y las tiró en dirección a la mesita de noche.

—¡Ja! Yo...

Él se tragó sus palabras con la boca, una de sus manos agarrando su pecho. Ella le empujó por los hombros. Gabriel levantó la cabeza y dijo:

—¿Qué? Me deseas. —Ella siempre le deseaba y era la cosa más caliente del planeta.

—¡Estoy muy, muy, *muy* enojada contigo!



—Vale, vamos a tener sexo enojado. —La besó de nuevo, metiendo su lengua en su boca y apretando su pecho con más fuerza de la que había puesto antes.

Empujando sus manos en su pelo, ella tiró.

Él alzó la cabeza.

—¿Qué? —Fue un gruñido.

—No vamos a tener sexo —dijo ella, el pecho agitado—. Voy a salir.

Él empujó sus caderas contra las de ella, su polla presionó contra su entrada húmeda de pasión. Ella gimoteó y arqueó la garganta. Él la besó, succionando con fuerza suficiente para dejar una marca antes de tirar de su pezón y hacerlo girar entre el pulgar y el índice. Luego cedió a la bestia dentro de él y se movió hacia abajo para morderle el pecho mientras le rodeaba el cuello con una mano.

Ella envolvió las piernas a su alrededor, abriéndose a su posesión.

—Gabriel.

—¿Sí? —Acariciándole la parte de atrás del muslo con la mano libre, movió su boca voraz al otro pecho, chupando el pezón antes de utilizar sus dientes de nuevo. Raspó su suave carne hasta hacerla gemir, clavando los dedos en el muslo.

Inhalando bocanadas de aire, Charlotte finalmente dijo:

—Por favor.

—Por favor, ¿qué? —preguntó, meciéndose contra ella de manera que la punta de su polla empujó en ella antes de retirarse. Era una tortura, su agarre ardiente, posesivo y muy, muy bueno.

Ella le clavó las uñas en los hombros, levantó las caderas hacia él.

—Ya sabes.

—Dilo. —Besándola por el pecho hasta la garganta, él apretó la mano alrededor de esa esbelta columna lo suficiente como para llamar su atención—. Dilo.

Ella gimió.

—Fóllame, Gabriel.

Fue todo lo que necesitaba oír. Agarrándola bajo la rodilla, le levantó las piernas y la abrió antes de penetrarla con un solo empujón agresivo. Ella dio un pequeño grito erótico, luego le atrajo la cabeza hacia la suya para un beso tan húmedo y tan crudo como el sexo. Él la montó con fuerza, la hizo correrse con caricias ásperas a su clítoris mientras bombeaba dentro y fuera de ella, y luego, mientras su cuerpo estaba débil y

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

sudoroso, le levantó los muslos, la abrió aún más y se condujo a sí mismo el más jodido caliente orgasmo de su vida.



## Capítulo 37

### *Charlie—ratón vs T-Rex: Ronda del Campeonato*

Encima de Charlotte, su cuerpo sujetando el suyo y su polla feliz acurrucada dentro de ella, Gabriel finalmente comenzó a pensar. Mierda.

—¿Charlotte?

—¿Qué? —Ella le mordió el hombro. Con fuerza.

Le hizo sonreír.

—Estás bien.

Mirándolo, apretó las piernas alrededor de sus caderas.

—Todavía estoy enojada contigo.

Meciéndose dentro de ella, su polla hoy en buena forma, apretó un pecho hinchado de nuevo.

—Tendrás algunos moratones. —Débiles, pero claramente de su mano agarrando su pecho. Luego estaban todos los trozos enrojecidos sobre su piel donde la había marcado con su barba, las rayas color rosa oscuro que sus dientes habían dejado en el otro pecho, por no mencionar los labios hinchados por los besos.

Ella parecía utilizada a fondo, a fondo suya.

—¿Puedes sentir la espalda? —Fue la respuesta descarada, los ojos color avellana chispeando.

—Alguna bruja me arañó. —Besó a la misma bruja y ella le mordió la lengua—. Y también muerde.

Charlotte le clavó las uñas en la espalda una vez más, sobre las marcas que ya había creado.



Él siseó y empujó con fuerza en ella un par de veces. Cuando ella se estremeció, la besó en la garganta antes de bajar la mano para acariciar una de sus nalgas.

—Eso fue una follada de increíble sexo. —Duro, áspero y primitivo.

—No has tocado mi nuca.

—¿Y? Ya trabajaremos en eso. —Besó esa boca ardiente—. Mientras pueda arrojarte a la cama como un hombre de las cavernas y llevarte al orgasmo con mi garrote del amor, estoy bien.

Sus hombros temblaron, un pequeño resoplido escapó cuando dijo:

—No me estoy riendo.

—Y yo no estoy a punto de darte un mordisco de amor en tu bonito pecho. —Lo que hizo entonces con prontitud.

Ella exigió un beso poco después, forcejeando con él cuando le amenazó con un mordisco de amor donde no pudiera esconderlo, luego arqueó la espalda con placer cuando él comenzó a moverse dentro y fuera una vez más.

No fue tan rudo esta vez, el hombre de las cavernas lo bastante satisfecho para haberse relajado. La acarició por todas partes, le besó las marcas en la piel, la mordió juguetonamente, y en general se divirtió mucho volviendo loca a su señorita Baird. Ella se vengó clavando sus talones en el trasero, hundiendo los dientes en su hombro, y corriéndose tan jodidamente duro a su alrededor que no tuvo ni un oportunidad de contenerse.



Una hora más tarde, terminó de lavarse el jabón del cuerpo observando a Charlotte secar su pequeño cuerpo. La había puesto deliciosamente sudorosa y pegajosa. Saciado, no quería nada más que tumbarse en el sofá con ella, pero Charlotte le había dado un ultimátum. O salían juntos o iba a salir sola.

Gabriel no reaccionaba bien a los ultimátum, pero Charlotte parecía pensar que estaba haciendo esto por su propio bien. Tenía que corregirla.

Vestido con vaqueros y una camiseta de rugby a rayas mientras ella se ponía el bonito vestido amarillo con una chaqueta azul celeste, se comió el resto de la tortilla fría, así como tres tostadas. Luego salieron.



Se detuvo en un café para comprarle esa cosa espumosa y para él uno solo.

—Deberías probar esto —le dijo ella—. Está muy rico.

—El café solo pone pelo en el pecho.

—En ese caso, voy a seguir evitándolo. Pero sigue, señor Garrote del amor.

Dios, amaba a su ingenio, amaba aún más que ella confiara en él lo suficiente como para bajar todos sus muros.

—¿A dónde quieres ir? —preguntó una vez que estaban de vuelta en el SUV.

—¿Qué tal los Wintergardens?

Él fue en dirección Auckland Domain, el gran espacio verde en el centro de la ciudad. Entrando por la puerta más cercana a los dos viejos enormes invernaderos conocidos colectivamente como los Wintergardens, condujo por delante de un pequeño estanque con una fuente y encontró una plaza en la parte baja de la colina del museo.

El majestuoso edificio en lo alto de la colina dominaba el horizonte, el césped descendía en sábanas de hierba bien cortada. Más allá de las zonas ajardinadas, completadas con campos de juego que incluían un campo de cricket, el Domain estaba lleno de viejos árboles, las ramas gruesas, retorcidas e interesantes.

—Me encanta venir aquí —dijo Charlotte, deslizando su mano libre en la suya con una sonrisa alegre.

De repente, no parecía tan malo que no estuviera revisando los archivos que había tenido la intención de repasar. Rompiendo el apretón de manos, envolvió el brazo alrededor de sus hombros.

—¿Sigues enfadada?

—No. —Ella bebió más de su café—. Vamos a hablar de esto.

—¿Sobre qué? —Terminando su propio café, dejó el vaso en el bote de basura justo antes de entrar en el primer invernadero.

—Muy gracioso, Gabriel.

Su rostro se iluminó ante la profusión de flores dentro de la estructura de cristal construida en el año 1900, el techo abovedado lo suficientemente alto como para ser el hogar de un gran número de árboles junto con las flores.

—Oh —dijo Charlotte—, mira los narcisos.



Gabriel no era realmente del tipo de plantas, pero era el chico de Charlotte. Disfrutaba viéndola disfrutar de las plantas, se deshizo de su taza de café desechable cuando ella lo terminó y la hizo posar bajo un helecho colgante para poder tomar una foto con su teléfono. Riendo, ella fingió que los helechos eran sus cabellos, la imagen resultante le hizo sonreír.

—Déjame ver —pidió ella, metiéndose bajo el brazo.

—Exijo pago. —Inclinándose, tomó un dulce beso caliente antes de que los dos salieran del primer invernadero. En el exterior la larga piscina decorativa rectangular que separaba el invernadero templado del húmedo tropical estaba lleno de lirios, el sol brillaba sobre el verde de las hojas de nenúfar.

El área alrededor estaba relativamente vacía, excepto por una pequeña niña que se apoyaba sobre manos y rodillas en el borde de la piscina, mirando intensamente mientras sus padres la vigilaban desde un asiento de madera cercano. Las vides se entretreñían a través de la gran pérgola detrás de ellos. En paralelo a la piscina, había destellos fugaces de las estatuas de mármol.

—¿Quieres ir al otro invernadero o al invernadero de helechos? —preguntó a Charlotte.

—Helechos.

Girando a la izquierda, caminaron hacia el fresco jardín cerrado, cubierta sólo por vigas que lo sombreaban y lleno de helechos y árboles nativos, el sendero giraba hacia abajo en una pendiente suave. Un entusiasta tui, la canción distintiva del ave, era su única compañía. Charlotte no dijo nada mientras caminaban, y luego bajó las escaleras hasta el banco de madera en el segundo nivel.

—Siéntate conmigo.

Sentándose a su lado, el brazo en el respaldo del asiento, Gabriel estiró las piernas.

—Tengo que admitir que esto ha sido una buena idea. —No sentía la urgencia de buscar su teléfono, la paz de la fresca y silenciosa tranquilidad se filtraba en sus huesos.

Charlotte puso la mano en su muslo mientras se volvía hacia él.

—Por supuesto que ha sido una buena idea —dijo ella, con el rostro solemne—. Necesitabas tomar un respiro.

Él frunció el ceño.

—Me gusta trabajar, Charlotte.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---



—Lo sé. —Charlotte dobló una pierna sobre el banco—. Pero no te das tiempo para disfrutar de la vida. Siempre vas a diez mil kilómetros por hora.

Podía ver la molestia en el rostro de Gabriel, sentir la tensión en su muslo. Siempre se ponía así cuando ella le empujaba por lo furiosamente que trabajaba, pero esta vez, no iba a dar marcha atrás.

—Te amo —dijo en voz baja—, y...

Ojos grises acerados fijos en los suyos.

—¿Qué has dicho?

Era tan fácil de decir, porque era él.

—Te amo.

Gabriel la subió a su regazo, sonrió, las mejillas curvadas de esa maravillosa forma que ella adoraba.

—Yo también te amo.

Con burbujas de sol en su sangre, ella le tomó el rostro entre las manos.

—Te amo —repitió—. Es por eso que no puedo soportar saber que hay algo dentro de ti que te hace daño. —Tenía una buena idea de lo que era, pero tenía que enfrentarse a ello él mismo si iban a hacer algún progreso.

La sonrisa se desvaneció y se convirtió en exasperación masculina.

—Estoy bien, Charlotte.

—Eh. —Envolvió los brazos alrededor de su cuello—. No hagas eso. No me dejes fuera. — Cuando él permaneció obstinadamente en silencio, decidió que ya que la mansedumbre no funcionaba, tomaría el toro por los cuernos—. Estás actuando como las gallinas.

Él la miró con ojos entrecerrados.

—Dilo de nuevo.

Ella sonrió.

—¿Decir qué?



—Te amotinas, señorita Baird.

—Sabes por qué trabajas tan duro —dijo Charlotte—. No me digas que no.

Él dejó escapar un suspiro.

—Tengo que caminar.

Levantándose, salieron del invernadero de helechos y los jardines. Charlotte dejó que él guiara y los llevó hacia los bellos árboles en el Domain, las hojas crujían en el viento mientras caminaban.

Él habló sin previo aviso.

—Algo se rompió dentro de mi madre cuando terminamos en el refugio.

En él también, pensó Charlotte, había estado totalmente impotente, despojado de sus cimientos. Le hizo estar enojada con Brian. Nunca había sido más consciente de la fuerza y corazón de Gabriel en la búsqueda de una forma de permitir que su padre volviera a su vida.

—¿Cómo eres de rico?

—¿Pensando ya en el divorcio?

Dándole un codazo, ella respondió:

—Sé que tienes un montón de ceros después de tu nombre. El apartamento fue una señal intermitente gigante, aunque no me di cuenta de lo que debieron pagarte como deportista y lo que cobras como CEO, sin olvidar tu cartera de propiedades y opciones sobre acciones.

—¿Y?

—Estoy llegando. Es un montón de dinero, supongo, en bancos o en inversiones estables que nadie puede tocar sin tu consentimiento.

Gabriel asintió secamente.

Parando, ella se dio la vuelta para mirarlo.

—Puedes darte el lujo de tomarte un respiro —susurró ella, con las manos sobre su pecho—. No necesitas estar haciendo constantemente dinero. Incluso si decido pedir un brazalete de diamantes cada mes, estoy bastante segura de que no haría mella en tus tropecientos millones.

Con los labios tirando ligeramente hacia arriba en las comisuras, la agarró por las caderas.



—Puedes tener un brazalete de diamantes todos los meses, pero tienes que llevarlos todos a la vez, desnuda en la cama, no espera, tengo una idea mejor. Tienes que tomar dictados llevando sólo los diamantes.

—*Gabriel.*

Él pasó los pulgares sobre los huesos de la cadera.

—No estoy seguro de saber cómo parar.

—Entonces —dijo ella—, trabajaremos en ello.

El eco de sus propias palabras hizo sonreír a Gabriel.

—Mientras tanto, ¿me arrastrarás fuera para mirar las flores y besuquearte en un parque público?

—No estamos besuqueándonos.

—Lo estaremos. —Sin embargo, en lugar de un beso, metió la mano en el bolsillo para sacar un pedazo de papel—. Es un acuerdo prenupcial.

Con la boca seca, ella dijo:

—¿Me estás pidiendo que me case contigo?

—No. Te *vas* a casar conmigo. —Tomando su mano, le puso un anillo en el dedo. El diamante era tan grande que podría haberlo utilizado para golpear a Richard en la cabeza, el diseño alrededor tan delicado y el tamaño tan perfecto que supo que había sido hecho para adaptarse a su estructura ósea.

—Estos —dijo Gabriel, sosteniendo el papel de nuevo—, son los términos.

Ella frunció el ceño y tomó el pedazo de papel doblado.

—No tengo nada en contra de firmar un acuerdo prenupcial, pero esta ha sido la no proposición menos romántica del universo. —Desdoblando la única hoja de papel, se encontró con una lista escrita a mano.

### *Acuerdo prenupcial entre Gabriel Bishop y Charlotte Baird*

*Tú, (Charlotte) usarás tu anillo de compromiso y/o tu anillo de bodas en todo momento para que otros hombres no liguen contigo.*

*Si un hombre liga contigo, se lo dirás a tu marido para que tu marido pueda patearle el culo.*



*Te cambiarás tu apellido por el de Bishop.*

*Estarás de acuerdo con todo lo que tu marido diga y nunca discutirás con él.*

*Siempre debes usar ropa interior de encaje negro.*

*Te comprometes a tomar el dictado semidesnuda al menos una vez con el fin de cumplir una de las fantasías de oficina de tu marido.*

*A cambio, tu marido cumplirá una o más de tus propias fantasías sucias, todas las cuales prometes compartir con él con todo lujo de detalle.*

Charlotte miró sin leer el resto de la lista.

—Esta es una lista ridícula.

—Podemos negociar.

Apoyando los puños en las caderas, el papel arrugado en una, ella dijo:

—No intentes eso conmigo, Gabriel Bishop. —Él tenía una tendencia furtiva a insertar cláusulas en los contratos que no le importaban, sus oponentes por lo general se enfurecían tanto por negociar su eliminación que le daban lo que realmente quería.

Lo que realmente quería en este momento era que ella se casara con él, y probablemente, los términos uno y dos. Y bien, probablemente el seis y siete.

—No me voy a casar contigo. —Se quitó el anillo y se lo metió en el bolsillo de los vaqueros cuando no lo tomó.

Él enseñó los dientes.

—Sí, lo harás.

—No, no hasta que pueda dormir toda la noche contigo. —Cruzando sus propios brazos, se puso cara a cara con él—. Los maridos y las esposas no duermen en habitaciones diferentes en mi mundo. —Ya era bastante difícil ahora, pero si hacía esas promesas, si se convertía en su compañera en todos los sentidos, la rompería si dormía sola todas las noches.

—Bien —dijo él—. Estás de acuerdo en casarte conmigo en el momento que duermas toda la noche en mi cama.

Con la vaga sensación de que le habían ganado la partida, asintió:

—Después de que me lo pidas correctamente.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

Una sonrisa de tiburón que hizo que se le erizara la piel y la sangre se le calentara.

—Hecho.



## Capítulo 38

### *No negocies jamás con una Charlie-ratón decidido*

—**M**e quedo —dijo Charlotte a Gabriel esa noche. Su olor, su sensación, todo era familiar, la hacía sentirse completamente segura. Ya era hora de que su subconsciente lo aceptara.

Y maldita sea, quería casarse con él.

—Está bien —dijo sospechosa y agradablemente.

Con ojos entrecerrados, ella le observó, pero cuando él bostezó y cerró los ojos, ella se acurrucó cerca y dejó que sus propias pestañas se volvieran pesadas. Casi estaba dormida cuando algo hizo clic. Abrió los ojos. Sentándose, con el culo sobre los talones, pinchó su cuerpo que fingía dormir.

—¡Ibas a escaparte a hurtadillas! — La había hecho estar de acuerdo en casarse con él si dormía toda la noche en su cama, olvidando convenientemente las palabras *con él*.

Una sonrisa impenitente cuando abrió los ojos.

—Sabías con quien estabas negociando. Ahora —dándole una palmadita en el trasero se levantó sobre los codos—, me voy a tu habitación.

—Hazlo y te seguiré.

—Soy más grande que tú —dijo con aire de suficiencia—. Puedo cogerte y traerte de vuelta aquí.

—Tengo piernas. Volveré.

—No.



—Sí. —Acurrucándose contra su hombro, una pierna echada sobre la piel deliciosamente áspera, cerró los ojos—. Trata de hacer que me vaya.

Un gruñido distintivo mientras Gabriel curvaba el brazo a su alrededor, con la mano en su culo desnudo.

—Necesitas unos malditos azotes.

La sonrisa de Charlotte fue la satisfecha esta vez.

—Yo también te quiero.

Bostezando, cerró los ojos. Los abrió de golpe lo que se sintió como un latido más tarde, su pulso en su boca. Se congeló, sus músculos tan rígidos que se sentían como si se hubieran bloqueado. Inhaló cuando sus pulmones protestaron, y el aroma de Gabriel llenó sus pulmones.

*Gabriel.*

Temblando, sintió sus músculos relajarse, el cuerpo dolorido. Necesitó un minuto para darse cuenta de lo que la había despertado. Todavía estaba encima de Gabriel, pero él tenía la mano alrededor de su nuca. Cálida, fuerte, pesada y Gabriel. Eso es todo lo que tenía que recordar. Era Gabriel. Respirando dentro y fuera, dentro y fuera, cerró los ojos.

Tuvo que concentrarse, pero por fin se volvió a dormir.

Tuvo dos ataques de pánico más, y Gabriel se despertó en ambas ocasiones.

—Mierda, lo siento —murmuró la primera vez y fue a quitar la mano de la nuca.

—Déjala —le ordenó ella, malhumorada por falta de sueño—. Estoy tratando con ello.

Él le masajeó la parte posterior de su muslo.

—Estás toda tensa.

—Me relajaré. *Déjala.*

Más masajes, y luego empezó a hacerle eso en su nuca también. Suave y firme, el ritmo la arrulló hasta que su mente exhausta cayó dormida.

La siguiente vez que se despertó fue porque había terminado debajo de Gabriel y él la había inmovilizado con la pierna y el muslo.

—Lo sé —murmuró él—. Déjala.

Ella sólo profirió un sonido incoherente, con los ojos arenosos.



La noche siguiente, los despertó cuatro veces.

La noche después de eso, dos veces.

La de después, cinco veces.

Exhausto hasta los huesos, la noche del viernes se dejó caer en la cama y dijo:

—No me voy a rendir.

Tumbado boca abajo a su lado, Gabriel estiró la mano para entrelazar los dedos con los suyos.

—Yo tampoco, ya he reservado el jodido lugar de la boda.

Ella comenzó a reír, pero era un poco histérica. Luchando contra las lágrimas, le besó los nudillos.

—Te amo.

Ojos gris acero se clavaron en los suyos.

—Eres mi corazón.

Guardando esas palabras en su propio corazón maltrecho, ella dejó que sus ojos se cerraran.

Se despertó para descubrir que habían estado tan agotados que ni uno de ellos se había movido, sus manos entrelazadas bajo la luz del sol.

*¡La luz del sol!*

Parpadeando, miró el reloj de la mesita de noche. Eran las nueve de la mañana de un sábado por la mañana, y estaba en la cama con el hombre que amaba. Se dio la vuelta muy lentamente y vio que todavía estaba dormido, con la piel oro oscuro bajo la luz del sol que entraba por la claraboya y su pelo brillando negro azulado. Cuando él levantó las pestañas perezosamente una media hora más tarde, ella dijo:

—¿Nunca discutir con mi marido?

Una sonrisa somnolienta.

—Tenía la esperanza de que negociarías eso. Sabes que me gusta pelear contigo. — Tirando de ella hacia él, metió la mano en el cajón de la mesita de su lado y, después de sacar el anillo, lo deslizó en su dedo—. La cláusula de la ropa interior de encaje



negro es innegociable, aunque permitiré ropa interior de encaje rojo en ocasiones especiales.

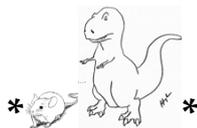
Charlotte cerró los dedos de la otra mano, el anillo cálido contra su piel, como si hubiera absorbido su calor y se acostó de espaldas con él inclinado sobre ella.

—Es una lástima —dijo—. Tendré que tirar ese bonito conjunto rosa de tanga de hilo que compré.

Los ojos de Gabriel brillaron.

—Como he dicho, señorita Baird, hay espacio para la negociación. —Un beso lento y voluptuoso, con la mano ahuecando el lado de su cara—. ¿Te casas conmigo?

—Sí —dijo ella, su corazón totalmente abierto—. Sí, me casaré contigo.



Cuando sonó el teléfono en medio de la noche, un mes después, una Charlotte atontada lo buscó. Las últimas cuatro semanas habían sido buenas y no tan buenas, todavía se despertaba algunas noches empapada en sudor frío, pero esas veces eran cada vez menos con cada semana que pasaba. Esta noche, había caído en un sueño completo y profundo, a pesar de que Gabriel tenía su mano alrededor de su nuca mientras ella estaba tumbada sobre su pecho.

—Lo tengo.

Dejando que Gabriel contestara, cerró los ojos y se acurrucó contra su cuello.

—¿Cuándo? —dijo después de contestar—. ¿Está confirmado? No puedo decir que vayamos a llorar al hijo de puta.

—¿Quién era? —murmuró ella una vez que colgó.

—Lee. Resulta que Richard no podía soportar estar encerrado de nuevo. Está muerto.

El bastardo se había ahorcado la noche después de su traslado desde el hospital a la cárcel, un juez había ordenado prisión preventiva hasta el juicio. La escoria había dejado una nota para ser transmitida a Charlotte, una nota que ella no vería. La detective Lee había hecho esa llamada, se lo había dicho a Gabriel y este estuvo completamente de acuerdo.

*Nalini Singh*



*Rock Hard*

*Rock Kiss 3*

---

No creía que Charlotte fuera a creer una palabra de cómo Richard se había matado porque ella había rechazado su amor, pero no quería que esas palabras se arrastraran por su cabeza.

—Se acabó.

—Bien. —Un bostezo enorme—. Ahora vuelve a dormir.

Él se quedó estupefacto un segundo ante su respuesta hasta que se dio cuenta que para Charlotte, había acabado el día en que había decidido no tener miedo de Richard. Si vivía o moría había supuesto poca diferencia para su estabilidad, pero Gabriel estaba segurísimo de alegrarse de que el hijo de puta no fuera a estar por aquí para amenazarla nunca más.

Curvando su cuerpo alrededor de ella, cerró los ojos.



## Capítulo 39

### ***Acuerdo Prenupcial: Términos de Charlotte Baird***

**T**ú (Gabriel) siempre llevarás tu anillo de boda, para que ninguna mujer ligue contigo.

Si alguna mujer liga contigo de todos modos, debes decírselo a tu esposa para que ella pueda patearle el culo.

Tienes que caminar sin camisa en casa para que tu esposa pueda comerse con los ojos el contenido de su corazón.

Bajo ninguna circunstancia se te permite enviarle rosas rojas a tu mujer. Hazlo y te arrojará algo peor que un muffin a tu cabeza.

No vas a trabajar después de las siete de la noche a menos que sea una situación de emergencia que requiera una reparación inmediata. Las llamadas internacionales nocturnas pueden ser negociadas llamada por llamada.

Contraoferta de Gabriel Bishop

Hecho y hecho. Ahora eres mía, señorita Baird. Y yo soy tuyo. Siempre.

*Fin*

